

JOYAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA REGIONAL



1138970

89814
DMU
10269

GUERRAS CIVILES
DE
GRANADA

NOVELA HISTÓRICA

POR

GINÉS PÉREZ DE HITA

VECINO DE MURCIA



MADRID

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

1891

R. 162.427



GUERRAS CIVILES DE GRANADA

PARTE PRIMERA



CAPÍTULO PRIMERO

Fundación de Granada y reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes á la historia.

La inclita y famosa ciudad de Granada fué fundada por una muy hermosa doncella, hija ó sobrina del rey Hispán. Fué su fundación en una bella y espaciosa vega, junto de una sierra llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora infanta, la cual se llamaba Liberia, dos leguas de donde ahora está, junto de un lugar que se llamaba Arbuler, que en arábigo se decía Arbulut. Después de pasados algunos años, les pareció á los fundadores della que no estaban allí bien por ciertas causas, y fundaron la ciudad en la parte donde ahora está, junto á Sierra-Nevada, en medio de dos hermosos ríos, llamado el uno Genil y el otro Darro, los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra. De Darro se coge oro muy fino, de Genil plata; y no es fábula, que yo el autor desta relación lo he visto coger. Fundóse aquí esta insigne ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, adonde se fundaron tres castillos: el uno está á la vista de la hermosa vega y el río Genil, la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos ríos,

aunque no muy grandes: el uno se dice Veiro y el otro Monachil. Comiézase la vega desde la falda de la Sierra-Nevada, y va hasta la fuente del Pino, y pasa más adelante de un gran soto, que se llama el Soto de Roma, y esta fuerza se nombra Torres-Bermejas. Hízose allí una gran población llamada el Antequeruela. La otra fuerza ó castillo está en otro cerro junto á éste, un poco más alto, la cual se llamó la Alhambra, casa muy fuerte, y aquí hicieron los reyes su casa real. La otra fuerza se hizo en otro cerro, no lejos del Alhambra, y llamóse Albaicín, donde se hizo gran población. Entre el Albaicín y el Alhambra pasa por lo hondo el río Darro, haciendo una ribera de árboles agradables.

A esta fundación no la llamaron los moradores della Iliberia como la otra, sino Granata, respecto á que en una cueva junto á Darro fué hallada una hermosa doncella que se decía Granata, y por eso se llamó la ciudad así; y después de corrompido el vocablo se llamó Granada. Otros dicen que por la muchedumbre de las casas y la espesura que había en ellas, que estaban juntas como los granos de la granada, y la nombraron así. Hízose esta ciudad famosa, rica y populosa, hasta el infeliz tiempo en que el rey D. Rodrigo perdió á España, lo cual no se declara por no ser á propósito de nuestra historia: sólo diremos, cómo después de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada de moros, traídos por aquellos dos bravos caudillos y generales, el uno llamado el Tarif, y el otro Muza; asimismo quedó la famosa Granada ocupada de moros, y llena de gente de Africa. Mas hállase una cosa: que de todas las naciones moras que vinieron á España, los caballeros mejores y principales, y los más señalados de aquellos que siguieron al general Muza, se quedaron en Granada, y la causa fué su hermosura y fertilidad, pareciéndoles bien su gran riqueza, asiento y fundación; aunque el capitán

Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdoba, y su hijo Balagis con Sevilla, de donde fué rey, como dice la crónica del rey D. Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocupación de Córdoba, de Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, ni otras ciudades poblasen tan nobles ni tan principales caballeros, ni tan buenos linajes de moros como en Granada; para lo cual es menester nombrar algunos destos linajes, y de donde fueron naturales, aunque no se digan ni declaren todos, por no ser prolijo.

Poblada Granada de las gentes mejores del Africa, no por eso dejó la insigne ciudad de pasar adelante con sus muy grandes y soberbios edificios; porque siendo gobernada de reyes de valor y muy curiosos, que en ella reinaron, se hicieron grandes mezquitas y muy ricas cercas, fuertes muros y torres, porque los cristianos no la tornasen á ganar; y hicieron muy fuertes castillos, y los reedificaron fuera de las murallas como hoy día parecen. Hicieron el castillo de Bibatambien, fuerte con su cava y puente levadiza. Hicieron las torres de la puerta Elvira, y las del Alcazaba y plaza de Vibalbulut, y famosa torre del Aceituno, que está camino de Guadix, y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso. Bien pudiera traer aquí los nombres de todos los reyes moros que gobernaron y reinaron en esta insigne ciudad, y los califas, y aun los de toda España; mas por no gastar tiempo, no diré sino de los reyes moros que por su orden la gobernaron, y fueron conocidos por reyes della, dejando aparte los califas pasados y señores que hubo, siguiendo á Esteban Garibay y á Camaloa.

El primer rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar; éste reinó en ella veinte y nueve años y más meses, y acabó año de 1262. El segundo rey de Granada se llamó, así como su padre, Mahomad Mir Almuzmelin. Este labró el castillo del Alhambra, muy

rico y fuerte, como hoy se parece; reinó treinta y seis años y murió año de 1302. El tercer rey de Granada se llamó Mahomad Abenhalamar: á éste le quitó el reino un hermano suyo, y le puso en prisión, habiendo reinado siete años: acabó año de 1309. El cuarto rey de Granada fué llamado Mahomad Abenazar: á éste le quitó el reino un sobrino suyo llamado Ismael, año de 1315: reinó seis años. El quinto rey de Granada se llamó Ismael: á éste mataron sus deudos y vasallos, mas fueron degollados los homicidas: reinó nueve años, y acabó año de 1324. El sexto rey de Granada se llamó Mahomad: á éste también le mataron los suyos á traición; reinó diez años, y acabó año de 1334. El sétimo rey de Granada se llamó Iusef Abenhamet: también fué muerto á traición: reinó once años, y acabó año de 1345. El octavo rey de Granada fué llamado Mahomad Lagús: á éste le despojaron del reino después de haber reinado doce años, y acabó año de 1357, por aquella vez que reinó. El noveno rey de Granada se llamó Mahomad Abenamar, sétimo deste nombre: á éste le mató el rey D. Pedro en Sevilla, sin culpa, habiendo ido á pedirle amistad y favor: matóle el mismo rey D. Pedro por su mano con una lanza, y mandó matar á otros que iban con este rey; habiendo reinado dos años: acabó año de 1359. Fué enviada su cabeza en forma de presente á la ciudad de Granada.

Tornó á reinar Mahomad Lagús en Granada, y reinó en las dos veces veinte y nueve años: la primera vez doce, y la segunda diez y siete: acabó año de 1376. El décimo rey de Granada se llamó Mahomad Ovadiz, y reinó tres años pacífico, y acabó año de 1379. El undécimo rey de Granada se llamó Iusef, segundo deste nombre, el cual murió con veneno que el rey de Fez le envió puesto en una aljaba ó marlota de brocado: reinó tres años, y acabó año de 1382. El duodécimo rey de Granada fué llamado Mahomad Abenhamar: reinó once

años, y acabó año de 1394. Su muerte fué de una camisa que se puso emponzoñada con veneno. El décimo tercio rey de Granada fué llamado Iusef, tercero de este nombre: reinó quince años, y murió año de 1409. El décimo cuarto rey de Granada fué llamado Mahomad Abenazar el Izquierdo. Habiendo reinado éste cuatro años, le desposeyeron del reino año de 1413. El décimo quinto rey de Granada fué llamado Mahomad el Pequeño: á éste le cortó la cabeza Abenazar, el Izquierdo arriba dicho, porque le tornó á quitar el reino por orden de Mahomad Catraz, caballero Abencerraje: reinó este Mahomad el Pequeño dos años, y acabó año de 1415.

Tornó á reinar Abenazar el Izquierdo, el cual fué otra vez despojado del reino por Iusef Abenalmo, su sobrino: reinó este rey tres años la última vez, y acabó año de 1418. El décimo sétimo rey de Granada se llamó Abenozin el Cojo. En tiempo deste sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones, reinando D. Juan el segundo. Y pues nos viene á cuento, trataremos desta batalla, antes de pasar adelante con la cuenta de los reyes moros de Granada. Es á saber: que según se halla en las crónicas antiguas, así castellanas como arábicas, este rey Abenozin tenía en su corte mucha y muy honrada caballería de moros, porque en Granada había treinta y dos linajes de caballeros, como eran Gomeles, Mazas, Zegríes, Venegas y Abencerrajes: éstos eran de muy claro linaje; otros Maliques Alabeces, descendientes de los reyes de Fez y Marruecos, caballeros valerosos, de quien los reyes de Granada siempre hicieron mucha cuenta, porque estos Maliques eran alcaides en el reino de Granada, por tener dellos mucha confianza, y así servían en las fronteras y partes de mayor peligro, como eran en Vera, el alcaide Malique Alabez, bravo y valeroso caballero; en Vélez el Blanco estaba un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabez: en Vélez el Rubio

había otro hermano destos alcaides muy valiente, y amigo de los cristianos; otro Alabez había alcaide de Jimena, y otro en Tirieza, frontera de Lorca, y cercana de Orze y Cuéllar, Benamaviel, Castilleja, y Caniles, y en otros lugares del reino. Estos Maliques Alabeces eran alcaides, por ser todos, como hemos dicho, caballeros de estima. Sin éstos había otros caballeros en Granada muy principales, de quien los reyes della hacían grande cuenta, entre los cuales había un caballero llamado Abidbar, del linaje de Gomeles, caballero valeroso y capitán de la gente de guerra; y no hallándose sino en batallas contra cristianos, le dijo un día al rey: «señor, ho'garía que tu Alteza me diese licencia para entrar en tierra de cristianos, en los campos de Lorca, Murcia y Cartagena, que confianza tengo de venir con ricos despojos y cautivos.» El rey dijo: «conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como lo pides; pero temo mal suceso, porque son muy soldados los cristianos desas tierras que quieres correr.» Respondió Abidbar: «no tema vuestra Alteza peligro, que yo llevaré conmigo tal gente y tales alcaides, que sin temor ninguno ose entrar, no digo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreviera á entrar.—Pues si es tu parecer, sigue tu voluntad, que mi licencia tienes.»

Abidbar le besó las manos por ello, y fué á su casa y mandó tocar sus añafles y trompetas de guerra, al cual bélico son se juntó grande copia de gente bien armada para saber de aquel rebato. Abidbar, cuando vió tanta gente junta y tan bien armada, holgó mucho della, y les dijo: «sabad, buenos amigos, que hemos de entrar en el reino de Murcia, de donde, placiendo al santo Alá, vendremos ricos: por tanto, cada cual con ánimo siga mis banderas.» Todos respondieron que eran contentos; y así Abidbar salió de Granada con mucha gente de á caballo y peones: fué á Guadix, y

habló al moro Almoradí, alcaide de aquella ciudad, el cual ofreció su compañía con mucha gente de á caballo y de á pie. También vino el alcaide de Almería, llamado Malique Alabez, con mucha gente muy diestra en la guerra. De allí pasaron á Baza, donde estaba por alcaide Benariz, el cual también le ofreció su ayuda. En Baza se juntaron once alcaides de aquellos lugares á la fama desta entrada del campo de Lorca y Murcia, y con aquella gente se fué el capitán Abidbar hasta la ciudad de Vera, donde era alcaide el bravo Alabez Malique, adonde se acabó de juntar todo el ejército de los moros y alcaides que aquí se nombrarán.

El general Abidbar; Abenariz, capitán de Baza; su hermano Abenariz, capitán de la Vega de Granada; el Malique Alabez, de Vera; Alabez, alcaide de Vélez el Blanco; Alabez, alcaide de Vélez el Rubio; Alabez, alcaide de Almería; Alabez, alcaide de Cuéllar; otro alcaide de Huéscar; Alabez, alcaide de Orze; Alabez, alcaide de Purchena; Alabez, alcaide de Jimena; Alabez, alcaide de Tirieza; Alabez, alcaide de Caniles.

Todos estos Alabeces Maliques eran parientes, como ya es dicho: se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo. También se juntaron otros tres alcaides, el de Mojácar, el de Sorbas, y el de Lobrín: todos ya juntos, se hizo reseña de la gente que se había juntado, y se hallaron seiscientos de á caballo, aunque otros dicen que fueron ochocientos, y mil y quinientos peones; otros dicen que dos mil. Finalmente, se juntó grande poder de gente de guerra; y determinadamente á 12 ó 14 de Mayo, año de 1435, entraron en los términos de Lorca, y por la marina llegaron al campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincón de San Ginés, y Pinatar, haciendo grandes daños. Cautivaron mucha gente y ahogaron mucho ganado, y con esta presa se volvían muy ufanos, y en llegando al Puntarón de la sierra de Aguaderas, entraron en consejo

sobre si vendrían por la marina, por donde habían ido, ó si pasarían por la vega de Lorca. Sobre esto hubo diferencia, y muchos afirmaban que fuesen por la marina por ser más seguro. Otros dijeron que sería grande cobardía si no pasaban por la vega de Lorca, á pesar de sus banderas. Deste parecer fué Malique Alabez, y con él todos los alcaides que eran sus parientes. Pues visto por los moros que aquellos valerosos capitanes estaban determinados de pasar por la vega, no contradijeron cosa alguna; y así las banderas enarboladas y la presa en medio del escuadrón, comenzaron á marchar la vuelta de Lorca, arrimados á la sierra de Aguderas.

Los de Lorca tenían ya noticia de la gente que había entrado en sus tierras. D. Alonso Fajardo, alcaide de Lorca, había escrito lo que pasaba á Diego de Ribera, corregidor de Murcia, que luego viniese con la más gente que pudiese. El corregidor no fué perezoso, que con brevedad salió de Murcia con setenta caballos y quinientos peones, toda gente de valeroso ánimo y esfuerzo; y juntóse con la gente de Lorca, donde había doscientos caballos, y mil y quinientos peones, gente muy valerosa. También se halló con ellos Alonso de Lisón, caballero del hábito de Santiago, que era á la sazón castellano en el castillo y fuerza de Aledo. Llevó consigo nueve caballos y catorce peones, que del castillo no se pudieron sacar más. En este tiempo los moros caminaron á gran priesa, y llegando en frente de Lorca, cautivaron un caballero llamado Quiñonero, que había salido á requerir el campo; y como ya la gente de Lorca y Murcia venían apriesa y los moros los vieron, se maravillaron viendo junta tanta caballería, y no podían creer que en sólo Lorca hubiese tanta lucida gente. Y Malique Alabez, capitán y alcaide de Vera, le preguntó á Quiñonero, habiéndole quitado el caballo y armas, esta pregunta:

ALABEZ

Anda, cristiano cautivo,
Tu fortuna no te asombre,
Y dinos luego tu nombre
Sin temor de daño esquivo.

Que aunque seas prisionero,
Con el rescate y dinero,
Si nos dices la verdad,
Tendrás luego libertad.

QUIÑONERO

Es mi nombre Quiñonero;
Soy de Lorca natural,
Caballero principal;
Y aunque me sigue fortuna,
No tengo pena ninguna,
Ni se me hace de mal.

Que la guerra es condición,
Que hoy soy tuyo, y ya confío
Mañana podrás ser mío,
Y sujeto á mi prisión.

Por tanto, pregunta y pide,
Porque en toda tu pregunta
Satisfaré sin repunta,
Pues el temor no me impide.

ALABEZ

Trompetas se oyen sonar,
Y descubrimos pendones,
Y caballos y peones
Junto de aquel olivar.

Y quería, Quiñonero,
Saber de ti por entero,
Qué pendones, y qué gente
Es la que aquí esta presente
Con ánimo bravo y fiero.

QUIÑONERO

Aquel pendón colorado
Con las seis coronas de oro,
Muy bien muestra su decoro
Ser de Lorca, y es nombrado;

Y el otro que tiene un rey
Armado por gran blasón,
Es de Murcia, y es pendón
Que le conoce su rey.

Traen gente belicosa,
Con gana de pelear;
Si quieres más preguntar,
No siento desto otra cosa.

Apercíbete al combate,
Porque vienen á gran priesa,
Para quitarte la presa,
Y dar fin en tu remate.

ALABEZ

Pues por priesa que se den,
Ya querrá nuestro Alcorán,
La Rambla no pasarán,
Porque no les irá bien;

Y si con valor extraño
La Rambla pueden romper,
Muy bien se puede entender
Que ha de ser por nuestro daño.

Pues al arma, que ellos vienen,
Y en nada no se detienen:
Tóquese al son y la zambra,
Porque lleguen á la Alhambra
Nuestras famas, y resuenen.

CAPÍTULO II

De la sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de moros y cristianos.

Apenas el capitán Malique Alabez acabó de decir estas palabras, cuando el escuadrón de los cristianos acometió con tanta braveza y pujanza, que á los primeros encuentros, á pesar de los moros que lo defendían, pasaron la Rambla. No por eso los moros mostraron punto de cobardía, antes tuvieron más ánimo peleando. Quiñonero, como vió la batalla revuelta, llamó á un cristiano que cortase la cuerda con que estaba atado; y siendo libre, al punto tomó una lanza de un moro muerto, un caballo y una adarga, y con valor muy crecido, como era valiente caballero, hacía maravillas. A esta sazón los valerosos capitanes moros, en especial los Maliques Alabeces, se mostraron con tanta fortaleza, que los cristianos estuvieron á punto de pasar la Rambla contra su voluntad; lo cual visto por Alonso Fajardo, Alonso de Lisón, y Diego de Ribera, y los principales caballeros de Murcia, y Lorca, pelearon tan valerosamente, que los moros fueron rompidos, y los cristianos hicieron muy notable daño en ellos. Los valientes Alabez, y Almoradí capitán de Guadix, tornaron á juntar gente, y con grande ánimo volvieron sobre los cristianos con bravo ímpetu y fortaleza. ¡Quién viera las maravillas de los capitanes cristianos! Era cosa de ver la braveza con que mataban y herían en los moros. Abenariz capitán de Baza, hacía gran daño en los cristianos; y habiendo muerto á uno de una lanzada, se metió por en medio de la batalla haciendo cosas muy señaladas; mas Alonso de

Lisón, que le vió matar aquel cristiano, de cólera encendido, procuró vengar su muerte, y así con grande presteza fué en seguimiento de Abenariz, llamándole á grandes voces que le aguardase. El moro revolvió á mirar quién le llamaba; y visto, reconoció que aquel caballero era de valor, pues traía en su escudo aquella encomienda de Santiago, y entendiendo llevar de él buenos despojos á Baza, le acometió con gran ímpetu; pero el caballero Lisón se defendió con gran destreza, y ofendió y acosó de suerte al moro, que en poco rato le hirió en dos partes, y como se vió tan herido, se encendió en más cólera, y procuró la muerte del contrario; mas muy presto halló en él la suya, porque Lisón le cogió en descubierto de la adarga un golpe por los pechos, tan fuerte, que no aprovechando la cota le metió la lanza por el cuerpo, y al momento cayó el moro muerto del caballo. El caballo de Lisón quedó mal herido, por lo cual le convino tomar el caballo del alcaide de Baza, que en extremo era bueno, y se entró en el mayor peligro de la batalla, diciendo á voces: *Santiago, y á ellos.*

El famoso Alonso Fajardo andaba entre los moros, y el corregidor de Murcia asimismo, que era cosa de maravilla; y tanto pelearon los de Murcia y Lorca, que los moros fueron segunda vez rompidos; mas el valor de los caballeros granadinos era grande, y pelearon fuertemente; y como tenían tan fuertes caudillos, asistían á la batalla con mucho ánimo; y era tan grande el valor y esfuerzo de Alabez, que en un punto tornó á juntar su gente, y volvió á la lid como si no hubieran sido rotos alguna vez. La batalla estaba tan sangrienta, que era admiración, porque había tantos cuerpos de hombres y caballos muertos, que apenas podían andar; pero no por eso dejaban de pelear con mucho esfuerzo ambos ejércitos. El valiente Alabez hacía por su persona grandes estragos en los cristianos; lo cual visto

por Alonso Fajardo, valeroso soldado y alcaide de Lorca, se maravilló de ver la pujanza del moro, y arremetió con él con tanta braveza, que el moro se espantó y sintió bien su valor; pero como no había en él cobardía, resistió con ánimo la fortaleza de Fajardo, dándole grandes botes de lanza, que á no ir bien armado el alcaide, muriera allí, porque le sirvieron de poco las fuerzas, por ser mayores las de Alonso Fajardo; y habiendo el invencible y valiente alcaide quebrado su lanza, en un instante puso mano á su espada, y con un valor nunca visto se fué para Alabez, y con tanta velocidad y presteza, que no pudo el gallardo moro aprovecharse de la lanza, y la perdió, y puso mano al alfanje para herir á Alonso Fajardo; mas el valeroso alcaide, no mirando el peligro que le seguía, cubierto con su escudo, arremetió con Alabez, y le dió un golpe sobre la adarga, que le cortó gran pedazo della, y asíó-sela tan fuertemente con la mano izquierda, que casi le desencajó de la silla; y Alabez, que le vió tan cerca, le tiró un golpe á la cabeza pensando acabar con él, y si Fajardo no le hurtara el cuerpo, le hiriera; y en esta ocasión cayó el caballo del moro, porque estaba desangrado y no se podía tener. Apenas Alabez estuvo en el suelo, cuando los peones de Lorca le cercaron maltratándole. Alonso Fajardo, como vió al moro en tal estado, se apeó y fué á él, y echóle los brazos encima con tal fuerza, que Alabez no pudo ser señor de sí. Los peones entonces arremetieron con él y le prendieron, y Alonso Fajardo mandó que le sacasen de la batalla, y así lo hicieron.

Todavía andaba muy revuelta y sangrienta la batalla, y no parecía ninguno de los capitanes moros, lo cual causó en sus soldados mucha cobardía, y ya no peleaban como antes, ni con aquel brío. La gente de Lorca peleó belicosamente este día, y no menos la de Murcia, que se vió bien su valor. El capitán Abidbar,

como no vió ningún alcaide ni capitán de los suyos, se salió de la batalla, y desde un alto miró su ejército, y le vió en mal estado; y volviendo como un león á la batalla, le dijeron unos soldados suyos: «¿qué aguardas? Ya no ha quedado ningún alcaide ni capitán moro: Alabez de Vera está preso.» Oído esto por Abidbar, perdió la esperanza de la victoria, y así mandó tocar á recoger. Oyendo los moros la reseña se retiraron, y mirando por su general, le vieron ir huyendo por la sierra de Aguaderas, y ellos atemorizados le siguieron. Los cristianos les iban en alcance hiriéndolos, que de todos no se escaparon trescientos. Siguiéronlos hasta la fuente del Pulpi, junto á Vera, y este día consiguieron los cristianos una singular victoria. Era día de San Patricio, y Lorca y Murcia le celebran en memoria de la victoria.

Volviéndose los cristianos alegres á Lorca y cargados de despojos, Alonso Fajardo se llevó á su casa al capitán Malique Alabez, y queriendo entrarle preso por un postigo de un huerto, le dijo Alabez: «no soy hombre de baja suerte que he de entrar por ahí, sino por la puerta real de la ciudad;» y porfió tanto, que enojado Fajardo le hirió de muerte. Este fué el fin de aquel capitán y alcaide de Vera. Murieron en la batalla doce alcaides Alabeces, parientes del Alabez de Vera, y dos hermanos suyos, alcaides de Vélez el Blanco y Rubio, y murieron ochocientos moros. De los cristianos murieron cuarenta, y hubo doscientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia muy gozosos con la victoria que nuestro Señor, por la intercesión de su Santísima Madre, les concedió. Volvamos al capitán Abidbar, que fué huyendo de la lid. Como llegó á Granada y el rey supo lo que había pasado, le mandó degollar, porque no murió como caballero en la batalla, pues él fué por caudillo. Sucedió esta batalla reinando en Castilla el rey D. Juan el segundo, y en Granada

Albenozín XVII, como está dicho, el cual reinó ocho años, y fué despojado del reino año de 1453. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo, que se dice desta suerte:

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar,
En calle de los Gomeles,
A la puerta de Abidbar:
El cual es moro valiente,
Y muy fuerte capitán;
Mandó juntar muchos moros
Bien diestros en pelear.
Porque en el campo de Lorca
Se determinan de entrar.
Con él salen tres alcaides,
Aquí los quiero nombrar:
Almoradí de Guadix,
Ese de sangre real;
Abenariz es el otro,
Y de Baza natural;
Y de Vera es Alabez,
De esfuerzo muy singular,
Y en cualquier guerra su gente
Bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera
Para ver lo que harán;
El campo de Cartagena
Acuerdan de saquear.
A Alabez por ser valiente
Le hacen su general;
Otros doce alcaides moros
Con ellos juntado se han.
Van por la fuente del Pulpi,
Por ser secreto lugar,
Y por el puerto, los peones
Por la orilla de la mar.
En campos de Cartagena
Con furor fueron á entrar,
Cautivaron mil cristianos,
Que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros,
Sin nada se les quedar;
El rincón de San Ginés,

Y con ellos el Pinar.

Cuando tuvieron gran presa,
Hacia Vera vuelto se han,
Y en llegando al Puntarón,
Consejo tomado han,

Si pasarían por Lorca,
O si irían por la mar.

Alabez, como es valiente,
Por Lorca quiere pasar.

Por tenerla muy en poco,
Y por hacerla pesar;

Y así con toda su gente
Comenzaron de marchar.

Lorca y Murcia lo supieron,
Luego los van á buscar,

Y el comendador de Aledo
Que Lisón suelen llamar.

Junto de los Alporchones,
Allí los van á alcanzar,

Y el comendador de Aledo
No dejaba de marchar.

Cautivaron un cristiano
Caballero principal,

Al cual llaman Quiñonero,
Que de Lorca es natural.

Alabez, que vió la gente,
Comienza de preguntar:

Quiñonero, Quiñonero,
Dirásme tú la verdad;

Pues eres buen caballero,
No me la quieras negar:

¿Qué pendones son aquellos
Que están en el olivar?

Quiñonero le responde,
Tal respuesta le fué á dar:

Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia son, no más;

Y el comendador Aledo
De valor más singular,

Que de la francesa sangre
Es su prosapia real.

Los caballos traen gordos,
Ganosos de pelear.

Allí respondió Alabez,
Lleno de rabia y pesar:

Pues por gordos que los traigan,
La Rambla no pasarán;
Y si ellos la Rambla pasan,
Alá! y qué mala señal!

Estando en estas razones,
Ha llegado el mariscal,
Y el buen alcaide de Lorca
Con esfuerzo muy sin par.

Aquel alcaide Fajardo,
Valeroso en pelear:
La gente traen valerosa,
No quieren más aguardar.

A los primeros encuentros
La Rambla pasado han,
Y aunque los moros son muchos,
Allí lo pasan muy mal.

Mas el valiente Alabez
Hace gran plaza y lugar;
Tantos cristianos mataba,
Que es dolor de lo mirar.

Los cristianos son valientes,
Nada les puede ganar;
Tantos matan de los moros,
Que era cosa de espantar.

Por la sierra de Aguaderas
Huyendo sale Abidbar
Con trescientos de á caballo,
Que no pudo más sacar.

Fajardo prendió á Alabez
Con esfuerzo singular,
Quitó la cabalgadura,
Que en riqueza no hay su par,

Abidbar llegó á Granada,
Y el rey lo mandó matar.

Este fin es el que tuvo esta sangrienta batalla de los Alporchones: vamos ahora á la cuenta de los reyes moros de Granada. Ya hemos dicho de Albenozín que fué el décimo sétimo, en tiempo del cual pasó la batalla de los Alporchones; éste reinó ocho años y fué despojado del reino año de 1453.

El rey décimo octavo de Granada fué Ismael, y éste le quitó el reino á Albenozín, como está dicho. En

tiempo deste Ismael murió Garcilaso de la Vega en una batalla que los moros tuvieron con los cristianos: reinó este Ismael doce años, y acabó año de 1465.

El décimo noveno rey de Granada se llamó Muley Hazén; otros le llamaron Alborzen: éste fué hijo del susodicho Ismael. En tiempo deste pasaron grandes cosas en Granada y su vega; tuvo un hijo llamado Boabdilín, y tuvo, según cuenta el Arábigo, otro hijo bastardo llamado Muza. Este le hubo en una cristiana cautiva; tuvo un hermano llamado Boabdilín, así como el hijo del rey. Este infante era muy querido de los caballeros de Granada, y muchos, por estar mal con el rey su padre, le alzaron por rey de Granada, por lo cual le llamaron el rey Chiquito. Otros caballeros siguieron la parte del rey, de manera que en Granada había dos reyes, padre é hijo, y cada día había muy grandes bandos entre los dos reyes, por donde sucedían muchas muertes: unas veces amigos, otras enemigos. Desta suerte se gobernaba el reino, y no por eso se dejaba de continuar la guerra contra cristianos.

Este rey, padre del rey Chico, estaba siempre en el Alhambra, y el Chico en el Albaizín, y ausente el uno mandaba y gobernaba el otro; mas el rey viejo fué el que adornó é hizo muy magníficas las cosas de Granada, é hizo grandes y soberbios edificios, por ser muy rico. Mandó labrar de todo punto la famosa Alhambra, fábrica muy costosa; hizo la famosa Torre de Comares; y el cuarto de los Leones llamóse así, porque en medio dél, que es largo y ancho, hay una fuente de doce leones de alabastro, riquísimamente obrada. Todo el cuarto está solado de muy lucidos azulejos, labrado á lo moro. Asimismo hizo este rey muchos estanques de agua en la misma Alhambra, y los aljibes del agua tan nombrados. Hizo la torre de la Campana, de la cual se descubre toda la ciudad de Granada y su vega. Hizo un maravilloso bosque junto del Alhambra, debajo de los

miradores de la misma casa real, donde hoy se parecen muchos venados y conejos. Mandó labrar los Alijares de oro azul de mazonería, á lo moro. Era tan costosa esta obra, que el artífice que la labraba ganaba cada día cien doblas. Mandó hacer encima del cerro de Santa Elena, que así se nombra hoy aquel cerro, una casa de placer muy rica. Hizo la casa de las gallinas á propósito de aquel menester. Orilla de Genil tenía este rey, encima del río Darro, un jardín muy deleitoso, llamado Generalife, en el cual hay diversidad de frutas, fuentes de alabastro, bien obradas plazas, y calles hechas de menudos arrayanes. Hay labrada una muy rica casa con muchas salas, aposentos, balcones y ventanas doradas, y en la sala principal retratados por grandes pintores todos los reyes moros de Granada hasta su tiempo, y en otra sala todas las batallas que había tenido con los cristianos; todo tan al vivo, que era cosa admirable. Por estas obras y otras tales que había hecho en la ciudad de Granada, adornadas de tanta perfección, hizo el rey D. Juan el primero aquella pregunta al moro Abenámár el Viejo, estando en el río Genil, que dice así:

Abenámár, Abenámár,
 Moro de la morería,
 El día que tú naciste
 Grandes señales había.
 Estaba la mar en calma,
 La luna estaba crecida:
 Moro que en tal signo nace
 No debe decir mentira.
 Allí respondiera el moro,
 Bien oiréis lo que decía:
 No te la diré, señor,
 Aunque me cueste la vida,
 Porque soy hijo de un moro,
 Y una cristiana cautiva:
 Siendo yo niño, y muchacho,
 Mi madre me lo decía,
 Que mentira no dijese,
 Que era grande villanía;

Por tanto, pregunta, rey,
Que la verdad te diría.

Yo te agradezco, Abenámar,
Aquesta tu cortesía:

¿Qué castillos son aquéllos?
Altos son, y relucían.

El Alhambra era, señor,
Y la otra la Mezquita;
Los otros los Alijares,
Labrados á maravilla.

El moro que los labraba
Cien doblas ganaba al día;
El día que no labraba,
Otras tantas se perdía.

El otro es Generalife,
Huerta que par no tenía;
El otro Torres-Bermejas,
Castillo de gran valía.

Allí habló el rey don Juan,
Bien oiréis lo que decía:
Si tu quisieses, Granada,
Contigo me casaría;

Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla.

Casada soy, rey don Juan,
Viuda no lo sería;
El moro que aquí me tiene
Muy grande bien me quería.

Mostraban tanta suuntuosidad y fortaleza los edificios de Granada y Alhambra, que admiraba, y hoy son fortísimos. Estaba tan rico, próspero y bien afortunado el rey Mulahazen, que en las morismas no había otro tan poderoso, fuera del gran turco, si la fortuna no le derribara del trono en que estaba, como adelante se dirá. Era servido de caballeros de mucha estima y de sangre real; porque había en Granada treinta y dos linajes de caballeros moros, sin otros muchos poderosos, descendientes de aquellos nobles de Africa que ganaron á España. Y porque será justo nombrarlos á todos, y de qué reinos y provincias eran naturales, se dirá todo por extenso.

CAPÍTULO III

En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linajes, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada.

Ya que hemos tratado de algunas de las cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios, diremos de los preciados caballeros que en ella vivían, y de las villas, lugares, castillos y ciudades que estaban sujetos á la real corona de Granada; para lo cual comenzaremos por los caballeros, desta manera nombrados por sus nombres: Almoradíes, de Marruecos; Alabeces, alarbes; Bencerrajes, *idem*; Alfaquíes, de Fez; Gazules, alarbes; Barragis, de Fez; Venegas, de *idem*; Zegríes, de *idem*; Mazas, de *idem*; Gomeles, de Vélez de la Gomera; Abencerrajes, de Marruecos; Albayaldos, de *idem*; Abenamares de *idem*; Aliatares, de *idem*; Almadenes, de Fez; Audalas, de Marruecos; Hacenes, de Fez; Laugeres, de *idem*; Azarques, de *idem*; Alarifas, de Vélez de la Gomera; Abenhamines, de Marruecos; Zulemas, de *idem*; Sarracinos, de *idem*; Mofarix, de Tremecén; Abedhoares, de *idem*; Almanzores, de Fez; Abidbares, de *idem*; Alhamares, de Marruecos; Reduanes, de *idem*; Aldoradines, de *idem*; Alabeces Maliques, de Marruecos; descendientes del Almohabez Malique, rey de Cuco.

Los lugares del reino y vega de Granada son éstos: Granada, Cogollos, Alfacar, Colomera, Alhedín, los Padules, Gabia la Grande, Iznalloz, Maracena, Alhabia, Gabia la Chica, la Zubia, Alhama, Arbolote, Moclín,

Illora, Loja y Lora, Monte-frío, Guadahortuna, la Malá, Pinos, Alcalá Real, Cardela, Huelma.

Los lugares de Baza son: Baza, Bezalema, Castilleja, Galera, Vélez el Blanco, Tirieza, Zújar, Crastil, Huéscar, Cuéllar, Vélez el Rubio, Freila, Benamanuel, Orze, Cavillas, Jiquena, Tirieza.

Los del río Almanzor son: Serón, Almuñécar, Urraca, Bertanga, Ería, Santoperat, Portilla, Cabrera, Sorbas, Alboteas, Serna, Tíjola, Purchena, Mojar, Abenchez, Zucuyrín, Guércal, Tera, Teresa, Lobrín, Portaloza, Cebro, Bayarque, Vicir, Turre, Cantaria, Ovaria, las Cuevas, Zurgena, Antes, Elvez, Uleya del Campo.

Los lugares de Filabres son: Filabres, Jergal, Vacares, el Voloduy, Sierro.

Los lugares del río de Almería son: Almería, Vicar, Tenix, Guércal, Fénix, Pichona, Alhamalasec, Santa Cruz, Turpe, Rioja, Ragul, Meles, Cucija, Ochovez, Santa Fe, Ilar, Efición, Marcena, Guenlejas, Almanea-ta, Abiatar, Lacumque, Catiyar.

Tabla de Andújar y Oxica: Castillo del Hierro, Velote el Alto, Inoa, Alcundiat, Berja, Veas, la Calahorra, Curiana, Canile-aceytu, Lanjarón, Valor el Chico, Tabernas, Guadix, la Poza, Fiñana, Dalias, Murrar, Cadiar, Potrox, Turón, las Albuñuelas, Guajaras Altas, Guajaras Bajas.

Estos y otros muchos lugares de las Alpujarras, Sierra-Bermeja y Ronda, que no hay para qué nombrarlos, estaban debajo de la real corona de Granada. Y pues hemos tratado de los lugares, será bien tratar de los caballeros moros, Maliques Alabeces, el cual linaje era muy estimado y tenido de los reyes de Granada y de todos; y es de saber que como Miramamolín el de Marruecos convocase á todos los reyes de Africa para ir á España, cuando totalmente fué destruída hasta las Asturias, vino un rey llamado Abderiame, y éste trajo tres mil hombres de pelea: vino otro llamado Mu-

ley Abcali, y en su compañía otros veinte y cinco reyes moros, los cuales trajeron grande poder de gente, y entre estos reyes vino uno llamado Mahomad Malique Almohabez, cuyo era el gran reino de Cuco, y traía consigo tres hijos valerosos, llamados Maliques Almohabeces, todos los cuales reyes y sus vasallos conquistaron á España. Y en aquella gran batalla en que se perdió el rey D. Rodrigo y la flor de los caballeros de España, á manos del infante D. Sancho murió el rey Malique Almohabez, y sus tres hijos anduvieron en las guerras, todos los ocho años que duraron, hasta que se apoderaron los moros de casi toda España. Y acabada la guerra, el mayor de los hermanos pasó á Africa, rico de despojos, al reino de su padre, do fué rey, y los hijos deste fueron reyes de Fez y Marruecos, y uno de los reyes de Fez tuvo uno llamado el infante Abomelique, el cual pasó á España en tiempo que los reyes de Castilla tenían guerra con los reyes de Granada.

Fué Abomelique rey de las Algeciras, Ronda y Gibraltar, respecto á que fué ayudado de sus parientes, porque habían quedado en la ciudad de Granada, descendientes de aquellos hijos del valiente rey Almohabez, que, como arriba es dicho, uno se volvió á su tierra y reino, y los otros dos se quedaron en Granada, por parecerles la tierra muy amena y agradable; y quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España. Fuéronles dadas grandes partes y haciendas en Granada: sabiendo cúyos hijos eran, especialmente por el valor de sus personas, que era muy grande, emparentaron con otros claros linajes de la ciudad, que se decían los Almoradines; sirvieron á sus reyes muy bien en todas las ocasiones que se les ofrecieron. Y así éstos y los Abencerrajes eran los más esclarecidos y tenidos linajes, aunque también había otros tan buenos como ellos, como eran los Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Almoradí, Almohades, Marines y Gazules, y otros mu-

chos. Finalmente, con el favor destes caballeros Maliques Alabeces, que así fueron llamados, el infante Abomelique de Marruecos alcanzó en el reino de Granada á ser rey de Ronda, de las Algeciras y Gibraltar, como está dicho.

Volviendo, pues, al propósito de nuestra historia, como dice el Arábigo, el rey de Granada Mulahacen, de quien ahora tratamos, se servía de los caballeros más principales de la ciudad, con los cuales tenía su corte próspera, y sus tierras pacíficas, y hacía guerra á los cristianos, y era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboabdili fué grande, y entre él y el padre hubo grandes diferencias, y el hijo fué alzado por rey en favor de los caballeros de Granada, que estaban mal con su padre, por ver los agravios que dél habían recibido: otros seguían la parte del padre. De aquesta manera andaban las cosas de la ciudad y reino de Granada, y no por eso dejaba de estar en su punto, siendo bien gobernada y regida; y es de saber que de los treinta y dos linajes de caballeros que había en Granada, los que sustentaban la corte eran los que aquí nombraremos, porque hace mucho al caso á nuestra historia, así como lo escribe el moro Abenhamin, historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los moros en España; pero este Abenhamin tuvo cuidado de recoger los papeles y escrituras que trataban de Granada, y su fundación primera y segunda; y los caballeros que más se estimaban en Granada eran los siguientes: Alhamares, Abencerrajes, Llegas, Abenamares, Almoradís, Gomeles, Mazas, Gazules, Alabeces, Venegas, Zegríes.

Los caballeros Abencerrajes eran muy estimados, por ser de esclarecido linaje, descendientes de aquel valeroso capitán Abencerraje, que vino con Muza en tiempo de la gran derrota de España; deste y de dos hermanos suyos descendieron estos caballeros Abencerrajes de sangre real. Hallaránse los hechos destes in-

signes caballeros en las crónicas de los reyes de Castilla, á las cuales me remito. Los que tenían mayor amistad con estos caballeros eran los Maliques Alabeces y el valiente Muza, hijo bastardo del rey Mulahacen. Era Muza muy valiente y robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazón había en Granada muchas fiestas, á causa de haber recibido la corona el rey Chico, aunque contra la voluntad de su padre, el cual vivía en el Alhambra, y el rey Chico en el Albaizín y Alcazaba, visitándole los caballeros más principales, por quien había recibido la corona, así Abencerrajes como Gomeles y Mazas. Pasando estas cosas, el muy valeroso maestro de Calatrava D. Rodrigo Téllez Girón, con mucha gente de á caballo y de á pie, entró á correr la vega de Granada, y hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si había en Granada algún caballero que con él quisiese escaramucear lanza por lanza; y sabiendo cómo en Granada hacían fiestas por la nueva elección del rey Chico, acordó de enviar un escudero con una letra suya al rey, el cual estaba en Generalife, holgándose con muchos caballeros, y en llegando el escudero pidió licencia, y dióselas; y siendo en presencia del rey hizo el acatamiento debido, y dió el recado de su señor el maestro. Él lo recibió y lo hizo leer alto que todos lo entendiesen, y decía así:

«Poderoso señor: tu Alteza goce la nueva corona que por tu valor se te ha dado, con el próspero fin que deseas. De mi parte he sentido gran contento, aunque diversos en leyes; mas confiado en la grande misericordia de Dios, que al fin tú y los tuyos vendréis al conocimiento de la santa fe de Jesucristo, y querrás amistad con los cristianos. Y pues ahora hay tantas fiestas por tu nueva corona, es justo que los caballeros de tu corte se alegren y reciban placer, probando sus personas con el valor que dellos por el mundo se pu-

blica. Y así por este respecto yo y mi gente hemos entrado en la vega, y la hemos corrido; y si acaso alguno de los tuyos quisiere salir al campo á tener escaramuza uno á uno, déles tu Alteza licencia para ello, que aquí aguardo en el Fresno gordo, cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro que de los míos no saldrán más de aquellos que salieren de Granada para escaramucear. Cesó besando tus reales manos.—*El maestre don Rodrigo Téllez Girón.*»

Leída la carta, el rey con alegre semblante miró á todos sus caballeros, y viólos andar alborotados y con deseo de salir á la escaramuza, pretendiendo cada uno dellos la empresa; y el rey, como los vió así andar, mandó que se sosegasen, y preguntó si era justo salir á la escaramuza que el maestre pedía, y todos respondieron que era cosa muy justa salir, porque haciendo lo contrario, serían reputados por caballeros de poco valor y muy cobardes, y sobre ello hubo muchos pareceres, sobre quién saldría á la escaramuza, ó cuántos; y fué acordado que no fuese aquel día más que uno á uno á la escaramuza, que después saldrían más; y sobre quién había de salir hubo muchas y grandes diferencias entre todos, de modo que fué necesario que entrasen en suerte doce caballeros, y que del que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Así acordado, los que fueron escritos para las suertes fueron los caballeros siguientes: Mahomad Abencerraje, el valiente Muza, Malique Alabez, Mahomad Maza, Mahomad Almoradí, Albayaldos, Venegas Mahomet, Abenámar, Mahomad Gomel, Almadán, Mahomad Zegrí, el valiente Gazul.

Todos estos caballeros fueron señalados, y escritos sus nombres y echados en una vasija, los revolvieron muy bien, y la reina sacó la suerte, y leída decía *Muza*. La alegría que sintió fué grande, y los demás caballeros envidia, porque cada uno dellos se holgara en ex-

tremo ser el de la suerte, por probar el valor y esfuerzo del maestro. Y aunque después desto entre todos los caballeros fué conferido y debatido que mējor fuera salir cuatro á cuatro, ó seis á seis, no se pudo aceptar con Muza; y así luego se escribió al maestro una carta, y dándosela al escudero en respuesta de la que había traído, le enviaron; y llegando á la presencia del maestro, le dió la carta del rey Chico, que decía así:

«Valeroso maestro: muy bien se muestra en tu virtud la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu bondad pudiera salir el parabién de mi elección y real corona, lo cual me ha puesto en obligación de acudir á todo lo que á la amistad de un verdadero amigo se debe tener; y así me obligo á todo aquello que de mí y de mi reino hubieres menester. Con muy comedidas razones envías á pedir á mis caballeros escaramuza en la Vega, por alegrar mi fiesta, lo cual agradezco grandemente. Entre los principales caballeros desta corte se echaron suertes por quitar diferencias, á causa de que cada uno quisiera verse contigo; cayóle la suerte á mi hermano Muza: mañana se verá contigo debajo de tu palabra, que de ninguno de los tuyos será ofendido. Conocido tengo que será muy de ver la escaramuza, por ser entre dos tan buenos caballeros. Queda aquí para lo que cumplieres.—*Audalá, rey de Granada.*»

Alegre fué el maestro con la respuesta del rey, y aquella noche se retiró gran trecho tierra adentro: mandó á su gente que estuviese con cuidado y vigilancia toda la noche, porque los moros no les diesen algún asalto. Venida la mañana se acercó á la ciudad, llevando para su guarda cincuenta caballeros, y dejando el resto gran trecho apartado, avisándoles que estuviesen alistados por si los moros rompían la palabra de seguro que estaba dada: así estuvo aguardando á Muza para hacer con él batalla.

CAPÍTULO IV

Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestro, y de otras cosas que también pasaron.

Así como el mensajero del valeroso maestro partió con la carta aceptando el desafío, el rey y todos los caballeros quedaron tratando de él y de otras cosas. La reina y las damas no holgaron del desafío, porque sabían bien que el valor del maestro era grande, y muy diestro en las armas, y á quien más pesó deste desafío fué á la hermosa y discreta Fátima, del linaje Zegrí, que amaba de secreto mucho á Muza; pero él adoraba á la hermosa Daraja, hija de Mahomet Alabez, y hacía en su servicio señaladas cosas; mas Daraja no amaba á Muza, porque tenía todo su amor puesto en Abenjamar, caballero Abencerraje de mucho valor: el Abencerraje amaba á la hermosa Daraja, y la servía. Volviendo, pues, á Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la batalla que había de hacer, y la Fátima le envió con un paje suyo un rico pendoncillo para la lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado con riquísimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF, que declaraban el nombre de Fátima. El paje le dió á Muza diciendo: «valeroso señor, Fátima, mi señora, os besa la mano, y os suplica pongáis en vuestra lanza este pendoncillo en su servicio, porque será muy contenta si lo lleváis á la batalla.» Muza tomó el pendoncillo, mostrando muy buen semblante, porque era para con las damas cortés, aunque él más quisiera que fuera de Daraja; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió, diciendo al paje: «amigo, di á la hermosa Fátima que tengo en muy grande merced y favor el

pendoncillo que me envía, aunque en mí no haya méritos para prenda de tan hermosa dama, y que Alá me dé gracia para que la pueda servir, y que la prometo de ponerle en mi lanza, y de entrar con él en la batalla, porque sé que con tal prenda, y enviada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte.» El paje fué muy contento, y en llegando á Fátima le dijo todo lo que con el valiente Muza había pasado, que no fué poca alegría para Fátima.

Pues el alba no había bien rompido, cuando Muza ya estaba aderezado de todo punto para salir al campo; y dando dello aviso al rey, se levantó y mandó que tocasen las trompetas y clarines, al son de los cuales se juntaron muchos caballeros, sabiendo ya la ocasión dello. El rey se aderezó aquel día muy galán: llevaba una marlota de tela de oro, tan rica, que no tenía precio, con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos reyes las pudieran tener tales. Mandó el rey que saliesen doscientos caballeros muy bien alistados, para pelear por la seguridad de su hermano Muza. Aun no eran los rayos del sol bien tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Biealmazón, llevando á su lado á Muza, y con él los caballeros: iban tan gallardos que era muy de ver. No menos parecer y gallardía llevaban los demás caballeros de pelea, y parecían tan bien con sus adargas blancas, lanzas y pendoncillos, con tantas divisas y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por capitán de la gente de guerra Mahoma Alabez, gallardo y valiente caballero, y muy galán y enamorado de una dama llamada Cobayda. Llevaba este valiente moro un listón morado en su adarga, y en él por divisa una corona de oro, y una letra que decia: *De mi sangre*, dando á entender que venía de aquel valeroso rey Almohabez, que murió á manos del infante D. Sancho; y la misma divisa llevaba el gallardo moro en su pendoncillo.

Así salieron estas dos cuadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso maestro con sus cincuenta caballeros aguardando, no menos aderezados que la contraria parte. Luego como llegó el rey, tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del maestro. Después de haberse mirado los unos á los otros, el valeroso Muza no veía la hora de verse con el maestro, y pidiendo licencia á su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que tenía. Llevaba el bravo moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubón de armar, una muy fina cota que llaman jacerina, y encima un peto fuerte, aforrado en terciopelo verde; sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrado con oro, y por ellas sembradas muchas DD de oro, hechas en arábigo. Esta letra llevaba el moro por ser principio del nombre de Daraja, á quien él tanto amaba. El bonete era verde con ramos de oro labrado, y lazadas con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un listón verde, y en el medio una cifra; y era una mano de una doncella, que apretaba con ella un corazón, del que salían gotas de sangre, con una letra que decía: *Más merece*. Iba tan gallardo el valiente Muza, que cualquiera que le miraba quedaba aficionado á las galas.

El maestro echó de ver luego que aquél era con quien había de escaramucear, y mandó á todos sus caballeros que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad, y fuése poco á poco hacia donde venía el gallardo Muza. Iba el maestro bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una cruz roja, la cual señal también llevaba en el pecho. El caballo era bueno, rucio rodado. Llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la cruz roja, y debajo della una letra que decía: *Por ésta y por mi rey*.

Parecía tan bien, que en verle daba contento, y cuando el rey le vió dijo á los que con él estaban: «no sin causa este caballero tiene gran fama, porque en su talle y buena disposición muestra el valor de su persona.»

Llegaron los dos valientes caballeros cerca el uno del otro, y después de haberse mirado muy bien, el que primero habló fué Muza: «por cierto, valeroso caballero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos el que la fama publica; y así digo que vuestro rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado caballero como vos sois; y por la fama que el mundo tiene de vos, yo me tengo por muy dichoso de entrar con vos en batalla; porque si Alá quisiese que alcanzase victoria de tan buen caballero, todas las glorias dél serían mías, que no poca honra y gloria sería para mí y para todo mi linaje; y si yo quedare vencido, no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen caballero.» Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, á las cuales respondió el valeroso maestre con mucha cortesía, diciendo: «por un recado que ayer recibí del rey sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga que la que decís de mí, y que sois su hermano, descendiente de aquel esforzado y antiguo capitán Muza, que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y así estimo tener con vos batalla; y pues cada uno de su parte desea la gloria y honra della, vengamos á ponerlas en ejecución, dejando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos á que se nos haga más tarde.» El gallardo moro, que oyó aquellas razones al maestre, se sintió avergonzado por haber dilatado tanto tiempo la escaramuza, y sin responder palabra alguna, con mucha presteza rodeó su caballo, y apretándose el bonete en la cabeza, debajo del cual llevaba un muy fino y acerado casco, se apartó un gran trecho, y lo mismo había hecho el maestre.

A este tiempo la reina y todas sus damas estaban

puestas en las torres del Alhambra. para desde allí mirar la fuerte escaramuza. Fátima estaba junto á la reina, juntamente con sus damas, ricamente vestida de damasco verde y morado, y era del propio color del pendoncillo que le había enviado al valiente Muza: tenía por toda la ropa sembradas muchas MM griegas, por ser la primera letra de su amante Muza. El rey, como vió apartados á los caballeros, y que aguardaban la señal de batalla, mandó tocar sus clarines, á los cuales respondieron las trompetas del maestro. Siendo la señal hecha, arremetieron los caballeros el uno para el otro con tan grande furia y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron; mas ninguno perdió la silla, ni hizo mudanza alguna; las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fué falseada, y el hierro de la lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte della, y pasó en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Muza pasó el escudo al maestro, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que á no serlo fuera herido. Los caballeros sacaron las lanzas, y con grande destreza comenzaron á escaramucear, rodeándose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el caballo del maestro, no era ligero como el del moro, á cuya causa no podía dar golpe á gusto, por andar Muza tan ligero; y así entraba y salía con velocidad el moro, dándole algunos golpes al maestro, el cual, como vió la ligereza del caballo del contrario, acordó, fiando en la fortaleza de su brazo, de tirarle la lanza, y aguardó á que el moro le entrase, y viéndole cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estribos, y con fortaleza jamás vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtarle el cuerpo, y revolvió la rienda al caballo por huir del golpe; pero no lo hizo tan á su salvo, que llegando primero la lanza del maestro, le pasó el cuerpo al caballo; alborotóse saltando, dando vueltas y empinándose, y dando grandes corcovos; y visto por

el moro, temiendo no le viniese algún daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado ánimo se fué al maestro para desjarretar el suyo, y dél entendido, saltó tan ligero como el viento; y embrazando el escudo, la espada desnuda, se fué á Muza, el cual venía lleno de cólera y saña contra él, por haberle herido tan mal su caballo; y con una cimitarra fué á herir al maestro, el cual le ofendía bien y le maltrataba; peleando á pie, y cerca el uno del otro, se daban tan recios y desafortados golpes, que no bastaba fuerza de los escudos y de las armas, que con la fortaleza de sus brazos no se deshiciese y rompiese; y como el valeroso maestro era muy diestro y cursado en las armas, y más fuerte que Muza, puesto que el moro era valiente y de animoso corazón, quiso mostrar dónde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre la cimitarra de Muza, fué al reparo, y el maestro con muy gran presteza le hirió en la cabeza sin poderlo remediar el gallardo moro: cortóle con la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo, y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida más peligrosa, y quedó Muza casi aturdido del golpe; y viendo cuán á maltratar le traía el maestro, volviendo en sí, acudió con su cimitarra con destreza, y descargó un golpe muy recio. El maestro lo recibió en el escudo, el cual fué cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la loriga, y le alcanzó á herir de una pequeña herida en el brazo, de la cual le salía mucha sangre, y fué causa de que el maestro se encendiese en cólera y saña, y queriendo vengarse, acometió con un golpe á Muza en la cabeza, el cual con presteza fué al reparo porque no le hiriera. El maestro, viendo que acudió al reparo, bajó la espada, y de revés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la loriga que llevaba encima, para que no entrase la espada del maestro. De aquella suerte andaban los valerosos ca-

balleros muy encarnizados, dándose muy grandes y fieros golpes.

Quien mirara á la hermosa Fátima, conociera claro que amaba á Muza; porque así como vió el bravo golpe que el maestro dió á su amante y querido Muza, del cual le derribó el bonete y penacho, temió quedaba mal herido; y viendo el caballo muerto, no lo podía sufrir, y así de todo punto perdió su color con un desmayo cruel que le dió, y cayó sin sentido en el suelo. La reina mandó que la echasen agua en el rostro, y echándose la volvió en sí, y abriendo los ojos dió un suspiro, diciendo: «¡oh Mahoma! ¿por qué no te dueles de mí?» Y tornándose á amortecer, la mandó la reina llevar á su aposento y que la regalasen. Jarifa, Daraja y Cobayda la llevaron con mucha presteza, haciendo muchos remedios, hasta que la bella mora volvió en sí, y les dijo á Daraja y á Jarifa que la dejasen sola, porque quería reposar un poco. Estas lo hicieron así, y se tornaron adonde estaba la reina mirando la escaramuza, que á la sazón estaba más encendida, pero manifiesta en la ventaja que el maestro llevaba á Muza, por ser más diestro en las armas; puesto que Muza era de grande esfuerzo y valor, y no mostró jamás punto de cobardía, y más en aquella ocasión, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al maestro.

Al moro le salía mucha sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentía bien la falta della, y estaba desfallecido y débil; lo cual visto por el maestro, considerando que aquel moro era hermano del rey de Granada, y que era también muy estimado, y deseando también con muchas veras que fuese cristiano, y que siéndolo, le podría ganar algo en los negocios de la guerra en provecho del rey D. Fernando, determinó con todo cuidado no proseguir la sangrienta batalla, y de tener amistad verdadera con el valiente Muza; y así luego se fué retirando afuera,

diciendo: «valeroso Muza, paréceme que para negocios de fiestas hacer tan sangrienta batalla como la que hacemos, no es justo; démosle fin, si te pareciere, que á ello me mueve ser tú tan buen caballero, y hermano del rey, de quien tengo ofrecidas mercedes; y no digo esto porque de mi parte sienta haber perdido nada del campo ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor.» Muza, que vió retirar al maestro, se maravilló, y también se retiró diciendo: «claramente se deja entender, valeroso maestro, que te retiras, y no quieres fenecer la batalla, por verme en tal estado, que della no podía yo sacar sino la muerte; y movido tú de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la cual reconozco me haces merced. Y también digo que si tu voluntad fuere que nuestra lid fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir, con lo cual cumpliré á lo que debo á ley de caballero; mas si, como dices, lo haces por respeto de mi amistad, te lo agradezco infinito, y lo tengo á grande merced, por tener amistad con un tan singular caballero como tú, y prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora ni en tiempo alguno, sino en cuanto fuere mi poder servirte.» Y diciendo esto, dejó la cimitarra de la mano, y se fué á abrazar al maestro, y él hizo lo mismo con mucho amor, y entendió de cierto el maestro que de aquella amistad había de resultar muy gran bien á los cristianos. El rey y los demás que estaban mirando la batalla se maravillaron mucho, y no podían entender qué podía ser; y venido á entender el caso y la amistad, el rey con seis caballeros se llegó á hablar al maestro, y después de haber tratado cosas de muy grandes cortesías, sabiendo la amistad del maestro y de su hermano, aunque no se holgó mucho, dió orden de volver á la ciudad, porque Muza fuese curado, que lo había bien menester. Y así se partieron los dos caballeros, llevando la amistad

en sus corazones muy fija y sellada. Este es el fin que tuvo la batalla.

Vuelto el rey á Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que della procedió, y de la virtud, bondad y valor del maestro; y con razón, porque era adornado de todo. Y por él se dijo aquel romance, que dice:

¡Ay, Dios, qué buen caballero
Es el maestro de Caltrava,
Y cuán bien corren los moros
Por la Vega de Granada!
Desde la fuente del Pino
Hasta la Sierra-Nevada,
Y en esas puertas de Elvira,
Mete el puñal y la lanza;
Las puertas eran de hierro,
De parte á parte las pasa.

Siendo fenecida la batalla del maestro y de Muza, desamparando la vega el maestro, se fué con las presas que habían hecho él y su gente. Volvamos ahora á lo que pasó en Granada, después que el rey entró en ella y sanó Muza de las heridas, que pasó más de un mes.

CAPÍTULO V

Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerraje, y de lo que pasó.

Grande fué la reputación que cobró Muza de valiente caballero, pues no quedó del maestro vencido, como lo habían sido otros valientes caballeros, á quien había vencido y muerto por sus manos. Entró Muza en Granada al lado del rey su hermano, acompañado de todos los caballeros más principales de la ciudad. Entraron por la puerta Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las damas le salían á mirar, y otras muchas gentes ocupaban las ventanas, que era cosa de ver. Desta suerte fueron hasta la Alhambra, donde fué Muza curado por un gran maestro, y estuvo casi un mes en sanar; después de sano fué á besar las manos al rey, el cual tuvo con su vista mucho contento, y asimismo todos los demás caballeros y damas de la corte; y quien más con su vista se alegró fué la hermosa Fátima, porque le amaba mucho, aunque él no la pagaba su amor. La reina le hizo sentar junto á sí, y le preguntó cómo se sentía, y qué le había parecido el esfuerzo del maestro. Muza le respondió: «señora, el valor del maestro es en demasía muy grande, y me hizo merced que la batalla no pasase adelante, por excusar el daño notable que estaba de mi parte, que era manifiesto; y juro por Mahoma que en lo que yo pudiere le tengo de servir.— Mahoma le confunda, respondió Fátima, que en tal sobresalto nos puso á todos, y especialmente á mí,

que como vi que de un golpe que os dió os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y, faltándome de todo punto el aliento, me caí amortecida en el suelo.» Fátima dijo esto, encendiendo todo su rostro en color, de suerte que todos echaron de ver que amaba al gallardo y valiente moro, el cual respondió: «mucho me pesa que tan hermosa dama viniese á tal extremo por mi causa;» y diciendo esto, volvió los ojos á Daraja, mirándola aficionadamente, dándola á entender que la amaba de corazón; pero ella se estuvo con los ojos bajos, y sin hacer mudamiento.

Llegada la hora de comer, el rey se sentó con sus caballeros á la mesa, porque en comiendo había de haber gran fiesta y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el rey los caballeros más principales, y eran cuatro caballeros Bencerrajes, cuatro Almoradíes, dos Alhamares, ocho Gomeles, seis Alabeces, doce Abencerrajes, y algunos Almoradines, Abenámar y Muza. Eran estos caballeros de grande estima, y por su valor les daba el rey su mesa. Asimismo con la reina comían muy hermosas damas y de buenos linajes, las cuales eran Daraja, Jarifa, Cobayda, Zaida, Sarracina y Alborayda: todas eran de la flor de Granada. También estaba la hermosa Galiana, hija del alcaide de Almería, que había venido á las fiestas, y era parienta de la reina. Andaba enamorado de la hermosa Galiana el valiente Abenámar, y por ella había hecho muchos juegos y escaramuzas, y por él se dijo este romance:

En las guerras de Almería
Estaba el moro Abenámar,
Frontero de los palacios
De la mora Galiana.

Por arrimo un albornoz,
Y por alfombra su adarga;
La lanza llana en el suelo,
Que es mucho allanar su lanza.

En el arzón puesto el freno,
Y con las cuerdas trabada
La yegua entre dos linderos,
Porque no se pierda, y paza.

Este romance lo dicen de otra manera, diciendo: *Galiana está en Toledo*, y es falso, porque la Galiana de Toledo fué mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente deste de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del rey D. Juan, pues en tiempo de aquestos era Toledo de cristianos, y así queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fué en tiempo de Carlos Martel, y fué robada de Toledo y llevada á Marsella por Carlos. Esta Galiana, de quien ahora tratamos, era de Almería, y por ella se dice el romance y no por la otra; y este Abenámar era nieto del otro Abenámar.

Volviendo, pues, á nuestro caso, el rey con sus caballeros, y la reina con todas sus damas, comían con gran contento al son de muchas y diversas músicas, así de ministriles, como dulzainas, arpas y laúdes que en la real sala había. Hablando el rey y los caballeros sobre algunas cosas, en especial de la batalla del maestro y de Muza, y del gran valor del maestro y de su cortesía, que era muy grande, de lo cual le pesaba al moro Albayaldos, que sentía mucho el no haberse acabado la escaramuza, porque le parecía que no era tanto el valor del maestro como la fama publicaba, y que si peleara en lugar de Muza había de alcanzar victoria del maestro; por lo cual propuso en sí que la primera vez que entrase en la Vega le había de pedir campo, por ver si lo que se decía era así. Las damas también trataban de la escaramuza pasada, y del grande esfuerzo del valiente Muza, y de su donaire. Abenhamet no quitaba los ojos de Daraja, á quien amaba en extremo, y no era mal correspondido en su fe, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, y porque en extremo era galán y valiente, temido y muy estimado, y alguacil mayor

en Granada; que este cargo y oficio no se daba sino á persona de mucha estima, y nunca salía este oficio de los caballeros Abencerrajes, como se verá en los compendios de Esteban Garibay, y Camalao, cronista de los reyes cristianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del maestro de Calatrava, no menos lo tenía su primo Aliatar, que se preciaba de valiente, y holgara ver si era así lo que se decía del maestro. El valiente Muza ya no trataba desto, sino de tener por amigo al maestro, y más se entretenía en mirar á Daraja que en las otras cosas; y tanto se embebecía en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza á Daraja, y pesóle grandemente, porque también él la amaba de secreto, y muchas veces le había descubierto su corazón, aunque no daba ella atento oído á sus querellas ni palabras, ni hacía caudal de lo que decía el rey. También Mahomad Zegrí miraba á Daraja: éste era caballero de mucha calidad, y sabía que Muza la servía, pero no por eso desistía de su propósito, de lo cual no se le daba á Daraja nada, por tener puestos los ojos en Abenhamet, caballero Abencerraje, gallardo y estimado.

La reina trataba con sus damas cosas de los caballeros y sus bizarrías, y entre todos, los Abencerrajes y Alabeces, los cuales linajes eran deudos. Estando la reina hablando con sus damas, habiendo acabado de comer el rey y los demás caballeros, y habiéndose comenzado algunas danzas entre damas y caballeros, llegó un paje de parte de Muza, é hincando las rodillas en el suelo, le dió á Daraja un ramo de flores y rosas, diciendo: «hermosa Daraja, mi señor Muza os besa las manos, y os suplica recibáis este ramillete que él mismo hizo y compuso por su mano, para que os sirváis de tenerlo en la vuestra; y que no miréis el poco valor del ramillete, sino la voluntad del que os lo envía, que entre

estas flores viene estampado su corazón para que lo toméis en vuestras manos.» Daraja miró á la reina, y se puso muy colorada, sin saber si lo tomaría ó no; y visto que la reina la miró, y no le dijo cosa alguna, tomó el ramillete, por no ser demasiadamente descortés ni ingrata á Muza, por ser buen caballero y hermano del rey, considerando que por tomar el ramo no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerraje, el cual vió bien cómo lo tomó, diciéndole al paje que ella le agradecía mucho el presente. Quien mirara á Fátima entendiera bien lo mucho que le pesó, porque nunca él la había enviado ramillete; pero procuró disimular, y llegándose á Daraja, la dijo: «no podéis negar que Muza es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha enviado este ramillete; y pues vos lo recibisteis, es argumento que le queréis bien.» Casi afrentada Daraja de aquello, la respondió: «amiga Fátima, no os maravilléis si recibí el ramo, que no lo tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata en presencia de todos los caballeros y damas de la sala; que si no pareciera mal, lo hiciera mil pedazos.» Con esto dejaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el rey que danzasen las damas y caballeros, lo cual fué hecho, y Abenámbar danzó con Galiana; Malique Alabez con su dama Cobayda, y muy bien, por ser extremada en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Jarifa, y Venegas con la bella Fátima; Almoradí, un bizarro caballero pariente del rey, danzó con Alborayda; un caballero Zegrí danzó con la hermosa Sarracina; Algamun Abencerraje con la linda Daraja, y en acabando de danzar, al tiempo que el caballero Abencerraje le hizo una cortesía, ella, haciéndole reverencia, le dió el ramillete, y él lo recibió con mucha alegría, y lo estimó en mucho, por ser de su mano.

El valiente Muza, que había estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su señora Da-

raja, visto que le había dado el ramillete que le había enviado á su dama, ciego de enojo y pasión que recibió por ello, sin tener respeto al rey ni á los demás caballeros que en la real sala estaban, se fué al Abencerraje con una vista tan horrible, que parecía echar fuego por los ojos, y con voz soberbia le dijo al Abencerraje: «di, vil y bajo villano, descendiente de cristianos, malnacido, sabiendo que aqueste ramo fué hecho por mi mano, y que se lo envié á Daraja, lo osaste recibir, sin considerar que era mío; si no fuera por lo que debo al rey, por estar en su presencia, ya hubiera castigado tu loco atrevimiento.» Visto por el bravo Abencerraje el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo á su antigua amistad, no menos encolerizado que él, le respondió diciendo: «cualquiera que dijere que soy villano y malnacido miente mil veces; que yo soy muy buen caballero é hijodalgo, y después del rey mi señor, no es ninguno tal como yo.» Diciendo esto, los caballeros pusieron mano á las armas para herirse, lo cual hicieran si el rey no se pusiera en medio, y todos los caballeros. Y muy enojado el rey contra Muza por haber sido el movedor de la causa, le dijo palabras muy sentidas; y por haber tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese desterrado de la corte. Muza dijo que se iría, y que algún día, en escaramuzas de cristianos, le echaría menos, y diría: «¿dónde esta Muza?» Diciendo esto, volvió las espaldas para salir de palacio; mas todos los caballeros y damas le detuvieron, y suplicaron al rey que se quitase el enojo, y alzase el destierro á Muza; y tanto se lo rogaron los caballeros, la reina y las damas, que le perdonó é hicieron amigos á Muza y al Abencerraje, y le pesó á Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrajes.

Pasada esta cuestión se movió otra peor, y fué que un caballero Zegrí, que era la cabeza de ellos, le dijo á Abenhamet Abencerraje: «el rey mi señor echó culpa

á su hermano Muza, y no reparó en una razón que dijisteis, que después del rey no había caballeros tales como vos, sabiendo que en palacio los hay tales y tan buenos como vos; y no es de buenos caballeros adelantarse tanto, y si no fuera por alborotar el real palacio, os digo que os había de costar bien caro lo que hablasteis en presencia de tantos caballeros.» Malique Alabez, que era muy cercano deudo de los Abencerrajes, como valiente y osado, se levantó y respondió al Zegrí muy valerosamente, diciendo: «más me maravillo de ti en sentirte tú solo, adonde hay tantos y tan preciados caballeros, y no había ahora para qué tornar á remover nuevos escándalos y alborotos; porque lo que Abenhamet dijo fué muy bien dicho, porque los caballeros de Granada son bien conocidos quién son y de dónde vinieron, y no penséis vosotros los Zegríes que porque sois de los reyes de Córdoba descendientes, que sois mejores ni tales como los Abencerrajes, que son descendientes de los reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolín. Pues los Almoradíes, ya sabéis que son de aquesta real casa de Granada, también de linaje de los reyes de Africa. De nosotros los Maliques Alabeces, ya sabéis que somos descendientes del rey Almohabez, señor de aquel famoso reino de Cuco, y deudos de los famosos Malucos; pues donde están todos y habían callado, ¿por qué tú quieres renovar nuevos pleitos y pasiones? Pues sabe que es verdad lo que te digo, que después del rey nuestro señor no hay ningunos caballeros que sean tales como los Abencerrajes, y quien dijere lo contrario miente, y no le tengo por hidalgo.» Como los Zegríes, Gomeles y Mazas, que eran deudos, oyeron lo que Alabez decía, encendidos en saña, se levantaron para darle la muerte. Los Alabeces, Abencerrajes y Almoradíes, que era otro bando, viendo su determinación, se levantaron para resistirle y ofenderlos.

El rey, que tan alborotado vió el palacio, y el peligro de perderse toda Granada, y así también todo el reino, se levantó dando voces, diciendo: «pena de traidor cualquiera que más se moviere y sacare armas;» y diciendo esto, asió á Alabez y al Zegrí, y llamó la gente de la guarda, y los mandó llevar presos. Los demás caballeros se estuvieron quietos por no incurrir en la pena de traidores. Alabez fué preso en el Alhambra, y el Zegrí en Torres Bermejas, y puestas guardas, los tuvieron á buen recado. Los caballeros de Granada procuraron hacer las amistades, y al fin se hicieron interviniendo en ellas el rey, y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPÍTULO VI

Cómo se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron más las enemistades de los Zegríes, Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.

Antes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zaide y de la bella Zaida, á quien él tanto estimaba, y era tan público en Granada, que ya no se trataba sino de sus finos amores. Sabiendo esto los padres della, determinaron de casarla con otro, y dar fama dello, porque Zaide se apartase de aquel propósito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle su calle y puerta, porque no fuese el honor de Zaida tan rompido. Y con este intento pusieron mucho recato en su hija, no dejándola poner á las ventanas, porque no hablase con Zaide; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dejaba Zaide de pasear la calle, ni ella le dejaba de amar con más fervor que de antes. Y como se publicaba el casamiento de Zaida por toda la ciudad, y que sus padres la casaban con un moro de Ronda, poderoso y rico, el bravo Zaide no podía sosegar de noche ni de día, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorbar el casamiento con darle muerte al desposado. Y no cesando un momento de pasear la calle de su dama, por ver si la podía hablar para saber della su voluntad, porque espantaba al gallardo moro de que su Zaida consintiese en el casamiento, á causa de la fe y palabra que entre los dos se habían dado, la aguardaba por ver si salía á un balcón, como solía hacer.

La bella Zaida no estaba con menos pena y cuidado

que su galán, deseosa de hablarle y darle cuenta de lo que sus padres tenían tratado; y así salió al balcón, y vió al valeroso Zaide, que se andaba paseando solo, con un semblante triste y melancólico; y alzando los ojos al balcón, y viendo á la hermosa Zaida tan gallarda y bizarra, se le quitó luego todo su mal; y llegándose al balcón temeroso, habló á su mora desta manera: «dime, bella Zaida, ¿es verdad esto que se dice, que tu padre te casa? Si es verdad, dímelo, no me lo encubras, ni me traigas suspenso; porque si es verdad, vive Alá que tengo de matar al moro que te pretende, para que no goce de mi gloria.» La hermosa Zaida le respondió (los ojos muy llenos de lágrimas): «así me parece, Zaide, que mi padre me casa: consuélate, y busca otra mora á quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo que nuestros amores tengan fin: el cielo sabe las pesadumbres que por tu causa he tenido con mi padre.—¡Oh cruel! respondió el moro, ¿es pues esa la palabra que me tienes dada de ser mía hasta la muerte?—Vete, Zaide, dijo la mora, porque viene mi madre buscándome; y así, ten paciencia.» Diciendo esto, se quitó del balcón llorando, quedando el valeroso moro confuso, sin saber lo que determinar para alivio de su pena; y determinando de no dejar su pretensión, sin perder la escaramuza de su pensamiento, desocupó el puesto, dejando allí el alma. Por esto que le pasó á Zaide con su mora, se dijo este romance:

Por la calle de su dama
 Paseándose anda Zaide,
 Aguardando que sea hora
 Que se asome para hablarle.
 Desesperado anda el moro
 En ver que tanto se tarde,
 Que piensa con sólo verla
 Aplacar el fuego en que arde.
 Vióla salir á un balcón,
 Más bella que cuando sale

La luna en la oscura noche,
Y el sol en sus tempestades.

Llegóse Zaide, diciendo:
Bella mora. Alá te guarde,
Si es mentira lo que dicen
Tus criados á mis pajes.

Dicen que dejarme quieres,
Porque pretendes casarte
Con un moro que ha venido
De las tierras de tu padre.

Si eso es verdad, Zaida bella,
Declárate, no me engañes;
No quieras tener secreto
Lo que tan claro se sabe.

Humilde responde al moro:
Mi bien, ya es tiempo se acabe
Vuestra amistad y la mía,
Pues que ya todos lo saben.

Que perderé el ser quien soy
Si el negocio va adelante:
Alá sabe si me pesa,
Y lo que siento dejarte.

Bien sabes que te he querido
A pesar de mi linaje,
Y sabes las pesadumbres
Que he tenido con mi madre.

Sobre aguardarte de noche,
Como vienes siempre tarde;
Y por quitar ocasiones,
Dicen que quieren casarme.

No te faltará otra dama
Hermosa, y de galán talle.
Que te quiera y tú la quieras,
Porque lo mereces, Zaide.

Humilde responde el moro,
Cargado de mil pesares:
No entendí yo, Zaida bella,
Que conmigo tal usases:

No entendí que tal hicieras,
Que así mis prendas trocases
Con un moro feo y torpe,
Indigno de un bien tan grande.

Tú eres la que dijiste
En el balcón la otra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
Y tuya es mi vida, Zaide.

Aunque la bella Zaida pasó con su Zaide todo lo que habéis oído, no por eso le dejaba de amar en su corazón, y el gallardo Zaide asimismo la amaba. Aunque la dama le despidió, muchas veces se hablaban, no con tanta libertad, porque sus padres no lo sintiesen; y le hacía todos los favores que solía, aunque el moro, por evitar escándalo, no continuaba en pasear la calle de su dama; mas no era tan en secreto, que no fuese sentido del moro Tarfe, amigo de Zaide, el cual tenía una envidia mortal en su alma. porque amaba de secreto á Zaida; y considerando que jamás Zaide dejaría de amar á la bella Zaida, acordó de revolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; porque así acaece á los que no son leales con sus amigos. Pues volviendo al caso de las fiestas atrás referidas, trataremos primero de un romance que compuso un poeta en respuesta del pasado, y después diremos lo que en las fiestas pasó. Dice así el romance:

Bella Zaida de mis ojos,
 Y del alma bella Zaida,
 De las moras la más bella,
 Y más que todas ingrata;
 De cuyos rubios cabellos
 Enreda amor mil lazadas,
 En que ciegas de tu vista
 Se rinden mil libres almas:
 ¿Qué gusto, fiera, recibes
 De ser tan mudable y varia,
 Y con saber que te adoro,
 Tratarme como me tratas;
 Y no contenta de aquesto
 De quitarme la esperanza,
 Porque de todo la pierda
 De ver mi suerte trocada?
 ¡Ay, cuán mal, fiera enemiga,
 Las veras de amor me pagas,
 Pues en cambio dél me ofreces
 Ingratitud y mudanza!
 ¡Cuán presto le diste al viento
 Tus promesas y palabras!

Pero bastaba ser tuyas,
 Para que tuviesen alas.
 Acuérdate, Zaida hermosa,
 Si aun a questo no te enfada,
 Del gusto que recibías
 Cuando rondaba tu casa.
 Si de día, luego al punto
 Salías á las ventanas;
 Si de noche en el balcón
 O en las rejas te hallaba.
 Si tardaba ó no venía,
 Mostrabas celosa rabia;
 Mas ahora, ¿en qué te ofendo,
 Que acorte el pasar me mandas?
 Mándasme que no te vea,
 Ni escriba billete ó carta,
 Que un tiempo tu gusto fueron,
 Mas ya tu disgusto causan.
 ¡Ay, Zaida, que tus favores,
 Tu amor, tus palabras blandas
 Por falsas se han descubierta,
 Y descubres que eres falsa!
 Eres mujer, finalmente,
 A ser mudable inclinada,
 Que adoras á quien te olvida
 Y á quien te adora desamas.
 Mas Zaida, aunque me aborreces,
 Por no parecerte en nada,
 Cuando de hielo tú fueras,
 Más sustentaras mi llama.
 Pagaré tu desamor
 Con mil amorosas ansias;
 Que el amor fundado en veras
 Tarde se rinde á mudanza.

Por ser a questo romance bueno, y aludir mucho al pasado, se puso aquí, y por adorno de nuestra obra. Pues tornando á nuestro moro Zaide, valeroso y gallardo Abencerraje, quedó tan apasionado por lo que la bella Zaida le dijo, que le puso en extremo su pensamiento en si era verdad que los padres de Zaida la querían casar. Con este cuidado andaba el gallardo moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su

dama; pero ella no salía á las ventanas como otras veces solía, sino era muy de tarde en tarde. Aunque la bella y hermosa mora le amaba tiernamente, no lo manifestaba, por no dar enojo á sus padres, y por esto no osaba hablar con su querido y amante moro; lo cual él sentía mucho, y lo mostraba hasta en los trajes y vestidos; porque conforme á la pasión que sentía, así traía el vestido, y por él juzgaban los caballeros y damas de Granada los efectos de su causa y de sus amores. Pues con estas congojas y pesadumbres andaba el valeroso Zaide tan imaginativo, sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron á poner en grande extremo y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto; y por consolarse, lleno de amorosas ansias, una noche muy oscura, buena á su propósito, bien aderezada la persona, y sólo con un laúd, se fué á la calle de su adorada mora á media noche, y comenzando á tocar el instrumento con mucho pesar, cantó en arábigo esta sentida canción:

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto, que de su tormento
Dieron unas y otras señas;
Y pues ellas no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

No sin falta de lágrimas decía esta canción el enamorado Zaide al son de su sonoro laúd, acompañado de muy ardientes suspiros que le salían del alma, con que acrecentaba más las ansias de su pasión. Y así como el enamorado moro sentía pasión en su alma, como lo mostraba, no la tenía menor la bella Zaida, la cual, luego que sintió el laúd, y que quien le tocaba era

su querido Zaide, porque en eso le conocía, se levantó muy quedito, y se fué á un balcón bajo, donde oía la canción y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con tristes lágrimas, trayendo á la memoria la sentencia de la canción, y por la causa que el moro la decía: la cual era de saber que la primera vez que Zaide vió á su hermosa Zaida fué en Almería un día de San Juan, siendo capitán de una fusta, con la cual hacía el moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar, y acaso llegó Zaide con su bajel á la playa de Almería, á la sazón que la bella Zaida estaba en ella holgándose con sus padres y parientes. Traía el moro gallardo en su navío ricos despojos de cristianos, y con muchas flámulas, gallardetes y banderas tendidas, las cuales adornaban y hermosteaban el navío, y fué causa que su padre de Zaida y ella entrasen á ver el navío y al capitán dél, el cual fué dellos conocido. El valeroso y gallardo Zaide los recibió con muy grande alegría y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zaida, á la cual presentó muchas y muy riquísimas joyas, con las cuales descubrió su deseo y amor, y quedó amartelado della, y ella asimismo se enamoró del bizarro moro. Finalmente, se trató entre ellos que se fuese Zaide á Granada, y se tuviesen mucha fe y amor. Él aceptó el partido, y determinó dejar la mar é irse á Granada, dejando su navío á un deudo suyo. Y estando en Granada el gallardo Zaide sirvió á su dama hasta aquel punto; y visto el proceder de los padres de su querida mora, y el gran disfavor que ella le había dado, lleno de amorosas llamas le cantó la canción dicha, trayendo á la memoria sus primeras vistas.

Así como la bella mora consideró la pena que su amante mostraba en sus acentos, hizo el sentimiento que él, y llegóse al balcón enternecida, y llamóle quedo por causa de sus padres. No se tardó el bizarro moro

en su ida; y llegándose cuanto pudo al balcón muy gozoso, le dijo su dama: «¿cómo, Zaide, todavía perseveras? ¿No sabes que me infamas? Advierte la nota que das; considera que mis padres me tienen puesta en vida estrecha sólo por tu causa. Vete antes que seas sentido dellos, porque han jurado que si no hay enmienda, que me han de enviar á Coín á casa de mi tío; no des lugar á esto, porque será mi vida acabada. Y no imagines que te he olvidado, que tan en mi alma te tengo como antes. Pasen estos nublados, que Alá nos enviará bonanza.» Y llorando se apartó de su amante, dejando á su amado moro en tinieblas faltándole su luz; el cual, confuso, se apartó de aqueste puesto, no sabiendo el fin que había de tener su amado deseo.

Pues volviendo al pasado sarao, y á las prometidas y concertadas fiestas, las cuales fuera mejor que no se concertaran ni hicieran, por las revoluciones y pesadumbres que en ellas hubo, y duraron por mucho tiempo después, como más largamente adelante diremos; en este sarao y fiesta se halló el gallardo y valiente Zaide, caballero Abencerraje, el cual amaba á su bella Zaida, y ella á él; y era con tanto extremo el amor que se tenían, que no excedía un punto de su gusto el uno del otro; y entreteníanse ambos sin gozarse, con sólo verse y hablarse, hasta que llegase el venturoso día de se deseado casamiento. Un día la bella mora hizo una linda trenza de sus hermosos cabellos, pues eran más que hebras de oro de Arabia, y con sus manos se la puso en el turbante á su querido Zaide, el cual quedó muy ufano, contento y gozoso con el nuevo bien y favor. Audalá Tarfe, su amigo, le pidió le dijese la causa de su demasiado contento; y como quiera que no se gozan tanto los bienes y contentos que no se comunican, fiado en su grande amistad, y debajo de secreto, le declaró la causa, y enseñó la prenda estimada que su dama Zaida le había dado. El moro Tarfe, lleno de envi-

dia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con Zaida, determinó de revelarles el secreto á la hermosa mora; y buscando ocasión para hablarla un día, la dijo: «¿eres tú, señora, la que tanto amas á Zaide? ¿La doncella tan estimada, querida y tenida de todos en Granada y fuera della? Pues tu honra anda muy caída, que no há mucho que en una conversación, tratando de los galanes favorecidos de sus damas, se quitó el turbante, y nos enseñó á todos una trenza de cabellos, y dijo ser tuyos, tejida y puesta allí por tu mano: mira si son señas bien conocidas.» Creyóle ser así, y como propiamente la mujer es mudable, todo su amor se volvió en rencor y odio, y le dió gran tristeza y pena, considerando cómo andaba su honor; y luego le envió á llamar, y una criada le dijo que había poco que él había preguntado qué colores le agradaban, y quién la visitaba. Venido Zaide muy alegre, ella, encendida en cólera, le dijo: «ruégote que por mi calle ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa; la trenza que te di enseñaste á Tarfe y á otros; y así no hay que confiar en ti cosa alguna, y no esperes de hablarme jamás.» Y diciendo esto, se entró llorando en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado moro, que le decía que mentían cuantos lo habían dicho. En vista de que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al moro Tarfe, y por esto se hizo este romance:

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis criadas,
Ni con mis cautivos trates.
No preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,

Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,
Que hiendes, rajas y partes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre.

Que eres gallardo jinete,
Que danzas, cantas y tañes,
Gentilhombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse;

Blanco y rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;

Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte:

Y por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.

Habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.

Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos,
Que hiendan y que desgarran.

Y con esto, Zaide amigo,
Si algún banquete las haces,
Del plato de tus favores
Quieres que coman y callen.

Costoso fué el que me hiciste;
Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.

Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de la tuya
Y de mi desdicha alarde.

A un morillo malnacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos

Que te puse en el turbante.

No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes;
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.

También me certificaron
Cómo le desafiaste
Por las verdades que dijo,
Que nunca fueran verdades.

De mala gana me río,
¡Qué donoso disparate!
No guardas tú tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?

No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte;
Esta será la postrera
Que me veas y te hable.

Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirse replica:
Quien tal hace, que tal pague.

Este romance se hizo por lo que atrás dejamos dicho, y viene á propósito á la historia. Y volviendo á ella, quedó Zaide tan desesperado viendo el cruel desdén de su dama, y siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de allí casi perdió el juicio, y en cólera ardiente fué á buscar á Tarfe para matarle, y le halló en la plaza de Vivarambla, dando orden de algunas cosas para las venideras fiestas. Llamóle aparte, y díjole: «¿por qué me has revuelto con mi señora Zaida, no guardando la ley de mi amistad?» Tarfe le respondió: «yo no te he revuelto con tu dama, y estoy inocente de lo que dices, y de mí no debes presumir tal.» Zaide se afirmaba en lo dicho; Tarfe lo negaba, y se dijeron palabras muy ofensivas. Cesaron las lenguas, y echando mano á sus alfanjes, pelearon muy bien, y Zaide dió á Tarfe una herida mortal, de la cual murió dentro de tres días. Los Zegríes quisieron matar á Zaide, por ser amigos de Tarfe; acudieron los Abencerrajes presto, y si no viniera el rey, aquel día se perdie-

ra Granada, porque Muzas, Gomeles, Zegríes y los de su bando se armaron para herir á los Abencerrajes, Gazules, Venegas y Alabeces; mas el rey Chico, acompañado de muy principales caballeros de otros linajes, hicieron tanto que los apaciguaron, y á Zaide le llevaron preso á la Alhambra. Hecha la averiguación del caso, se halló que Tarfe era culpado; y porque el honor de la bella Zaida no fuese manchado, hizo el rey que Zaide se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por esto quedaron los Zegríes enojados; pero no por eso cesaron las fiestas concertadas, porque el rey mandó que se hiciesen. No faltando quien á Zaida respondiera á su mandato desta suerte:

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
 ¿Quieres que mire y que calle?
 No des crédito á mujeres,
 Ni á mal fundadas verdades.
 Que si pregunto en qué entiendes
 O quién viene á visitarte,
 Fiestas son de mi contento
 Las colores que te salen.
 Si dices son por mi causa,
 Consuélate con mis males,
 Que mil veces con mis ojos
 Tengo regadas tus calles.
 Si dices que estás corrida
 De que Zaide poco sabe,
 No supe poco, pues supe
 Conocerte y adorarte.
 Conoces que soy valiente,
 Y tengo otras muchas partes;
 No las tengo, pues no puedo
 De una mentira vengarme.
 Mas si ha querido mi suerte
 Que ya en quererme te canses,
 No pongas inconvenientes
 Más de que quieres dejarme.
 No entendí que eras mujer
 A quien novedad aplace;
 Mas son tales mis descuidos,
 Que aun en lo imposible hacen.

Yo soy quien pierdo en perderte
 Y gano mucho en amarte;
 Y aunque hables en mi ofensa,
 No dejaré de adorarte.

Dices que si fuera mudo
 Fuera posible adorarme;
 Si en mi daño no lo he sido,
 Enmudezco en disculparme.

¿Hate ofendido mi vida?
 ¿Quieres, señora, matarme?
 Que no te hable me mandas,
 Para que el pesar me acabe.

Es mi pecho calabozo
 De tormentos inmortales,
 Mi boca la del silencio,
 Que no há menester alcaide.

El hacer plato y banquete
 Es de hombres principales;
 Mas el hacer disfavores
 Sólo pertenece á infames.

Zaida cruel, hasme dicho
 Que no supe conservarte;
 Mejor supe yo quererte
 Que tú supiste obligarme.

Mienten los moros y moras,
 Y miente el villano Tarfe,
 Que si yo le amenazara
 Bastara para matarle.

Ese perro mal nacido,
 A quien yo mostré el turbante,
 No le fío yo secretos,
 Que en bajo pecho no caben.

Yo he de quitarle la vida,
 Y he de escribir con su sangre
 Lo que tú, Zaida, replicas:
Quien tal hace, que tal pague.

Esta es la historia del valeroso moro Zaide Abence-
 rraje, por la cual se han hecho dos romances, á mi pa-
 recer buenos, donde nos dan á entender cómo no es
 bueno revolver á nadie, porque dello no se espera sino
 el galardón de Tarfe, que murió á manos de su buen
 amigo Zaide. Y si acaso es mentira que Tarfe no lo

había dicho, tomaremos ejemplo en la liviandad de Zaida, que por creerse de ligero fué causa de la muerte de Tarfe.

Finalmente, por esto y por las palabras que el Malique Alabez había hablado en el sarao, y Zulema Abencerraje, todos los Zegríes, Gomeles, Mazas y los de su bando quedaron muy enojados, y con malos propósitos y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del rey, y de los caballeros y las damas; pues estaba en el sarao y en aquella fiesta toda la flor y nobleza de Granada, y aun del reino todo, porque fué mucha desenvoltura la de Malique Alabez, y se alargó mucho el Abencerraje también; mas como se habían hecho las amistades, no trataban dello ni lo daban á entender; pero el rencor estaba arraigado en sus corazones, y por no mostrar el odio mortal en que ardían, se comunicaban con los Abencerrajes y Alabeces, disimulando en todo lo que podían, puesto que eficaz y grande deseo tenían de vengarse todos los del linaje Zegrí, como pareció después.

Estando un día todos los Zegríes en el castillo de Bibatambién, morada de Mahomad Zegrí, cabo y cabeza de los Zegríes. tratando de las cosas pasadas, trayendo á la memoria las palabras de Alabez, y de las fiestas que esperaban de torneo y juego de cañas, Mahomad Zegrí habló á todos los presentes desta manera: «bien sabéis, ilustres caballeros Zegríes, cómo nuestro real y antiguo linaje ha sido tenido en tanto en España y en Africa, y cómo han sido nuestros antecesores reyes de Córdoba, y cómo ahora ha sido vituperado y ofendido nuestro honor por los Abencerrajes; y los Almoradíes son nuestros enemigos, porque se han vuelto contra nosotros; con lo cual estoy tan rabioso, que muero de pesar, y lo que me alivia y entretiene es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer; ahora nos

ofrece muy buena ocasión la fortuna; aprovechémonos della, y es procurar matar en el torneo ó en las cañas á Malique Alabez y al soberbio Abencerraje; que muertos éstos, iremos dando traza cómo se acabe de todo punto este pérfido linaje de los Abencerrajes, que tan estimados y queridos son de todos; y para esto el día del juego de cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debajo de las libreas. Y pues el rey me ha hecho cuadrillero, saldremos treinta Zegríes, y llevaremos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrajes, para que sea por esto instrumento de que se enojen con nosotros, y se revuelva cuestión, y venidos á batalla, cada uno haga como quien es; y pues llevaremos armas, no hay duda sino que los maltrataremos: no hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Muzas y Gomeles; y si no les diere nada á los Abencerrajes de la divisa azul, en el juego de cañas les tiraremos agudas lanzas en el lugar de cañas. Este es mi parecer; decidme ahora el vuestro.» Así como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos que era justo lo que decía, y que era buena la traza, que cada uno haría lo posible por vengarse; y concertado esto, fué cada uno á su casa.

A esta sazón ordenaban su cuadrilla Muza y los Abencerrajes, siendo cuadrillero el valiente Muza por mandado del rey, en la cual cuadrilla habían de ir Malique Alabez y los Abencerrajes; y de común acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, forradas en tela de plata fina, con penachos azules, blancos y pajizos, conformes á las libreas; los pendoncillos de las lanzas blancos y azules recamados con mucho oro; en las adargas llevaban por divisa unos salvajes; sólo Malique llevaba su misma divisa, que era el listón morado, que atraviesa la adarga una corona de oro con su letra que decía: *De mi sangre*. Muza llevaba la misma divisa que sacó el día que escaramuzó con el maestro, que era

un corazón en la mano de una doncella, apretando el puño, destilando el corazón gotas de sangre, y la letra decía: *Por la gloria tengo mi pena*. Todos los demás caballeros Abencerrajes sacaron listones y cifras á su gusto, puestas de suerte que no quitaban la vista de los salvajes. Concertada esta cuadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda y oro muy fino.

Llegado ya el celebrado día de la grandiosa fiesta, mandó el rey traer veinticuatro toros de los mejores que había en la sierra de Ronda, que eran allí muy bravos; y puesta la plaza de Vivarambla como verdaderamente convenía para la tal fiesta, el rey, acompañado de muchos caballeros, ocupó los miradores reales, que para aquella fiesta estaban diputados. La reina con muchas damas se puso en otros miradores, con la misma orden que el rey. Todos los ventanajes de las casas de Vivarambla estaban ocupados de bellísimas damas. Acudió tanta gente, que no había sitio donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del reino, como fué de Toledo y de Sevilla, y la flor de los caballeros desta ciudad se hallaron en Granada á la fama de tan grandes fiestas. Los caballeros Abencerrajes andaban corriendo los toros con tanta gallardía y brío, que daban á todos mucho contento en mirarlos, y en verlos hacer aquellas gentilezas les daban mil alabanzas; y particularmente se llevaban tras de sí los ojos de todas las damas, porque eran tan favorecidos dellas, que no se tenía por dama quien no amaba Abencerraje; y donde quiera que había caballeros de este linaje, eran tan tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia á los otros caballeros. Y con mucha razón eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes y gentiles hombres, hermosos y dotados de discreción, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba á cualquiera dellos con necesidad que no se la

remediase, aunque fuese muy á su costa. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservación y obediencia á sus reyes debida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban á las mazmorras á visitar á los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran tan queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos. Daban tanto contento con su bizarria y nobleza, que las damas y toda la gente no apartaban su vista dellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabeces. Procuraron mostrar su valor los Zegríes, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningún Zegrí, ni los caballos.

A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el rey mandó tocar los clarines y dulzainas, que era señal para que todos los caballeros que habían de jugar se juntasen en el mirador, y juntos, muy gozoso el rey, les hizo dar colación. Lo mismo hizo la reina á sus damas, las cuales tenían galas y trajes nunca vistos, á que daba más ser la hermosura de quien los tenía puestos. Llevó la reina una rica marlota de brocado, con muy ricas labores de oro y pedrería fina. Tenían un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y en medio della un carbunclo precioso. En volviendo el rostro la reina, era tanto el resplandor y claridad que echaba de sí el carbunclo, que quitaba la vista á quien lo miraba. La bella Daraja salió de azul, la marlota de damasco picada, forrada de tela de plata, que descubría por las picaduras la fineza de la tela. En el tocado dos plumas, una azul y otra blanca, divisa de los Abencerrajes; estábale muy bien la gala, por ser hermosa, que ninguna dama podía competir con ella. Galiana de Almería salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina; la marlota forrada en

brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era de artificio. Entendíase bien desta dama en su traje cuán libre vivía de amor, aunque sabía que Abenámbar la amaba mucho, y deseaba servir. Fátima salió de morado (no imitando á Muza en la librea, porque estaba desengañada de que Muza amaba á Daraja, y se empleaba en servirla); la ropa era costosa, por ser de terciopelo, forrada en tela blanca de brocado; el tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde. Finalmente, Cobayda, Sarracina, Alborayda, Jarifa y todas las demás damas que estaban con la reina, salieron con tanta bizarría, que era cosa notable. En otro balcón estaban todas las damas del linaje Abencerraje, que no había más que ver en el mundo. Llevaba la ventaja en todo á las damas Lindaraja, hija de Mahomet Abencerraje. A esta hermosa dama servía un galán y bizarro moro, llamado Gazul, y en su servicio, y por darla gusto, hizo muchas fiestas en Sanlúcar.

Volviendo, pues, á nuestro propósito, serían las dos de la tarde cuando los caballeros y damas acabaron de comer las colaciones, y soltaron un toro de los más bravos que había entre todos, que no seguía hombre á quien no volteaba, ni la ligereza de los caballos ni de las yeguas bastaba á escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la plaza todos los de á pie, aunque contra su voluntad. Como vió su braveza el rey, dijo á los caballeros: «bien será lancear ese toro.» Malique Alabez pidió licencia para hacer algún lance, y el rey se la dió. Muza venía á pedirla para lancearle, y como se la había dado á Alabez, no la pidió. Bajó de los miradores Alabez y subió en un caballo, el cual le había enviado el alcaide de Vélez el Rubio y el Blanco, que era primo hermano suyo, hijo de un hermano de su padre, al cual mataron á traición unos caballeros llamados los Alfaquies, por envidia que le tenían, por ser tan querido

del rey; pero no compraron muy barata la muerte del noble alcaide, que el rey la vengó bien. Siete hermanos eran estos Alfaquíes, y á todos juntos los mandó degollar por la traición que hicieron en matar sin ocasión ni culpa á quien no lo merecía. Sus bienes fueron confiscados por la corona real. Dió, pues, vuelta Alabez á toda la plaza, y llegando al balcón donde estaba su señora Cobayda, hizo que se arrodillase el caballo, y él humilló la cabeza, haciendo cortesía á su dama y á todas las demás que estaban allí. La dama, enamorada de su Alabez, se levantó y le hizo el acatamiento. Él, muy gozoso de haber visto á su querida señora, y tan favorecido, espoleó al caballo, y partió más veloz que un rayo: tanta era la ligereza del caballo, que apenas se le veía en la carrera. El rey y los caballeros se holgaron de verle; á los Zegríes les pesó, porque era mortal la envidia.

Era tanta la gritería de la gente, que ponía grima; y era causa que el toro había dado vuelta por toda la plaza, habiendo volteado y derribado mucha gente, y muerto cinco ó seis personas, y venía como el viento adonde estaba Alabez; y como le vió venir, quiso hacer una gentileza, y fué que saltó del caballo, y aguardó al toro con ánimo osado, el albornoz en la mano izquierda; y cuando bajó el toro la cabeza para hacer su golpe y darle un bote, le echó tan bien el albornoz delante de los ojos, que dió gran contento á todos; y asiéndole de ambos cuernos, le hizo estar quedo á su pesar, porque era grande la fuerza que tenía. El toro procuraba desasirse para matarle, y Alabez se defendía con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciéndole al valiente moro que duraba mucho aquella pelea, enojado, y con cólera que tenía, le torció el pescuezo, y con fuerza increíble le derribó en tierra como si fuera muy débil oveja; y como lo vió en el suelo, se fué poco á poco, con semblante apacible, y sin poner el pie en el estribo saltó en su caballo, dejan-

do al toro molido, y tal, que no se pudo levantar de allí, quedando todos muy admirados de su esfuerzo, valor y fortaleza invencible, dándole mil loores. El rey llamó á Alabez, y fué como si no hubiera hecho cosa alguna; y en llegando, le dijo el rey: «mucho contento me habéis dado, y no se esperaba menos de vuestro valor y nobleza; yo os hago merced de la alcaidía de la fuerza de Cantoria, y de que seáis capitán de cien caballeros.» Alabez le besó las manos por las nuevas mercedes que le hacía.

Serían á la sazón las cuatro de la tarde, y mandó el rey que se tocase á cabalgar. Oída la señal, todos los caballeros que eran de juego se adelantaron para hacer la entrada, y entretanto comenzaron una muy acordada música, con diversidad de instrumentos. Luego vino entrando por la boca del Zacatín el gallardo Muza con su cuadrilla Abencerraje. Entrando de cuatro en cuatro, y dando vuelta por la plaza, haciendo el debido acatamiento al rey, á la reina y á las damas, dieron algunas carreras con muy grande brío y donaire. Eran Muza, Malique Alabez y treinta Abencerrajes en la cuadrilla, y parecían muy bien las plumas azules y telas de plata sobre nevadas yeguas, que herloseaban toda la plaza y amartelaban las damas con su bizarría. No con menos gala y brío entraron los Zegríes por otra parte, todos de encarnado y verde, con plumas y penachos azules, yeguas bayas, y en las adargas una misma divisa puesta en listones azules, que era unos leones encadenados por mano de una dama. Decía la letra: *Más fuerza tiene el amor*. Desta manera entraron en la plaza de cuatro en cuatro, y juntos hicieron un caracol y escaramuza con mucho concierto, que no menos contento dieron que los Abencerrajes. Y tomando las dos cuadrillas sus puestos, y apercebidas las cañas, habiendo dejado sus lanzas, al son de las trompetas y dulzainas se comenzó á trabar el juego con mucha gallardía, donaire

y brío, de ocho en ocho. Los Abencerrajes, que habían reparado en las plumas azules que los Zegríes traían, antigua divisa suya, muy enojados les tiraban á los turbantes, por derribárselos, muy valerosamente; mas no pudieron los Abencerrajes salir con su intento, y así andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento á todos los que les miraban.

Mahomad Zegrí, como tenía tratado con todos los de su linaje de dar la muerte á Malique Alabez, ó á alguno de los Abencerrajes por las palabras dichas, dió orden que Malique Alabez saliese de la parte contraria, y cayese en su cuadrilla, teniendo inteligencia para que él y los ocho revolviesen sobre Alabez y los suyos. Y habiendo corrido seis veces, dijo el Zegrí á los de su cuadrilla: «ahora es tiempo, que está el juego encendido; venguémonos, pues se nos ofrece buena ocasión;» y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabez viniese con los ocho caballeros de su cuadrilla, revolviendo sobre los de la contraria parte, como es uso y costumbre en semejantes juegos; y al tiempo que Malique Alabez volvía cubierto con su adarga contra él y los suyos, salió el Zegrí, y llevando puestos los ojos en Malique Alabez, mirando por dónde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que pasó la adarga de una parte á otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se lo pasó con mucha brevedad. Muy grande fué el dolor que el valeroso Malique Alabez sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido; y en habiendo llegado á su puesto, puso la mano en la parte que le dolía, y ensangrentósela; y mirando al brazo, viendo la herida, dijo en alta voz á Muza y á los Abencerrajes: «caballeros, grande traición nos han armado los Zegríes; lanzas con hierros agudos tiran por cañas; veisme aquí heri-

do.» Los valientes Abencerrajes al punto tomaron sus lanzas para estar prevenidos á lo que se les ofreciese.

A esta sazón volvía el Zegrí con su cuadrilla para irse á su puesto, cuando Malique Alabez con gran furia se atravesó de por medio, viéndose herido, y le tiró la lanza, diciéndole: «traidor, no es de caballero lo que has hecho, sino de villano.» No fué en balde el tiro, pues le pasó el adarga y cota, y le entró en el cuerpo un palmo y más de lanza, y luego cayó el Zegrí de la yegua casi muerto. De ambas partes había apercebimiento para lo que se ofreciera, y empezaron una escaramuza brava y sangrienta; y como los Zegríes iban bien armados, llevaron lo mejor de la batalla; pero como era tanto el valor de Muza y del valiente Alabez, y el de los Abencerrajes, no dejaban de maltratar á los Zegríes, y hacerles daño notable. La vocería y algazara era mucha; y cuando vió el rey encendido el juego, bajó á la plaza, y subió en una yegua, y entró entre los lidiadores con un bastón diciendo «afuera, afuera». Asimismo todos los caballeros desinteresados ayudaron á poner en paz. Estuvo este día en peligro de perderse Granada; porque de la parte de los Zegríes fueron Gomeles y Mazas, y de la de los Abencerrajes, Almoradíes y Venegas. Como los bandos y cismas son tan peligrosos entre los príncipes y magnates, lo temió el rey, y así hizo todo lo posible para apaciguarlos. Quietos y apartados cada uno en su cuadrilla, el valiente Muza y los de la suya se subieron al Alhambra, llevando consigo á los Almoradíes y Venegas. Los Zegríes se retiraron al castillo de Bibatambién, llevando muerto á Mahomad Zegrí.

La reina y las damas se quitaron de los miradores, dando gritos cuando vieron las veras del juego, porque en los de la lid había maridos, hermanos, parientes y amantes de las damas, y sus lástimas y lloros movían á compasión á todos los que las oían, y en particular las lamentaciones de la hermosa Fátima, llorando su

muerto padre: que eran muchos los extremos que hacía, bastantes á enternecer un corazón diamantino. Este desdichado fin tuvieron las fiestas, quedando muy revuelta Granada, y por eso se hizo este romance:

Afuera, afuera, afuera,
Aparta, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas.

Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata.

De listones y de cifras
Travesadas las adargas:
Yeguas de color de cisne,
Con las colas encintadas.

Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarambla,
Dejando en cada balcón
Mil damas amarteladas.

Los caballeros Zegríes
También entran en la plaza:
Sus libreas eran verdes,
Y las medias encarnadas.

Al son de los añafles
Traban el juego de cañas,
El cual anda muy revuelto;
Parece una gran batalla.

No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas;
Mal herido fué Alabez,
Y un Zegrí muerto quedaba.

El rey Chico reconoce
La ciudad alborotada;
Con un bastón en la mano
Va diciendo: aparta, aparta.

Muza reconoce al rey,
Por el Zacatín se escapa,
Con él toda su cuadrilla
No paran hasta el Alhambra.

A Bibatambién Zegríes
Tomaron por su posada;
Granada quedó revuelta
Por esta cuestión trabada.

Quedó la ciudad de Granada tan llena de escándalo y revuelta, porque la flor de los caballeros estaban metidos en estos bandos. El rey Chico andaba suspenso, y admirado de ver las novedades que cada día había en la corte, y con todas veras procuró hacer las amistades, porque no viniese á más el daño del sucedido: mandó que se hiciese información del caso para castigar á los culpados, y con esto paró la traición, concierto y junta que se hizo en el castillo de Bibatambién contra Alabez y los Abencerrajes. El rey quiso proceder contra los Zegríes; mas todos los caballeros le suplicaron los perdonase, y considerase que era ya muerto el caudillo del bando. El rey los perdonó é hizo las amistades, y así se aquietó la ciudad, como de antes lo estaba, que no fué poco.

CAPÍTULO VII

Del triste llanto que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo se iba á Almería la bella Galiana, si su padre no viniera, la cual estaba muy vencida de amores de Sarracino; y de lo que entre él y Abenámar pasó una noche debajo de las ventanas del real palacio.

Muy gran llanto era el que hacía la bella Fátima por la muerte de Mahomad Zegrí, su padre; y era en tanto modo su sentimiento y dolor, que se temía no perdiese el juicio ó la vida, porque no bastaba la reina, ni alguna otra dama á consolarla. Era tan grande el dolor que tenía en su afligido corazón, que del sentimiento, llanto y desconsuelo, enfermó y enflaqueció de tal suerte, que parecía otra de la que ser solía. Visto que no admitía consuelo ninguno, y que las medicinas no la daban mejoría, acordaron enviarla á Almería á casa del alcaide della, que era su pariente, el cual tenía una hija muy hermosa y discreta, que sería posible aliviarse allí, y quitarse la tristeza que tenía; y allí la llevaron, donde fué bien recibida y regalada.

La hermosa Galiana vivía libre de amor, y fué herida de amores de Hamete Sarracino, y con grande exceso; y como se acababa la licencia que de su padre tenía para estar en Granada, envió á llamar al valiente Sarracino con mucho secreto. Dado el recado, vino al punto á palacio; y entrando en el aposento de la bella mora, vió que estaba sola, y ella se levantó á recibirle, mudadas las colores. El bizarro moro la dijo que le mandase lo que quería que en su servicio hiciese. Galiana le mandó sentar cerca de sí, tratando largamente de las fiestas pasadas, y la muerte del Zegrí, y de los

bandos movidos para tan pequeña ocasión, y de otras cosas, con las cuales palabras se enlazaban las almas y se aficionaban los ojos. Y satisfaciendo el enamorado moro á la dama, no menos aficionada que él, la dijo y propuso lo siguiente: «grande ha sido, señora, la batalla de los Abencerrajes y Zegríes, y desdichada la muerte de Mahomad Zegrí; pero yo os certifico, señora de mi libertad, que es más la guerra que en mi alma y pensamiento hacen vuestra beldad y hermosura; muerto me han vuestros ojos de amor; mi pecho se abrasa y arde en amorosa llama; si no acudís al remedio, sin duda moriré; recibidme en vuestro servicio, señora, y no seáis ingrata á mi amorosa voluntad.» Galiana estuvo atenta á las discretas razones del aficionado y gallardo moro, y en extremo holgó de ver tantas muestras en su querido Sarracino, porque ya labraba amor dentro de su pecho, y le estimaba y quería tiernamente, y así con alegría respondió: «no es de nuevo, galán Sarracino, en los hombres aficionarse á las damas á primeras vistas y de ligero, y los primeros días tienen algún fervor y fe, y algún cuidado de visitar sus damas, y pasearles las calles. Aquesto hacen por obligar á las damas, y dura en ellos entretanto que ellas se rinden, y se manifiestan por suyas; y en siendo señores de su libertad, en ese punto cesa el cuidado y la solicitud, y aun vienen á olvidar y aborrecer sin causa; y así las damas que vivimos libres, no habíamos de dar crédito á vuestras palabras y promesas.» Sarracino respondió: «juro por Mahoma, y él me falte si yo faltare jamás en servicios, quereros y adoraros, y á fe de caballero, de ser muy fiel y leal mientras viviere.—Bien entendido, dijo Galiana, que un caballero tan principal como vos cumpliréis vuestra palabra, como quien sois; sabed que he de ir á Almería, porque se me acaba la licencia que me dió mi padre, y así habré de partirme de Granada; y antes de irme, holgaré de hablaros más despacio,

y sea esta noche á hora conveniente, y con mucho secreto os poned debajo deste balcón, y podremos hablar con más quietud que ahora; y con esto os id con Alá, antes que el rey lo entienda.»

El favorecido moro se ausentó de los ojos que daban vista á los suyos, y muy ufano y contento, por verse tan favorecido y regalado de la dama más hermosa y libre de amor que se conocía. Cien mil siglos le parecía cada hora de las que faltaban hasta la dichosa hora que esperaba. Habiendo acabado Febo su curso, y empezado Tetis á tender la tiniebla oscura, que no lo era para el enamorado moro, se fué á palacio, prevenido de armas defensivas y ofensivas para lo que se ofreciera; y á la una, cuando todos de ordinario reposan, se acercó al balcón de su señora Galiana, y escuchando, oyó tocar un laúd muy acordado, y una tierna y delicada voz, que al son del instrumento cantaba con gran suavidad, y mostraba en sus acentos estar herida y lastimada de amor, según las pausas que hacía, y suspiros que daba. El gallardo moro estuvo atento á la dulce música y suave voz, y al sentido de la dolorosa canción, que dice así:

Divina Galiana,
Es tal tu hermosura,
Que iguala con aquella que el Troyano
Le diera la manzana,
Por quien la guerra dura
Le vino al fuerte muro de Dardano.
¡Oh rostro soberano!
Pues tienes tal lindeza,
El que podrá gozarte
Dirá que nunca Marte
Gozó cuando fué preso tal belleza;
Ni el que se llevó á Argos
La causa de la guerra de años largos.

Y pues sube de punto
Tan alto tu belleza,
Que no hay acá tu igual en todo el suelo,
Do muestres el asunto,

Tan lleno de aspereza,
Como Anajarte hizo al sin consuelo
Amante, que de vuelo
El cuello puso al lazo,
Por salir de tormento,
Y quiso que llegase tan mal plazo:
Muéstrate piadosa,
Pues eres, en verdad, divina diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada canción, y no pudiendo sufrir más que el puesto donde había de hablar á su querida dama estuviese ocupado, se llegó á reconocer quién era el que cantaba. El cual, como sintió gente, dejó de proseguir su música, y se aprestó de sus armas. Era el músico el fuerte Abenámar, el cual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar y mover á quien tan exenta vivía de amor, la cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino á él, y le dijo: «¿qué gente?» Respondió: «un hombre.» Replió: «mucha nota veo en lo que habéis hecho, por dormir la reina y sus damas en ese cuarto, y podrá el rey sospechar algo, que por ventura no hay.—No se os dé nada á vos, dijo Abenámar, ni os entremetáis en lo que no os va nada, sino pasad adelante antes que os envíe contra vuestra voluntad.— ¡Oh villano! yo veré si vuestras obras son como las palabras», dijo Sarracino, embrazando su rodela. Con el alfanje en la mano embistió á Abenámar, que no menos apercebido estaba que él venía, y se comenzaron á dar muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacían peleando, que algunos caballeros, mancebos moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron á poner en paz, y no fué menester; porque como los valientes guerreros sintieron venir gente, se apartaron por no ser conocidos. Abenámar quedó herido en un muslo de una herida pequeña. Los caballeros procuraron conocer los que peleaban, y nunca fué posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vió todo cuanto pasó, porque ya

estaba puesta en un balcón, cuando Abenámar comenzó á tañer y cantar; y como vió trabada la pendencia, se retiró á su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia á su querido Sarracino. No fué tan secreto este negocio que no lo supiese el rey, y mandó que se hiciese información, para que fuese castigado el causador del escándalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quiénes fueron los de la pendencia.

Pasado todo esto, se dió orden para llevar á Galiana á Almería, y mandó el rey que se aprestasen cincuenta caballeros para que fuesen en su compañía; y estando todo á punto entró en palacio Mahomad Mostafá, alcaide de Almería y padre de la hermosa Galiana. Traía consigo una hija menor que Galiana y tan hermosa como ella, la cual se llamaba Celima; el rey se levantó y abrazó al alcaide, diciendo: «¡qué buena venida es ésta, amigo Mostafá, que con ella me has dado gran contento! Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte á ver con el acompañamiento que tú y ella merecéis.» Mostafá le respondió: «bien tengo entendido que de tu larga y magnífica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho: mil años vivas para que en tranquilidad y sosiego nos gobiernes.—Yo os agradezco aquesa voluntad», dijo el rey, y fué á abrazar á la bella Celima, y ella, humillada, le besó las manos. La reina y sus damas se levantaron á recibir á Celima, y ella le besó las manos á la reina y abrazó á su hermana, y las damas se maravillaron de la hermosura de Celima, y ella de la de las damas y su bizarría. El alcaide Mostafá fué recibido con mucho amor de todos los cortesanos, y el rey le mandó sentar en un rico cojín cerca de sí, y le dijo: «holgádome hé de tu venida y de la de tu hija, y querría saber qué te ha movido á traerla á Granada.» El alcaide le dijo: «poderoso rey y señor mío, después de venir á besar tus reales manos, traigo á mi hija para que sirva á mi señora la reina,

en compañía de las damas y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por el temor que tiene á los rebatos que nos dan siempre los cristianos; y me pareció que estaba mejor en Granada que en Almería.—Bien has hecho, dijo el rey, porque aquí estará en compañía de su hermana y gozará de las fiestas que cada día se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas.»

A esta sazón entró un moro viejo, y dijo cómo un caballero cristiano paseaba la Vega bien alistado de armas, en un poderoso caballo, que ponía espanto su brío y fortaleza, y no podía conocer quién fuese de cierto, por traer puesta la celada. El rey dijo que le procurasen conocer; y á este tiempo estaba en el Alhambra él, y la reina en la torre de Comares. Deseoso el rey de ver al caballero cristiano, subió á la torre de la Campana, y con él la reina, caballeros y damas. Es la más alta torre del Alhambra, la cual señorea toda la Vega; y mirando á ella, vieron un caballero armado de muy lucidas y fuertes armas, en el escudo y penacho una cruz roja, sobre un hermoso caballo, que se paseaba como si estuviera en su misma patria. En viendo la cruz roja, dijo el rey: «no es posible sino que aquel caballero es el maestre de Calatrava, así por la insignia como por la osadía que ha tenido de llegar hasta la ciudad;» y cuando el maestre vió al rey y á las damas, alzó la celada é hizo la reverencia debida; y por todos conocido, le fué hecha cortesía, y en particular por la reina y sus damas. Hecho esto, puso el maestre un pendoncillo rojo en la punta de la lanza, que era señal de batalla.

Mostafá, alcaide de Almería, pidió licencia al rey para salir á escaramucear con D. Manuel Ponce de León, maestre de Santiago, atento que en una escaramuza le había muerto á un tío suyo, y quería vengar su muerte. «No te metas en eso, le dijo el rey, que ca-

balleros hay en mi corte que saldrán.» Todos los caballeros le pidieron licencia para irse á ver con el maestro, y un paje les dijo que no se cansasen, que ya había salido de palacio un caballero á escaramucear. El rey preguntó quién le dió licencia. Respondió el paje: «mi señora la reina se la dió, porque él se la pidió.—¿Y quién es el caballero que salió?—Malique Alabez, dijo el paje.—Pues si es así, yo me huelgo, porque es buen caballero y hará como quien es: siendo ambos tan valientes, será de ver la escaramuza.» A muchos caballeros les pesó, porque iba Malique Alabez á la batalla, y quien más lo sintió fué la hermosa y querida Cobayda, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro; y pidiendo licencia á la reina, se quitó de los miradores, por no ver la batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El rey mandó que saliesen cien caballeros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabez, por si estuviese puesta alguna emboscada de cristianos. Así como el rey lo mandó, se fueron á armar, y vinieron á la puerta de Elvira á aguardar que el valeroso Alabez viniese para ir en su guarda.

CAPÍTULO VIII

De la batalla cruel que Malique Alabez tuvo con D. Manuel Ponce de León en la Vega, y de lo que en ella sucedió.

Así como el caballero cristiano puso el pendoncillo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabez, de donde estaba la reina; hincando la rodilla en tierra, la suplicó le diese licencia para salir á escaramucear con aquel caballero cristiano, porque, si se la daba, quería en nombre de todas las damas hacer aquella escaramuza. La reina se holgó de ver el valeroso ánimo del valiente Malique Alabez, y con rostro alegre le dijo: «pues es vuestro gusto, caballero gallardo, servirnos hoy, os lo agradecemos mucho: Alá os dé el suceso que deseamos; yo os doy la licencia que pedís; id en dichosa hora.—Y yo confío en Alá, dijo Alabez, que con estas mercedes alcanzaré la victoria.» Despidióse con esto de la reina, y al partirse miró á su señora Cobayda, y la vió muy triste; y llegando á su casa, mandó ensillar el potro rucio que su primo, alcaide de los Vélez, le había enviado, y que le diesen una fina adarga de Fez y una toca jacerina. Púsose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de tejido oro, y encima del casco un bonete morado, y en él un penacho de plumas pajizas y blancos martinetes, y con él unas garzotas pardas, verdes y azules. Apretó bonete y casco en la cabeza con una toca azul de seda entretejida con oro, dando vuelta á la cabeza, haciendo della un turbante, de la cual asentó una rica medalla de oro de Arabia, labrada de montería, con dos ramos de laurel, que parecían naturales; las hojas eran de una finísima esmeralda, y en medio

de la medalla esculpida la efigie de la dama, muy al natural. El bizarro y valiente moro tomó una lanza con dos afilados hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano caballo salió de su casa, y fué para la calle de Elvira, en la cual había muchas damas, las cuales se holgaban de ver la bizarría y gallardía de Alabez.

En llegando á la puerta de Elvira, halló cien caballeros que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al campo, arremetieron sus yeguas los moros, escaramuceando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores do estaba el rey, la reina y las damas, y Alabez hizo arrodillar el caballo, y el bizarro moro inclinó cuanto pudo la cabeza, haciendo grande acatamiento. Fuéle correspondido por todos; y acercándose á D. Manuel, dijo: «por cierto, cristiano caballero, que da tanto contento vuestro buen talle, que se echa de ver bien ser vuestro valor mucho, y tengo gran gozo en que mi ventura me haya traído á verme con vos; y si la fortuna me fuese tan favorable que alcanzase de vos la deseada victoria, me tendré por el caballero más dichoso del mundo; y si el hado triste, y mi mala suerte me tiene determinado que quede cautivo ó muerto á vuestras manos, lo tendré á feliz dicha; y si es voluntad vuestra decirme el nombre que tenéis, lo tendré en merced, porque sepa de quién alcanzo gloria ó muerte.» El valiente maestre escuchó las comedidas razones del valeroso moro, y por satisfacerle le dijo: «noble moro, cualquiera que vos seáis, vuestro cortesano y discreto término merece mucho, y yo por complaceros os lo diré. A mí me llaman D. Manuel Ponce de León, profesor de mi divisa; y pues ya sabéis mi nombre, si gustáis de decirme el vuestro, me holgaré de saberlo.—No sería término de caballero, dijo el moro, negar una petición tan justa: yo me llamo Malique Alabez, soy de linaje de

reyes, y no será menosprecio vuestro el escaramucear conmigo; y pues sabéis quién soy, y yo quién vos, empecemos nuestra escaramuza.»

En diciendo esto, revolviendo los caballos, se acometieron con tanta furia, que parecía haberse juntado dos peñascos. Juntos, pues, los dos caballeros, se daban tan recios y desaforados golpes y botes de lanza, que causaban admiración. No fueron bastantes los finos escudos á resistir la gran violencia de la fuerza con que se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornando á revolver los veloces caballos con vueltas gallardas, proseguían su escaramuza el uno contra el otro. Grande era el contento que recibían todos los que miraban la cruel batalla, por ver los ardides de guerra y las gentilezas que cada uno hacía por rendir á su contrario. Dos horas y más había que batallaban los dos valientes guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas, porque aunque cada uno hacía sus diligencias para herir con ellas, era en balde, respecto que se adargaban muy bien. El moro vió que el caballo del valiente D. Manuel no tenía ya la velocidad que de antes, porque le pareció que debía de estar cansado; y era así, que lo estaba, pues muy gran rato había que el maestro lo había sentido; pero su esfuerzo suplía la flojedad del caballo, y hacía todo lo que podía. No quiso mejor ocasión que aquélla el astuto Malique Alabez; y aprovechándose della, empezó á dar vueltas y acometimientos, y á revolver el caballo tan á menudo y con tanta ligereza, que á D. Manuel le causaba gran admiración. Todo esto hacía el valiente moro con intento de acabarle de cansar el caballo, y desalentarle, para en viendo ocasión ejecutarla. Fué así, que teniendo ya muy acosado el caballo del maestro, acometió á herirle por el brazo derecho, y D. Manuel fué al remedio; y revolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanzada, sin hacer resistencia la fina cota, por-

que el temple de los hierros de la lanza de Alabez eran extremados. La herida fué peligrosa, y della salía mucha sangre.

El valiente D. Manuel, sintiéndose herido, más bravo que su apellido, enristró la lanza al tiempo de revolver para salirse por el lado descubierto; y el hierro le entró en la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay serpiente ni áspid tan ponzoñoso como estaba el valiente moro viéndose mal herido, y con una cólera frenética embistió á D. Manuel con la lanza, y pasándole el escudo fué herido otra vez. Casi corrido D. Manuel arremetió al moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de cólera por verse heridos, que mientras más batallaban mucho más se cegaban en su pelea, y no se conocía ventaja en ninguno. Y con esto muy enojado D. Manuel por tanta dilación, que había cuatro horas que escaramuceaban, y no se conseguía la victoria, entendiendo que estaba la falta en la flojedad de su caballo, por estar tan sudado y cansado, se apeó dél con una ligereza extraña, y cubierto con su escudo, puso mano á la espada, y con ánimo belicoso se fué al valiente moro, el cual, como le vió á pie, se maravilló mucho, y confirmó el ser de animoso corazón; mas por no ser reputado de villano se apeó y se fué á D. Manuel, fiado en su gran fuerza y valor, cubierto con su adarga, y un alfanje de Marruecos en la mano, y comenzó á dar tan grandes golpes, que el maestro sentía bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba el maestro en herir á su contrario y en defenderse dél; y era de tal suerte, que no se juntaba vez que el moro no saliese herido, por ser mucha la destreza y fortaleza del maestro, y por la mucha experiencia que tenía en la escaramuza, como quien cada día se veía en ellas. Y aunque el valiente y fuerte moro procuraba herir al maestro, no podía, por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de

herir salía herido en cada entrada que hacía. A esta causa estaba maltratado y con muchas heridas, muy cansado y desangrado, pero no por eso dejaba el animoso moro de batallar y mostrar tanto esfuerzo como si empezara en aquel momento.

Fué muy de ver en esta hora ir el caballo de Alabez al del maestro, y las crines erizadas, y con una furia extraña empezó á morder y tirar coces, donde se trabó una escaramuza entre los dos caballos que causaba risa al rey y á las damas, que se admiraban de ver la fortaleza de los caballos, aunque el del moro llevaba lo mejor, porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes guerreros continuaban su batalla, aunque con notable daño de Malique Alabez, porque estuvo á pique de rendirse, y favorecióle la fortuna en este modo. El maestro había dejado gran trecho de donde peleaban á ochenta caballeros que traía para su guardia; viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron los guerreros para ver el estado de la batalla. Los cien moros que eran en guarda de Alabez, como vieron venir aquel lucido escuadrón de cristianos y tan bien alistados, se recelaron, y más cuando los vieron acercarse tanto; entonces espolearon las yeguas, y arremetieron contra los cristianos con gran algazara. Los cristianos, entendiendo que era traición, por guardar á su señor, les salieron al encuentro, y entre todos se trabó una sangrienta escaramuza. Peleaban valientemente, dándose terribles heridas, tanto, que había por el suelo muchos cuerpos sin almas.

Vista por los caballeros la sangrienta batalla de sus soldados, sin causa, se apartaron para aquietarlos. Ambos caballeros se fueron á coger sus caballos, y no había quien se llegase á ellos, según estaban en la pelea. Los moros acudieron á favorecer á Alabez y á cogerle el caballo, y los cristianos á su señor; y cogiendo el caballo de Malique Alabez, subió en él el maestro con

la lanza en la mano, y se metió entre los enemigos, hi-riéndolos y maltratándolos. Alabez subió en el caballo de D. Manuel, y no se holgó del trueque, aunque en bondad no debía nada al suyo, salvo que era más ligero, y con la lanza en la mano se entró por los cristianos, haciendo mucho daño. El rey, que vió la batalla tan sangrienta, mandó tocar al arma, y que saliesen mil caballeros en socorro de los suyos. El valiente Alabez andaba buscando con mucha diligencia á D. Manuel Ponce de León; y viéndole que enfoscado andaba en medio de la batalla, le hizo señas que saliese fuera. El maestro salió muy gozoso por concluir la escaramuza empezada entre ambos. Llegándose cerca, Alabez le dijo al maestro: «caballero esforzado y virtuoso, tu nobleza me obliga á que te avise de un venido peligro, y es: atiende el oído, que pues eres tan buen soldado, entenderás el son y ruido de las cajas que se hace: sabe, noble caballero, que tocan al arma, y cuando menos saldrán mil moros en mi socorro, y no ganarán nada los tuyos con la multitud que vendrá, aunque traes buenos soldados; toma mi consejo y desampara la Vega tú y los tuyos; que á fe de caballero, que te importa mucho, y como tal te juro que cada vez, y cuando que quieras, concluiremos nuestra escaramuza, y se acabará; y te lo aviso como moro hijodalgo; ahora haz tu gusto.—Yo te agradezco, valiente moro, el aviso que me das, y quiero admitir tu consejo; y porque la primera vez que nos veamos hemos de concluir nuestra escaramuza, no te doy tu caballo; no es el mío peor que el tuyo; trátalo como yo trataré éste »

Diciendo esto el maestro tocó una corneta, que era señal de recoger; y así como los cristianos oyeron la seña, dejaron la batalla y se juntaron con el maestro. Lo mismo hicieron los moros; y entrando Malique Alabez con sus cien caballeros por la puerta de Elvira, salía el socorro, y Alabez los hizo volver. El rey y los

caballeros salieron á recibir á Alabez, y le fueron acompañando hasta su casa, y fué curado de sus heridas. D. Manuel iba tan enojado por no haber acabado la escaramuza, que no hablaba á nadie, ni respondía á lo que le preguntaban. Echaba la culpa á los suyos, porque habían ido á verlos lidiar, que si no fueran, él consiguiera el fin deseado de la victoria; y era verdad, porque los moros no se movieran si no vieran venir á los cristianos. Y por esta batalla se dijo el romance siguiente:

Ensíllenme el potro rucio
 Del alcaide de los Vélez,
 Denme la adarga de Fez
 Y la jacerina fuerte;
 Y una lanza con dos hierros,
 Entrambos de agudo temple,
 Y aquel acerado casco,
 Con el dorado bonete,
 Que tiene plumas pajizas
 Entre verdes martinetes;
 Garzotas verdes y pardas,
 Antes que me vista, denme.
 Tráiganme la cota azul,
 Que me dió para ponerme
 La muy hermosa Cobayda,
 Hija de Celín Hamete.
 Y decidle á mi señora
 Que salga, si verme quiere
 Hacer muy cruel batalla
 Con don Manuel el valiente;
 Que si ella me está mirando,
 Mal no puede sucederme.

CAPÍTULO IX

En que se da cuenta de unas fiestas solemnes y juego de sortija, que se hicieron en Granada, y cómo se iban encendiendo los bandos de los Zegríes y Abencerrajes.

Ya sabía el valeroso y gallardo moro Abenámar cómo el valiente Sarracino era aquel con quien había tenido la pendencia aquella noche en la plaza de palacio, y estaba muy enojado contra él porque le había herido é impidió su música; y mirando á los balcones, vió que hacía Galiana á Sarracino muchos favores, de lo cual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar á la ingrata, visto que no admitía ni se acordaba de lo que había hecho en Almería y Granada en su servicio. Y para ejecutar su propósito con todas veras, puso los ojos en la bella Fátima, que ya la habían traído á Granada, y estaba tan hermosa como de antes y con tanta salud; y tenía mucha esperanza el moro galán que no le sería ingrata Fátima, respecto de tener olvidado á Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraja. El moro enamorado empezó á servirla con grandes demostraciones de amor. Fátima, que vió las veras con que Abenámar la amaba, comenzó á favorecerle y amarle con grande amor, por ser muy galán, discreto y valiente. En este tiempo Daraja y Abenhamin Abencerraje estaban ya para casar, por lo cual el valeroso Muza había puesto los ojos en la hermosísima Celima, hermana de la bella Galiana; y no había caballero de estima que no tuviese puesto todo su amor en alguna dama de palacio; y así cada día había fiestas y regocijos en la corte. El valiente Audalá amaba á la hermosa Aja; y como era caballero Aben-

cerraje, y muy preso de amor, por dar gusto á su dama ordenaba y hacía muchas fiestas. El valiente Abenámar, por vengarse de la linda Galiana y de Sarracino, suplicó al rey que se hiciese una fiesta el día de San Juan de juego de cañas y de sortija, y que él quería ser mantenedor della.

El rey era muy amigo de fiestas; y porque se regocijase toda la corte y se ejercitasen los caballeros, ordenó que se hiciesen, por el contento que todos tenían de que se hubiese escapado Malique Alabez de las manos de D. Manuel Ponce de León, que fué mucha ventura, y por la salud que ya tenía. Habida la licencia del rey, mandóse pregonar por toda la ciudad el juego de cañas y sortija; que cualquiera caballero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenámar, que saliese á él, y trajese el retrato de su dama; que si fuese vencido el aventurero, había de perder el retrato que trajese; y si el mantenedor fuese rendido, llevase el vencedor el retrato de la dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los caballeros enamorados se holgaron del pregón en extremo, lo uno por mostrar el valor de sus personas, lo otro porque fuesen vistas las hermosuras de sus damas, con esperanza de ganar al mantenedor su dama y cadena. El valeroso Sarracino entendió el motivo de Abenámar, y holgóse dello, porque por aquella vía entendía dar á conocer á su señora Galiana el valor de su persona; y él y los caballeros amantes que pretendían correr sortija, hicieron retratar á sus damas, como mejor y más al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que más de ordinario acostumbraban traer, porque fuesen conocidas.

Venido el día de San Juan, fiesta tan celebrada de todas las naciones del mundo, todos los caballeros granadinos se adornaron de las mejores galas y joyas que pudieron, así los que eran de juego como los que

no eran, salvo que los del juego se señalaban en las libreas. Saliéronse á la ribera del fresco Genil hechas dos cuadrillas para el juego, la una de Zegríes y la contraria de Abencerrajes; hízose otra cuadrilla de Almoradíes y Venegas, y otra contraria desta de Gomeles y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron el juego de cañas. La cuadrilla de los Abencerrajes iba de tela de oro y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos soles por divisas, y penachos encarnados. Los Zegries salieron de verde, con tejidos de oro y estrellas sembradas por las vestiduras, y por divisas medias lunas. Los Almoradíes salieron de encarnado y morado, y muy ricamente aderezados. Los Mazas y Gomeles salieron de morado y pajizo. Era un caso de grande admiración el ver estas cuadrillas corriendo por la Vega de dos en dos, y cuatro en cuatro, porque más parecía campo de batalla que caballeros de juego. El rey Chico estaba entre los caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con ellos sólo por evitar las ocasiones de pesadumbres que se podían ofrecer. La reina y todas las damas estaban mirando el juego desde las torres del Alhambra, admiradas de ver el gran concierto que tenían y la destreza de los jugadores. Los caballeros Abencerrajes y Almoradíes fueron los que más se señalaron aquel día. El valeroso Muza, Abenámar y Sarracino, hicieron cosas notables en el juego. Cuando el rey vió que andaba muy trabado el juego, y que se iban encendiendo los Abencerrajes y los Zegríes, temiendo no hubiese otra desgracia como la pasada, mandó cesase el juego, y luego fué obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carreras, con lo cual concluyeron el juego de cañas.

El gallardo y fuerte Abindarraez se señaló aquel día más que ninguno de los jugadores, porque estaba mirándole la hermosa Jarifa, su dama. La reina dijo á

Jarifa: «por dichosa te puedes tener, por ser tu galán tan bizarro y valiente.» Jarifa disimuló, encendiéndose el rostro de vergüenza que la dió de oír aquello. Fátima no apartaba los ojos de su Abenámar, por estar muy cautiva de su voluntad; Jarifa, entendiendo que miraba á su amado Abindarraez, porque se paseaban juntos los dos enamorados moros, le dijo á Fátima muy celosa: «muy grandes son las maravillas de amor, Fátima, hermana y amiga, que donde quiera que da no puede estar encubierto, porque brota por los ojos cuando la lengua calla; no me podrás negar, amiga, que tú estás tocada de pasión amorosa, pues realmente tu hermoso rostro da dello clara señal, que solías estar como la rosa en su zarza, y ahora te veo triste y melancólica, y son todas las mudanzas evidentes señales que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra; y si no me lo niegas, el causador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez; y así no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes cuán leal y verdadera amiga te soy.» Fátima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de la hermosa Jarifa, porque ya sabía que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar á entender, y disimulando, la respondió: «si las maravillas de amor son grandes, no han llegado á mi noticia sus efectos, ni dellos experiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancólica, bien sabes que es la causa muy urgente, pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las cuales fué muerto mi amado padre, como duran los comenzados bandos entre Zegríes y Abencerrajes; y en caso que de amor procedieran las causas que dices, te certifico que nunca por Abindarraez fuera, porque en el juego de cañas hay caballeros que son de tanto valor, esfuerzo y bondad como él, y, en comprobación de mi verdad, el día de las sortijas se

verán los retratos de las damas servidas que los caballeros sus amantes sacan, y entonces echarás de ver si te he negado el punto de verdad.»

Con esto cesó la celosa conversación de las dos enamoradas damas; y levantando Fatima los ojos para ver la trabada escaramuza, vió entre los caballeros á su querido Abenámar, que hacía notables destrezas; conocióle la rendida mora en un pendoncillo morado con una F de plata, encima una media luna de oro, armas y divisa de la bellísima Fátima. Habiendo escaramuceado el rey y los caballeros desde antes que el sol saliera hasta las once del día se tornaron á la ciudad por aprestar lo que cada uno había de sacar en el juego de sortija. Por este día de San Juan y fiesta que en él se hizo, que fué muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance que dice así:

La mañana de San Juan,
Al tiempo que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.

Revolviendo sus caballos,
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas,
Labrados por sus amadas.

Ricas aljubas vestidas
De oro y seda labradas:
El moro que amores tiene,
Allí bien se señalaba;

Y el moro que no los tiene,
De tenerlos procuraba:
Míranlos las damas moras
Desde torres de la Alhambra.

Entre las cuales había
Dos de amor muy lastimadas:
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.

Solían ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan.
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba:

¡Ay, Fátima, hermana mía,
 Cómo estás de amor tocada!
 Solías tener colores,
 Veo que ahora te faltan.
 Solías hablar de amores,
 Ahora obras y callas;
 Pero si lo quieres ver,
 Asómate á esta ventana,
 Y verás á Abindarraez,
 Y su gentileza y gala.
 Fátima, como discreta,
 Desta manera le habla:
 No estoy tocada de amores,
 Ni en mi vida los tratara;
 Si se perdió mi color,
 Tengo dello justa causa
 Por la muerte de mi padre,
 Que aquel Alabez matara;
 Y si amores yo quisiera,
 Está, hermana, confiada,
 Que allí veo caballeros
 En aquella Vega llana,
 De quien pudiera servirme,
 Y dellos ser muy amada.

Habiendo el rey y los demás caballeros ocupado los miradores de la plaza nueva, donde se había de hacer el juego de la sortija, vieron junto á la fuente de los Leones una rica y hermosa tienda de brocado verde, y junto á la tienda un alto aparador con un dosel de terciopelo verde, y en él puestas ricas joyas de oro, y en medio dellas estaba asida una riquísima cadena que valía mil doblas de oro, y aquesta era la cadena del premio, sin el retrato de la dama que con ella se ganaba. No quedaba en toda la ciudad hombre ni mujer que no viniese á ver aquella fiesta; y no faltaron tampoco en ella los moradores de los lugares vecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, cuando se oyó muy dulce son de ministriles que salían por la calle del Zacatín; y la causa era que el valeroso Abenámar, mantenedor de aquella sortija, venía á tomar su puesto; y su entrada

fué desta manera: primeramente cuatro hermosas acémilas de recámara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de oro, y pretales de cascabeles de plata y cuerdas de seda verde. Estos fueron con hombres de á pie y de á caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y allí junto fué armada otra muy ricamente aderezada de libreas verdes y rojas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas: venían quince de una parte y quince de otra, y al fin de todos ellos, y en medio, venía el animoso y valiente Abenámar, con un vestido de brocado verde, labrado á muchísima costa, y marlota y capellar de inestimable valor y aprecio, y traía una yegua rodada; los paramentos y guarniciones della eran del mismo brocado verde, testera y penacho muy rico de verde y encarnado. Llevaba el gallardo mantenedor sembradas muchas estrellas de oro finísimo por todas las ropas y vestiduras, y en el lado izquierdo, sobre el rico capellar, un sol muy resplandeciente, con una letra que decía:

Solo yo, sola mi dama:
Ella sola en hermosura,
Yo solo en tener ventura,
Más que ninguno de fama.

Esta misma letra se divulgaba por la plaza. Después del valiente Abenámar venía un rico carro triunfal, adornado de muchas señas; traía hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la más alta grada había un arco triunfal de extraña hechura, y debajo dél una rica silla, y en ella sentado y puesto el retrato de la hermosa Fátima. Estaba tan perfecta, que si su original no estuviera con la reina, dijeran que era ella. Causaba espanto ver el adorno y gala del retrato, que no había dama que no la envidiase, ni caballero que no la pretendiese. Era el vestido turques-

co, de muy extraña y vistosa hechura, la mitad pajizo y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de oro, y con muchos tejidos y recamados de oro. El tocado artificioso y galán, sus cabellos sueltos, como una madeja de oro de Arabia; sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y tejidas muy al natural; sobre su cabeza parecía el dios de Amor, niño y desnudo, con sus alas abiertas y plumas de mil colores, poniendo la guirnalda á la bella imagen, y á los pies della estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojos del rendido. Desta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fátima, que agradaba mucho su vista á todos. El carro en que iba tiraban cuatro yeguas, más albas que la nevada sierra. Después del carro iban treinta caballeros de libreas verdes y encarnadas con penachos de las mismas colores. De la forma dicha entró el bravo y valiente Abenámar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles y otros instrumentos músicos que llevaba dió vuelta por la plaza nueva, pasando por debajo de los miradores del rey, quedando admirado él y los caballeros de la gallardía, invención y traza. Así como llegó el carro á los miradores de la reina, ella y las damas se admiraron de ver la belleza, adorno y galas de la efigie de la hermosísima Fátima, y cuán natural era á su señora.

Fátima estuvo junto á la reina, y con ella Daraja, Sarracina, Galiana, Zelima, Cobayda y otras damas, cifra de la hermosura, y alegrándose de ver la invención que Abenámar traía, la dijeron: «por cierto, hermosa Fátima, que si como lleva la ventaja vuestro galán y defensor caballero á todos los demás en industria, cifra y gala, la lleva en defenderos y alcanzar el premio de la victoria, que os podéis tener por la más dichosa y bien afortunada dama del mundo.» Fátima, disimulando lo posible, respondió á las damas: «no sé yo con qué intento ha hecho Abenámar lo presente;

pero, si bien advertís, son novelas de caballeros, y por esta vía querrían obligarme: no me da cuidado ninguno, ni es cosa que me toca, y poco se me da que me defienda ó no.—No sin misterio, dijo Jarifa, el caballero Abenámar se ha puesto á hacer tal desafío á todos los caballeros enamorados, y á sacar tu retrato.—Este motivo de Abenámar, respondió la hermosa Fátima, él solo lo entiende, y cada uno hace y deshace á su gusto: si no, mira á Abindarraez, que por ti, y por lo que á él le está bien, tiene hechas cosas muy dignas de memoria.—Lo de Abindarraez para conmigo, dijo Jarifa, es cosa muy pública, y saben todos los de la corte que es mi amante; pero ahora lo de Abenámar nos parece á todas cosa muy nueva; y cierto que me pesaría si Abindarraez y Abenámar fueran competidores.» Dijo Fátima: «y que lo sean ó no, ¿qué se te da á ti?—Dame pena, respondió Jarifa, que tu retrato, que hoy ha entrado con tanto adorno, viniese á mis manos.—Pues ¿por tan cierta tienes la victoria de parte de Abindarraez, dijo Fátima, que ya me tienes por tuya? Pues no tengas tanta confianza en tu amante caballero, que el que hizo un desafío general, ha hecho tantos gastos y se ha esmerado tanto en la efigie, sabrá muy bien defender su partido, y al fin son casos de la fortuna, sujetos á ella.» La reina, que estaba oyendo las disputas de las damas, les dijo: «¿de qué importancia es tratar cosas de que se saca poco fruto? Ambas sois iguales en hermosura; hoy veremos quién lleva la palma y gloria: cese esa plática, y atiéndase al fin de la aventura.»

Con esto dieron fin á sus razones; y mirando á la plaza, vieron cómo Abenámar, habiendo dado vuelta á toda ella, llegó á la tienda; y habiendo puesto su precioso carro junto del aparador, donde estaban muchas y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la hermosa Fátima al son de muchas dulzainas y ministriles, con que recibieron todos mucho gusto. Luego se apeó

del caballo, y dándosele á sus criados, se sentó á la puerta de su tienda en una muy rica silla, aguardando que entrase algún caballero aventurero. Todos los caballeros que habían acompañado al esforzado Abenámar se pusieron á una parte, haciendo todos una larga y vistosa carrera. Estando ya los jueces puestos en un tablado, en lugar y en parte que pudiesen muy bien ver correr las lanzas, aguardaban todos que entrase algún aventurero. Los jueces eran dos caballeros Zegríes muy honrados, dos Gomeles y un Abencerraje, llamado Abenámar. Este era alguacil mayor de Granada, oficio y cargo que no se daba sino á caballeros de gran cuenta y valor. No tardó mucho de oirse un grande ruido de música de añafles y trompetas; y mirando hacia la calle de los Gomeles, vieron desembocar por ella una bizarra cuadrilla de caballeros, con librea de damasco encarnado y blanco. Los penachos y plumas eran blancas y encarnadas.

Pasada la cuadrilla, iba un caballero en un caballo tordillo, vestido á lo turquesco, paramentos y cimeras de brocado encarnado, con todas las borduras de oro, y penacho de las mismas colores. La marlota y capellar sembrada toda de mucha pedrería de inestimable valor. Así como lo vieron, fué de todos conocido que era el fuerte y bravo Sarracino. Tras él venía un carro labrado á mucha costa, encima del cual se hacían arcos triunfales de extraño artificio, en los cuales estaban pintados los asaltos y escaramuzas que habían pasado entre moros y cristianos en la Vega de Granada, entre las cuales estaba la batalla tan reñida que pasó entre el valiente y valeroso mancebo Garcilaso de la Vega y Audalá, moro de gran fama, sobre el *Ave María*, que llevaba escrita en la cola del caballo: tan naturales parecían en la pintura, que era cosa muy peregrina. Debajo de los cuatro arcos triunfales le hacía un trono en redondo, que por todas partes se podía bien ver: era de

blanco y finísimo alabastro, y en él entretalladas muchas y diferentes labores. Iba puesta encima del trono una imagen muy hermosa, vestida de brocado azul, con muchos recamados de oro, todo ello de mucho precio y estima. A los pies de la bella imagen muchos militares despojos y trofeos, y el niño Amor vencido y arrodillado ante ella, quebrando su arco, y rota su aljaba, tirando la imagen á todas partes las saetas, y denotando que á todos hería de amores. El bravo Sarracino llevaba una divisa de un mar, y en ella un peñasco combatido de muchas ondas, y una letra que decía:

Tan firme está mi fe como la roca,
Aunque el viento y el mar siempre la toca.

Esta letra se extendía por toda la plaza, para que á todos fuese manifiesta. Así entró el valeroso Sarracino con su carro, no menos rico y costoso que el del mantenedor Abenámar, al cual carro tiraban cuatro caballos bayos, muy briosos y ricamente enjaezados; y así, con solemne música, dió vuelta el bravo Sarracino á la plaza, dando á todos los que le miraban muy gran contento. Luego conocieron todos el retrato, que era de la bellísima Galiana; decía todo el vulgo: bravo competidor tiene el mantenedor. La reina, admirada de la singular destreza del artífice que retrató aquel bello trasunto, y cuán natural estaba con su original, se volvió á Galiana, y la dijo admirada: «secreto estaba este negocio para conmigo; no me podrás negar ahora de tus amores; bizarro y galán caballero has escogido. No le faltaba nada desto á Abenámar, pero en este caso no hay que disputar, por ser de tu gusto.» Galiana, disimulando, calló.

El rey dijo á los caballeros: «no es posible sino que hoy hemos de ver cosas dignas de memoria, porque el mantenedor es muy esforzado y los aventureros vale-

rosos, que cada uno ha de procurar alcanzar la victoria, por defender su dama y por ganar el premio del contrario;» y mirando hacia Sarracino, vieron cómo, después de haber dado la vuelta por la plaza, mandó arrimar su carro á un lado della, y paseándose se fué á la tienda del mantenedor, y le dijo: «caballero, ya sabrás á qué es mi venida, y te prometo que cada instante se me hace un siglo hasta correr las tres lanzas puestas; porque entiendo por muy cierto que ha de gozar mi adorada dama el retrato de la tuya, y la estimada cadena. Si mi desgraciada suerte tuviere ordenado que pierda el retrato de mi señora, llevarás junto con él esta preciosa manga, labrada por mi dama, la cual tiene de valor cuatro mil doblas.» Era así que tenía aquel valor, porque estaban bordados todos los extremos de aljófar, perlas y pedrería, y por ella se dijo este romance:

En el cuarto de Comares
Está la hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas;
La manga es de gran valor,
Que precio no se le halla.

De aljófar y perlas finas
La manga iba esmaltada,
Con muchos recamos de oro
Y lazos finos de plata.

De esmeraldas y rubíes
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama;

La tiene en el corazón,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho más le ama;

Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece Galiana,
Que era la mora más bella

Que en muchas partes se hallaba.

Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino;
Que ella de él se enamoraba,
Y por sus tiernos amores
Dejara los de Abenámar;
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambra;
Porque entiende el rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana;
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

Finalmente, la manga no tenía precio su valor, y el fuerte Sarracino, confiado en su gallardía y destreza, quiso poner la manga en ventura de perderla, no considerando el bravo competidor que tenía delante. El cual, así como oyó hablar á Sarracino, dijo que aquél era el premio del vencedor corriendo tres lanzas mejores que el contrario; y si lo vencían, perdía su fama y joyas. Y diciendo esto, pidió que le diesen un caballo de los ocho que tenía enjaezados, como se ha dicho, y tomando una gruesa lanza de sortija, se fué paseando por la carrera con tal donaire y brío, que á todos los que le miraban les daba gran contento. Y viendo la bizarría que tenía, dijo el rey á los caballeros: «no se niegue el buen parecer y postura que tiene Abenámar á caballo; Sarracino también es buen caballero, y hoy veremos quién lleva la palma del vencimiento.» A la sazón llegó al cabo de la carrera Abenámar; y haciéndole dar á su caballo una vuelta en el aire, dió un brinco muy alto, y luego salió como un rayo, y en medio de la carrera tendió su lanza con un donaire gracioso; y llegando á la sortija, dió por el extremo de arriba, y por muy poco no se llevó la sortija en la punta de la

lanza; y no valía nada la que no se llevaba la sortija dentro del hierro, ni se podía ganar el premio si no era desta manera. Y deteniéndose, miró á ver la suerte que haría el venturoso Sarracino, el cual estaba muy confuso y descontento, habiendo visto el golpe que había hecho el valeroso Abenámar; y mostrando buen ánimo, confiado en su mucha destreza, tomó una lanza, y poniéndose en la carrera arrancó con tanta velocidad como si fuera una bala despedida de una culebrina por la gran violencia de la encendida pólvora, y tendiendo la lanza la llevó tan seguida, que la metió por medio de la sortija, y se la llevó dentro de la lanza.

Toda la gente que estaba mirando la justa dieron muy grandes voces, diciendo: «Abenámar ha perdido; su retrato y cadena la ha ganado el vencedor Sarracino, porque la fortuna le ha sido muy favorable, y está de su parte la victoria.» Cuán ufano quedó Sarracino con la algazara que levantaron todos, no se puede encarecer, porque ya se consideraba poseedor de los premios del vencido; y así dijo que le entregara el retrato y la cadena, pues la había ganado. Mas el valeroso Muza, que era padrino del mantenedor Abenámar, replicó que no había ganado, porque eran tres lanzas las que habían de correr, y faltaban las dos. El padrino de Sarracino, que era un caballero Azarque, dijo que era ganado el premio con aquella lanza; y todos daban voces, cada uno alegando su derecho. Los jueces mandaron que callasen, que ellos lo determinarían, y fué determinado que no había ganado Sarracino, atento que le faltaban dos lanzas que correr. Sarracino estaba ardiendo en viva cólera porque no le daban los premios ya ganados por la voz del pueblo, y más se encolerizó cuando sentenciaron que aún no había ganado. No estaba con menos cólera Abenámar que Sarracino, por haber perdido la primera lanza, y porque el vulgo le había dado el lauro á Sarracino.

Quien en estos debates mirara á Galiana, viera en su rostro una mudanza extrañísima de alegría que tenía por la desgraciada suerte que había tenido en la primera lanza el valiente Abenámar; y lo contrario se viera en Fátima por la buena suerte de Sarracino, aunque con discreción disimulaba su pena, pero no tanto que no se sintiese. Y Jarifa, como dama en quien había tanta discreción, le dijo á Fátima: «amiga, mal le va á vuestro caballero y galán Abenámar; si así es hasta el fin, no le arriendo la ganancia.—No tengo cuenta con eso, respondió Fátima; pero si ahora le ha ido mal, podrá ser que le vaya bien después, y tanto que te pese, lo cual veremos a! fin.—Bien dices, dijo la hermosa Jarifa, y eso aguardo; pero cree que los buenos principios siempre traen buenos fines.—Eso niego, dijo Fátima, y espero que me dirás que tengo razón, por este símil. Bien has visto y oído que un enamorado galán, en las primicias de sus amores, sirve á su dama con gran cuidado, siendo puntual en darla gusto, en regalarla, en darla músicas, en rondarle la casa y en idolatrarla. Hácele mil promesas, que mientras más fuere más la servirá y querrá, y que tan imposible será el dejar de quererla, como dejar el sol de calentar en el estío, y quiere arrebatarse con la mano la luciente luna de su lugar, y otros muchos imposibles que dicen, y sobre todo, el casarse con ella, todo con motivo y fundamento de gozar la dama á quien desea. La inocente, obligada con obras y promesas, entrégale su libertad, y viene en su deseo, y gózala. ¿Aquestos son buenos principios, Jarifa?» Ella respondió: «sí.» Dijo Fátima: «pues apenas ha gozado la rendida dama el fraudulento amante, cuando, porque pasando un caballero por su casa le quitó el bonete por cortesía, dicen luego que es su galán, y que no se admiran, que quien entregó su honor á él, lo entregará á muchos; no queriendo admitir el perverso y fementido amante, que debajo de

sus promesas y juramentos se le rindió la desdichada dama. Mira, Jarifa, cuánta es la malicia de los que esto usan, y traen por flor, que, por sólo que le dió algún rayo del sol en su balcón, desisten de la amistad de la recogida dama, y la dejan burlada, presa de amor y deshonorada, por cuya causa viene á tener desastrado fin. ¿Son estos buenos fines?—No por cierto, dijo Jarifa, y confieso ser así lo que dices, y así pasa hoy en el mundo, y yo conozco algunas señoras pobres, cuya hermosura han gozado algunos caballeros, y sólo por ser pobres las han dejado, y están arrinconadas y perdidas para siempre; por lo que debemos las doncellas escarmentar en cabeza ajena, y no creer á nadie de ligero, sino ir con el gusto de nuestros padres. Y si te parece, miremos á los competidores»; y mirándolos, vieron cómo Abenámar tomó otro caballo y lanza, y aunque disimuló, ardiendo en cólera por la mala suerte pasada, arrancó á toda furia, y tendiendo la lanza la llevó derecha como una bala, y pasando por la sortija como un pensamiento, se la llevó dentro de la lanza.

La gente dió gran gritería diciendo: «el mantenedor va victorioso.» Sarracino dió la carrera con muy gran desenfado y gallardía, y enristrando su lanza con cuidado, tocó un lado de la sortija, y no hizo efecto ninguno. Abenámar dijo á Sarracino: «caballero, otra carrera nos queda para que concluyamos nuestro pleito; concluyámoslo luego.» Y diciendo esto, pidió una lanza, y en dándosela se fué poco á poco, y puesto en la carrera, la dió con la lanza tan bien puesta, que embocándola por la sortija se la llevó dentro. Entonces fueron las voces de toda la gente más levantadas de punto, diciendo: «ganado há el mantenedor sin duda; suyo es el retrato hermoso de Galiana y la rica manga.» Bien se aparecía en Galiana el sentimiento que en su alma había, por la poca esperanza que tenía de que su enamorado Sarracino ganase. El cual se puso en la carre-

ra, y al llegar á la sortija dió con la punta de la lanza en un extremo, que con el gran movimiento cayó en el suelo. En parando el caballo del animoso Sarracino, fué llamado por los jueces, y le dijeron que había perdido el retrato de su dama y la rica manga. El moro respondió: «si ahora en juego he perdido, en escaramuzas sangrientas ganaré.» Abenámar, que con él estaba picado por lo que ya hemos dicho, respondió que si por vía de escaramuza entendía cobrar algo de lo perdido, que le avisase si quería luego cobrarlo, ó que se quedase para cuando hubiese ocasión, que él le cumpliría de justicia á medida de su deseo. Los jueces y padrinos los apaciguaron, y no consintieron que se tratase más en aquel caso. Sarracino salió de la plaza junto con los caballeros que le acompañaron.

Abenámar mandó poner los ricos despojos á los pies de Fátima, su señora, sonando al ponerlos muchos instrumentos músicos. El gozo y alegría que sintió la discreta y hermosa Fátima fué grande por la alcanzada victoria, y más cuando vió á los pies de su retrato trofeos tan ricos y estimados. Mas todo este regocijo lo celebraba entre sí, por disimular el mucho amor que tenía á su querido Abenámar, porque ella no quería que con demasiada certidumbre supiesen lo que sospechaban; en lo cual era muy diferente en el gusto que las otras damas de palacio, que se holgaban siempre de que sus negocios se supieran.

CAPÍTULO X

Que declara el fin que tuvo el juego de la sortija, y el desafio que hubo entre el moro Albayaldos y el maestre de Calatrava.

Ya se ha dicho cómo Sarracino salió de la plaza lleno de coraje por haber tenido tan mal suceso en el juego de la sortija; y lo que más sentía era haber perdido el hermoso retrato de su señora. Entrando en su casa se despidieron dél todos los caballeros que le habían acompañado, y él muy airoso se despidió de todos, y se apeó del caballo, se quitó la cimera y plumas y toda la librea, y con iracunda cólera dió con todo en el suelo, y se subió á un aposento; y recostándose en su cama, empezó á quejarse de su corta ventura, y contra sí decía: «di, bajo caballero, ruin y de poco valor, ¿qué cuenta darás á tu señora Galiana de su hermoso retrato y rica manga, perdido todo por tu poco esfuerzo y destreza? ¿Con qué rostro, di, osarás parecer en su presencia? ¡Oh Mahoma traidor, porfiado y engañador! En el tiempo que habías de favorecer mis esperanzas me faltaste. Di, enemigo falso, ¿no te acuerdas que te prometí hacer toda tu efigie de oro, y de quemar en tu mezquita gran cantidad de incienso si me dabas victoria este día? Pues ¿por qué me la negaste? Pero bien entiendo de cierto que no tienes ningún poder. Mas, vive Alah, que por vengarme de ti me tengo de tornar cristiano, y he de seguir aquella santa ley, y dejar tu falsa secta, que por aquí se salvará mi alma perdida.» Estas y otras muchas cosas decía Sarracino, consolándose con su buen propósito.

Galiana sintió mucho la desgraciada suerte de su

querido amante, y se le echaba bien de ver; pero con su discreción lo disimulaba, hablando con la reina y las damas, las cuales la consolaban diciendo: «que no porque su amante hubiese perdido su retrato quedaba cautiva; que se riese de todo.—Ninguna pena tengo deso, dijo Galiana, porque son aventuras de caballeros.» Y aunque decía esto tenía en su alma una mortal envidia, y entre sí decía: «¡ay, Abenámar victorioso, y cómo ahora te vengarás á gusto en mi retrato de la ingratitude que contigo usé, y cuán vana y gozosa estará tu dama con los vencidos despojos.» Celima la consolaba de secreto, diciéndola que no diese nota de sí con extremos, porque no fuese sentida de la reina y de sus damas. Galiana disimuló cuanto pudo su dolor y pena, y procuró desecharla. Estando en esto, se oyó un ruido por toda la plaza; y mirándola toda, vieron que entraba por la calle de Elvira una gran serpiente, echando de sí mucho fuego; tras ella venían treinta caballeros ricamente vestidos de una librea blanca y morada, con penachos de la misma color ellos y sus caballos. En medio de todos venía un caballo sin jinete, con cubiertas y guarniciones de brocado morado y blanco; también venía una sonora música de ministriles y dulzainas. La serpiente dió una vuelta á toda la plaza, y enfrente de los miradores del rey y de la reina, y de los caballeros y damas, se paró, echando por la boca y oídos muchísimo fuego. Era grande el estrépito que hacían los cohetes y ruedas con invenciones de fuego que por la boca salían; y con el artificio que tenía la sierpe, mediante el fuego que la quemó toda, se abrió por medio, y pareció un caballero vestido de brocado morado y blanco, con muchos recamados de oro; el penacho era de plumas blancas y moradas. Con él estaban cuatro salvajes muy al natural, los cuales tenían una rica silla guarnecida de terciopelo morado y la clavazón de oro, en la cual estaba el retrato de la

hermosa Jarifa, que fué luego conocido, y el caballero ser Abindarraez. El retrato estaba vestido de brocado blanco y morado, de luceros de oro, las orlas bordadas de oro y plata, con un tocado vistoso. Estaba tan natural el retrato, que era muy semejante al original.

El rey y la reina y todas las damas miraron á Jarifa, que con una honesta vergüenza se encendió el rostro, lo que aumentó su hermosura, y la reina la dijo: «llegado há, Jarifa, la hora en que se ha de ver el esfuerzo de vuestro amante, y si alcanza victoria del vencedor Abenámar.—Haga la fortuna lo que quisiere, dijo Jarifa, que tan buen rostro haré á lo uno como á lo otro.» Y con esto cesaron, por ver lo que haría el Abence-rraje. El caballero pidió luego su caballo, y traído subió en él, y fué dando vuelta á la plaza, acompañado de sus caballeros, llevando en medio á los salvajes que llevaban la silla, y en ella el retrato de la hermosa Jarifa, que á todos admiraba su hermosura y maravilloso adorno; y en llegando adonde estaba el invencible Abenámar, se arrimaron los cuatro salvajes á los dos carros triunfantes, que estaban junto al aparador de las joyas preciosas y ricas, y levantando éstos la rica silla en una parte muy alta, la pusieron sobre sus hombros, porque el hermoso y bello retrato fuese bien visto de todos. El valiente y esforzado Abindarraez se llegó al fuerte mantenedor, y le dijo: «vencedor caballero, ¿sois servido que corramos tres lanzas con las condiciones que están dichas?» El valiente y esforzado Abenámar le dijo: «para eso estoy aquí.» Y tomando al instante una lanza, lozaneando su caballo, se puso enfrente de la carrera, y corrió tan bien, que llevó la sortija dentro de la lanza, y volviéndose, la mandó poner en su mismo lugar. No se espantó ni admiró Abindarraez de aquello, antes cobró un nuevo ánimo, y puesto en la carrera, fué tal y tan seguida su lanza, que en el hierro della quedó metida la sortija. La gen-

te toda movió gran ruido y vocería; mas luego se puso en silencio por ver el fin de las otras dos lanzas. El mantenedor, muy enojado por el buen suceso de su contrario, tornó á la carrera, y fué con tal brío y tan buen pulso en la mano, que se llevó segunda vez la sortija en la lanza. El bravo Abindarraez hizo lo mismo en la segunda carrera. Levantóse gran gritería, y todos decían: «no hay ventaja del mantenedor al aventurero; iguales son en todo.» Grandes eran los temores de las hermczas moras Fátima y Jarifa, por no saber quién había de ser el vencido, estando su buena ó mala suerte en la lanza que faltaba, aunque ambas estaban confiadas en el esfuerzo y valor de sus amantes.

El animoso Abenámbar tomó otra lanza, y con mucho donaire se volvió á llevar la sortija con no poco contento suyo y de su señora Fátima, la cual, habiendo visto el buen suceso y ventura de su amante, no cabía de contento; y mirando á Jarifa, la vió robado el color hermoso de su rostro; y viéndola así, dijo Fátima: «hermana Jarifa, mal has cumplido la palabra que dijiste á la reina mi señora; pues si te acuerdas, diciéndote que era llegado el tiempo en que se había de ver el esfuerzo de tu caballero en alcanzar victoria, respondiste que tan buen rostro harías á lo uno como á lo otro: ¿cómo tan presto se te mudan las colores? Consuélate, que será posible le suceda bien en la lanza venidera.—En duda pongo eso, dijo la reina, y á maravilla tendré que Abindarraez lleve la sortija.» Y mirando, vieron cómo partió, y dió al soslayo la lanza en la sortija. Luego se oyó acordada música del mantenedor en señal del vencimiento. Llamaron á Abindarraez los jueces, y le dijeron que ya sabía cómo había perdido, que entregase el retrato al vencedor. Él dijo: «pues si es así, entréguese en él, que bien sé que hoy le favorece la fortuna, y á mí me ha sido adversa; y lo que me consuela es que ha sido mi pérdida en juego, no en escaramuza ni pe-

lea.» Mas aunque decía esto Abindarraez, le quedaba otra cosa en su pecho, que no quisiera haber perdido el retrato de Jarifa por cuanto había en el mundo.

Luego se puso el retrato de Jarifa á los pies de Fátima, sonando la música del mantenedor. La reina, viendo poner el retrato, dijo á la hermosa Jarifa: «¿estás satisfecha que el retrato de Fátima no vendría á tus manos? ¿No te decía yo que no hablastes de confianza? Pues mira tu retrato á los pies de Fátima. ¿No sabes que Abenámar es uno de los buenos caballeros de la corte, y que Abindarraez ni algún otro caballero no le llevarán ventaja? Y si no, atiende, y verás cómo no han de ser solos los retratos que ahora están rendidos.— Basta, dijo Jarifa, que la ventura de Abindarraez ha sido corta en esto, y consuélome con que en otras ocasiones ha sido muchas veces victorioso.» Abindarraez se salió de la plaza, llevando consigo todos los de su guarda, y á los cuatro salvajes; y antes que saliese le mandaron llamar los jueces para darle joya por galán y buena invención; y vuelto, uno de los jueces, que fué Abencerraje, descolgó dos ajorcas de oro, de precio de doscientos ducados, y se las dió. Abindarraez las tomó con mucha alegría, y las puso en la punta de la lanza al son de sus músicos, y fué bien acompañado á los miradores de la reina; y haciendo la debida reverencia, rindió la lanza hasta donde estaba su señora Jarifa, y la dijo: «dama hermosa, teniendo presente el original, no me da mucha pena la ausencia del referido retrato: yo hice lo posible, la fortuna me fué contraria, y esto no porque en vuestra hermosura haya defecto, sino en ser juego, no en fuerzas. De invención y de galán se me dió esta joya; sed servida de recibirla, aunque no sirva sino de memoria de que no os defendí como debiera.» Jarifa riéndose tomó las ajorcas, y le dijo: «con esto me consuelo, porque lo habéis ganado por galán, y por invención mejor; y pues se perdió el retrato, me

alegro de que cayó en tales manos, que le tratarán como quien son.»

Fátima quisiera responder, y no pudo, porque entró en la plaza una grande peña, tan natural como si fuera quitada de una sierra, cubierta de muchas y diversas hierbas y flores, y dentro sonaba gran suavidad de música. Al derredor de la peña venían doce caballeros de librea de brocado pardo, con grandes cuchilladas, y por ellas se aparecía un forro de brocado verde, que lucía y campeaba mucho por la ropa parda y oscura. Los extremos de las cuchilladas estaban tomados con lazadas de oro, con unos ramillos á modo de caracol. Las sobreseñales, penachos y testera eran de plumas verdes y pardas. Atentos estuvieron todos en la peña por ver el fin de la aventura; la cual, en confrontando con los miradores del rey y de la reina, se detuvo, y vieron cómo se apeó del caballo uno de los doce caballeros, y era el más galán, y más bien dispuesto de todos; y luego fué conocido que era el valeroso Reduan, y se holgaron mucho los que le miraban, viendo su buen talle, gracia y disposición; y mirando lo que haría, vieron que echó mano á un alfanje damasquino, y embistiendo con la peña, la daba grandes golpes; y en la parte que daba abrió una terrible y espantosa boca, y por ella salían muchas bombas de fuego; y tanto, que le convino retirar á su caballo, porque era el incendio mucho. Y siendo ya consumido el fuego, por la boca donde salía brotó cuatro demonios muy ferocísimos, cada uno con una honda de fuego en la mano, y todos con mucho ánimo embistieron con el esforzado Reduan; pero el buen caballero peleó con ellos con mucho valor, de suerte que los encerró en la peña. No bien hubieron entrado, cuando salieron cuatro salvajes con unas mazas en sus manos, y comenzaron á pelear con Reduan, y él con ellos, y en un instante fueron vencidos los salvajes, y entrólos por fuerza en la peña, y Reduan con ellos. En

entrando dentro fué cerrada la boca de la peña; luego se oyó mucho ruido y estruendo de pelea; y en cesando oyeron una música tan agradable y suave, que se suspendieron los sentidos de los oyentes á la dulce armonía. No tardó mucho en abrirse la boca de la peña, y por ella salió el vencedor Reduan con los cuatro salvajes, los cuales traían un arco de oro tan industrioso que admiraba, y talladas muchas historias antiguas y modernas, y debajo del arco puesta una silla de marfil, y en ella sentado un retrato de una bellísima dama, vestida de brocado azul, forrado todo de tela naranjada. El tocado era curioso, puesto á lo greciano. Fué muy notado el artificio de todos, y más la suma belleza del retrato; y fué conocido que era Lindaraja, dama Abencerraje, cuya hermosura pudiera competir con la de las tres diosas de la discordia de la manzana, y sin duda que Paris sentenciara en su favor. Tras del retrato venían todos los músicos tañendo y cantando dulcemente, y luego venían los demonios atados en una cadena. Fué una cosa que á todos puso grande admiración.

Habiendo salido toda esta compañía de la peña, comenzó á disparar de sí mucho fuego, con el cual fué toda consumida: luego se le dió un fuerte caballo á Reduan, y con ligereza subió en él; y dando vuelta á la plaza hizo su acatamiento al rey, á la reina y á las damas, y en llegando á la tienda del mantenedor le dijo: «aunque la condición puesta es de correr tres lanzas, si sois servido corramos sólo una, y en esa se concluya el premio de las tres.—Si es ese vuestro gusto, dijo Abenámar, yo soy contento de dároslo.» Y dicho esto tomó una buena lanza, y paseándose se puso en la carrera, y partiendo como una saeta, dió un bote de lanza en el extremo de la sortija, por la parte de arriba en derecho, que aunque no se la llevó fué muy buena suerte, y dificultosa de ganar. Volvió paseándose á su tien-

da, para desde allí ver la suerte que hacía su contrario, el cual tenía ya una muy gruesa lanza, y estaba en la carrera, y dióla con gallardo aire y brío, y al dar el golpe fué más galán que venturoso, porque erró la sortija y fué por alto la lanza; y pesándole mucho por haberle salido su pensamiento tan incierto, volvió diciendo: «tan desgraciado soy en lo uno como en lo otro.» Los jueces le dijeron: «perdido habéis, caballero; mas por vuestra extremada invención y mucha gala, llevaréis premio.» Fuéronle dadas unas arracadas turquesas de oro de Arabia, de valor de doscientas doblas por la mucha hechura que tenían. El arco triunfal de cuatro partes hecho, y la silla con el retrato de Lindaraja, fué puesto á los pies del triunfante y victorioso retrato de la hermosa Fátima, que no poco alegre y contenta estaba con la buena ventura que su caballero había tenido, y muy envidiosa Jarifa y Galiana en ver tantos trofeos á los pies de la efigie de Fátima.

El gallardo y animoso Reduan tomó las arracadas con disimulación de su tristeza; y poniéndolas en la punta de la lanza, siendo acompañado de muchos caballeros y música, las llevaron á los miradores de las damas, donde estaba la hermosa Lindaraja; y alargando la lanza, le dijo: «servíos, señora, de recibir este pequeño don, aunque me cuesta caro; pero no mirando mi poca suerte en lo que toca el juego de sortija, sino al grande deseo que tuve de haceros triunfadora de todos los despojos; mas la fortuna está hoy de parte de Abenámbar, y así no soy culpado. Recibid, bella señora, las joyas por oprobio mío, para que cada vez que yo las vea en vuestro poder traiga á la memoria cuán mal os defendí.—Uso es de damas, respondió la discreta Lindaraja, por cortesía recibir lo que se les da, y por ser costumbre por eso las recibo; pero sabe, caballero, que me ha pesado que sin mi consentimiento hayáis sacado mi retrato; y pues que no hubo voluntad mía, no tengo

por pérdida la vuestra, ni reconozco ventaja á la Zegrí Fátima, porque soy Lindaraja Abencerraje.» Y diciendo esto, tomó las joyas de la punta de la lanza, haciendo la debida cortesía á su galán.

Bien quisiera replicar Reduan, y poder responder á su señora; pero hubo mucho alboroto, porque vieron entrar una galera, que parecía ir navegando con el trinquete. La chusma iba bogando, y parecían dividirse en cuatro cuarteles, vestidos de colores, uno de damasco verde, otro de morado y otro de azul. La palamenta, árboles y entenas iban doradas, la proa hecha de plata con sus barandillas torneadas, muy curiosamente obradas. Traía tres fanales de oro, el espolón era de plata, las velas de brocado blanco con fleco de oro y seda, y muchos gallardetes, flámulas y barandillas de diferentes colores. La divisa de la galera era un salvaje desquijarando un león, divisa antigua de los valientes Abencerrajes. Los marineros y proeles venían vestidos de rico damasco, tejidos y guarniciones de finísimo oro. Las jarcias eran de seda morada. Traían curiosamente hecho en el espolón un mundo de cristal, y en círculo una faja de oro y unas letras que decían: *Todo es poco*; bravo blasón, y sólo digno del grande Alejandro ó de César, aunque les vino notable daño al linaje de los Abencerrajes, del cual venían treinta caballeros mancebos dentro de la galera con libreas de brocado encarnado y blanco, con recamos y tejidos de oro. El capitán era un caballero llamado Abin-Hamete, vestido de trajes muy ricos. Venía arrimado al estanterol, el cual era de oro de martillo. Desta manera entró la bizarra galera en la plaza; y llegando enfrente de los miradores reales, disparó el cañón de la crujía y todas las demás piezas con tal violencia, que parecían estar batiendo los miradores. Acabadas de disparar las piezas, comenzaron cien arcabuceros á escaramucear unos con otros, que parecía ser batalla formal. Al disparar

la galera su artillería, respondió con la suya la Alhambra y Torres-Bermejas. Era tanta la artillería y arcabucería, que parecía batirse la ciudad; y admirados todos de la brava y costosa invención, decían que no se había hecho tal entrada como aquella.

De mortal rabia y envidia ardían los Zegríes y Gomeles en ver que los Abencerrajes hubiesen hecho semejante grandeza como la de la galera, y con insaciable envidia dijo un Zegrí al rey: «no puedo entender dónde han de llegar los pensamientos destes Abencerrajes y sus pretensiones, que tan encumbradas van, que en cierta manera oscurecen las obras y hechos de vuestra Alteza y de sus antecesores.—No tenéis razón, dijo el rey, que más temido y estimado es un rey teniendo caballeros de esfuerzo y valor en su corte y en su servicio, que no teniendo caballeros de poca cuenta. Los caballeros Abencerrajes, como son descendientes de reyes, son valerosos, y procuran extremarse en todas las cosas que hacen, y á mí me parecen bien.—Bueno fuera, dijo un caballero de los Gomeles, si sus cosas fueran enderezadas á un llano y buen fin; pero pasan por muy alto sus altivos pensamientos.—Hasta ahora no han hecho cosa, dijo el rey, que no corresponda á nobles, ni dellos se puede presumir que la harán, porque todos sus fines se inclinan á virtud.» Con aquesto cesó la plática, porque la galera dió vuelta por toda la plaza, y fueron conocidos todos los caballeros Abencerrajes, cuyas proezas y grandes hazañas á todos eran notorias. Llegada la galera junto al mantenedor, saltaron en tierra todos los treinta caballeros, y fueron servidos de feroces y briosos caballos, encobertados del mismo brocado encarnado, y adornados de penachos y testeras riquísimas. No hubieron los bizarros Abencerrajes saltado en tierra, cuando la galera, volviendo al son de los músicos instrumentos, y disparando toda la artillería, se salió de la plaza, y á ella respondió el Alhambra.

Ahora será bien volver al falso Reduan y á Abindarraez, que todavía estaban en la plaza por ver lo que pasaría. Reduan estaba muy triste y muy descontento por lo que Lindaraja le había dicho, y se llegó á Abindarraez, y le dijo: «¡oh mil veces afortunado Abindarraez, cuán contento vives por saber que tu señora Jarifa te ama, que es la mayor felicidad que puede dar fortuna! Y yo cien mil veces desdichado, pues que sé claramente que no me ama aquella mi dulce y bella ingrata, que hoy me ha despedido con rigor.—Sepamos, dijo Abindarraez, quién es esa dama á quien estás rendido, que tan mal te corresponde.—Es tu prima Lindaraja, respondió Reduan.—¿Pues no sabes cómo quiere y ama á Hamete Gazul, porque aquese es su gusto, y lo sé yo mucho há? Da orden de apartarla de tu imaginación, porque sé de muy cierto que siembras en tierra estéril, y no has de sacar de ella nada, dijo Abindarraez, no porque no llevas buena insignia de tu pasión, y muy bien lo has publicado; mas no hay que hacer caso de mujeres, porque brevemente se vuelven como la veleta á todos vientos.» Decía esto Abindarraez sonriéndose y de verdad, porque Reduan sacó aquel día una avisada insignia de su pena, que era un Mongibelo ardiendo en vivas llamas, con una letra que decía así: *Más está mi alma.* Y viendo Reduan que Abindarraez se sonreía, le dijo: «bien parece que vives contento; quédate en paz, que yo ya no puedo sufrir la pena que atormenta mi corazón afligido.» Y dicho esto, picó apriesa, y se salió de la plaza con sus caballeros. Abindarraez hizo lo mismo, despidiéndose de Jarifa.

Los treinta Abencerrajes de la galera estaban puestos en orden para la sortija, y el capitán dellos se llegó al mantenedor, diciéndole: «caballero, nosotros no tenemos retratos de damas para ponerlos en competencia; queremos solamente correr cada uno con vos una sortija, como es fuero entre gente hidalga.» Abenámar

respondió que era contento dello, y empezando á correr su lanza con cada uno, los Abencerrajes lo hicieron tan bien, que el mantenedor perdió muchas joyas, las cuales dieron ellos á las damas á quien servían; comenzaron después una escaramuza muy agradable á la vista, y dando carrera se salieron de la plaza, quedando todos muy contentos. En saliendo ellos entró un castillo disparando su artillería, llevando muchas banderas y pendones, y dejándose de adentro sentir una música agradable y deleitosa. En la cumbre de la torre del Homenaje estaba el fiero Marte, armado con preciosas armas, un estoque en la mano derecha, y en la izquierda un pendón de brocado verde, con una inscripción formada de letras muy ricas de oro, que contenían el elogio más pomposo de la carrera militar. Los pendoncillos del castillo eran de brocado de diversos colores; los de una parte verdes con flecos y cordones morados, y todos con una misma letra que decía así:

No es muerte la que por ella
Se alcanza gloria crecida,
Sino vida esclarecida.

Los de otra parte eran de damasco azul con flocaduras y cordones de oro fino, teniendo una letra que decía desta manera:

Cante la fama las glorias
De Granada, pues son tales
Que se hacen inmortales.

En el otro lienzo del hermoso castillo había tremolando otros ocho pendones de brocado encarnado, con cordones y flocaduras de oro. Eran de muchísimo precio y estima, y muy agradables á la vista, porque adornaban con su hermosura el castillo, y con una letra todos, que decía desta suerte:

La verdadera nobleza
Está en seguir la virtud:
Si acompaña rectitud,
Gana renombre de alteza.

En el cuarto y último lienzo del castillo había otros ocho pendones de brocado, cordones y flecos de oro, sembrados de medias lunas de plata, que parecían espejos mirándolas de lejos, según relumbraban, y cada uno tenía esta letra:

Toque la famosa trompa
Y todo silencio rompa,
Publicando la grandeza
De esta nuestra fortaleza,
Que sale con tanta pompa.

Si entró la galera suntuosa, no con menos aparato entró el castillo. Ninguno podía entender de qué fuese fabricado, sino que parecía de oro, con muchas labores y follajes, y muchas batallas, y con artificio sonaba dentro mucha música, y muy acordadas dulzainas, ministriles y trompetas bastardas é italianas, que era cosa de oír. Anduvo el castillo hasta ponerse en medio de la plaza, y allí paró. Venían tras dél muchos caballeros vestidos de libreas costosas, los cuales traían del diestro treinta y dos caballos, con muy ricos jaeces y paramentos de brocado de diversos colores, como adelante se dirá. Pues mirando al castillo, vieron que por la parte de los pendones de brocado verde se abrió una grande puerta, y sin aquesta había otras tres ocultas por las partes de los pendones.

Abierta, pues, la primera, salieron por ella ocho caballeros con libreas de brocado verde, con penachos y plumas verdes. En saliendo, les dieron ocho poderosos caballos encobertados de brocado verde; los penachos de la testera eran también verdes; y los caballeros, sin poner pie en los estribos, subieron en los caballos, y luego conocieron ser Zegríes. Llegáronse al mantenedor

y le dijeron: «mantenedor victorioso, aquí venimos ocho caballeros á probar vuestro valor en el juego de la sortija: ¿sois contento que corramos una lanza cada uno?— Si ese es vuestro gusto, también lo es el mío, respondió Abenámar, aunque venís contra lo dispuesto por el pregón, por no traer retratos de vuestras damas.» Y diciendo esto tomó una lanza, y se paseó muy bien; y finalmente, de los ocho Zegríes ganaron los cinco joya, y los tres no; y los gananciosos sirvieron á sus damas con ellas, al son de diversa y mucha música. Luego se fueron á entrar todos ocho Zegríes en el castillo por la puerta por donde habían salido, siendo recibidos con la música, y disparando artillería; luego se abrió la puerta de los pendones azules, y salieron ocho caballeros vestidos de damasco azul, sembrados con estrellas de oro, y los penachos azules, llenos de argentería de oro fino. Fueron conocidos estos ocho caballeros, que eran Gomeles. Diéronseles luego caballos encobertados de librea azul, las telas y penachos azules con adorno. Fuéronse los ocho Gomeles á la tienda del mantenedor, y corrieron con él una lanza, como los pasados, y de los ocho ganaron joya los tres, y dadas á sus damas, se volvieron al castillo. Entrados éstos, salieron otros ocho caballeros por la puerta de los pendones de brocado, y ellos vestidos de la misma librea, y con penachos morados, y les fueron dados caballos, cubiertos de lo mismo, é igualmente también corrió cada uno su lanza con el mantenedor, y ganaron los siete joya; y dándolas á sus damas, se volvieron al castillo con la autoridad que los demás. Eran estos bravos caballeros Venegas, y muy estimados en Granada. Por la última puerta de los pendoncillos encarnados salieron ocho caballeros con libreas encarnadas del mismo brocado, y con riquísimos penachos encarnados, cuajados de toda argentería. Los caballos que les dieron estaban encobertados del mismo brocado. Estos caba-

llos eran Mazas, y cada uno dellos corrió una lanza, y todos ganaron joyas; todos se holgaron de que salieran con ganancia, y en particular el rey, porque estaba muy bien con aquel linaje. Repartidas las joyas á sus damas con gran contento, y al son de la música, y recibéndolos con la artillería, se entraron en el castillo.

Luego se oyó mucho ruido de músicas diferentes, y parando todas sonaron chirimías, trompetas y cajas, que apriesa tocaron un rebato; y oyéndolo, salieron los treinta y dos caballeros en sus caballos, con lanzas y adargas, y juntos trabaron una vistosa y agradable escaramuza; y siendo acabada, tomaron cañas, y repartidos en cuatro cuadrillas comenzaron á jugar con mucha destreza; el cual juego siendo acabado, hicieron un caracol extremadamente, y con una carrera en pareja que dió cada cuadrilla, se salieron de la plaza. También se salió el castillo disparando mucha artillería y diferente música, y todos decían que si la galera había entrado vistosa y costosa, que el castillo no era de menos estima y gusto. Los que estaban con el rey alababan la galera, y otros el castillo, y uno de los Zegríes dijo: «juro por Mahoma que tengo gran contento porque los Zegríes y Gomeles han sacado tal invención, que puede competir con la de los Abencerrajes; y á no haber salido tal el castillo, estuvieran muy desvanecidos; pero bien entenderán que los Zegríes y Gomeles son buenos caballeros, y tienen partes tan subidas de punto como ellos.» Un caballero de los Abencerrajes, que allí junto del rey estaba, respondió: «por cierto, caballero Zegrí, que en lo que habéis hablado no tenéis ninguna razón, porque los Abencerrajes son caballeros tan modestos, que por próspera fortuna que tengan no alcanzan más ni menos, ni por adversa que les venga se bajan; continuamente se están en un ser, y siempre viven en una manera con todos, siendo afables con los pobres, y socorriéndolos; magnánimos con los

ricos, y amigos sin doblez ni maña ninguna; y así no hallaréis que en Granada ni en todo su reino haya caballero Abencerraje mal quisto, ni de nadie mal querido, sino es de vosotros los Zegríes y Gomeles, y sin razón los tenéis odiados.—¿Sin razón os parece? dijo el caballero Zegrí. ¿Luego no es causa suficiente para aborrecerlos el haber muerto violentamente en el juego de cañas al Zegrí Mahomad, cabeza de todo nuestro linaje?—¿Y no os parece, dijo el Abencerraje, que se movieron los de mi linaje con suficiente causa, pues todos los Zegríes se juntaron, é hicieron traición contra los Abencerrajes para matarlos, y fueron armados con jacos y cotas debajo de las armas, y en lugar de cañas tiraban lanzas con hierros agudos, lo cual experimentó bien Malique Alabez, pues le pasó el brazo de una parte á otra? Así que manifiestamente ha parecido estar en los Zegríes la culpa, y con saberlo muy de cierto que fuisteis culpados, tenéis un rencor mortal contra nosotros, y nos buscáis mil calumnias.—Pues así culpáis á los Zegríes, dijo el Zegrí, y decís que ellos fueron agresores y cabeza de bando, ¿por qué causa iba Alabez armado?—Yo os lo diré, dijo el Abencerraje. Habéis de saber que uno de los convocados le dió aviso de la traición, y así se previno él; y por entender que semejante villanía no harían tales caballeros, no dió aviso á los Abencerrajes; y creedme, que si lo diera, no había de ser sólo Mahomad, sino que fueron como de juego, y no como de pelea. Pero con todo eso recibid lo que ganasteis, pues Malique Alabez vengó bien su herida.—Si la vengó, dijo el Zegrí, espero en Alah santo que lo ha de pagar algún día.»

El rey y muchos caballeros estuvieron escuchando el coloquio que había pasado entre el Abencerraje y el Zegrí, y quisieron responder algunos Zegríes; y visto por el rey que se iba encendiendo el fuego, les mandó callar, pena de la vida, porque no se revolviere algu-

na pendencia. Oído el mandato callaron, quedando de nuevo encontrados, y con intento de vengarse unos de otros.

Estando en esto, entró en la plaza un carro triunfante dorado de fino, en las esquinas y cuadrángulos talladas todas las cosas que habían sucedido desde la fundación de Granada hasta el día presente, y dibujados los reyes y califas que la habían gobernado. Oíase dentro del carro una acordada música de muchos instrumentos. Encima del carro venía una gran nube, puesta con tanto artificio, que causaba admiración. Echaba de sí infinidad de truenos y relámpagos, que su braveza ponía espanto á quien lo miraba. Tras esto llovía una menuda grajea de anís con tal concierto, que á todos ponía espanto; toda la plaza anduvo desta manera; y como fué junto de los reales miradores, con gran sutileza fué abierta en ocho partes, descubriendo dentro un cielo azul hermosísimo, adornado de muchas estrellas de oro muy relucientes. Estaba puesto por su arte un Mahoma de oro, sentado en una silla, y en las manos una corona de oro, que la ponía sobre la cabeza del retrato de una mora en extremo hermosa, la cual traía sus cabellos sueltos como hebras de oro: venía vestida de brocado morado, toda la ropa acuchillada, y todos los golpes venían tomados con broches de diamantes y esmeraldas. La dama fué conocida de todos, que era la hermosa Cobayda. A su lado estaba sentado un caballero, vestido de la misma librea de la dama, y plumas moradas y blancas, con argentería de oro, y el remate dello lo tenía el retrato, que parecía estar preso. El caballero fué conocido que era Malique Alabez, que, habiendo sanado de las heridas que le había dado el maestro, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenía de su destreza. El caballo era del maestro, y salió encobertado del mismo brocado, testera y penachos de la misma color. Grande fué el contento que

todos recibieron en verle, porque le querían mucho, y mayor el gozo de su señora Cobayda, por ver el artificio y autoridad con que venía su retrato.

Todos esperaban que empezase Alabez las suertes, por la satisfacción que dél tenían, el cual se fué paseando poco á poco delante de su carro, por ser bien visto de todos; y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo y le dijo: «caballero, conforme á las condiciones, ¿gustáis de que corramos tres lanzas, que aquí traigo el retrato de mi señora?—Soy contento», respondió Abenámar; y diciendo esto, tomó una lanza, y corrió con tan buen aire, que se llevó la sortija dentro de la lanza. Alabez corrió, é hizo lo mismo. En todas las tres lanzas se llevó siempre la sortija. Levantaron vocería, diciendo: «bravo caballero es Alabez, pues no ha perdido lanza: buena joya merece.» Los jueces habían tratado que pusiesen juntos los retratos de Abenámar y Alabez, pues ambos eran buenos caballeros, y que por su valor se diese á Alabez una buena joya por la sutil y vistosa invención que trajo.—Llamáronle, y venido luego pidió su retrato, y junto con él le dieron una navecilla de oro, con todos sus aderezos, y él la tomó, y al son de muchos instrumentos dió la vuelta á la plaza, y en llegando al mirador de la reina, en cuya compañía estaba la hermosa Cobayda, y poniendo la navecilla en la punta de la lanza y dándosela, la dijo: «servíos, dama hermosa, desta nave, que va viento en popa como mi deseo.» Cobayda la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó más su belleza. La reina miró la nave, y dijo: «por cierto que si navegáis con tan buen piloto como el que la ganó, que os podéis tener por dichosa, aunque merecéis un rey.» Cobayda besó las manos á la reina por tanto favor. Alabez se fué á su carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al son de muchos instrumentos, y puesta se cerró la nube, comenzando á echar truenos y re-

lámpagos con gran temeridad, que parecía querer quemar la plaza, y con esto se salió della. El rey dijo á los caballeros: «Alabez ha llevado el lauro de todas las invenciones, porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás.» Los caballeros respondieron que no se había visto tal sutileza.

En saliendo la nube, entraron cuatro cuadrillas de caballeros muy galanes. La una cuadrilla, que era de seis caballeros, traía libreas de brocado rosado y amarillo, los caballos encobertados con la misma librea, con plumas y penachos de la misma color. La otra cuadrilla venía de brocado verde y rojo, con la misma color y penachos de la librea. La tercera cuadrilla venía de brocado azul y blanco, recamado de oro y plata, adornados los caballos con la misma librea. La última cuadrilla venía de brocado amarillo y naranjado, con lazos y recamos de oro y plata, cubiertos los caballos de la misma librea. Entraron estos veinticuatro caballeros con adargas y lanzas, y en ellas pendoncillos de sus libreas, y entre todos hicieron un extremado caracol. Acabado, empezaron una brava escaramuza doce á doce, que parecía batalla entre enemigos; y acabada la escaramuza tomaron cañas, y divididos en cuatro cuadrillas, jugaron muy bien las cañas; y acabado el juego, fueronse gallardeando al mantenedor, y le dijeron si quería correr una lanza con cada uno dellos. Abenámar respondió que sí la correría. Finalmente, con todos veinticuatro corrió una lanza, y los quince ganaron joya, y al son de los instrumentos las dieron á sus damas, y se salieron de la plaza, dejando á la gente della contenta por haber visto su gentileza y galas. La una cuadrilla eran Azarques, y la otra Sarracinos, y la tercera Alarifes, y la cuarta Aliatares, toda gente noble y principal y estimada de todos. Los antepasados destes caballeros fueron vecinos de Toledo, de los pobladores, gente principal y estimada. Florecieron estos linajes en tiem-

po del rey Calafín, que reinó en Toledo; éste tenía un hermano, que era rey en un lugar que se llamaba Belchiz, en Aragón; se decía Zaide, y tenía grandes competencias y guerra con un bravo moro llamado Atarfe, deudo muy cercano del rey de Granada; y habiendo hecho partes con Zaide y el moro Atarfe, el rey de Toledo, por manifestar la alegría que tenía de que su hermano y Atarfe fuesen ya amigos, hizo una fiesta solemne, en la cual se corrieron toros, y hubo un vistoso juego de cañas, y los jugadores dellas fueron estos cuatro linajes de caballeros, Sarracinos, Alarifes, Azarques y Aliatares, abuelos de los caballeros nombrados en el juego de sortija. Otros dicen que las fiestas que el rey de Toledo hizo no fueron sino para dar contento á una dama llamada Celindaja, á quien el rey quería mucho, y tomó por achaque las paces de su hermano Zaide con el granadino Atarfe. Sea por una de las dos causas, ellas se hicieron, como está dicho; y estos caballeros eran de aquella prosapia y sangre de aquellos cuatro linajes. La causa de vivir en Granada fué que como se perdió Toledo, se retiraron á Granada; y de aquellas fiestas ya dichas, y del juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria, por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dijo este romance:

Ocho á ocho, diez á diez,
Sarracinos y Aliatares,
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.

Publicó fiestas el rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del granadino Atarfe.

Otros dicen que estas fiestas
Sirvieron al rey de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.

Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,

De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.

En las adargas traían
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letras fuego y sangre.

Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.

Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un mote que dice así:

Tendrélo hasta que me canse.

Los Alarifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.

Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un bastón,
En que dice: *Fuerzas valen.*

Los ocho Azarques siguieron,
Más que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo,
Y unas hojas por plumajes.

Sacaron adargas verdes,
Y un cielo azul en que asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.

No pudo sufrir el rey
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en balde;

Y mirando á la cuadrilla,
Le dijo á Celín su alcaide:
«Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.»

Azarque tira bordones
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A dó suben ni á dó caen.

Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar: *Alah te guíe,*
Y del rey un: *Muera, dadle.*

Celindaja sin respeto
Al pasar, por rociarle,
Un pomo de agua vertía,
Y el rey gritó: *paren, paren.*

Creyeron todos que el juego
Paraba, por ser ya tarde,
Y repite el rey celoso:
«Prendan al traidor Azarque.»

Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Las otras dos resistían,
Si no les dijera Azarque:
«Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.

Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros canten;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo, para librarle,
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;

Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos,
Y su motín se deshace;
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

Sola Celindaja grita:
«Libradle, moros, libradle»;
Y de su balcón quería
Arrojarse por librarle.

Su madre se abraza della
Diciendo: «loca, ¿qué haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Llegó un recado del rey
En que mandó que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: «digan
Al rey que por no trocarme,
Escojo para prisión
La memoria de mi Azarque;
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.»

Así estas mismas divisas, motes y cifras sacaron las cuatro cuadrillas de los caballeros ya nombrados, como quien las había heredado de sus antepasados, y siempre se preciaron dellas. Pues habiendo salido de la plaza con bizarría, y alegres por haber visto su gala y buen parecer, entró un alcaide de las puertas de Elvira á gran priesa, y llegando á la presencia del rey, hizo el acatamiento debido, y le dijo: «un caballero cristiano ha llegado, y pide licencia á vuestra Alteza para entrar á correr tres lanzas con el mantenedor.—Yo la doy: entre, permitido es.» Luego volvió el alcaide, y abrió la puerta. En entrando por la plaza pusieron al punto los ojos en él y en su buen talle; y en solo su aspecto le consideraban victorioso y triunfante de los despojos ganados por Abenámar, y aun del retrato de su dama y de la estimada cadena. No hubo caballero ni dama á quien su vista no causara alegría. En la parte izquierda del capellar traía una cruz colorada, la cual daba ser y adorno á su persona. El cristiano caballero, poniendo los ojos en todas partes, dió vuelta á la plaza; y llegando á los miradores reales, hizo gran reverencia al rey, á la reina y á las damas; á él le hicieron mucha cortesía, y las damas se levantaron en pie.

Fué conocido de todos el caballero cristiano, que era el maestre de Calatrava, de cuya fama y hechos tenía el mundo entera noticia. El rey se alegró en saber quién era, y que hubiese venido á honrarle su fiesta.

Habiendo, pues, dado vuelta á toda la plaza, llegó al mantenedor y le dijo: «en tantos despojos y joyas como veo á los pies dese hermoso retrato, cuya hermosura, noble caballero, dicen que defendéis, echo de ver el valor de vuestra persona; y así sois digno de que todos os honren y tengan en lo que se debe estimar tal caballero como vos. ¿Seréis servido de correr conmigo un par de lanzas, á ley de buenos caballeros, sin que haya interés de retrato?» Abenámar miró bien al caballero, y se volvió á Muza y le dijo: «este caballero me parece que es el maestre de Calatrava, con quien trabaste tanta amistad; paréceme que en la cruz roja le quiero conocer.» Muza puso los ojos en el maestre, y luego le conoció, y le fué á abrazar diciendo: «seáis bien venido, flor de toda la cristiandad, y aun también de la morisma, pues aquí os conocen por las obras contra su voluntad, y en Castilla y todo el mundo sois conocido sólo por oídas.» El maestre le abrazó, agradeciendo lo que en su alabanza había dicho. Abenámar se llegó á él, y le dijo que él se holgaría de correr dos ó tres lanzas con tal caballero. Y diciendo esto, corrió una lanza extremadamente; pero el maestre corrió la suya con más ventaja. Finalmente, corrieron tres lanzas y todas las ganó el maestre. Todos entendieron que trajera retrato, pero no era miliciano de Cupido, sino de Marte; porque, en verdad, no puede ningún caudillo que pretende alcanzar honra por sus hazañas entretenerse en amores; y si lo hiciere, su nombre será borrado de las memorias de todos.

Los jueces llamaron al maestre, y le dieron por premio la cadena de dos mil doblas de valor, pues no había traído retrato; que si lo trajera, llevara el retrato y los despojos. El maestre recibió la cadena, y al son de la música que había en la plaza fué dando vuelta á toda ella, acompañado de todos los caballeros; y en llegando á los miradores de la reina, hizo una muy grande reve-

rencia, y alzándose en los estribos, besó la cadena, y se la dió, diciendo: «vuestra Alteza reciba esa niñería, que no hallo otra persona digna della. No extrañe vuestra Alteza mi atrevimiento, que lícito es en tales actos recibir cualquiera joya.» Levantóse la reina y recibiólo, y besándola se la puso al cuello, y haciéndole una medida se volvió á asentar. El maestro inclinó la cabeza al rey, y se volvió con Muza y otros caballeros que le querían bien, por tener tanta fama en todo aquel reino, por las muchas entradas que hacía entre año, y de todos conseguía victoria.

A esta sazón, el muy valiente y esforzado Albayaldos, que tenía muy grande deseo de verse en batalla con el maestro para probar sus fuerzas, y porque el maestro había muerto á un deudo suyo con quien él tenía mucha amistad, se quitó del lado del rey con disimulación, y subió sobre una yegua bien aderezada, y acompañado de sus amigos se fué paseando adonde estaba el maestro y el valiente Muza; y contemplando el buen talle del maestro y su donaire, le dijo: «grande ha sido y es el gozo que todos hemos recibido, esforzado é invicto maestro, de verte tan galán y de fiesta, y fuera muy mayor mi contento si te viera con tus fuertes y lucientes armas, como otras veces te he visto en la Vega, y en ella tuviéramos los dos escaramuza, que há días que lo deseo, y son dos causas las que me mueven: la una por el gran valor que la fama ha derramado por el mundo de tu persona, y el deseo que tengo de verte para ser el interesado en todo; la otra por vengar la muerte que le diste á mi primo el rey Mahomad. Aunque te conozco, y sé que se la diste en trabada y muy reñida escaramuza, con todo eso me llama y provoca á venganza el amor de mi querido primo; y por tanto tente desde hoy por desafiado, para que cuando fuere tu voluntad se ponga en ejecución mi deseo, y saldré con armas y caballo, y conmigo irá Malique Ala-

bez. Atentamente escuchó el maestro todo lo que le dijo el valeroso Albayaldos, y con rostro risueño le respondió así: «si te ha sido alegría el verme con traje galán y gustaras más de verme con armas, yo me holgaría infinito saber que esa era tu voluntad para venir prevenido, y que en aqueste día pusiéramos por obra lo que deseas: tu valor publican los cristianos que corren la Vega, y ahora lo confirmo en que me has desafiado. Dices tener deseo de verte conmigo por mi valor; otros muchos caballeros cristianos hay que honran mis hazañas, y con quien ganarás más fama; y si te incita á tener escaramuza la vertida sangre de tu primo el rey Mahomad, como dices, sé decirte que no vi ni sentí en él punto de cobardía, sino que murió como caballero peleando; y pues tu gusto es de probar tus fuerzas con las mías, yo soy contento dello, y así mañana te aguardo en la fuente del Pino, donde estaré con solo un cristiano, padrino mío, que se llama D. Manuel Ponce de León; y para que estés cierto de que no habrá otra cosa, recibe este guante en señal de la escaramuza aplazada.» Diciendo esto, le dió su guante derecho, y el moro lo recibió, y le dió al maestro un anillo de oro, que era su sello. Muza y los caballeros quisieron que no se hiciera la escaramuza, mas no quiso ninguno desistir de su palabra dada; y así quedó hecho el desafío entre los dos para el día siguiente.

CAPÍTULO XI

De la batalla que Albayaldos tuvo con el maestre de Calatrava, y cómo el maestre le venció y dió muerte.

El desafío de los dos valerosos caballeros aceptado, por ser ya tarde se fué el maestre, habiéndose despedido de todos; dejémosle ir, y volvamos al fin del juego de sortija. Pues como ya se había puesto el sol, y no venía ningún caballero, los jueces mandaron á Abenámámar que dejase la tienda, pues no venía ningún caballero; que él lo había hecho como todos tenían la confianza, y que había ganado mucho nombre y ricos despojos y retratos muy hermosos; pero que al fin el de su Fátima excedía á todos. El vencedor Abenámámar mandó quitar el aparador de las joyas, que aun quedaban muchas y muy ricas. Los jueces se bajaron del tablado y subieron á caballo, y pusieron en medio al fuerte Abenámámar y su padrino Muza, y con toda la caballería en su compañía, y al son de música dieron vuelta á la plaza, dándole mil parabienes de su victoria; y en llegando á los miradores reales de la reina, tocaron chirimías, dulzainas y atabales, y otros instrumentos, y dió á Fátima todos los despojos ganados en la sortija, diciendo: «toma, señora, lo que de derecho te toca, porque tu hermosura lo ha conquistado, y así es bien que lo goces y dispongas dello á tu gusto como tuyo.» Fátima lo recibió todo sin responder, porque la vergüenza la ocupó; aunque con los ojos le dió mil gracias, cifra con que en tal caso los amantes se entienden. No fué poca la envidia que causaron á Galiana y á Jarifa ver los ricos trofeos en poder de Fátima, y más les causó ver entre ellos sus retratos.

Estaba Galiana muy triste imaginando cien mil cosas: consideraba que Abenámbar había ordenado aquellas fiestas por vengarse de su ingratitude, y más lo sentía por ver ausente á Sarracino, que no volvió más á la plaza. El rey, visto era tarde, se quitó de los miradores, y la reina, y se fueron al Alhambra.

Aquella noche cenaron con el rey todos los del juego de sortija, menos Sarracino, que fingió estar indispuerto. Con la reina cenaron las más principales damas de la corte, en la cual cena hubo muy alegres fiestas y un sarao público. Danzaron todas las damas y caballeros con las libreas que habían jugado la sortija. Sola Galiana no danzó, porque estaba triste por la ausencia de su moro, aunque fingió estar indispuerta. Bien conoció la reina su pena, aunque la disimulaba. Celima su hermana la consolaba lo posible; pero no admitía ningún consuelo, porque tenía el corazón muy lastimado. El que se aventajó á todos fué el fuerte Gazul con la hermosa Lindaraja, á quien él tanto amaba y ella á él; lo cual sintió mucho el fuerte Reduan de verse aborrecido de quien él tanto amaba, y ardiendo en rabiosos celos, propuso en su corazón el matar á Gazul; pero no le sucedió como pensó, según adelante diremos, en una escaramuza que ambos tuvieron sobre la hermosa dama Abencerraje. Desta dama se hace mención en otras partes, y más en una recopilación del bachiller Pedro de Moncayo, adonde la llama Celima. Llamáronla así por su lindeza, y porque era extremada en hermosura; pero su propio nombre era Lindaraja, por ser Abencerraje. Adelante se tratará della y de Gazul, después de la violenta y cruda muerte que se dió á los Abencerrajes, por la traición que les levantaron.

Y tornando á la historia, siendo la mayor parte de la noche pasada en danzas, bailes y otros regocijos, y habiéndoles hecho el rey mucha honra á Abenámbar y á los justadores, les mandó ir á reposar. La noble y

hermosa Fátima dió todos los retratos á las damas cuyos eran, pasando entre ellas muchos donaires y gracias, quedando muy obligadas á la triunfadora por la magnificencia que con ellas había usado. Despedidos del rey los caballeros, se fué cada uno á su casa, y asimismo las damas que no eran de palacio. Albayaldos no pudo reposar el resto de la noche, y tomando la mañana salió del Alhambra á aguardar á Malique Alabez, y en llegando le dijo: «tarde habemos salido de la fiesta.—Así me parece, dijo Alabez; pero hoy podremos reposar del trabajo pasado.—Antes será al revés, dijo Albayaldos, porque ayer vestisteis gala de brocado y seda, y hoy conviene vestiros de pelea con las duras armas.—Pues ¿por qué causa? dijo Alabez.—Porque tengo desafiado para hoy al maestre de Calatrava, y hemos de escaramucear en la Vega, y os he señalado por mi padrino.—Pues con tal caballero tenéis aplazada escaramuza, plegue al santo Alah que os vaya bien con él, aunque yo lo pongo en duda, porque es muy diestro y experimentado en las armas; y puesto que me habéis recibido por padrino, vamos en buen hora, y por la real corona de mis antepasados, que me holgaría que viniésemos con victoria del desafío. ¿Y el rey sabe esto?—Yo entiendo que no, respondió Albayaldos, si no es que se lo haya dicho Muza, porque estuvo presente en nuestro desafío.—Sea como fuere, sépalo ó no, vamos temprano, dijo Alabez, y sin que el rey ni nadie lo entienda, salgamos á la Vega á vernos con el maestre.—¿Y el maestre señaló padrino?—Sí, dijo Albayaldos: á D. Manuel Ponce de León.—Si así es, vive Alah que no podremos dejar de venir él y yo á las manos, porque ya sabéis la escaramuza que tuvimos, dijo Alabez, y él tiene mi caballo y yo el suyo, y quedó concertado que cuando nos viéramos otra vez daríamos fin á la escaramuza.—No os dé pena eso, dijo Albayaldos, que confianza tengo de que vengamos victoriosos. Ala-

bez dijo: «vamos á alistar nuestras armas, y á ponernos como conviene, que importa partirnos luego.»

Con esto se partieron los dos valientes guerreros, y aderezaron lo que les convenía para la pelea, y una hora antes del día se partieron de la ciudad muy secretamente, por no ser de nadie conocidos, y se fueron por el campo de Arbolote, lugar que es dos leguas de Granada, para de allí ir á la fuente del Pino, donde quedó tratado entre el maestro y Albayaldos que se habían de juntar. El sol empezaba ya á alumbrar el mundo, y con la hermosura de sus rayos á dar ser á las inclinadas rosas y hierbas con el peso del rocío de la noche, cuando los dos valerosos moros llegaron á la villa de Arbolote, y pasando sin parar, se fueron á la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los moros de Granada y su tierra; y sería una hora salido el sol cuando llegaron á la fresca fuente, la cual cubre una hermosa sombra de un pino, que por eso tenía la fuente aquel nombre. Llegados allí, no vieron á nadie, y apeándose de los caballos colgaron las adargas en los arzones, y arrimaron sus lanzas; y sentándose junto á la fuente, se refrescaron en la cristalina agua, y empezaron á tratar de cómo no venía el maestro, y por qué sería su tardanza. Dijo Albayaldos: «¿mas si nos hiciese burla el maestro, y no viniese?—No digáis eso, dijo Alabez, que el maestro es buen caballero, y no dejará de venir, que aún es muy de mañana»; y diciendo esto vieron venir dos cristianos, muy bien puestos, con lanzas y adargas, en dos feroces caballos, y ambos de pardo y verde, y plumas de dos colores; conociéronlos luego en que se divisaba en medio de la adarga una cruz roja que campeaba en blanco. El otro caballero también tenía en su adarga otra cruz diferente, porque era de Santiago. «¿No os decía yo, dijo Alabez, que el maestro no tardaría? Mirad si es cierto.»

Estando en esto llegaron los dos valerosos guerre-

ros, flor de la cristiandad, y saludaron á los moros, y dijo el maestro: «á lo menos hasta ahora somos perdidosos, pues no habemos venido primero.—Poco importa, respondió Albayaldos, que no consiste en eso la victoria.» Estando en esto relinchó el caballo del maestro; y mirando los cuatro caballeros al camino de Granada, vieron venir por él un moro á todo correr de su caballo: venía vestido de marlota y capellar naranjado, y en una adarga azul un sol en negras nubes que parecía oscurecerlo, y en torno de la adarga unas letras rojas que decían: *dame luz, ó escóndete*. Atentamente fué de todos mirado, y de Albayaldos y Alabez conocido, que era el valeroso Muza; el cual, como supo que Alabez y Albayaldos habían salido de Granada al cumplimiento del desafío, partió á la posta de la ciudad por si pudiera evitar la escaramuza, ó cuando no hallarse en ella; y en llegando, les dijo: «bien entendíades, caballeros, que habíais de hacer aquesta escaramuza solos; pues por Alah santo, que le he dado la priesa posible á mi caballo por hallarme en ella, y mi principal intento ha sido venir á suplicaros, caballeros esforzados y valientes, que os sirváis de no ir en la prosecución del desafío, por hacerme merced, pues no hay urgente causa. ¿Qué provecho sacaréis en matar uno al otro, ó por desgracia que mueran ambos? Ea, caballeros, no permitáis que falte del mundo ninguno de vosotros. Ambos sois mis amigos, y cualquiera desgracia que suceda á uno de vosotros, ó á los dos, me lastimará en el alma. No consintáis que mi venida y ruego sea en vano. Esto pido muy encarecidamente á los dos, y en particular al maestro;» y dando fin á sus razones Muza, respondió el maestro: «por cierto, noble Muza, que por daros gusto y pedírmelo con tanto encarecimiento, y por la mucha amistad que os tengo, haré de mi parte todo lo que me pedís, y yo alzo la palabra puesta del desafío, y no trataré más dél, como quiera Albayaldos

y sea su gusto; porque á no serlo, no soy el todo, sino parte, y ésa rindo á vuestra voluntad.—A gran merced tengo la que me hacéis, y no esperaba yo menos de un caballero tan principal como vos sois, señor maestro. Y vos, señor Albayaldos, ¿no me haréis merced que cese ese rencor?» Albayaldos respondió: «señor Muza, tengo tan presente la sangre vertida de mi primo hermano, por la violencia del penetrante hierro de la lanza del maestro, que no me da lugar á que haga lo que me mandáis, aunque de cierto supiera morir á sus manos. Y si muriera yo en esta escaramuza, será honrosa mi muerte; y si yo venciere y matare al maestro, todas sus glorias serán mías; y en lo que he dicho estoy resuelto.»

El fuerte D. Manuel Ponce de León no gustaba de tantas arengas, y así dijo: «caballeros, gusto es del señor Albayaldos vengar la muerte de su primo; no es menester sino que se ponga en ejecución. El señor Alabez y yo quedamos concertados de dar fin á una escaramuza que tenemos empezada, y pues hoy viene á coyuntura, peharemos todos, y Muza será padrino de los cuatro.» Alabez dijo: «bien concertado está; no aguardemos á más conversación, no se nos vaya el tiempo en balde, y sean las obras más que las palabras; junto, si hay lugar, y gustáis dello, señor D. Manuel, querría que me dieseis mi caballo y recibieseis el vuestro, y empecemos la escaramuza.—No quede por eso, dijo D. Manuel; dadme ese, y aquí tenéis el vuestro, que bien os sé decir que antes de mucho serán ambos de uno de los dos.» Y diciendo esto, destracaron los caballos, y cada uno quedó contento con su prenda.

El bravo Muza, visto que no había podido alcanzar lo que pretendía, se previno para el oficio que le habían señalado. El maestro llevaba en torno de su adarga unas letras rojas, así como la cruz, que decían: *Por esta morir pretendo*. D. Manuel llevaba por la orla de su adarga otra letra que decía: *Por esta y por la Fe*. Malique

Alabez y Albayaldos iban de una librea de damasco azul, marlota y capellar con muchos frisos de oro. Alabez llevaba en su adarga su acostumbrado blasón y divisa, en campo rojo una banda morada, y en ella una media luna, las puntas arriba, y encima dellas una hermosa corona de oro con una letra que decía: *De mi sangre*. Albayaldos llevaba por divisa en su adarga, en campo verde un dragón de oro con una letra que decía en arábigo: *Nadie me toque*. Estaban tan galanes con sus libreas y divisas, que parecía no ir á pelear, y debajo dellas llevaban fuertes armas. Albayaldos, encolezado y muy brioso, empezó á menear su caballo y aprestarse para la escaramuza, y á llamar al maestro que viniera; el cual, haciendo primero la señal de la cruz, movió su caballo á media rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. Alabez, como se vió con su estimado caballo, como si fuera un Marte arremetió por el campo, y lo mismo hizo D. Manuel con el suyo, que en bondad ninguno le excedía: así se trabó entre todos cuatro una escaramuza de las más bravas y sangrientas que hasta entonces se habían visto. Y no hay que espantarse de la exageración, pues eran los dos cristianos la mapa de la corte del rey de Castilla, y los dos moros del de Granada.

Albayaldos, viendo muy cerca de sí al maestro, arremetió á él abalanzándose con intento de herirle, de suerte que feneciera presto la escaramuza; pero fué diferente de lo imaginado, porque así como le vió venir tan de rebato, reconoció su intento; hizo que le aguardaba; pero al tiempo de embestir, con mucha destreza picó al caballo haciéndole dar un gran salto en el aire, y retiróse poco trecho por un lado; de modo que el encuentro del moro no hizo efecto, y el maestro revolvió como un pensamiento, y en lo descubierto de la adarga le dió un bote de lanza tan duro, que la fuerte cota que el moro llevaba fué rompida, y la carne abierta con el

duro hierro. No hubo áspid ni víbora pisada al descuido del rústico villano que tan presto fuese á la venganza de su daño, ni embravecido león con onza que le hubiese herido, como el bravo Albayaldos revolvió á herir al maestro, bramando como un toro, lleno de ponzoñosa cólera; y como le vió tan cerca de sí, arremetió con tanta presteza, que el maestro no tuvo tiempo de usar la primera maña ni destreza; y así el moro le hirió tan poderosamente, que le atropelló la adarga, rompió el fuerte escudo, é hirió mal al maestro. El moro rompió la lanza del golpe; y arrojando el trozo, revolvió su caballo para tener lugar de echar mano al alfanje; mas no pudo revolver tan presto como lo imaginó, de manera que el maestro tuvo lugar de arrojarle la lanza porque no se fuese. La lanza fué arrojada antes de tiempo, porque pasó por delante de los pechos del caballo de Albayaldos con tanta furia como si fuera una saeta despedida del corvo arco; de modo que gran parte de la dura asta fué clavada en tierra, y eso á tiempo que el caballo del moro llegaba, el cual andando tropezó en el asta que quedaba retemblando, de suerte que sin poderse valer dió en el suelo. El bravo moro, como vió en tal aprieto su vida, le espoleó para que de todo punto cayese; mas no lo pudo hacer el moro tan presto, que el valiente D. Rodrigo no fuese á él con la espada desnuda, y antes que se levantase el caballo le dió de punta una brava herida.

Malique Alabez volvió el rostro hacía donde lidaban el maestro y Albayaldos; y como le vió en tan notorio peligro, volvió las riendas á su caballo por favorecerle, y dejó á D. Manuel, que muy trabada escaramuza tenía con él, y como un águila llegó adonde estaba el maestro, á tiempo que traía el brazo levantado para tornar á herir á Albayaldos, y de través le hirió de un bote de lanza, tan á sobreseguro y á su salvo, que no embargante ser muy mal herido, si no se asiera

á las crines del caballo, cayera en tierra sin duda. El moro rompió su lanza con aquella herida que dió, y había puesto mano á su cimitarra para volver al maestro, cuando D. Manuel llegó á todo correr de su caballo por socorrer al maestro, que estaba en mucho peligro, y sin duda que allí acabara su vida, y con una emponzoñosa cólera le dió á Alabez un golpe con la espada, que le quitó el sentido; y aunque fué la herida pequeña, porque le dió casi de llano, con todo eso fué dado con tanta fuerza, que le aturdió, y sin ningún remedio cayó del caballo, y con la caída casi volvió en sí; y reconociendo su peligro, como era de animoso corazón, se quiso levantar; mas D. Manuel no le dió lugar, porque habiendo saltado de su caballo, fué á él, y con gran furia le dió otro golpe por encima de un hombro, que le hizo una mala herida. De aquel golpe tornó Alabez á caer en el suelo, y D. Manuel fué á cortarle la cabeza; pero como Alabez se vió en tal extremo, habiendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano á un puñal que tenía, y con la mayor fuerza que pudo le dió á D. Manuel dos grandes heridas, una en pos de otra. D. Manuel, viéndose tan mal herido, puso mano á una daga que tenía, y levantando el invencible brazo, le fué á cortar la garganta para dividirle la cabeza del pescuezo; mas impidiólo el bravo Muza, que había estado mirando la escaramuza; y como vió á Alabez en tal aprieto, fué corriendo, y arrojándose de su caballo, detuvo el invicto y fuerte brazo á D. Manuel, diciendo: «señor D. Manuel, suplícoos me hagáis merced de la vida deste vencido caballero.»

D. Manuel, que hasta entonces no le había visto ni sentido, volvió la cabeza por ver quién se lo pedía; y conociendo ser Muza, hombre de tanto valor, y viéndose tan mal herido, y recelándose si no otorgaba la vida de tener escaramuza con él en tan mala ocasión, dijo que le placía de hacer lo que le pedía; y levantándose

de encima de Malique, aunque con trabajo por estar desangrado y tener penetrantes heridas, le dejó libre. Malique estaba muy de peligro, y sin fuerza para levantarse del suelo, porque se desangraba muy apriesa. Muza, condolido dél, le alzó de la tierra, y le llevó á la fuente, dando muchas gracias á D. Manuel; el cual, mirando el estado de la escaramuza del maestro y de Albayaldos, vió cómo el moro andaba desmayado y para caer, porque tenía tres heridas mortales, una de lanza y dos de espada. El maestro, viendo que D. Manuel había quedado vencedor de un tan buen caballero como Alabez, cobró ánimo de nuevo, y con una honrosa vergüenza, porque tanto se dilataba su victoria, arremetió con toda furia para Albayaldos; y dándole un golpe muy pesado sobre la cabeza, no pudiéndose ya el moro apartar, malamente herido, dió con él en el suelo sin ningún sentido, quedando el maestro con tres heridas. El fuerte Muza, que vió caído á Albayaldos, fué al maestro, y le pidió de merced que no pasase más adelante la escaramuza, pues Albayaldos más estaba muerto que vivo. El maestro se lo concedió, y asignando la mano para levantarle, no se la dió, porque estaba casi privado de su sentido; y llamándole por su nombre, Albayaldos abrió los ojos, y con voz débil y flaca, como quien iba rindiendo el alma, le dijo que quería ser cristiano. Mucho fué el gozo de los dos cristianos; y cogiéndole entre ambos, le llevaron á la fuente, y el maestro le bautizó en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y le puso por nombre D. Juan, y muy tiernamente se despidieron de los dos moros, y le encargaron á Muza cuidase de aquel caballero, porque ellos se iban á curar, que estaban muy mal heridos. «Alah santo os guarde, dijo el afligido Muza, y él querrá que algún día os pague las mercedes que me habéis hecho.» Los fuertes cristianos se fueron adonde su gente los aguardaba, que era en el Soto de

Roma que dicen, por donde pasa el río Genil, y allí fueron con toda diligencia curados.

Volvamos al fuerte Muza, que había quedado en la fuente del Pino con los dos moros heridos. Malique Alabez, ya puesto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se entendía, le dijo á Muza qué era lo que había de hacer. Muza respondió que quería aguardar á ver en qué paraba el buen Albayaldos, que estaba acabando, y que si él traía unguento, que le curaría de modo que fuese á Arbolote, y que allí se podría curar despacio. Alabez dijo que mirase su mochila, que allí había lo necesario. Muza fué al caballo de Alabez, y trajo paños y ciertos unguentos para curar heridas; y poniéndole sobre ellas de los unguentos, se las apretó con unos paños; y curado Malique subió en su caballo, y se fué á Granada, yendo considerando el valor de D. Manuel y del maestro; y tenía pensamiento de ser cristiano, entendiendo que la fe de Jesucristo era mejor y de más excelencias, y por gozar de la amistad de tan valerosos caballeros como aquéllos, y de otros de cuya fama estaba el mundo lleno. Con estos pensamientos llegó á Arbolote, y en casa de un amigo suyo se apeó, donde fué curado de manos de un cirujano experimentado, donde lo dejaremos por volver á Muza, que quedó con Albayaldos; al cual, aunque se volvió cristiano, no le desamparó, antes procuró de curarle; y desnudándole, le halló tres heridas penetrantes, sin otra que tenía en la cabeza; y viendo que eran de muerte, no quiso curarlo por no darle pena, y le dijo: «¡cuánto me pesa de verte así! Si admitieras mi consejo, no vinieras á este estado.» El nuevo cristiano D. Juan abrió los ojos, y mirando al cielo, con las ansias de la muerte, decía: «¡oh buen Jesús!, ten misericordia de mí, y no mires que siendo moro te ofendí, persiguiendo tus cristianos. Mira tu grandísima misericordia, que es mayor que mis pecados; y mira, Señor, que tú dijiste por tu boca que en

cualquier tiempo que el pecador se volviese á ti, sería perdonado.» Adelante quería pasar D. Juan; mas no pudo, porque se le trabó la lengua, y comenzó á revolcarse á un lado y á otro por un lago de sangre que de sus heridas salía, y de la cual estaba todo bañado, que era compasión; y por esto se hizo este romance, que dice así:

De tres heridas mortales,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos
Herido estaba de muerte:

El maestro le hiriera
En batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que se advierte,

Los ojos mirando al cielo,
Decía de aquesta suerte:

«Sírmete, dulce Jesús,
Que en este tránsito acierte
A acusarme de mis culpas
Para que yo pueda verte.

Y tu Madre piadosa
Mi lengua rija y gobierne,
Porque Satanás maldito
Mi alma no desconcierte.

¡Oh hado duro y acerbo,
Si yo quisiera creerte,
No viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme!

El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierda,
Porque confío en las manos
De aquel que pudo hacerme.

Lo que te ruego, buen Muza,
Si en algo has de socorrerme,
Que aquí me des sepultura
Debajo del pino verde:

Y encima pon un letrero,
Que declare esta mi muerte;
Y le dirás al rey Chico
Cómo yo quise volverme

Cristiano en aqueste trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcorán,
Que pretende oscurecerme.»

Muy atento había estado el fuerte Muza á las razones del nuevo cristiano; y tanto sentía su mal, que no podía dejar con lágrimas en sus ojos de hacer un tierno sentimiento, considerando el estado en que estaba tan bravo caballero, y las grandes victorias por él alcanzadas contra los cristianos; las riquezas que dejaba, el brío, la valentía y fortaleza de su persona, y la grande estima y reputación en que estaba puesto, y verle tendido en el duro suelo, revolcándose en su sangre, y sin poder restañar la poca que le quedaba; y acercándose á él para consolarle, viendo cómo el nuevo convertido hizo señal de la Santa Cruz, y la besó, y diciendo *Jesús* rindió el alma á su Criador. Lastimóse tanto de ver al nuevo cristiano muerto, que derramó muchas lágrimas sobre el difunto con el dolor que tenía de la muerte de su amigo; mas visto que el llorar y hacer sentimiento doloroso no hacía al caso, se consoló dejando el llanto, y procuró cómo le podría dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando así con este cuidado, Dios le socorrió en tal necesidad, para que el cristiano fuese enterrado, y no quedase su cuerpo á las aves en aquel campo; y fué que cuatro rústicos iban por leña á la sierra Elvira con todo recado y azadones para sacar las cepas. Muza se alegró cuando los vió, y los llamó; los cuales vinieron, y Muza les dijo: «amigos, por amor de mí, que me ayudéis á enterrar el cuerpo deste caballero que está aquí, que Alah os lo pagará.» Los leñadores respondieron que de buena gana lo harían; y habiendo señalado Muza el lugar de la sepultura, la abrieron con diligencia al mismo pie del pino; y alzando el cuerpo del caballero, le quitaron la marlota y capellar, y desarmándole de las armas que tenía, de tan poco

provecho á los agudos filos y temples de la espada y lanza del maestro, y tornándole á poner su marlota y capellar, le enterraron con hartas lágrimas que derramó Muza; y habiéndole enterrado, los leñadores se despidieron, espantados de las mortales heridas del difunto. Muza escribió en el mismo tronco del pino un epitafio, con letra que de todos fuese bien entendida, que decía desta manera:

Aquí yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno,
Más fuerte que Reinaldos,
Ni el conde Palatino, aunque fué bueno.
Matóle el hado ajeno
De su famosa vida,
Envidia conocida
De aquel famoso Marte,
Que pudo tan sin arte
Ponerle el hierro duro,
Por vivir en su cielo más seguro.

Este epitafio puso Muza en el pino sobre la sepultura del convertido Albayaldos, y derramando lágrimas tomó la fuerte jacerina, casco, bonete y plumas, todas llenas de argentería, y la fina adarga hecha en Fez, y haciendo en todos con el alfanje y trozo de lanza en medio un trofeo, le colgó en una rama del pino, y encima este letrero:

Es el trofeo pendiente
Del ramo de aqueste pino,
De Albayaldos Sarracino,
De moros el más valiente
Del estado granadino.
Si aquí Alejandro llegara
A este sepulcro, llorara
Con más envidia y más fuego,
Que lloró en aquel del griego,
Que el gran Homero cantara.

Así como Muza acabó de poner el trofeo con las letras que tengo dichas, y viendo que no había más que

hacer, subió en su caballo y asió de las riendas al de Albayaldos, maldiciéndole muchas veces, porque por la gran caída que dió fué herido tan mal Albayaldos; aunque después dijo que bien sabía que aquella causa ni otra alguna no fueran bastante, sino que estaba ya ordenado del cielo que pasara así, y no podía dejar de suceder. Yendo diciendo estas cosas y otras, aún no había andado tres millas cuando vió venir dos caballeros de buen talle: el uno venía vestido con marlota amarilla, capellar, bonete y plumas de la misma color; la adarga era la mitad amarilla y la otra azul, y en el lado azul pintado un sol metido entre nubes negras, y debajo del sol una luna que le eclipsaba, con una letra que decía desta suerte:

Ya se eclipsó mi esperanza,
Y se aclaró mi tormento;
Ajeno soy de contento,
Pues no hay rastro de mudanza.

La lanza deste caballero era toda amarilla, el jaez y adorno del caballo amarillo, y la banderilla de la lanza amarilla. Bien mostraba este caballero vivir desesperado. La letra decía: *Sin remedio de esperanza*. El otro caballero venía con una marlota, la mitad roja y la otra mitad verde, capellar, bonete y plumas de lo mismo; la lanza y la banderilla verde y roja; la adarga, la mitad roja y la otra mitad verde, y en la parte roja unas letras de oro, cortadas con mucho artificio, porque campearan desde lejos, que decían así:

Mi luz no se oscurece,
Antes esclarece el día,
Y éste me causa alegría,
Porque mi gloria más crece.

Debajo destas letras había un gran lucero, también de oro, con los rayos muy grandes, y cuando le daba el sol resplandecía de manera que privaba de la vista á

quien lo miraba. Muy bien mostraba este caballero vivir contento y alegre, según lo daban á entender las colores de su librea y blasón y señal de su adarga. Venían ambos platicando y caminando de priesa. Muza los estuvo mirando por si acaso los pudiera conocer, mas no pudo conocerlos hasta que estuvieron cerca; entonces fueron conocidos, que el del color amarillo era Reduan, y vestía de aquesta suerte, porque Lindaraja, Abencerraje, le desamaba; el otro caballero de lo rojo y verde era el animoso Gazul, y vestía de aquesta manera, porque Lindaraja le amaba, y los dos venían desafiados sobre quién había de quedar con la hermosa dama. Maravillóse Muza de verlos, y ellos de ver á él con aquel caballo de las riendas y sin ningún escudero que le acompañase; y en llegando los unos á los otros se saludaron, según su costumbre, y después el que primero habló fué Muza, diciendo: «por Mahoma juro que me espanto en veros ir á los dos por este apartado camino, y sospecho que vuestra venida no es sin causa, y recibiré gran placer si me dais cuenta della.» Reduan respondió: «más razón hay de admirarnos nosotros en veros venir así solo, y con ese caballo del diestro; y debe de ser la causa que habéis tenido escaramuza con algún caballero cristiano y le habéis muerto, y le quitasteis el caballo.—Yo me holgara que fuera así, respondió el afligido Muza; mas decidme, señor Reduan, ¿es posible que no conocéis este caballo?» Reduan mirándole dijo: «Si no me engaño, es de Albayaldos; suyo es de cierto. ¿Su señor dónde queda?—Pues lo preguntáis, respondió Muza, yo os lo diré. Sabed que ayer, en el juego de sortija, habiendo corrido el maestro de Calatrava sus tres lanzas, y ganado al mantenedor, Albayaldos entró en la plaza; y porque el maestro mató al rey Mahomad, primo de Albayaldos, desafió al maestro, estando yo presente, y quedó que se habían de ver hoy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos

por su padrino á Alabez, y el maestro por el suyo á D. Manuel Ponce de León; y esta mañana fuí á palacio, y no vi á Albayaldos ni á Alabez, y acordándome del desafío, sin dar cuenta á nadie fuí por la posta á la fuente del Pino, y allí vi á los cuatro caballeros; hice todo lo posible porque no pasase adelante el desafío, y ya lo había alcanzado del maestro; pero Albayaldos estaba tan pertinaz, que no quiso sino proseguir la escaramuza. Alabez y D. Manuel tenían antes de ahora comenzada una escaramuza, y por cierta ocasión no fué fenecida, y hoy la quisieron fenecer; de suerte que padrinos y ahijados riñeron cruelmente, y al fin por caer de su caballo fué muy mal herido Albayaldos, el cual vencido, al punto de su muerte dijo que quería ser cristiano; Alabez fué también muy mal herido y vencido por D. Manuel Ponce de León, y si no fuera por mí, allí muriera. Pedíle de merced otorgase la vida á Alabez, y fué tan noble que dejó de matarle y me lo entregó. Yo le apreté las heridas y se vino, y entiendo que está curándose en Arbolote. El maestro bautizó á Albayaldos, y le puso por nombre D. Juan, y á poco rato murió llamando á Jesucristo; antes que muriera me rogó muy encarecidamente que le diese sepultura debajo de aquel pino, y así lo hice, y de sus armas hice un honroso trofeo, y lo colgué encima de su sepultura. Todo esto pasa como lo he contado; ahora hacedme placer de decirme adónde vais por si os puedo servir en algo.—Obligación hay, dijo Gazul, de daros cuenta de nuestra venida, pues nos la habéis dado deste suceso; y respondiendo á estas cosas, digo que siento en el alma la muerte de Albayaldos y las heridas de Alabez, por ser dos caballeros en quien el rey tenía puestos los ojos por su valor. La causa de nuestra venida es que el señor Reduan me trae desafiado, sólo porque Lindaraja me ama y á él le aborrece, y para esto vamos á la fuente del Pino, por ser lugar apartado.»

Admiróse el fuerte Muza del caso, miró á Reduan y le dijo: «¿pues es posible que queráis que os ame por fuerza la dama? Nunca forzoso amor es perfecto. De suerte que si ella quiere á otro, ¿queréis tener escaramuza con quien no os debe nada, y dejáis la culpa sin castigo, y ponéis la vida en contingencia de perderla? Si ella no os quiere, buscad otra, que abundancia hay de damas, siendo vos como sois un caballero tan estimado en el reino, así en valor de la persona como en bienes y linaje. Por cierto, bien parecería que saliesen á reñir cada día los caballeros más estimados por esos negocios y se matasen; y al tiempo de la necesidad, como cada día vemos que la hay, por tener los cristianos á la puerta, ¿quién saldría á los rebatos y escaramuzas? Mirad en qué paró Albayaldos por no tomar mi consejo. No paséis adelante, sino volvamos á Granada. Bien sabéis, señor Reduan, que yo amaba á Daraja, y á los principios me hizo favores, cuantos á hombre se le podían hacer, y sin causa, sólo por su gusto, me aborreció, y puso los ojos en Zulema Abencerraje. Cuando vi de cierto que no me quería, aunque luego lo sentí mucho, procuré olvidarla, y me consolé considerando que no hay veletas de torres tan mudables como ellas. ¿Fuera bueno que la ingratitud que Daraja usó conmigo me la pagara Zulema y le matara, no teniendo culpa? Disparate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraja es en no mirarla, y en hacer á mi dama mil ofrendas en presencia della; y esta es mucha mayor venganza que si la matara. Por vuestra vida, muy esforzado Reduan, que cesen todos vuestros rencores y nos volvamos á Granada.»

Con esto cesó el valiente Muza, y Reduan respondió diciendo: «es tan grave mi tormento, y tan grande el infierno que arde en mis entrañas, que no me deja reposar, porque de noche arde en mi pecho un Mongibello, y de día me enciende un volcán, sin cesar de abra-

sarme; de modo que, para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerba y cruda muerte.—Quiero preguntar, señor Reduan, dijo Muza, qué remedio pensáis sacar después de muerto de todos vuestros males.—Descanso, respondió Reduan.—Y sepamos, dijo Muza, si acaso en la escaramuza que pretendéis hacer matáis á Gazul, y averiguadamente la dama os aborrece más, y si por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos pone los ojos en otro, ¿le habéis de matar también?—Ahora querría acabar esta escaramuza, respondió, que después el tiempo me dará orden á lo demás.»

Visto Muza que se iban, y que no había podido reducir á la razón á Reduan, se fué con ambos, con esperanza de aplacar la escaramuza; y tan buena priesa se dieron á caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino; y en parando, Muza ató al pino el caballo de Albayaldos, y les enseñó el sepulcro, y de nuevo volvió á rogar á Reduan que no prosiguiese en su intento, y que dejase aquella empresa, que no importaba. Reduan, sin responder palabra, dijo á Gazul: «ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperanza.» En diciendo esto, empezó á escaramucear por lo llano, y á llamar á Gazul que viniera á la escaramuza. Gazul, enfadado del arrogante contrario, como quien pretendía privarle de todo punto de su bien y frustrarle la esperanza que tenía de gozar á Lindaraja, sin hacer flores de escaramucear, en un momento se juntó con Reduan con una ardiente cólera, y se comenzaron á dar tan terribles golpes de lanza, que era admiración. Reduan rompió á su contrario la adarga y jaco, y le dió una pequeña herida, de la cual salía mucha sangre. Gazul, viéndose así herido á los primeros golpes, para vengarse aguardó que Reduan se ladease con el caballo para herirle en el descubierto; y sucedió como lo ima-

ginó; porque Reduan quiso volver con otro golpe, y fué rodeando para ejecutarle, y se le acercó cuanto pudo. Luego que Gazul le vió tan cerca arremetió su caballo con tanta presteza, que cuando Reduan entendió escaparse del encuentro, ya lo tenía recibido, y no tuvo lugar sino de adargarse por reparar el golpe; pero no le valió ser fina la adarga ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseó todo, y quedó Reduan mal herido, y retirándose Gazul volvió á herir á Reduan; y él venía con su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que se quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se vieron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza para sacarse de la silla, y así pelearon gran rato sin poder efectuar su pretensión.

Los caballos, como se vieron tan juntos, alborotándose y dando relinchos, empezaron á morderse, y empuñándose, á pesar de sus señores, volvieron de ancas para hacerse mal con las herraduras; y al tiempo de revolverse, como estaban apretados los caballeros el uno con el otro, de necesidad hubieron de venir ambos al suelo; pero Reduan, como más fuerte, se trajo tras sí á Gazul, y quedó debajo. Reduan, que se vió en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y afirmando los pies en el suelo, dió tales enviones, que desechó á Gazul de encima, y se levantó luego en pie, y lo mismo hizo Gazul, y muy presto se adargaron; y poniendo mano á sus alfanjes, se comenzaron á herir terriblemente, dándose recios golpes, de suerte que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que estaba más herido era Reduan, porque tenía dos heridas de lanza. Ambos andaban mal heridos, sin reconocerse ventaja en ninguno. Las libreas estaban rotas por el suelo y las armas descubiertas, de suerte que cada uno procuraba herir en las partes más flacas de las armas, para que el golpe no fuese en bal-

de. Los alfanjes eran damasquinos y de muy finos temples, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rotas y ellos heridos, y así en dos horas que había que lidiaban, estaban tales, que no se podía esperar sino la muerte de ambos.

Reduan llevaba lo peor de la escaramuza; porque aunque es verdad que era de más fuerza que Gazul, era más seguro, y entraba y saltaba más á su salvo, y hería como quería Gazul, lo cual no hacía Reduan, á cuya causa andaba tan mal herido; mas los golpes que Reduan acertaba eran muy desaforados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertían; lo cual visto por Muza, atendiendo que si la escaramuza pasase adelante aquellos dos tan buenos caballeros habían de morir, de compasión que dellos tuvo, se apeó de su caballo, y se fué á poner en medio de ambos, diciendo: «señores caballeros, hacedme merced que no pase adelante la escaramuza, porque si proseguís, me parece que ambos moriréis.» Gazul se apartó luego, y el valeroso Reduan, aunque contra su voluntad se hubo de apartar, considerando que Muza era hermano del rey; y apartados los curó Muza, y apretó las heridas; y subiendo en sus caballos, tomó Muza del diestro el de Albayaldos y se fueron á Arbolote; y serían las cinco de la tarde cuando llegaron, y preguntando por Alabez, le hallaron mal herido en una cama, curado con gran diligencia por un buen maestro que allí estaba. Luego los dos caballeros Reduan y Gazul también fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se admiró Malique Alabez viendo á Gazul y á Reduan tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dejaremos curando, y ya hechos amigos, y volveremos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el día siguiente que pasaron estas dos escaramuzas.

CAPÍTULO XII

En que se da cuenta de una pendencia que los Zegríes tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada á punto de perderse.

Puestos los caballeros en cura, partió Muza á Granada, llevando el caballo de Albayaldos consigo, y puesto el sol llegó á la ciudad; y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar por no ser conocido, y así llegó al Alhambra á hora que el rey su hermano se sentaba á cenar; y apeándose, dió los caballos á uno de la guardia, y se entró en el real aposento. El rey se maravilló de verle venir de camino, y le preguntó dónde había estado aquel día. Muza le dijo: «señor, cenemos, y después os diré cosas de que os admiréis.» Cenaron, que bien lo había menester Muza, y acabada la cena contó por extenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabez, y la escaramuza de Gazul y Reduan, con lo cual fué el rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el día siguiente se publicó por la ciudad, y todos hicieron mucho sentimiento, y en particular su primo Aliatar, que juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida.

Todos los caballeros fueron á darle el pésame á Aliatar; los primeros fueron los Zegríes, Gomeles, Venegas, Mazas, Gazules y Bencerrajes, y otros muy principales caballeros de la corte, y á la postre fueron Alabeces y Abencerrajes; y puestos todos en sus asientos, como en casa de un principal caballero, después de haberle dado el pésame, se trató si sería bueno hacer por él el debido sentimiento, como por semejantes hombres se suele hacer. Para esto hubo grandes pare-

ceres, porque unos decían que no, por cuanto siendo Albayaldos moro, al tiempo de su muerte se volvió cristiano. Los Venegas decían que no importaba eso; que sería bien que sus deudos y amigos hiciesen sentimiento, así por los unos como por los otros. Los Zegríes decían que pues Albayaldos se había vuelto cristiano, que no se holgaría Mahoma de que ellos hiciesen sentimiento, porque se había apartado de su secta, y esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrajes decían que el bien que se había de hacer fuera por amor de Alah, y que si Albayaldos se había vuelto cristiano á la hora de su muerte, que aquel secreto sólo Dios lo sabía, y que no por esa causa se dejase de hacer el debido sentimiento. Un Zegrí, llamado Abenámar, dijo: «ó el moro moro, ó el cristiano cristiano: dígolo, porque en esta ciudad hay caballeros que cada día envían limosnas á los cautivos cristianos que están en las mazmorras del Alhambra, y les dan de comer, y son los caballeros que digo los Abencerrajes.—Decís verdad, dijo Abinhamad, Abencerraje, que todos nos preciamos de hacer bien á los cristianos y á cualquier necesitado, porque los bienes los da el santo Alah para hacer bien por su amor; pues los cristianos dan limosnas á los moros en nombre de Dios, y por su amor lo hacen, y yo, que he estado cautivo, lo sé, porque las he visto dar, y á mí me han hecho bien; y en reconocimiento desto, yo y mis parientes hacemos la limosna que podemos á los cautivos cristianos, que por ventura lo estaremos nosotros algún día. Y á cualquier caballero que le pareciere mal, es muy ruin, y siente poco de caridad; y tóquele á quien le tocare: cualquiera que dijere que hacer limosna á quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré.»

El valeroso Zegrí, ardiendo en saña por verse desmentido, sin responder alzó la mano para herirle en

el rostro al Abencerraje, el cual reparó el golpe en el brazo izquierdo; pero no fué tan bueno el reparo, que por eso dejase el Zegrí de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, de lo cual se sintió el Abencerraje, y rabioso como un león hircano, en viva cólera ardiendo, puso mano á la daga, y antes que se moviera un paso el Zegrí, le dió dos puñaladas, ambas penetrantes: al momento cayó muerto á los pies del Abencerraje. Otro caballero Zegrí embistió al Abencerraje para herirle con un puñal; pero no pudo, porque con gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerraje, de modo que el Zegrí no pudo hacer lo que pretendía, y el animoso y esforzado Abencerraje le dió una herida en el estómago, con la cual cayó muerto. Los Zegríes que allí había, que eran más de veinte, pusieron mano á las armas, diciendo: «mueran los traidores Abencerrajes.» Los Abencerrajes se pusieron en defensa. Los Gomeles fueron en favor de los Zegríes, y serían más de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo cual visto por los Alabeces y Venegas, fueron en favor de los Abencerrajes, y entre estos seis linajes de caballeros se comenzó una revuelta brava y reñida, que en muy poco tiempo fueron otros cinco Zegríes muertos y tres Gomeles, y dos de los Mazas, y en estos tres linajes hubo catorce heridos. De los Abencerrajes no hubo muerto, mas hubo diez y siete heridos: á uno le cortaron un brazo á cercén. De los Alabeces murieron tres, y hubo ocho muy mal heridos. Algunos Venegas salieron heridos, y dos muertos. Mucho mayor fuera la desgracia si Aliatar y otros caballeros no se pusieran en medio; y algunos de los que ponían paz salieron heridos. Con esta riña, que parecía hundirse Granada, salieron todos á la calle continuando su pendencia; pero como los moros que ponían paz eran muchos y de mucho valor, que eran Sarracinos, Bencerrajes, Gazules, Almohades y Almoradíes, tanto hicieron que los

pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos y había muertos de por medio.

El rey Chico fué avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fué adonde era la cuestión, y aún no estaba de todo punto el negocio acabado. Los caballeros de la pendencia, así como reconocieron al rey, se apartaron y se fué cada uno por su parte. Hecha la averiguación del caso, mandó prender á los caballeros Abencerrajes, les dió por cárcel la torre de Comares, y á los Zegríes mandó poner en las Torres-Bermejas, á los Gomeles en la Alcazaba, á los Mazas en el castillo de Bibatambién, á los Alabeces en la casa y palacio de Generalife, y los Venegas en una torre fuerte de los Alijares; y el rey, muy enojado, se subió al Alhambra diciendo: «por Mahoma juro, y por mi corona, que he de apaciguar estos bandos, con quitar seis cabezas á cada linaje.» Los caballeros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados; y si hacía cualquier castigo, se alborotaría la ciudad, y aun todo el reino, y habría un escándalo, que quisiese luego remediarlo y no pudiese; que lo mejor sería hacerlos amigos, á cuyo trabajo y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algún tanto el rey con lo que dijeron los caballeros, les encargó que hiciesen con brevedad las amistades.

Hicieron tanta diligencia los Aliatares, Bencerrajes y Almoradíes, que en espacio de cuatro días todos los caballeros que riñeron fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las justicias gran cantidad de dinero para la cámara real. Esto pasado, soltaron á los presos, cuando los Zegríes muy lastimados apellidaron entre ellos venganza de tanto daño y deshonra, y para contrastarla se juntaron un día todos los Zegríes y Gomeles en un jardín muy deleitoso de una huerta junto á

Darro, y después de haber comido todos á una mesa, estando sentados por su orden, un caballero Zegrí, á quien los demás respetaban por mayor y cabeza dellos, hermano de aquel Zegrí que mató á Alabez en el juego de cañas, comenzó á hablar, mostrando grande tristeza, y á decir así: «valerosos caballeros Zegríes, deudos y amigos míos, y vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero deciros con lágrimas de sangre. Ya sabéis en cuánto se debe estimar la honra, cuánto cuesta conservarla, y que en un instante se pierde; y una vez perdida, no se cobra jamás: dígolo, porque en Granada, nosotros los Zegríes, y vosotros los Gomeles, estamos puestos en el trono y alteza que podemos desear: el rey nos estima, la ciudad nos ama, riquezas tenemos abundantemente, y estos caballeros mestizos Abencerrajes procuran quitarnos el honor y abatirnos, y nos han muerto á mi hermano, y otros tres ó cuatro deudos, y asimismo de los caballeros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio. Todo esto pide entera venganza; porque si no la procuramos presto, harán los Abencerrajes que no seamos nada, y que nadie nos estime; y para el reparo es menester, por todas las vías y modos que se pudiere, que busquemos cómo seamos vengados, y nuestros enemigos aniquilados y destruídos, porque nos quedemos en nuestra honra permanentes. No se puede hacer por fuerza de armas, respecto que el rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es á ley de caballeros, sino para vengarnos de nuestros enemigos.» Un caballero de los Gomeles respondió: «señor Zegrí Mahomad, ordenad lo que conviene, que aquí os seguiremos. —Pues sabed, dijo el Zegrí, que he determinado poner mal á los Abencerrajes con el rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Albid Hamete, cabeza dellos, cometió adulterio con la reina; y he de atestiguar con vosotros, y habéis de decir que es verdad lo

que yo digo, y que á quien nos contradijere se lo daremos á entender; y que los Abencerrajes le pretenden matar y quitar el reino, y con esto sin duda que el rey los mandará degollar á todos; y dejadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento, amigos y parientes; ahora dadme vuestro parecer, y sea con secreto, porque ya veis lo que importa.» Acabando el Zegrí su diabólica y mal pensada razón, todos dijeron á una que estaba bien acordado, y que se hiciese así, que todos favorecerían su intención. Luego fueron señalados dos caballeros de los Gomeles para que el Zegrí y ellos propusiesen el caso delante del rey.

Acabada de tratar esta tan insolente traición, fueron á la ciudad, donde estuvieron con su dañado pensamiento aguardando tiempo y lugar para ponerlo en ejecución; y así los dejaremos á ellos, y volveremos al moro Aliatar, que estaba enojado por lo que en su casa había sucedido, y triste por la muerte de su primo Albayaldos, y juró de vengar su muerte, y propuso de ir á buscar al maestro para matarle si pudiese; y para esto no quiso dilatar más su deseo, sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jubón, y una marlota leonada sin guarnición, y púsose un acerado casco, sobre él un bonete leonado, y en él un penacho negro. Trajéronle un caballo enjaezado de negro, lanza y adarga negra, sin otra señal ni divisa; salió tan gallardo y brioso, que pocos le igualaron en la ciudad; y llegando á la plaza nueva, vino bajando el camino de Antequera para buscar al maestro, ó á otros cristianos en quienes vengar la muerte de su primo Albayaldos.

Habiendo pasado de Loja, vió un escuadrón de cristianos que venía para entrar en la Vega, los cuales traían un pendón blanco y una señal roja, la cual era la cruz de Santiago, y por capitán desta gente venía el maestro de Calatrava, que ya estaba sano de sus heridas por haberlas curado con precioso bálsamo. Alia-

tar conoció ser aquesta señal del maestre, porque él le había visto muchas veces en la Vega; y arrimándose al escuadrón, dijo en voz alta: «¿por ventura viene aquí el maestre de Calatrava?» El maestre, que esto oyó, se adelantó de su gente, y le dijo al moro: «¿para qué preguntas por él?—Quería hablarle, dijo el moro.—Si no es para más, yo soy, decid lo que queréis.» Aliatar, mirando al maestre, le conoció luego en la cruz; y arrimándose á él sin ningún temor y sin saludarle, le dijo: «maestre esforzado, con razón os podéis llamar el caballero más dichoso del mundo, pues habéis alcanzado victoria de tantos y tan buenos caballeros, y más con la que alcanzasteis de mi primo Albayaldos, gloria y espejo de todos los caballeros de Granada, que es tanto el sentimiento mío, que muero en pensarlo. Mi venida es en busca vuestra para vengar la muerte de mi primo, acudiendo á la obligación que tengo; y pues os he topado, holgaré cumpláis mi deseo; y si muriere en la escaramuza, partiré consolado, por morir á manos de tan principal caballero, y por hacer compañía á mi amado primo.» A lo cual respondió el maestre: «holgárame, Aliatar, que ya que me habéis topado habiéndome buscado, que fuera para cosa que yo os pudiera servir, que juro como caballero que en mí tendréis eterna amistad, y me holgaría que no hiciésemos escaramuza, porque vuestro primo hizo el deber como caballero: quiso Dios llevárselo al cielo, porque al tiempo de su muerte le conoció, y pidió el agua del bautismo, y se volvió cristiano: ¡dichoso él, pues goza de Dios! Por eso no querría que tuviésemos escaramuza sin haber para qué, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos.—En mucho estimo la merced que me hacéis, señor maestre, respondió Aliatar; por ahora no se me ofrece cosa en que me la hagáis, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querría que no dilatásemos la escaramuza; y asimismo quisiera que

me aseguréis que de los vuestros no seré ofendido, sino que sólo con vos he de lidiar.—Mucho me holgara, dijo el maestro, que no pasarais adelante con vuestro intento; pero pues esta es vuestra voluntad, hágase lo que queréis. En lo que pedís, que no seáis ofendido de los míos, yo os doy seguro dello.» Diciendo esto, alzó las manos á su gente, haciendo señal que se retirasen de allí; y esta era bastante señal de seguro.

La gente luego se retiró; lo cual visto por el moro, dijo al maestro: «ea, caballero; ya es tiempo de comenzar nuestra escaramuza;» y diciendo esto, movió su caballo á media rienda, escaramuceando con gracia. El maestro, hecha la señal de la cruz, alzó los ojos al cielo, diciendo: «por vuestra santísima pasión, Señor mío Jesucristo, que me deis victoria contra este pagano;» y diciendo esto, con bravo ánimo arremetió su caballo por el campo, escaramuceando contra el moro; y aunque no estaba sano de las heridas que le dió Albayaldos, y le impedían para pelear, su gallardo ánimo suplía los defectos de sus heridas; y notando la braveza de Aliatar, su denuedo y ligereza de escaramucear, dijo entre sí: «conviene andar cuidadoso porque este moro no alcance victoria, lo cual no permita Dios;» y diciendo esto, sosegó su caballo, viniéndose despacio, y los ojos puestos siempre en su enemigo para ver lo que haría.

El moro, que vió andar así al maestro, no sabiendo la causa, se le fué acercando para hacerle algún daño; y estando cerca dél, confiado en el valor de su brazo, enderezó para dar el golpe, entendiendo que el maestro no estaría en el caso advertido; y levantándose sobre los estribos le arrojó la lanza con tanto ímpetu, que el hierro y banderilla iban rechinando por el aire. El maestro, que vió desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que el asta venía crujiendo por el aire, con gran presteza arremetió su caballo, y se apartó hacia

un lado, hurtándole el cuerpo, de modo que pasó por delante, y se clavó en la tierra sin hacer efecto. Habiéndose el maestro apartado con tal presteza, y cual halcón suele asaltar á los astutos gorriones, arremetió al moro para herirle; el cual no osó aguardar, porque le vió venir con violencia, y revolviendo el caballo fué adonde estaba clavada la lanza; y llegando, tiró della y la sacó del suelo con una presteza admirable; y revolviendo para herir al maestro, le vió tan cerca de sí, que le venía á los alcances, que no se pudo hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y diéronse dos grandes encuentros. El moro dió á su contrario en el escudo y se lo falseó, y le hirió en el pecho de una mala herida. El golpe que el maestro dió fué muy bravo, porque rompió la adarga del moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida, por la cual salía mucha sangre.

Bien sintió el moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo; antes con más ánimo arremetió al maestro, blandiendo la lanza como si fuera un junco. El maestro usó de maña con él, que al tiempo que se hubieron de encontrar los dos, ladeó un poco su caballo, de suerte que le dió Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no entró el hierro en la carne. El maestro le dió de través en lo descubierto, y le hizo una mala herida. El moro, encendido en ira rabiosa, casi desesperado, arremetió al maestro para herirle, pero guardábase de los golpes con gran ligereza. Y visto por el moro la grande destreza del maestro, maravillado detuvo su caballo, y le dijo: «cristiano caballero, si queréis, y es vuestro gusto, fenezcamos nuestra escaramuza á pie, pues há gran tiempo que combatimos á caballo.» El maestro dijo que le placía, y se alegró, porque era grande la destreza que tenía á pie; y así se apearon los dos fuertes guerreros, y abrazando sus escudos, con las armas en las manos se

acometieron con tanta fortaleza como dos bravos leones; pero poco le valió al moro su braveza, que tenía poderoso enemigo. Heríanse por todas partes, procurando cada uno dar la muerte á su contrario, y así andaban los dos muy encarnizados: llevaba el moro lo peor, aunque no lo sentía, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta que donde Aliatar ponía los pies quedaba rastro; mas como el moro era valiente y de tan animoso corazón, no lo sentía, y así se mantenía en su escaramuza. A esta sazón tiró el maestre un revés á su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de seda; lo cual visto por el moro lo sintió, y muy sañudo dió un golpe al maestre por encima de su escudo, que parte dél vino al suelo; y como el maestre lo alzó por defender la cabeza, la punta del alfanje alcanzó con tal valor, que el acerado casco del maestre fué roto, y quedó herido en la cabeza: la herida no fué grande, respecto que el alfanje le tocó por los extremos, pero salíale tanta sangre que le bañaba los ojos, de modo que le turbaba; y si á la sazón el moro no anduviera tan debilitado por la falta de sangre, el maestre corría peligro; porque como el moro vió tanta sangre por el rostro del maestre, cobró ánimo, y comenzó á herirle bravamente; mas como estaba desangrado, no pudo acometer al maestre como quisiera, ni mostrar su valor: con todo eso ponía en aprieto al maestre, el cual, como se vió tan perseguido del moro, y que tanta sangre le salía de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo la vida en mucho riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte de escudo que le quedaba, acometió á Aliatar, llevando su espada de punta. El moro, que le vió venir, no le rehusó, que también le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la escaramuza. El maestre le hirió de punta al moro con gran furia, de suerte que la espada entró hasta lo más escondido de sus entrañas; mas no pudo hacer tan á su salvo el

maestre esta herida, que él no quedase mal herido de otra en la cabeza; de tal suerte que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El moro, que vió al maestre en tierra y cubierto de sangre, entendió que era muerto, y fué para cortarle la cabeza; pero cuando se movió para ello cayó en tierra muerto, á causa de haberle pasado las entrañas. A esta sazón el maestre volvió en sí, y viéndose puesto en tal estado, receloso que el moro viniese sobre él, con presteza se levantó, y mirando á Aliatar le vió tendido en el suelo que no se movía; entonces se hincó de rodillas, y dió muchas gracias á Dios por la victoria, y levantándose se fué al moro, y le cortó la cabeza, y la arrojó en el campo: luego tocó la corneta, y al sonido vino su gente, y vista la victoria se holgaron; y como le hallaron tan mal herido les pesó mucho; y cogiendo los caballos le dieron el suyo al maestre, y el del moro cogieron de la rienda, y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, despojado el cuerpo de ropas y armas, se fueron para curar al maestre, el cual quedó desta escaramuza con mucha honra; y por ella se hizo aquel antiguo romance que dice así:

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente
Y esforzado Albayaldos:

Aquel que mató el maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro
De finas armas armado,

Sobre ellas una marlota
De damasco leonado;
Leonado era el bonete,
Negro el plumaje azulado.

La lanza también es negra,
Adarga negra ha tomado;
También el caballo es negro,
De valor muy estimado.

No es potro de pocos días,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo cuidan,
Y él mismo les da recado.

Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza nueva
Hacia Darro no ha mirado,
Aunque pasó por la puerta,
Según va encolerizado;
Sale por la puerta Elvira
Y por la Vega se ha entrado.

Camino va de Antequera
En Albayaldos pensando;
Topar desea al maestre
Para vengarse á su salvo;
Y en llegando junto á Loja
Un escuadrón ha encontrado:
Todo es de lucida gente,
Por señas un pendón blanco;
En medio una cruz roja
Del Apóstol Santiago.
Llegándose al escuadrón
Sin temor ha preguntado:

«Si venía allí el maestre
Que don Rodrigo es llamado.»
El maestre allí venía,
De su gente se ha apartado.

Y dijo: «¿qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.»
Conócele luego el moro
Por la cruz que trae al lado,
Y también en el escudo
Que lo tiene acostumbrado.
«Dios te guarde, buen maestre,
Buen caballero estimado:

Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano;

Y ahora soy yo venido
Solamente por vengarlo;
Apercíbete á batalla,
Que aquí te aguardo en el campo.

El maestro, que esto oyó,
No quiso más dilatarlo:
Vase el uno para el otro,
Muy grande esfuerzo mostrando.

Dábanse grandes heridas
Reciamente peleando:
El maestro es valeroso,
El moro no le ha durado.

Finalmente le mató
Como varón esforzado;
Cortárale la cabeza,
Y en el pretal la ha colgado.

Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente le llevó
Donde fué muy bien curado.

A cuatro días que pasó esta escaramuza se supo en Granada cómo Aliatar murió á manos del maestro, lo cual sintió mucho el rey, viendo que en tan poco tiempo le había muerto dos tan buenos caballeros como eran Aliatar y Albayaldos. También lo sentían todos los caballeros, y la alegría de los días pasados se volvió en tristeza y pesar por la muerte destes dos tan principales; lo cual visto por el rey, acordó con su consejo que se volviesen á alegrar, y ordenóse que todos los caballeros que jugaron en la sortija pasada se casasen con las damas; que se hiciese sarao público, y se cantase y danzase la zambra, que es fiesta entre moros muy estimada, y que se corriesen toros, y hubiese juego de cañas. Y para esto dió el rey orden al valeroso y valiente Muza, el cual se encargó de hacer las cuadrillas del juego, y de hacer traer los toros. Grande contento sintieron los caballeros mancebos que tenían damas; y así toda la ciudad tuvo tanta alegría como de antes, y aun más; porque luego los caballeros comenzaron á ordenar juegos y máscaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras y luminarias por toda la ciudad, de suerte que la noche parecía día.

Será bueno decir quiénes fueron los caballeros y damas que se casaron. El fuerte Sarracino con la linda Galiana; Abindarraez con la hermosa Jarifa; Abenámar con Fátima; Malique Alabez con la linda Cobayda, que ya le habían traído de Arbolote, y estaba de todo punto sano de sus penetrantes heridas; Azarque con Arbolaya; un caballero Almoradí con la bella Sarracina; un caballero Abencerraje con Celima: todos estos caballeros y damas nombradas fueron casados en la misma sala real, en la cual hubo dos meses de fiesta y zambra. Como los caballeros y damas ya nombradas era toda gente principal, y la flor de la ciudad de Granada, se hicieron grandísimos gastos, así en comidas como en ricas ropas, oros y sedas; de manera que la ciudad estaba en esta sazón la más rica y opulenta, y más alegre y regocijada que había estado en ningún tiempo. Fuera gran bien para los moradores de la ciudad y para todo el reino, que siempre estuvieran en tranquilidad y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto volvió lo de arriba abajo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres y regocijos en tristes llantos, como adelante diremos. Muza, como hombre á quien habían hecho cargo de las fiestas, presto concertó las cuadrillas del juego, tomándose él un puesto con treinta caballeros Abencerrajes, y dando el otro puesto á un caballero Zegrí, hermano de Fátima, mancebo de valor; y éste señaló otros treinta Zegríes, deudos suyos, para el juego, el cual había de ser en la plaza de Vivarambla, donde se habían de correr los toros; y traídos, un día señalado los corrieron con mucha alegría de toda la ciudad, en presencia del rey y la reina, y de toda la corte. Congregáronse de la ciudad y forasteros mucha gente á la fama de las fiestas reales.

Ya se habían corrido cuatro toros muy bravos, y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero en un lucido caballo; la marlota y capellar eran

verdes, como quien vivía con esperanza; las plumas verdes con argentería de oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejón negro en la mano, y unas listas de plata. Grande contento dió el caballero á todos los que estaban mirando las fiestas, y más á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dió Reduan en la escaramuza que tuvieron los dos. Reduan no quiso estar en las fiestas aquel día, por los desdenes que le hacía Lindaraja; y por no verla, y por no traer á la memoria sus penas, se salió aquel día armado, por si encontraba algún cristiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la plaza, y aguardó que el toro viniese por aquella parte; el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado más de cincuenta, llegó, y así como vió el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentía tanto dolor el lastimado toro, que puestos los pies y manos hacia arriba, se revolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente había quitado la fuerza y brío á un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrían, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y después los lastimaba con el rejón de tal suerte que no volvían más á él; y porque aquel día lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este romance:

 Estando toda la corte
De Abdalí, rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta,
Habiendo hecho la zambra,

Por respeto de unas bodas
De gran nombradía y fama,
Por las cuales corren toros
En la plaza Vivarambla;

Estando corriendo un toro,
Que su braveza espantaba,
Se presentó un caballero
Sobre un caballo en la plaza,

Con una marlota verde,
De damasco bandeada,
Y el capellar de lo mismo,
Muestra color de esperanza.

Plumas verdes, y el bonete
Parece de una esmeralda;
Seis criados van con él,
Que le sirven y acompañan,
Vestidos también de verde
Porque su señor lo manda,
Como aquel que en sus amores
Esperanza lleva larga.

Un rejón fuerte y agudo
Cada criado llevaba;
De color negro eran todos,
Y bandeados de plata.

Conocen al caballero
Por su presencia bizarra,
Que era el muy fuerte Gazul,
Caballero de gran fama.

El cual con gentil donaire
Se puso en medio la plaza
Con un rejón en la mano,
Que al gran Marte semejaba,

Y con ánimo invencible
Al fuerte toro aguardaba.
El toro, cuando le vió,
Al cielo tierra arrojaba

Con las manos y los pies,
Cosa que gran temor daba;
Y después con gran furor
Hacia el caballo arrancaba

Por herirle con sus cuernos,
Que como alesnas llevaba;
Mas el valiente Gazul
Su caballo bien guardaba,

Porque con el rejón duro
Con presteza no pensada
Al bravo toro hiriera
Por entre espalda y espalda;
El toro muy mal herido
Con sangre la tierra baña,
Quedando en ella tendido,
Su braveza aniquilada.

La corte toda se admira
En ver aquella hazaña;
Y dicen que el caballero
Es de fuerza aventajada;
El cual, corrido los toros,
El coso desembaraza,
Haciendo medida al rey,
Y á Lindaraja su dama;
Lo mismo hizo á la reina,
Y á las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió los demás toros que quedaban en compañía de otros caballeros que los corrían; y no quedando ya ningún toro, hecho el acatamiento debido al rey y á la reina, y á las damas, y en particular á Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña. Luego se tornó á montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron á aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla, con tanta bizarría, gala y gentileza, que no había más que ver. Toda la librea era blanca y azul con jirones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvaje, que con un bastón deshacía á un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrajes muy usada, con una letra á los pies del salvaje, que decía así:

Abencerrajes levanten
Hoy sus plumas hasta el cielo,
Pues las famas en el suelo
Con la fortuna combaten.

Desta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrajes, todos caballeros de mucho valor. En entrando, hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegríes entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrajes: su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojaldré muy vistosa. Venían en yeguas bayas muy ligeras: los pendones de las lanzas eran verdes y morados; y si los Abencerrajes hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegríes. Traían por divisa en las adargas unos alfanjes sangrientos con una letra que decía así:

Alah no quiere que al cielo
Hoy suba ninguna pluma,
Sino que se hunda y suma
Con el acero en el suelo.

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los dos bandos se aperci- bieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenía vistas las letras y divisa de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenían; y porque no resultase algún escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los grandes de su corte bajó á la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fué poco importante su asistencia. Puesto á un lado mandó que jugasen, y al son de los añafles y chirimías se comenzaron á jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno, aunque lo hubiera muy grande si el rey no descendiera á la plaza; porque los Zegríes venían de mano armada contra los Abencerrajes, los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercebidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del rey, que estaba con ellos, no ejecuta-

ron su intento los Zegríes. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron las fiestas de aquel día sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fué pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros y juego de cañas se hizo el siguiente romance:

Con más de treinta en cuadrilla,
Hijos-dalgo Abencerrajes
Sale el valeroso Muza
A Vivarambla una tarde;
Por mandato de su rey
A jugar cañas se sale,
De blanco, azul y pajizo,
Con encarnados plumajes;
Y para que se conozcan,
En cada adarga un salvaje,
Acostumbrada divisa
De moros Abencerrajes.

Con un letrero que dice:
Abencerrajes levanten
Hoy sus plumas hasta el cielo,
Pues dellas visten las aves.

Y en otra cuadrilla vienen
Atravesando una calle
Los valerosos Zegríes,
Con libreas muy galanes:
Todos de morado y verde
Marlotas y capellares,
En mil jaqueles gualdados
De plata los acicates.

Sobre yeguas bayas todos,
Hermosas, ricas, pujantes;
Por divisa en las adargas
Unos sangrientos alfanjes,

Con una letra que dice:
No quiere Alah se levanten,
Sino que caigan en tierra
Con el acero pujante.

Apercíbense de cañas,
El juego va muy pujante;
Mas por industria del rey
No se revuelven, ni salen;

Porque los Zegríes tienen
Contra los Abencerrajes
Un concierto de traidores,
Y no pudieron lograrle.

Acabado el juego de las cañas, el rey y los demás caballeros principales de la corte, y la reina y las damas con sus novios, se retiraron al Alhambra, donde el rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no había sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el rey con la reina, Muza con Celima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de día cuando se fueron á dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, á quien con tan excesivo amor amaba, después de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo: «dime, querido señor mío, ¿qué fué la causa que el día de San Juan, habiendo corrido con Abenámbar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de la plaza, y no pareciste más en aquellos cuatro ó seis días? ¿Fué porque perdiste la joya, ó por qué? Que te prometo que lo deseo saber.—Querida esposa y señora mía, la causa fué porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano, y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenámbar ordenó aquel juego por vengarse de los dos: de ti, porque le desdeñaste; y de mí, porque una noche le herí debajo de tu balcón estándote dando una música, que bien creo que tendrás noticia dello; y viendo que fortuna le favoreció tan á medida de su deseo, y que á mí me había sido contraria, me dió tan gran tristeza y desesperación, que enfermé de melancolía y maldecí mi poca ventura; renegué del falso Mahoma, y prometí y juré, á fe de caballero, de ser cristiano, y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera,

porque tengo por mejor la fe de los cristianos, que no la burlaria de la secta de Mahoma; y si tú me quieres bien, como dices, has de ser cristiana, que yo sé que el rey D. Fernando nos hará grandes mercedes por ello.» Con esto cesó, aguardando la respuesta que le daría Galiana, la cual le respondió: «señor y esposo, no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad, antes seguiréla en todo y por todo; tú eres mi señor y marido, á quien yo di y entregué mi corazón; y así digo que no iré contra tu gusto en cosa ni en parte; y más que yo sé que la fe de los cristianos es mucho mejor que el Alcorán, y así prometo de ser cristiana. —Acrecentádome habéis las mercedes de todo punto, dijo Sarracino, y no esperaba menos de tan leal y firme pecho.» Y diciendo esto, la abrazó entre mil ternezas, y así pasaron toda aquella noche.

Venida la mañana, los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenámbar, pues era tan buen caballero, se casase con Fátima, ya que en su servicio había hecho tan grandes cosas. Los Zegríes no quisieron que aquel casamiento se hiciese, por cuanto Abenámbar tenía amistad con los Abencerrajes; las cuales contradicciones no aprovecharon, porque el rey gustó de que se casaran, y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada día zambra y muchas danzas y juegos; de modo que no había otra cosa en la corte sino galas, invenciones, máscaras y regocijos; y los dejaremos en ellas por contar lo que le sucedió á Reduan en la Vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja, que amaba á Gazul.

Pues es de saber que como salió de la ciudad se fué por el río Genil abajo, y llegó al Soto de Roma, que es un soto muy agradable, de mucha espesura de árboles, y hoy día quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él; hay dentro infinidad de caza volátil y te-

rrestre, y estará de Granada el principio del soto legua y media, teniendo de ancho y largo más de cuatro leguas. Allí vió una escaramuza muy reñida entre cuatro moros y cuatro cristianos, por causa de que les querían quitar una mora muy hermosa, y la defendían, aunque con pérdida y trabajo, por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduan espoleó su caballo para favorecer á los moros; pero, por priesa que se dió, ya habían muerto á los dos, y los otros andaban á mal traer; y temerosos de la muerte desampararon á la dama, y volvieron las espaldas á todo correr de sus yeguas. A esta sazón llegó Reduan; y mirando á la hermosa mora, la vió vertiendo perlas por los ojos, y que acrecentaba más su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habían ido huyendo. Movidó de compasión el valiente Reduan, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino á tierra; y revolviendo su caballo con gran ligereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tornando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó á otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron á Reduan, y el uno dellos le dió una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduan, viéndose herido, se apartó dellos, y con muy bravo ánimo les volvió á embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió á Reduan segunda vez; y él, encolerizado, acometió al cristiano para herirle; mas no se atrevió á esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo.

Los dos moros que habían ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve había desbaratado aquel moro á los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habían dejado á la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduan estaba hablando con ella maravillado de su hermosura, que le parecía ser mayor que la de Lindaraja y la de todas las damas de Granada; y así era verdad, que era la más hermosa de todo el reino. Estaba Reduan tan rendido á la mora, que no se acordaba de Lindaraja, y sólo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándoles las gracias del socorro, le dijeron así: «señor caballero, Mahoma os trajo aquí á tal tiempo, que si vos no vinierais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos á manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que más nos pesara es perder esta dama que traemos á nuestro cargo; y porque parece que estáis herido, según demuestra esa sangre, vamos la vuelta de Granada, y en el camino diremos lo que habéis preguntado; y mirad si destos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa.—No, dijo Reduan; básteles estar heridos; cogedles los caballos, dádselos, y váyanse.» Desto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron á los cristianos, y ellos tomaron la vía de Granada. Yendo Reduan junto á la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduan que él iba della, el uno de los dos moros comenzó á hablar desta manera: «habéis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habéis visto cómo quedan allí los dos muertos á manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no les dimos sepultura; pero querrá el santo Alah que hallemos algunos villanos que pagándoselo quieran dársela. Nuestro padre es alcaide de la

fuerza de Ronda; y como supimos que en Granada se hacían tan grandes fiestas, pedimos á nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir á verlas. Pluguiera al santo Alah que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos, y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro á nuestra hermana Haja, si vos, señor, no lo remediárades. Esta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habéis sabido nuestro viaje, y también quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digáis de dónde sois y cómo os llamáis, para que sepamos á quién somos tan obligados.» Reduan les respondió: «holgado me hé, caballeros, de saber quién sois; bien conozco á vuestro padre, y conocí á vuestro abuelo Almadán, á quien mató D. Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos, y huélgome mucho de haberos servido en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os queréis servir de mí, y daros gusto, os diré quien soy: llámanme Reduan, y soy de Granada; vamos allá á mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar y servir conforme merecéis.—Gran merced, señor Reduan, respondieron ellos, por el ofrecimiento que nos hacéis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir á posar, cuanto más que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.»

En esto iban hablando los dos hermanos de Haja y Reduan, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagajes iban por leña al dicho soto, y en llegando á ellos dijeron los dos hermanos á Reduan: «á buen tiempo han venido estos villanos, que podría ser quisiesen dar sepultura á nuestros hermanos, pagándoselo.—Yo se lo rogaré», dijo Reduan, y habló á los villanos, diciendo: «hermanos, por amor del santo Alah, que deis sepultura á dos caballeros que están allí bajo

muertos, que os será bien pagado.» Los villanos dijeron que de buena gana lo harían, sin interés alguno. Los hermanos suplicaron á Reduan esperase allí en compañía de su hermana, en tanto que iban á ayudar á enterrar los muertos, que seguros iban, quedando ella con él, y á traer los caballos, siquiera porque no se aprovechasen dellos los cristianos. «Mucho me holgara de acompañaros, dijo Reduan; pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.» Los moros se lo agradecieron mucho, y se fueron con los villanos para dar sepultura á sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduan, ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasión por estar solos, la dijo desta suerte: «ó fué ventura ó desdicha mía haberos hallado en esta parte; en un punto vi muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que más siento es no saber el fin de una tan extraña aventura, como es la que la fortuna me ha ofrecido; de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella, que no estoy en mí, sino en ti. No sé dónde vaya sino á ti; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro; ardo en vivas llamas; estoy más helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable ó calle, oh bellísima señora; por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que des vida á quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutifera á mi enfermedad. Sabrás, vida desta mía, que en la dichosa hora que vi tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé á pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos y te libré; y tú me venciste y cautivaste: ¿con qué armas peleaste, que tan presto me venciste? Pero ¿para qué lo pregunto, pues eres semejanza y cifra de la hermosura, dotada en discreción, bravo donaire, brío y gentileza? Estas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mí resisten-

cia, porque de mis potencias estabas apoderada; tu siervo soy, y tú mi señora y mi bien. Adórote, no me aborrezcas; estímate, no me menosprecies, no seas ingrata á mi pecho fiel, amoroso y verdadero; corresponde á mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa.» Y diciendo esto enmudeció.

Haja le respondió, diciendo: «noble, brioso y esforzado caballero, aunque sin experiencia de causas de amor, por ser doncella de catorce años, recogida y noble, que presto sabrás quién soy, luego conocí ser tu accidente de amorosas llamas, y a lo que me has dicho, digo que sea así por no contradecirte; pero bien sé que los hombres, por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas ó cuitas en daño de las tristes mujeres, que de ligero se creen. Quiero resolverme y responder, porque veo venir á mis hermanos, que si tú me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro; si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tú. Y si como dices me quieres por esposa, pide á mis hermanos que alcancen el sí de mi padre, que el mío en tu boca está; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fe que tengo, como pedir á la nieve que caliente, al sol que resfríe y que no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos plática, no apartándome de tu pensamiento, como yo no te aparto del mío; y cuando caminemos, como que no me has dicho nada, puedes tratar con mis hermanos el casamiento; y de no querer mi padre ni mis hermanos que me case contigo, que no me persuado á que den tan mal pago á una obligación tan grande como te tenemos, y más siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero, si tú me quieres; tuya soy, pues me libraste de

poder de los cristianos, que es cierto que había de ser su cautiva. Pues tanto más me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mía, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aquí, resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que seré tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazón, y ponla en el tuyo, pues el mío tienes en él.» Y diciendo esto, sacó una sortija de oro, con una esmeralda transparente y fina, y se la dió á Reduan, el cual la tomó con mucha alegría, y besándola mil veces la puso en su dedo, quedando el más contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado moro dar respuesta á su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, á quien venían de enterrar, y traían sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduan los consolaba lo que podía, diciéndoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras pláticas entraron en Granada.

Era ya de noche, y dijeron los hermanos á Reduan que les diese licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes, y vivía en la calle de Elvira. Reduan les dijo que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada, y despidiéndose dellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduan, por quedársele con su señora, y Haja asimismo, por llevársela Reduan. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tío, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro día por la mañana se vistió Reduan, y fué al real palacio por besar las manos al rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la mezquita mayor, á ver el

zalá que se hacía por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo á Reduan vestido de marlota y capellar verde y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque había muchos días que no le había visto; y le preguntó dónde había estado, y cómo le había ido en la escaramuza con Gazul. Reduan le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los había hecho amigos. Con esto el rey y los demás caballeros que le salían á acompañar, que por la mayor parte eran Zegríes y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron á la reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico, y así lo tenía mandado, que en cualquier tiempo que saliese, á la vuelta había de estar la reina y sus damas en la sala por sólo su gusto, y porque se holgaba de verlas; y más á Celima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitán Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá.

Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizarria de Reduan, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: «disimula Reduan su pasión: bien hace, que no ofenderé á mi Gazul.» La reina dijo á Lindaraja: «todavía tiene esperanza Reduan de gozarte.» Respondió Lindaraja: «bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera dél.» Dijo la reina: «pues en verdad que tiene buen talle, y es galán y discreto Reduan, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.—Así es, señora: Reduan merece mucho, y de no haber puesto mi afición en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.» Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazón le dijo el rey

á Reduan: «bien te acordarás que me diste palabra de ganar á Jaén en una noche; si lo cumples, como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitán; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto, apercíbete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, que estoy muy sentido de estos cristianos de Jaén, porque cada día nos corren la tierra y talan la Vega; y pues ellos me vienen á buscar tantas veces, será bien que vaya yo á buscarles una, y que desta se concluya con todos.» Reduan le respondió con rostro alegre, diciendo: «si algún tiempo di palabra de darte á Jaén ganada en una noche, de nuevo lo confirmo, con que me des mil soldados de los que yo señalare, que yo te cumpliré lo dicho.» El rey dijo: «no digo mil soldados, sino cinco mil te daré; y aunque yo vaya, tú has de ser capitán de todos.—Estimo mucho la honra que me haces, dijo Reduan, y yo me holgaría de acertar á servirte como deseo. Tu majestad señale la gente y día que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto.—No espero menos de ti, y no perderás el servicio que me hicieres; los caballeros que irán contigo serán Abencerrajes, Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin éstos irán los demás caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada.»

Diciendo esto entró un portero, y dijo al rey que pedían licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguíes y zapatos negros; en medio de ambos venía una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubría más que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura dellos que debía de ser perfecto en todo. Maravillado el rey de sus funestos trajes, les dijo: «¿qué

es lo que queréis?» Haciendo gran reverencia al rey y á la reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: «nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almadán, alcaide que fué de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacían, por celebrar los casamientos que tu majestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que la gozásemos, y fué la causa que el día de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras, que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos; y si no fuera por el valor de este caballero que está junto á vuestra majestad, todos nos perdiéramos», y diciendo esto señaló con el dedo al fuerte Reduan, «que venció con su valentía él solo á tres cristianos, y el otro huyó. Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra afligida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningún despojo: benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son como Reduan, podéis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir á besar las manos de vuestra majestad, y á pedir licencia para ir á contar á nuestros padres esta desdicha.» Con esto no dijo más el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella.

Mucha admiración causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduan por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose á Reduan, le dijo: «grande era el amor que te tenía, y con esta hazaña le has acrisolado más; y desde hoy te encargo la alcaidía del castillo de Tíjola, que está junto á Pulchena.» Todos los caballeros tuvieron á heroico hecho el que hizo Reduan, y le alababan mucho; lo cual lastimaba á Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado á Reduan. El rey les dijo á los dos hermanos: «pues es vuestra voluntad de iros, id en buen hora, que licencia tenéis; pero antes que os vais querría ver el rostro de esa dama, por mi gusto y de la reina; decidle se quite el rebozo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina, á lo que se infiere por los hermosos ojos que tiene.» Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo así, y quitándose un prendero del almaizar, descubrió su rostro, que no menos que el de Diana era. Así pareció á todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: esto mismo hacía la hermosa Haja, pues los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, matando con su vista á los caballeros de amor, y á las damas de envidia.

A todos admiró la hermosura de la bizarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina, que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al rey: «sírvasse vuestra alteza de que goce yo desta dama.—Vaya en buen hora, dijo el rey, que bien sé que ha de haber más de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.» Llamaron á Haja, y haciendo mesura al rey y á los caballeros, pasó á besar la mano á la reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la reina dársela, antes la levantó, y la hizo sentar junto á sí. A todas las damas causó admi-

ración la perfección con que en todo dotó naturaleza á Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobayda y otras muchas damas de excelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduan, que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduan; y si con lanza y adarga le había parecido bien, mucho mejor le parecía vestido con el traje de corte, y más tan galán como estaba; y extendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno le pareció llegar á poder competir con su querido Reduan. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fué poco contento para el moro.

El rey dijo á Reduan: «mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul, porque sería de ver, siendo ambos tan valientes.—Yo soy testigo della, dijo Muza; porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza, que entre un león y una onza no podía ser más violenta; y movido á compasión de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza, quedando los dos con igual victoria.—¿Qué les movió al desafío?, dijo el rey.—Son cuentos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo.—Ya entiendo lo que puede ser, dijo el rey: bien sé yo que Reduan no volverá á hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera.—Vuestra majestad está en lo cierto, dijo Reduan, porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero á la sazón perdiera mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una.—Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos,» dijo el rey. Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos

de Haja, se habían sentado junto á Mahandín Hamete, principal caballero y rico, del linaje de los Zegríes; el cual, habiendo visto la hermosura de Haja, estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos della; afligíale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir, les dió parte á sus hermanos, diciéndoles: «señores caballeros, ¿conocéisme?—No, señor, sino para serviros, respondieron ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debéis de ser de estirpe clara.—Pues sabed, caballeros, que soy Zegrí, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mención de mí y de los de mi linaje, y querría, si lo tuvieseis por bien, emparentaseis conmigo dándome por mujer á vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y á ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama, que era de lo más principal de Granada; mas no me he querido casar hasta que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegrí, aguardando su bien ó su mal.

Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenía ó no aquel casamiento; y al fin, considerando el valor de los Zegríes, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendría por bien lo que ambos hiciesen. El Zegrí, muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó; é hincándose de rodillas, habló desta suerte: «alto y poderoso rey, suplico á vuestra real majestad que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mío para que goce dellas; porque sabrá vuestra majestad que, vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales, sabiendo quién soy, lo han tenido por bien, y me la han prometi-

do por mujer; por lo que suplico á vuestra majestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasión en tan buen tiempo.» El rey, mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo: «que si era gusto dellos, y la dama quería, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduan, ardiendo en enojo é ira, se levantó en pie, y dijo: «señor, á este casamiento que pide el Zegrí no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay también prendas que son confirmación desto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agraviarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegrí respondió alborotado que Haja no se podía casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defendería hasta la muerte.

Reduan, que oyó la arrogancia del Zegrí, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegríes acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduan, Muza y los Abencerrajes fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte á quien más hablase en el caso, que él determinaría lo que había de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinación; y visto que ya estaban sosegados, fué al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja; y puesto en medio de la sala, la dijo que escogiese á Reduan ó el Zegrí, ó aquel que más gusto le diese. La dama, viendo que no podía dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habían dado sus hermanos al Zegrí, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenía á su Reduan y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habían pasado, y á la fe y palabra que había dado de ser su espo-

sa. Considerándolo todo muy bien, se fué con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos; y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduan, diciendo: «señor, éste quiero por esposo.» El Zegrí quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor, se salió de palacio con intento de vengarse de Reduan, del cual se celebraron aquel día las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas cómo mucha compañía de cristianos corrían y talaban la Vega, y así fué necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos.

El valeroso Muza, como capitán general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadrón de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces más gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron más de seiscientos moros. En este día hicieron los caballeros Abencerrajes y Alabeces grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor, no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. También se señaló en este día Reduan, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho días, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaén, que era quien más daño le hacía; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduan, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

CAPÍTULO XIII

En que se da cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaén, y la gran traición que los Zegríes y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrajes, y muerte dellos.

El último y postrero día de las fiestas el rey comió con todos los principales caballeros de su corte; y alzando las mesas, habló á todos de aquesta manera: «bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será odiosa la vida, pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que á voces os llama el fiero Marte, en lo que os habéis ocupado siempre. Ahora, pues, que Mahoma nos ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabéis, mis buenos amigos, que los días pasados traje á la memoria á Reduan una palabra que me dió de ganarme á Jaén en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos expertos en armas, y que Reduan vaya por general, y demos vista á Jaén, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada día recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaén, no están seguras Úbeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digáis vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduan se le-

vantó, y dijo que él cumpliría su palabra. Muza dijo que daría en tres días puesta su gente en la Vega. Todos los demás caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirían con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento.

Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduan, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerraje que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moclín, el cual se fué luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celima en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaidías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia dellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pie y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro días los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y así se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que había levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar más, quiso luego partirse, dando á Reduan el cargo de capitán general de su ejército, de lo cual se alegró Muza por la satisfacción que de Reduan tenía, é hizo cuenta que él iba por capitán en el ejército; y así salieron por la puerta Elvira con mucho concierto.

La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho orden, y cada una tenía su estandarte diferente. La una parte tenía Muza, y en su compañía iban ciento cincuenta caballeros Abencerrajes, y otros tantos Alabeces Venegas, todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvaje en campo rojo, que desquijaraba un león, y en el campo blanco otro salvaje que con un

bastón deshacía un mundo, y por letra: *todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de armas y caballos, y todos vestían marlotas de escarlata y grana. La segunda cuadrilla era de Zegríes, Gomeles y Mazas: ésta iba de batalla, no menos rica y pujante que la de Muza, la cual llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegríes era de damasco verde y morado, y tenía por divisa una media luna de plata con esta letra: *muy presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsarla*. Era esta cuadrilla de doscientos ochenta caballeros, todos gallardos y bizarros, con aljubas y marlotas de paño tunecí, la mitad verde y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla llevaban los Aldoradines, caballeros muy principales; con éstos iban Gazules y Azarques; su estandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa un dragón en campo verde, que con las uñas despedazaba una corona de oro, con una letra que decía: *jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y caballos: serían todos ciento cuarenta. La cuarta cuadrilla era de Almoradíes, Marines y Almohades, caballeros estimados: éstos llevaban el real pendón de Granada, que era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro por un lado abiertas, y por la abertura parecían los granos rojos que eran hechos de finos rubíes; del pezón de la granada salían dos ramos bordados de seda verde con sus hojas, y una letra al pie, que decía: *con la corona nació*. En esta cuadrilla iba el rey Chico con mucha compañía de caballeros. Eran muy de ver las galas y riquezas, penachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y pendoncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y ballestas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la vía de Jaén, mirándole todas las damas de Granada, y más la reina su madre, y su mujer la

reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las torres del Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaén se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduan, bien te acuerdas
Que me diste la palabra,
Que me darías á Jaén
En una noche ganada.

Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada;
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte hé de Granada:

Echarte hé en una frontera,
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:

«Si lo dije, no me acuerdo,
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres,
El rey cinco mil le daba.

Por esa puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada:
¡Cuánto del hidalgo moro,
Cuánto de la yegua baya,

Cuánta de la lanza en puño,
Cuánta de la adarga blanca,
Cuánta de marlota verde,
Cuánta aljuba de escarlata,

Cuánta pluma y gentileza,
Cuánto capellar de grana,
Cuánto bayo borceguí,
Cuánto raso que se esmalta,

Cuánto de espuela de oro,
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa,
Y experta para batalla.

En medio de todos ellos
Va el rey Chico de Granada,
Mirando las damas moras
De las torres del Alhambra.

La reina mora su madre
Desta manera le habla:

«Alah te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
Y te vuelva de Jaén
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tío,
Señor de Guadix y Baza.»

No fué tan secreta esta salida de Granada, que en Jaén no tuviesen aviso della por las espías que tenía en aquella ciudad. Otros decían que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huyeron de Granada. Otros dicen que la dieron los Abencerrajes ó Alabeces, y esto entiendo que es lo más cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaén fueron avisados de la entrada de los moros en su tierra, y así ellos dieron aviso á Baeza, Úbeda, Cazorla y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercibieron para resistir á los enemigos de Granada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendía la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa, porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordán y Belmar.

Los caballeros de Jaén salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la puerta andaba el rebato. Salieron de Jaén cuatrocientos hijosdalgo bien armados, de Úbeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corría la tierra, llevando por caudillo y capitán al Obispo D. Gonzalo, varón de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Río Frío, y aquí se acometieron, haciendo una brava escaramuza; mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habían roto una cadena que la atravesaba; y aquí

fueran los moros vencidos si no fuera por el valor de los caballeros Abencerrajes y Alabeces, que pelearon valerosamente; mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, así vacunos como cabríos, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja.

El rey quedó admirado de ver la repentina prevención de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traían cuál había sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaén, le respondieron que habían sido avisados días había, y así estaba toda la tierra en arma; lo que fué bastante disculpa para Reduan, sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién había dado el aviso. Reduan muy bien sabía que Jaén no se podía ganar tan fácilmente; mas como era belicoso, tenía determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaén quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos dellos. El rey Chico venía fatigado del camino, y para aliviarse ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Alijares, y con él fueron los Zegríes y Gomeles: ningún caballero Abencerraje ni Gazul fueron con él, porque Muza los había llevado á un rebato causado de los cristianos que habían entrado en la Vega.

Estando un día el rey en los Alijares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaén y de los Abencerrajes, y cómo por ellos y por los Alabeces habían ganado grandes despojos. Un caballero Zegrí, que era el que tenía el cargo de armar traición á la reina y á los Abencerrajes, dijo al rey: «si buenos son, señor, los caballeros Abencerrajes,

mejores son los caballeros de Jaén, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas.» Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaén fué muy grande, y aquel día quedó con nombre perpetuo y fama para siempre; y en memoria desta escaramuza se hizo el siguiente romance:

Muy revuelto anda Jaén,
 Rebato tocan apriesa,
 Porque moros de Granada
 Les van corriendo la tierra.
 Cuatrocientos hijosdalgo
 Se salen á la pelea:
 Otros tantos han salido
 De Ubeda y de Baeza.
 De Cazorla, y de Quesada,
 También salen dos banderas;
 Todos son hidalgos de honra,
 Y enamorados de veras.
 Todos van juramentados
 De manos de sus doncellas,
 De no volver á Jaén
 Sin dar moro por empresa:
 Y el que linda dama tiene,
 Cuatro le promete en cuenta.
 A la Guardia han llegado,
 Adonde el rebato suena,
 Y junto del Río Frío
 Gran batalla se comienza;
 Mas los moros eran muchos,
 Y hacen grande resistencia,
 Porque los Abencerrajes
 Llevaban la delantera;
 Con ellos los Alabeces,
 Gente muy brava y fiera.
 Mas los valientes cristianos
 Furiosamente pelean,
 De modo que ya los moros
 De la batalla se alejan;
 Mas llevaron cabalgada
 Que vale mucha moneda.
 Con gloria quedó Jaén
 De la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria desta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte: de la una ó de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romance dice así:

Ya repican en Andújar,
 En la Guardia dan rebato;
 Ya se salen de Jaén
 Cuatrocientos hijosdalgo;
 Y de Ubeda y Baeza
 Se salían otros tantos:
 Todos son mancebos de honra,
 Y los más enamorados.
 De manos de sus amigas
 Todos van juramentados
 De no volver á Jaén
 Sin dar moro en aguilando;
 Y el que linda amiga tiene,
 La promete tres ó cuatro.
 Por capitán sólo llevan
 Al Obispo don Gonzalo.
 Don Pedro de Carvajal
 De aquesta manera ha hablado:
 «Adelante, caballeros,
 Que me llevan el ganado;
 Si de algún villano fuera,
 Ya le hubiérades quitado.
 Alguno va entre nosotros
 Que se huelga de mi daño;
 Yo lo digo por aquel
 Que lleva el roquete blanco.»

Desta suerte va este romance diciendo; pero éste y el pasado contienen una cosa en sustancia; y aunque son viejos, es bien traerlos á la memoria, para que quien ignora el fundamento de la historia lo sepa. Sucedió esta escaramuza en tiempo del rey Chico de Granada, el año de 1491. Volvamos al rey Chico de Granada, que estaba holgándose y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, cuando le dijo el caballero Zegrí que los caballeros de Jaén eran de más valor que los Abencerrajes, pues á su pesar los habían hecho reti-

rar. A lo cual respondió el rey: «bien estoy con eso; pero si no fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrajes y Alabeces, no tengo duda sino que fuéramos desbaratados; mas ellos pelearon de tal suerte, que salimos á nuestro salvo, sin que nos quitasen la cabalgada del ganado que trajimos y de algunos cautivos.—¡Oh cuán ciego está vuestra majestad, dijo el Zegrí, y cómo vuelve por los que son traidores á la real corona! Y es causa la mucha bondad y confianza que vuestra majestad tiene deste linaje de los Abencerrajes, sin saber la traición en que andan. Muchos caballeros hay que la han querido decir, y no se atreven ni han osado respecto del buen crédito y posesión en que vuestra majestad tiene á este linaje; mas aunque no quiera yo lastimar vuestro real pecho con tan afrentosa infamia, no puedo dejar de hacer lo que debo á leal vasallo, y dar aviso de la traición y alevosía que se comete contra mi rey y señor; y así digo que no se fie vuestra majestad de ningún Abencerraje, si no quiere verse desposeído del reino y muerto violentamente.— El rey dijo: di, amigo, lo que sabes; no me tengas confuso, ni me lo celes ni encubras, que tu lealtad será bien pagada.—No dejaré de obedecer á vuestra majestad; y para que se entienda la publicidad que hay en el delito, y cuán á rienda suelta se van en él, y qué poco temor tienen los Abencerrajes de vuestra real persona, y cuán seguros y de asiento, por el buen predicamento en que los tenéis, se están en su traición con la demasiada confianza que tienen de las mercedes que cada día se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos; asimismo, para que se entienda que odio, rencor ni envidia, no me mueve á revelar á vuestra majestad lo que ignora, para que lo remedie, sino que soy compelido de obligación y celo de la honra de mi rey, haga vuestra majestad llamar á Mahandín Gomel, y á mis sobrinos Mahomad y Alhamut, que

saben bien la verdad de todo, y otros cuatro primos de Mahomad Gomel, del mismo linaje, que ellos presentes contaré el caso.» El rey los mandó llamar, y venidos hizo que saliesen de la sala real todos los caballeros, salvo el acusador y los testigos falsos.

Y estando todos juntos, empezó el Zegrí, mostrando en lo exterior gran pena, á decir estas palabras: «Sabrá vuestra majestad que todos los Abencerrajes están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida; y este atrevimiento ha salido dellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con..... ¡oh cielos, quién dirá esto, que el dolor no le acabe!.... mi señora la reina el Abencerraje Albín Hamete, que es el más poderoso y rico de todos los caballeros de Granada. ¿Qué quiere vuestra majestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento? Y así generalmente el caballero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien á este linaje, porque los tienen embaucados. Bien se acordará vuestra majestad cuando en Generalife se hacía una zambra, que entró el maestre á pedir desafío, y salió Muza en la suerte; pues aquel día, paseándonos por la huerta yo y este caballero Gomel, vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la reina y al adúltero de Albín Hamete; y estaban tan embebecidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandín Gomel; y admirados del atrevimiento, nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fué hacia la fuente de los Laureles, y de allí adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albín Hamete cogiendo rosas blancas y rojas, y dellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza; nosotros nos llegamos con disimulación á él, y le preguntamos en qué se entretenía; á lo cual nos dijo: en ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza

la vista; y diónos dos rosas á cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra majestad con los caballeros. Quisimos avisar entonces, y no osamos, por no alborotar la corte en caso de tanto peso. Esto pasa; no debo más, á ley de caballero, de decir lo que he visto y sabido: lo que siento es que estoy con pena y recelo, no se vea privar de la vida alevosamente á vuestra majestad. ¿Es posible que no se acuerda de aquel blasón que en el espolón de la galera traía el bando Abencerraje en el día del juego de sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letrero: *todo es poco*; de suerte que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfanje de la popa un salvaje desquijarando un león: éste sois, señor, y ellos quienes os quitan la vida. Mirad por vuestra persona: muera el adúltero aleve, y con ellos la deshonesto reina, pues así ha afrentado vuestra real corona.»

Sintió tanta pena en oír lo que el falso, aleve y traidor del Zegrí le decía, que, creyéndole, se cayó amortecido en tierra por muy gran espacio de tiempo; y volviendo en sí, dió un doloroso suspiro diciendo: «¡oh Mahoma! ¿En qué te ofendí? ¿Este es el pago que me das por los bienes y servicios que te he hecho, por los sacrificios que te tengo ofrecidos, por las mezquitas que te tengo hechas, por la copia de incienso que he quemado en tus altares? ¡Oh traidor, cómo me has engañado! No más traidores: vive Alah, que han de morir los Abencerrajes, y la adúltera reina ha de morir en el fuego. Vamos á la ciudad, préndase luego á la reina, que yo haré tal castigo que sea sabido por todo el mundo.» Uno de los traidores, que era Gomel, dijo: «no será acertado prender á la reina, mi señora, porque se pone vuestra real persona en contingencias de perder la vida y alborotar la ciudad, y que tome las armas Albín Hamete con todos los de su linaje y bando, so color de defender á la reina; y esto les servirá de instrumento

para conseguir el efecto de su intención, más siendo parciales de los Abencerrajes, los Alabeces, Venegas y Gazules, que son toda la flor de Granada. Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengan á palacio uno á uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender, ya no quedará ninguno de todos ellos; y cuando se venga á saber por todos sus amigos, y ellos quisieren hacer algo contra vuestra majestad, escarmentarán en cabeza ajena, siendo en vuestro favor los Zegríes, Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen á paz y á salvo de todo peligro; y esto hecho, mandar prender á la reina, acusándola de adúltera, y poner en tela de juicio el caso, siendo cuatro caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la reina señale otros cuatro caballeros que la defiendan; y si éstos por su buena suerte vencieren á los acusadores, que se libre la reina; y si los defensores de la reina fueren vencidos, que muera la reina conforme á la ley; y desta forma todos los del linaje de la reina, que son los Almoradíes, y Almohades y Marinés, no se alterarán viendo que va por vía de justicia, y sin altercar. Esto es lo que siento para que sea vuestra majestad vengado, y no se altere la ciudad.—Buen consejo es, dijo el rey, y de tan leales caballeros. Y decid, ¿quiénes serán los cuatro caballeros que pongan la acusación, y la sustenten en batalla contra los defensores que pusiere la reina?—No cuide deso vuestra majestad, dijo el Zegrí, que yo seré el uno, y mi primo Mahandón el otro, y Mahandín el tercero, y su hermano Abenhamete el cuarto.—Pues vámonos á la ciudad, dijo el fácil rey, y se dará la orden que pide mi venganza.» ¡Oh desdichada ciudad, y qué revuelta y cisma se te ordena por dar crédito el mal aconsejado rey á las sirenas que le cantaban al oído!

Con esto se partieron á Granada; y en entrando en el Alhambra se fueron al palacio real, adonde la reina con sus damas le salieron á recibir; pero el rey no miró hacia la reina, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se espantó la reina; y confusa se retiró á su aposento con sus damas, sin saber la causa del no usado desdén del rey, el cual pasó lo que restaba del día con sus caballeros hasta la noche, y luego cenó y se fué á recoger, fingiendo estar indispuerto; y así todos los caballeros se fueron á sus casas. Toda aquella noche estuvo vacilando en cien mil pensamientos el desventurado rey, y sin poder reposar, y entre la máquina de confusiones decía: «¡oh sin ventura Abdalí, rey de Granada, cuán cercana veo tu perdición y la de tu reino! Si matas á estos caballeros, gran mal se te ordena; y si no castigas estos yerros, quedas afrentado, y te valdría más la muerte. ¿Matarélos? Sí: que fué grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mía, y tratar de matarme por alzarse con el reino. Pero di, rey mal aconsejado, ¿no sabes cuán recatada y honesta mujer tienes? ¿No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrajes, y cuán sus mortales enemigos son los Zegríes, y que puede ser que por esta vía pretendan venganza deste virtuoso linaje? Verifica mejor la causa, ya que determinas la venganza; pero ¿qué más verificación que quien lo vió? No se atreverían á levantar tal testimonio, y más ponerse á sustentar en batalla lo que dicen: no hay duda, sino que es verdad.»

En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana se levantó; y saliendo de su dormitorio, vió en la sala muchos Zegríes, Gomeles y Mazas. Y á esta sazón entró un escudero, y le dijo al rey cómo había venido Muza de pelear con los cristianos, y traía ganadas dos banderas, y más treinta cabezas, con lo cual se holgó; y apartando al Zegrí, le dijo que tuviese en aquel

cuarto de los Leones treinta caballeros armados y un verdugo prevenido de lo necesario para lo que estaba tratado. Luego el traidor del Zegrí salió del real palacio, y puso por obra lo que el rey le había mandado; y estando todos muy á punto, el rey fué avisado dello, y se fué al cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegríes y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al Abencerraje, su alguacil mayor. Fué un paje, y le dijo que el rey lo llamaba; y así como entró en la cuadra de los Leones, le asieron, y sin que pudiese hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fué degollado. Asimismo llamaron á Albín Hamete, el cual decían haber adulterado; y desta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes de los más principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios Nuestro Señor no favoreciese la causa, para que no murieran tan abatidamente, por dar crédito á un falso traidor, y sin haber más averiguación; y es muy cierto que sus obras no lo merecían, porque eran muy caritativos y amigos de los pobres, y de la verdad y de los cristianos; y aun dijeron los que miraban degollar á los Abencerrajes, que llamaban á Cristo crucificado que les socorriese en aquel lance, para que no se condenasen, y que morían cristianos.

Pues para que este linaje no pereciese, ordenó Dios que un paje de un Abencerraje entró con su señor, y vió cómo le degollaron, y miró á todos los muertos que él conocía, y luego se retiró hacia la puerta con mucha disimulación; y al tiempo que abrieron para ir á llamar á otro, salió el paje muy temeroso, y llorando la muerte de su señor. Se salió del Alhambra, y junto á la fuente vió á Malique Alabez con Abenámar y Sarracino, que iban á hablar al rey; y como los vió, se llegó lloroso, y temblando y encogido, les dijo: «¡ay, señores

caballeros, por Alah santo que no paséis más adelante, si no queréis morir de mala muerte!» Alabez dijo: «¿cómo así?» Respondió el paje: «sabed, señor, que en el cuarto de los Leones hay muchos caballeros degollados, y todos de los Abencerrajes, y mi señor con ellos, que le vi degollar, porque entré con mi señor, que allá no fuéramos, y lo vi todo, y no repararon en mí, porque así lo permitió el santo Alah, y cuando tornaron á abrir la puerta falsa me salí, y vengo sin mi señor, y aun sin mí, por lo que mis ojos han visto: por Mahoma que pongáis remedio en aquesto.»

Muy admirados quedaron los tres caballeros, y mirándose unos á otros no sabían si darían crédito ó no á lo que el paje decía, y dijo Abenámar: «gran traición hay, si esto es verdad.» Dijo Sarracino: «¿pues cómo sabremos si es cierto?—Yo os lo diré, dijo Alabez: quedaos, señores, aquí, y si viereis salir algún caballero Abencerraje, ó de otro linaje, no le dejéis pasar adelante, sino entretenedle en tanto que voy á la casa real, y sabré lo que pasa, y volveré con brevedad.—Alah os guarde, dijo Abenámar; aquí aguardaremos.» Malique subió al Alhambra, y al entrar por la puerta vió venir á un paje del rey muy apriesa y díjole: «¿adónde con tal priesa?» Respondió el paje: «á buscar un Abencerraje.—¿Quién le llama? dijo Malique.—El rey, mi señor, respondió el paje. Y si queréis hacer una buena obra, bajad á la ciudad, y avisad á todos los Abencerrajes que salgan de Granada, porque les conviene, si no quieren verse en el trance cruel que se ejecuta en el cuarto de los Leones, y quedaos en paz.»

Estando cierto y satisfecho de lo que deseaba saber, se volvió Malique adonde había dejado á Sarracino y Abenámar, y les dijo: «amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el paje; cierta es la traición y muerte que se ejecuta en los Abencerrajes: todo el suceso me ha contado un paje del rey, y me dijo que diese aviso á los

Abencerrajes.—¡Válgame Alah! dijo Sarracino: que me maten, si los Zegríes no andan en esta traición; vamos á la ciudad y demos aviso para que se ponga algún remedio.—Vamos, dijo Abenámar, que en esto no quiere haber descuidos»; y diciendo así, se bajaron todos tres á la ciudad, y antes de llegar á la calle de los Gomeles vieron al capitán Muza, y á más de veinte caballeros Abencerrajes de los que habían ido á la Vega á pelear con los cristianos, que iban á dar cuenta al rey de aquella jornada. Y Malique Alabez les dijo: «caballeros, poneos en cobro, si no queréis morir por traición; más de treinta de vuestro linaje ha mandado el rey matar.» Los Abencerrajes, espantados, no respondieron; pero el valeroso Muza dijo: «por la fe de caballero, que si hay traición, que andan en ella los Zegríes y Gomeles, porque ninguno salió al rebato, ni parecen por toda la ciudad; y sin duda que están en el Alhambra con el rey, y son culpantes en las inocentes muertes destes nobles caballeros: vénganse todos conmigo, que yo pondré remedio conveniente.»

Así se volvieron con el valiente Muza á la ciudad; y en llegando á la plaza nueva, como era capitán general, llamó á un añafil, le mandó que tocase á recoger apriesa, y él lo hizo; y oído el añafil, en un punto se juntaron muchos caballeros y soldados en casa de sus capitanes, y de allí vinieron á la plaza nueva, y se juntaron mucha gente de á pie, y también de á caballo; y aunque hubo muchos caballeros principales y de los mejores de Granada, no habían entrado entre ellos ningunos Zegríes, Gomeles ni Mazas, por donde se acabaron de satisfacer sobre que los Zegríes andaban en aquella traición. Cuando Alabez vió esta gente junta, halló buena ocasión para saber la traición que se ejecutaba en los inocentes caballeros; y así, puesto en medio de todos, comenzó á decir en alta voz de aquesta manera: «caballeros, señores y amigos míos, y todos los que me

oís, sabed que hay gran traición: el rey Chico ha mandado degollar á muchos de los caballeros Abencerrajes, y si no fuera la traición descubierta, por el santo Alah ya estuviéramos todos degollados. Alto á la venganza, no queramos rey tirano, que así mata á los caballeros que defienden su tierra.» No había acabado Alabez de decir estas palabras, cuando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos, apellidando toda la ciudad y diciendo: «traición, traición, que el rey ha muerto á los Abencerrajes; muera el tirano, muera el tirano, no queremos rey traidor.»

Esta voz comenzó á divulgarse por toda la ciudad con un furor diabólico; todos tomaron armas á muy gran priesa, y comenzaron á subir al Alhambra, y en breve espacio se juntaron más de catorce mil hombres de todas suertes y otros muchos caballeros, y más de doscientos Abencerrajes que habían quedado, y con ellos Gazules, Venegas, Almoradíes, Almohades y Azarques, y todos los demás caballeros de Granada, los cuales decían á voces: «si esto se consiente, otro día matará otro linaje de los que quedan.» Era grande la vocería y rumor que había: gritos de los hombres, alaridos de las mujeres y llorar de niños. Finalmente, estaba todo tan alborotado, que parecía quererse asolar la ciudad con armas y anegarla en lágrimas, y todo se oía en el Alhambra; y recelando lo que era, el rey, muy temeroso, mandó cerrar las puertas, teniéndose por mal aconsejado en lo que había hecho, y espantado de que se hubiese descubierto tan presto aquel secreto. Llegó, pues, el tropel y confusión de gente al Alhambra, dando alaridos y voces, diciendo: «muera el tirano, muera;» y como vieron cerradas las puertas del Alhambra, mandaron traer fuego para quemarlas, lo cual luego fué hecho, y por cuatro ó seis partes fué puesto fuego con tanto ímpetu que ya se empezaba á arder.

Y el rey Mulahacen, padre del rey Chico, como sintió tan grandísima revuelta y ruido, siendo ya bastante informado de lo que era, muy enojado contra el rey su hijo, y deseando le matasen, mandó abrir una puerta falsa del Alhambra, diciendo que él quería salir á apaciguar aquel alboroto; pero no bien fué abierta, cuando estaban más de mil hombres para entrar por ella; y como vieron al rey viejo le alzaron en peso, y dijeron: «éste es nuestro rey, y no otro; viva el rey Mulahacen;» y dejándole con buena guardia, entraron por la puerta muchos caballeros Abencerrajes, Alabeces y Gazules, con más de cien peones. El rey mandó cerrar la puerta falsa, y que defendiesen la entrada, porque no hubiese dentro del Alhambra más mal del que se esperaba ver; pero poco aprovechó esta diligencia, porque la gente que había entrado era bastante á destruir cien Alhambras, y andaba por las calles diciendo: «muera el rey Chico y los demás traidores»; y con este ímpetu entraron en la casa real, donde vieron sólo á la reina y á sus damas casi muertas, no sabiendo la causa de tan grande alboroto; y preguntando dónde estaba el mal rey, no faltó quien les dijo que en el cuarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fué allá, y vieron las puertas con fuertes cerraduras; pero muy poco les sirvió su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegríes que allí había, que defendían la entrada; y entrando los caballeros Abencerrajes, Gazules y Alabeces, viendo la mortandad de los Abencerrajes que había en aquel patio, á quien el rey había mandado degollar, se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al rey y á los traidores no se satisficieran con que murieran degollados, sino que les buscaran mil géneros de penas para mitigar la mucha que ellos tenían; y acometieron todos á más de quinientos Zegríes, Gomeles y Mazas que estaban allí en defensa del rey, diciendo: «mueran los trai-

dores que tal traición han hecho y aconsejado»; y con ánimo furibundo dieron en ellos á cuchilladas.

Los Zegríes y los de su parte se defendían poderosamente, porque estaban bien alistados de armas y apercebidos para aquel caso; mas poco les valió todo esto, que allí los hacían pedazos, porque en menos de una hora ya tenían muertos más de doscientos caballeros Zegríes, Gomeles y Mazas, y siguiendo su porfía, iban matando é hiriendo más dellos. Allí era el ruido y vocería, allí acudía toda la gente que subía de la ciudad, y siempre diciendo: «muera el tirano y los traidores». Fué tal la destrucción que los Abencerrajes, Alabeces y Gazules hicieron, y tal la venganza, que de todos los Zegríes, Gomeles y Mazas que allí estaban no se escapó ninguno con vida. El desdichado rey se escondió, que no pudo ser descubierto. Esto hecho, los caballeros muertos los bajaron á la ciudad, y los pusieron sobre paños negros en la plaza nueva, para que toda la ciudad los viese, y se moviese á compasión viendo un tan doloroso y triste espectáculo, y la crueldad que con ellos se usó. Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto, que parecían hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido había allí, no menos alboroto y llanto había en la ciudad. Todo el pueblo en común lloraba á los muertos Abencerrajes. En particulares casas lloraban á los muertos Zegríes, Gomeles y Mazas, y á otros que murieron en esta refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado se dijo este romance:

En las torres del Alhambra
 Sonaba gran vocería,
 Y en la ciudad de Granada
 Grande llanto se hacía;
 Porque sin razón el rey
 Hizo degollar un día
 Treinta y seis Abencerrajes,
 Nobles de grande valía,

A quien Zegríes y Gomeles
Acusan de alevosía.
Granada los llora más,
Con gran dolor que sentía;
Que en perder tales varones
Es mucho lo que perdía:
Hombres, mujeres y niños
Lloran tan grande pérdida.
Lloraban todas las damas,
Cuantas en Granada había;
Por las calles y ventanas
Mucho luto parecía.
No había dama principal
Que luto no se ponía,
Ni caballero ninguno
Que de negro no vestía;
Sino fueron los Gomeles,
Donde la traición salía,
Y con éstos los Zegríes,
Que les hacen compañía.
Y si algún luto llevaban,
Es por los que muerto habían
Los Gazules y Alabeces
Con gran valor y osadía
En el cuarto de los Leones,
Por vengar la villanía.
Y si hallaran al rey Chico,
Le privaran de la vida,
Por consentir la maldad
Que allí cometido habían.

Volviendo ahora al sangriento y pertinaz motín de la granadina gente contra el rey y sus valedores, es de saber que el valeroso Muza, como vió poner fuego al Alhambra, con gran presteza acudió á aplacar las furiosas llamas; y sabiendo que el rey Mulahacen, su padre, había mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fué hacia ella acompañado de gran tropa de gente; y en llegando vió al rey Mulahacen, acompañado de más de mil hombres que le guardaban, y á grandes voces decían: «viva el rey Mulahacen, al cual reconocemos por señor, y no al rey Chico, que á tan gran trai-

ción ha muerto la flor de los caballeros de Granada.» Muza dijo: «viva el rey Mulahacen, mi padre, que así lo quiere toda Granada.» Lo mismo dijeron todos los que iban con él; y diciendo esto, entraron en el Alhambra y fueron á la casa real, y andándola toda no toparon al rey. De aquí fueron al cuarto de los Leones, y vieron el estrago que habían hecho los Abencerrajes, Gazules y Alabeces en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y Muza dijo: «si traición se hizo á los Abencerrajes, bien se han vengado, aunque la traición no tiene satisfacción;» y pesándole de lo que había, salió de allí y se fué á la cámara de la reina, á la cual vió llorosa, acompañada de sus damas y de la hermosa Celima, á quien Muza amaba tiernamente. La temerosa reina le preguntó á Muza qué vocería era aquella que sonaba en la ciudad y en el Alhambra. «Cosas son del rey, dijo Muza, que sin mirar más de su gusto dió lugar y consintió una traición notable, ejecutada en los caballeros Abencerrajes, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios, y en pago dellos hoy ha muerto á treinta y seis dentro del cuarto de los Leones. Esto es lo que el rey, mi hermano, vuestro marido, ha hecho ó permitido que se hiciese, por lo cual el reino tiene perdido, y él está, si parece, á punto de perderse; porque ya toda la gente de Granada, así caballeros como todos los demás estados, han recibido á mi padre el rey Mulahacen por rey y señor, y á esta causa anda el alboroto y motín que hay.—Santo Alah, dijo la triste y afligida reina, ¿qué, eso pasa? ¡Ay de mí!» Y diciendo esto, se cayó amortecida en los brazos de Galiana.

Todas las damas lloraban amargamente el caso doloroso que había sucedido, y lloraban á su triste reina puesta en tal calamidad. La linda Haja y la hermosa Celima se hincaron á los pies de Muza; y como quien tanto le amaba, le dijo de esta manera: «señor mío, no me levantaré de vuestros pies hasta que me deis pala-

bra de hacer en este negocio tanto que quede apaciguado, y el rey, vuestro hermano, en su posesión como de antes; que aunque ha procurado mi amistad, no teniendo respeto á la vuestra, no se ha de formar venganza estando el enemigo caído, ni se ha de dar mal por mal, sino porque de hoy más tenga cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; en lo que os pido recibiré de vos muy grande merced.» Fátima, que sabía el grande amor que los dos se tenían, le pidió á Muza que le concediese á Celima lo que le pedía, y que no tuviese á sus pies á la que merecía la corona del mundo. Muza, que estaba transformado en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió á Celima, no advirtiéndole que la tenía á sus pies con la hermosa Haja, las levantó del suelo, dándolas palabras de apaciguar el vulgo, y de poner al rey, su hermano, en la posesión del reino; con lo cual obligó á su dama á que le amase con más extremo.

Las damas echaron agua en el rostro de la reina, y de este modo volvió en sí llorando, y Muza la consoló dándole buenas esperanzas, y se despidió de ella y sus damas, y fué adonde estaba su padre, y le dijo: «mande vuestra alteza pena de muerte al que no dejare las armas y no se sosegare.» Luego mandó el rey que se pregonase así en el Alhambra y por toda la ciudad, y Muza mandó á la gente de guerra que se aquietasen, y á todos los demás se lo rogó. Mediante esto se apaciguó el pertinaz motín y rebelión, teniendo unos intento de obedecer á Mulahacen, y otros al rey Chico. Para esto ayudaban á Muza todos los más principales de Granada y los linajes desapasionados, que eran Alabeces, Bencerrajes, Laugetes, Azarques, Alarifes, Aldoradines, Almohades y otros muchos caballeros de Granada. De esta suerte fué todo apaciguado, y Muza rogó á todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada volviese al estado en que antes estaba;

que si malos consejos no dieran al rey, nunca él mandara hacer lo que se hizo. Todos los caballeros dieron palabra á Muza de no quitar la obediencia á su hermano el rey; sólo los Abencerrajes, Gazules, Alabeces y Almoradines, estos cuatro linajes poderosos, no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, por lo que hizo contra los Abencerrajes en admitir el mal consejo del traidor Zegrí; y era así verdad, que por dar crédito de ligero, el fácil rey aceleró el negocio; y si lo llevara por justicia, no se le siguiera la perdición que le vino á él y á la ciudad. Por esta traición se hizo el romance siguiente:

Caballeros granadinos,
Aunque moros hijosdalgo,
Con envidiosos intentos
Al rey Chico van hablando;
Gran traición se va ordenando.

Diz que los Abencerrajes,
Linaje noble afamado,
Pretenden matar al rey,
Y quitarle su reinado;
Gran traición se va ordenando.

Y para emprender tal hecho,
Tienen favor muy sobrado
De hombres, niños y mujeres,
Todo el granadino estado;
Gran traición se va ordenando.

Y á su reina tan querida
De traición la han acusado,
Que en Albín Abencerraje
Tiene puesto su cuidado;
Gran traición se va ordenando.

De esta suerte va declarando el romance la historia que se ha contado, y la traición; mas porque me aguardan otras cosas importantes, no se acaba. Volviendo á Muza, que con gran diligencia procuraba aplacar los airados pechos de los más principales caballeros y demás gente, para que volviesen á dar la obediencia al rey Chico, como antes estaba, atrajo muchos á su vo-

luntad, salvo los cuatro linajes que hemos dicho, y algunos más caballeros que no quisieron estar en la obediencia del rey Chico, sino á la del rey Mulahacen; y así siempre hubo allí muchas diferencias entre los dos reyes, padre é hijo, hasta que se perdió Granada. Y la causa por que los Gazules, Alabeces y Aldoradines no quisieron ser de la parte del rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fué el que ya tenían tratado entre ellos de volverse cristianos y pasarse con el rey D. Fernando, como adelante se dirá.

Pues como viese Muza la mayor parte de la ciudad reducida á su voluntad, para que volviese su hermano á ser obedecido y al gobierno de su reino, procuró saber adónde estaba; y supo cómo se había retirado al cerro del Sol, que hoy llaman de Santa Elena, en una mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oyó cuando decían todos: *muera el tirano y los traidores*; y visto este estrago que hacían los Abencerrajes, Gazules y Alabeces en los Zegríes y Gomeles, se salió por una puerta falsa maldiciendo su ventura y el día de su nacimiento, quejándose del Zegrí que le había aconsejado cometer tal traición contra tan leales caballeros. Los Zegríes y Gomeles le consolaban, diciéndole que no se fatigase, que mil Zegríes y Gomeles tenía de su parte, los cuales morirían en su defensa, y que el consejo no había sido malo, sino importante, si no se descubriera tan presto. Y en esto vieron venir á Muza en un caballo, y fueron á dar aviso al rey; el cual, temeroso, preguntó si venía de paz ó de guerra. «De paz viene, respondió un Zegrí, y solo, y debe de querer hablarte.—Alah se sirva que sea por bien», dijo el rey; porque se temía de Muza, á causa de Celima.

En esto llegó Muza; y preguntando si estaba allí el rey, su hermano, le fué dicho que sí; y apeándose del caballo entró en la mezquita, donde vió al rey acompañado de Zegríes y Gomeles; y haciéndole el acatamien-

to que de antes solía, le dijo así: «no careces de culpa, permitiendo una maldad y traición tan grande como la que se ha usado con el más noble y leal linaje de todo el reino. Y mirad lo que se ha seguido de su muerte: alboroto de toda la ciudad, muerte de muchos, pérdida de tu reino; y lo fuera de tu vida, si no te hubieras retirado aquí. Los reyes que han de gobernar en paz, sosiego y tranquilidad á sus vasallos, ¿son esos los alborotadores y privadores de la paz? Merecido y justo castigo es que sean desposeídos de sus reinos, y aun de las vidas. Si á caballeros leales que sirven bien das tal pago, ¿quién esperas que te sirva? Si se te había ofendido, que no creo tal, siguieras la causa por justicia, y no con violencia. ¿Qué demonio te insistió á hacer tal matanza? ¿Qué causa te movió?—Hermano, dijo el rey, ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes: sabrás que los caballeros Abencerrajes tenían determinado matarme y alzarse con el reino; y sin esto, Albín Hamete, Abencerraje, adulteraba con la reina, mi mujer, pues de todo tengo bastante y probada verificación: ¿parécete que aceleré en el caso?» Admirado Muza, le respondió: «no tengo yo á la reina en tal opinión, ni lo creo, ni tengo á los Abencerrajes por caballeros que tal traición ordenaran, porque son ejemplos de lealtad.—Pues si no lo crees, dijo el rey, pregúntalo á Hamete Zegrí, y á Mahandín, y á Mahandón, que están presentes, que ellos te dirán como testigos de vista.» Y los falsos refirieron á Muza lo que al rey habían dicho, lo cual no creyó, porque conocía que la reina era muy honesta y virtuosa, y así les dijo: «yo no puedo persuadirme á que eso sea así, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido.—Pues nosotros, dijo Mahandón, lo sustentaremos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir.» Y enojado Muza, dijo: «pues

aunque no sea sino por honra de mi hermano, el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrajes, pues os preferís á sustentar con las armas la acusación que ponéis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habéis de morir ó quedar desmentidos; y si me fuera lícito, yo solo había de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrajes, porque clara y manifiestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impídelo la paz que ando buscando.»

Los Zegríes comenzaron á alborotarse, diciendo que ellos eran caballeros, y lo que habían dicho lo sustentarían en campo armados á los cuatro caballeros. «Eso se verá presto,» dijo Muza; y díjole al rey: «vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: sólo quedan cuatro linajes de caballeros que no os quieren dar obediencia, sino á nuestro padre: pasen algunos días, que yo los compondré. Y vosotros, Zegríes y Gomeles, advertid que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes, de vuestros linajes hay más de cuatrocientos caballeros muertos; mirad si ha sido granjería la que habéis hecho. Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto de los Leones, y dadles sepultura, que así han hecho los Abencerrajes á todos sus deudos, muertos sin culpa.» Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí?—Quien te vió venir», dijo Muza.

Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegríes llevaron los cuerpos muertos á sus casas y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algún escándalo; y en todo aquel día no se oía en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda, y mandó que no dejasen

entrar á nadie en todo aquel día; lo cual se cumplió todo así, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encerramiento, pues le había enviado á decir Muza que no tuviese pena, que el rey volvería á su silla.

CAPÍTULO XIV

En que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusación á la reina y á los Abencerrajes, y cómo la reina fué presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demás que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitán Muza, habiéndose pasado aquel día tan memorable para Granada, luego el día siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y así se juntaron todos los más principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, sólo por hacer placer al valiente Muza; y entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden como antes solían, aguardando que el rey saliese de su aposento; el cual, como supo que estaba allí Muza y los demás caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro; y sentado en la silla real, mirando á todos, les dijo:

«Muy leales y verdaderos vasallos, amigos míos: bien sé que habéis estado muy enojados conmigo, y con deliberación de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movía, y sin escandalizaros; pero á veces la cólera ciega la razón, de modo que no da lugar á la consideración con el deseo de la venganza. Alah os guarde de rey injuriado, que no aguarda dilación su agravio. Y para satisfacción de mi poca culpa y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, habéis de saber, oh

nobles granadinos, que los famosos Abencerrajes, de cuya fama el mundo está lleno, habían conspirado y hecho conjuración para privarme del reino y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso con información bastante, por donde son dignos de muerte, y más. Albín Hamete, Abencerraje, violó mi honra con mancha de adúltero, tratando con la reina sultana, mi mujer, de deshonestos y secretos amores, aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos; y en esta sala hay caballeros testigos de vista que lo dirán y sustentarán; y á esta causa se ejecutó ayer lo que visteis, queriendo por mi mano tomar venganza de tan enorme injuria y deshonra; y si no se descubriera tan presto mi intento, no hay duda sino que no fuera ya vivo ningún Abencerraje; mas mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa sólo por el alboroto de la ciudad, y por haber muertes de nobles y leales caballeros á manos de los Abencerrajes vivos y de los Gazules; y la sangre de los Zegríes y Gomeles vertida por mi causa pide justísima venganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y ahora doy por sentencia que los Abencerrajes, que son culpados en esto, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados á mi real cámara, para que de ellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaides como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuvieren hijos varones, los envíen á criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina Sultana, mi mujer, mando que los caballeros que han de poner la acusación la pongan luego; y puesta, sea presa, hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas dos

cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer: ahora considere cada uno la causa por suya, y juzgue lo que haría, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame.»

Dichas estas palabras por el rey, todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros; y admirados de todo aquello que el rey les había dicho, no sabían qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrajes, como ni á lo de la reina, y luego entendieron ser traición; y así los caballeros Almoradíes, Almohades y otros que eran parientes de la reina Sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comunicación, y al cabo de una pieza que el rey aguardaba respuesta, se levantó un caballero Almoradí, tío de la reina, y respondió diciendo: «atentos hemos estado, rey Abdalí, á tus razones, con las cuales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque, en lo que has hablado, manifiestamente parece ser averiguada traición, así en lo que toca á los caballeros Abencerrajes como en lo de la reina; porque los Abencerrajes son nobles y en ellos no puede caber traición, ni tal de ellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las cuales tú y tu reino habéis resplandecido; y si ahora los mandas desterrar, tu reino de hoy en más lo puedes dar por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; cuanto y más, que aunque tú los destierres, si ellos con su gusto y voluntad no se quieren salir de Granada, no les puedes tú hacer fuerza, atento que no eres rey supremo por ser vivo tu padre, el cual estima mucho á este linaje. Si no me crees, mira tu palacio, y verás cómo en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines y Venegas, parece estar solo y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos éstos y

otros muchos, por ser amigos de los Abencerrajes, pues la plebe ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de cierto que si el amor de ellos levantara bandera contra ti, te echaran del reino en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Repórtate, rey mal aconsejado, y no te ciegue la cólera; y en lo que dices de la reina, que ha sido adúltera, es falso; es matrona ilustre y honesta, y se debe tener y estimar en mucho; y si contra ella te mueves ó alteras, los Almoradíes, Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu padre; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina Sultana, miente y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere.»

El traidor Zegrí, Mahandín Gomel, Mahandón y Abenhamete con saña se levantaron y dijeron que lo que ellos decían era verdad, y quien lo contradecía mentiría. Los Almoradíes se alzaron poniendo mano á las armas; todos los Zegríes y Gomeles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real; mas los caballeros Azarques y Alarifes, Muza, Sarracino, Reduan y el mismo rey obraron tanto, que no los dejaron juntar, antes los aquietaron é hicieron sentar; y estando sosegados, dijo estas razones Muza: «señores caballeros, yo querría que se pusiese la acusación á la reina, y que por ella sea presa, pues confío en Alah que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir ó retractarse de lo dicho, de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linaje; para lo cual salga aquí la reina, responda por sí, y dé y señale caballeros que la defiendan.»

A todos pareció bien lo que Muza dijo, y así fué llamada la reina Sultana, la cual fué acompañada de sus damas, y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores; y antes que la

reina se sentase en su estrado le dijo Muza: «hermosa Sultana, hija del famoso Moraizel, y de nación Almoraquí por descendencia del padre, y Almohades por la madre, descendientes de los reyes de Marruecos: sabrás, reina de Granada, por tu daño, cómo en esta sala hay caballeros que pongan dolo en tu castidad, diciendo que no has guardado las leyes conyugales, como era razón, á tu marido el rey; antes dicen que has adulterado y hecho traición con Albín Hamete, Abencerraje; por lo cual ayer fué degollado con los demás Abencerrajes que murieron. Si esto es así, lo cual todos nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfacción de tu bondad, virtud y castidad, has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto, da razón de ti para que no haya más escándalo del que por tu causa ha habido; y si no le das, cual conviene á tu honor y al de tu marido, morirás quemada conforme á nuestras leyes; yo te lo he dicho, no por ofenderte, sino para que repares con tiempo la defensa y lo que te conviene, que por mi parte seré en tu favor en todo lo que pudiere, como lo verás.»

Con esto calló Muza, y se sentó aguardando que la reina respondiese. La cual, como oyó lo que Muza le había dicho, miró á todos los caballeros de la sala; y como los vió callar, tuvo por verdad lo que al pronto había escuchado por donaire y juego; y reparándose un poco, sin mudarse la color de su hermoso rostro, ni hacer mudanza mujeril, respondió desta suerte: «cualquiera que en mi honestidad pura, limpia y casta pusiere alguna falta, miente, y no es caballero, sino villano, vil y de bajos pensamientos, mestizo, infame y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusación que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre; jamás con pensa-

miento ni obra hice ofensa al rey, mi marido, ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni después, ora sea por separación de muerte, ó por repudiación de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y novedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir: que confío en el santísimo Alah que ha de volver por mi casta limpieza y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alah se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre deste testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera.» Diciendo esto comenzó á llorar, y con ella todas sus damas; de tal manera, que á todos los caballeros que la oían movía á muy grande compasión y lástima.

Lindaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlúcar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habían muerto sin culpa á su querido padre; y pues desterraron á los Abencerrajes, que ella se quería desterrar, por no ver las tiranías y crueldades que cada día se hacían, y más el testimonio que á su alteza se levantaba; que no diese lugar que ella presenciara aquellos dolores tan acerbos; y que cuando la honra de la reina padecía, no estaba segura la de sus damas, dueñas y doncellas. La reina la abrazó llorando; y quitándose del cuello la cadena que el maestre la dió el día de la sortija, dijo: «toma, amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles y leales; pero ya, por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino de males; dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella: que ausente de la corte yo sé que la tendrás.» Y diciendo esto, la apretó entre sus brazos, regándola su hermoso rostro

con lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus ojos en abundancia. Aquí se aumentó el llanto de todas las damas, porque las iba abrazando y despidiéndose de todas.

Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayudar con lágrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradíes y Almohades y otros de su parcialidad se salieron llorando de la sala, diciendo: «Abdalí, rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aquí adelante.» Lindaraja, despidiéndose del rey, se salió de palacio; y acompañada de su madre y de algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro día se partió para Sanlúcar, y Gazul en su compañía, que era el que la servía, como ya se ha dicho, y adelante se tratará dello más largamente.

Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusación de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosamente su deshonra, y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegrí que pusiese la acusación, y él se levantó y dijo: «por la honra de mi rey, y volviendo por ella, como debo, digo que la reina Sultana es adúltera, y que yo y Mahandín la vimos en Generalife, debajo de un rosal, que está junto á la fuente grande, estar en lascivas concupiscencias con Albín Hamete, Abencerraje; lo cual sustentaremos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa.» A esto respondió la reina: «mientes como traidor infame, falso, tú y todos vosotros; yo fío en el poderoso Alah, que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro.» El rey dijo: «Sultana, dentro de treinta días habéis de dar caballeros que os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme á la ley.» Sarracino, no pudiendo sufrir más aquella lástima, dijo: «yo me ofrezco á la defensa de la reina, aunque no haya más caballeros que quieran volver por

su honor.» Reduan dijo: «yo seré el segundo, y serviré de tercero y cuarto.» Muza dijo: «pues yo ayudaré también, y no faltará otro caballero que ayude, porque se haga la batalla cuatro á cuatro; y mire la reina si nos quiere admitir, que como caballeros juramos de hacer el deber.» La reina respondió: «muchas mercedes, señores caballeros, por la que me hacéis tan señalada; yo veré lo que me importa, pues tengo término suficiente, aunque sé que en hacer tales caballeros la batalla, mis enemigos serían vencidos y mi honra satisfecha.»

El rey mandó que estuviese presa en la torre de Comares, y en su compañía Galiana y Celima para que la sirviesen. Luego Muza y otros caballeros llevaron á la desdichada é infelice reina presa, y la pusieron en un aposento, y á la puerta doce caballeros de guarda, con orden que si no es á Muza, otro no pudiese entrar á hablar con ella. Esto hecho, se despidieron del rey todos los caballeros, por lo que había pasado. Las damas de la reina se fueron todas: las doncellas en casa de sus padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduan se llevó á su querida Haja, Abenámar á Fátima, que estaba muy triste por lo que sus parientes habían hecho. Todas las demás damas se fueron, quedando desierto el cuarto de la reina. Quedaron con el rey Zegríes, Gomeles y Mazas, por acompañarle, y á muchos pesaba de lo que habían empezado á hacer, porque imaginaban que no podían tener buen fin todas aquellas traiciones. Luego se pregonó que dentro de tres días saliesen los Abencerrajes desterrados, so pena de las vidas. Los Abencerrajes pidieron dos meses de término, porque querían salir del reino; y fuéles concedido á instancias de Muza, porque entre él y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregón se divulgó por toda la ciudad, y sintieron tanto los moradores della el agravio que á los Abencerrajes se hacía, que si quisie-

ran ellos levantar bandera contra el rey Chico, los ayudaran con sus personas y haciendas; porque en extremo eran amados de toda la ciudad, y tenidos en lugar de padres y amparadores de todos.

Este pregón lo oyó una hermana del rey Chico, llamada Moraina, la cual era mujer de Albín Hamete, Abencerraje; y llena de enojo por haberle muerto á su marido sin culpa, y de temor por haberle quedado dos niños, uno de cinco años y otro de tres, vestidos ambos de luto y ella también, fueron al Alhambra, y en su compañía cuatro caballeros Venegas, y entraron en la sala del rey para hablarle. Los guardas, conociendo á Moraina, la dejaron entrar en el aposento del rey, su hermano, al cual halló solo; y haciéndole medida, le dijo: «¿qué es esto, rey? Rey te digo, y no hermano, aunque es nombre de más piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra ti, como tú mismo dices, te llamo rey. Pues dime, ¿qué clima es ésta que nos sigue tan cruel? ¿Qué hado tan riguroso y sangriento es éste? ¿Qué estrella tan caliginosa y mortífera corre, predominando y causando tantas desventuras? ¿Qué cometa llena de fuego es ésta, que así abrasa y eclipsa el claro linaje de los Abencerrajes? ¿En qué te han ofendido, que así totalmente los quieres destruir? ¿No te ha mitigado haber degollado la mitad del linaje, sino que ahora mandes desterrar á los que han quedado? Y ya que así es, ¿qué razón hay para que los hijos inocentes de los padres se hayan de dar á criar fuera de la ciudad, y á las hijas casarlas fuera del reino? ¡Pregón duro! ¡Sentencia cruel! ¡Mandato acerbo! Dime, ¿de qué sirven estas tiranías, rey inclemente? Y yo, triste, desconsolada y viuda, hermana tuya por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, retrato de aquel caballero Albín Hamete, mandado por ti degollar sin culpa? ¿No bastó la muerte inocente de su inculpable padre, sino desterrar los huérfanos

hijos? ¿A quién los encomendaré fuera del reino que los críe? Si á ellos destierras, yo he de ir también, por ser su madre. ¡A tu sangre maltratas! Por Alah santo te ruego que te reportes; mira que estás mal aconsejado; no pase adelante tu crueldad injusta, que es en los reyes grande imperfección ser crueles, y más donde no hay culpa, sino interés y envidia.»

Con esto cesó la bella Moraina, no dejando de llorar, y dando dolorosos suspiros de lo más íntimo de su alma. Todo lo cual no fué bastante á ablandar el diamantino corazón del rey; antes, encendido en infernal cólera, los ojos encarnizados contra su hermana, la dijo: «di, Moraina infame, sin conocimiento de la real sangre, ¿tan poco valor en ti se encierra? ¿Eso me dices? Di, ¿no consideras la mancha que puso en mi honra tu desleal marido? Si tú tuvieras una gota de mi real sangre, sintieras mi agravio, y esa gota, dando el pecho á tus hijos, les fuera veneno mortífero; y si este efecto hiciera, diría que eras mi hermana; pero no creo que lo eres, pues no sientes lo que yo. Mejor hubieras hecho en haber quemado esas dos ramas infames, salidas de aquel aleve tronco, causador de mi afrenta; y pues tan poco miramiento has tenido, y no has hecho oficio de hermana, yo haré lo que tú no hiciste.» Y diciendo esto, asió al niño mayor, y alzándole en peso, le puso debajo del brazo izquierdo, y echando mano á la daga se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada madre; y dejando muerto al inocente niño, á pesar de su triste madre, tomó al otro, y le degolló, dejando segadas las manos á la sin ventura Moraina por quitarle á su tierno niño. Y habiéndolos muerto, dijo el sanguinolento rey: «acábese de raíz esta traidora casta de Albín Hamete.»

Vista la crueldad del tirano rey, la lastimada madre, bramando como leona, acometió á su hermano por quitarle la daga para matarle; pero el rey se defendió;

y visto que no podía defenderse della, porque le pedía sus hijos, con diabólica furia la dió dos puñaladas en el delicado pecho, de las cuales cayó muerta con sus hijos, y dijo el rey: «allá irás con tu marido, pues tanto le amas, que tan traidora eres como él;» y luego mandó que enterrasen aquellos cuerpos en la sepultura de los reyes, lo cual se hizo, admirándose de aquel acaecimiento. Los caballeros Venegas, sabiendo el caso atroz que el rey había cometido, salieron del Alhambra y se fueron á la ciudad, y contaron el caso á otros caballeros; y así se supo por toda Granada aquella gran crueldad del rey. Muchos determinaron de matarle, y más sabiendo la injusta prisión de la reina; mas vivía el rey con tal cuidado y guarda, que no tuvieron lugar de ejecutar su deseo; porque la puerta del Alhambra la guardaban mil caballeros, y de noche se cerraba bien, y por los muros y baluartes había puestas muchas postas y centinelas, guardando todas las entradas. La gente del rey Mulahacen guardaba lo que le tocaba, que era la plaza de los Aljibes, y la torre de la Campana, y las torres cercanas á ella, y sus baluartes y barbacanas. Finalmente, lo mejor de la Alhambra tenía Mulahacen: el rey Chico tenía la casa real antigua, y cuarto de los Leones y torres de Comares, y miradores del bosque á la parte del Darro y Albaicín. Aunque las guardas y gente de ambas partes estaban separadas y apartadas, y cada cual seguía la parte de su rey, jamás entre ellos había discordias por mandado de los reyes y ruegos de Muza. Y aunque había dos reyes, la gente más principal seguía al rey viejo, como eran Alabeces, Abencerrajes, Gazules, Almoradíes, Langetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el común ciudadano, respecto de estar bien con los caballeros Abencerrajes y sus valedores. Al rey Chico seguían Zegríes, Gomeles, Mazas, Alabeces, Bencerrajes, Almoradíes, Almohades y otros muchos linajes y caba-

llos de Granada, aunque después de la prisión de la reina se habían pasado al rey viejo los Almoradíes, Almohades y Venegas.

Estaba Granada divisa y llena de bandos y escándalos cada día, y más se acrecentaron cuando los caballeros Venegas dieron noticia de la crueldad que el rey Chico había usado con su hermana y con sus sobrinos; la cual fué de todo punto causa de que los Almoradíes, Almohades, Marines y otros muchos caballeros de gran valor le desampararon; de tal manera, que casi toda Granada estaba apercebida en su daño. Sólo tenía de su parte á los Zegríes, Gomeles y Mazas; y como estos tres linajes eran tan poderosos, le sustentaron en su estado hasta que se perdió, como adelante se dirá.

Volviendo á la muerte de los hijos de Moraina y de la suya, hubo en Granada grande sentimiento del doloroso caso. Todos decían que era el rey muy cruel, tirano, enemigo de su sangre, é indigno del reino y de la vida. Quien más sintió esta muerte fué el capitán Muza, hermano de Moraina, y firmó con juramento que había de ser vengada aquella traición antes de muchos días; y si Muza sintió el desafortado caso, cruel y grave, no menos lo sintió el rey Mulahacen, que al fin era su padre. Y después de haber hecho gran llanto por su amada hija y por los nietos tan queridos, con ferviente enojo se fué á armar, y se puso un fino jaco y un acerado casco, y sobre el jaco una aljuba de escarlata, y tomó una tablachina en el brazo izquierdo; y llamando á su alcaide, le dijo que muy presto juntase la gente de su guardia, que eran más de cuatrocientos caballeros. El alcaide los juntó, y les dijo que el rey Mulahacen los mandaba juntar; que estuviesen apercebidos para lo que les mandase. Ellos dijeron que allí estaban á su mandado. Y visto por el rey que los de su guardia estaban juntos y alistados, salió á la plaza de su pala-

cio, donde estaba toda la gente, y les dijo así: «valerosos vasallos y amigos míos, grande deshonra es que mi hijo me usurpe cetro y corona contra toda mi voluntad, y que siendo yo vivo haya otro rey; y bien sabéis cómo se hizo llamar rey por el favor y ayuda que le dieron los Zegríes, Gomeles y Mazas, diciendo que yo era viejo y sin provecho para la guerra y gobierno del reino; y por este engaño y color de ambición muchos caballeros le han seguido, y me han dejado contra toda razón. Que bien se sabe que ningún hijo puede ser heredero del reino, ni de hacienda, hasta la muerte de su padre; y así lo mandan expresamente las leyes, las cuales ha quebrantado mi hijo; me ha usurpado el reino, y procede mal en la gobernación; pues en lugar de conservar la paz y sosiego en que yo tenía el reino, es perturbador é inquietador de ella, y alborotador del pueblo; y en lugar de guardar á todos recta justicia, hace los mayores absurdos que en el mundo se pueden imaginar. Mirad cómo mandó degollar á los nobles Abencerrajes sin culpa suya, y cómo sin ella tiene presa á su mujer, imputándola de adúltera; y lo que más me lastima es que haya muerto á mis nietos y á mi hija. Pues si siendo vivo yo hace esto, ¿qué hará en viéndose solo? Bien podéis desamparar vuestra patria y tierra, y buscar la ajena. Ya no quiere Alah que tal tirano viva en el mundo, y así estoy dispuesto y determinado á la venganza de mi amada hija y de mis queridos nietos, dando muerte acerba á este enemigo de su sangre y reino; por tanto, amigos y leales vasallos, vuestra ayuda pido para tal venganza; que más vale perder un vil príncipe, que no se pierda por sus tiranías un reino como el de Granada. Seguidme todos luego, y mostrad vuestro valor acostumbrado.»

Diciendo esto, mandó á su alcaide que guardase muy bien la fortaleza, y se partió para la casa real donde estaba el rey Chico, su hijo, diciendo él y todos

los suyos: «*libertad, libertad; mueran los traidores tiranos y quien los sirve; no quede ninguno.*» Y con esta voz dieron tan de improviso en la guardia del rey Chico, que casi no la dieron lugar á tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla muy cruel y sangrienta, cayendo muchos muertos de ambas partes. ¿Quién viera al rey Mulahacen dar golpes con su cimitarra á un cabo y á otro, que no daba golpe que no derribase caballero muerto ó mal herido? Porque Mulahacen siempre fué hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande ánimo; y no era tan viejo que no pudiese pelear, pues aun no tenía sesenta años. Finalmente, andaba entre sus enemigos como león carnicero, y sus soldados hicieron lo mismo, matando á sus contrarios. Aunque eran doblados los del rey Chico, perdieron la plaza, y á su pesar se retiraron á la casa real, adonde era tanta la gritería y voces, que no se oían los unos á los otros, salvo la voz de la libertad. El rey Chico, que oyó el tropel y ruido, muy espantado y atemorizado salió á ver lo que era, y vió á su padre entre la gente de su guardia con un rigor extraño; sospechando lo que podía ser, entró á armarse, y salió afuera para que los suyos cobrasen ánimo con su vista. A esta sazón llegó muy mal herido el capitán de guardia, diciéndole: «señor, vé á favorecer tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu padre y los suyos.» El rey Chico salió dando voces, diciendo: «á ellos, amigos, á ellos, que aquí está vuestro rey; mueran todos.» Y diciendo esto, comenzó á herir en la gente del rey, su padre, con tanto ánimo, que puso en los suyos tal brío que hicieron retirar gran trecho á la gente de Mulahacen; lo cual visto por el viejo, dando voces, decía: «no os retiréis de esta vil y traidora canalla.» Con el ánimo que les daba cada rey á los suyos peleaban todos con mucho esfuerzo y valor; pero poco les aprovechó á los del rey Chico su ardimiento, porque eran más valero-

sos los del rey viejo; y perdida la esperanza de cobrar lo perdido, se retiraron hasta los mismos aposentos del rey Chico, y allí comenzaron á pelear los unos con los otros cruelmente; de suerte que todo el palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos.

En esta refriega se encontraron padre é hijo; y viendo el viejo el estrago tan grande que en su gente hacía su hijo, sin mirar el paternal amor que debía tenerle, acometió á él con una furia de hircana sierpe, diciendo: «aquí pagarás, aleve, la muerte de mi hija y nietos.» Y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela, con que le reparó, que se la hendió en dos partes, y el reyecillo fué herido en el brazo; y si no se reparara bien, allí acabara la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitaran tantos males como por su causa hubo. Pues como el rey Chico se vió herido y sin rodela, con indecible coraje, no respetando las canas de su padre, ni teniéndole aquella reverencia y obediencia que los buenos hijos deben tener á sus padres, alzó el brazo para herirle con el alfanje; mas no tuvo efecto su mal propósito, porque á la sazón acudieron muchos caballeros así de una parte como de otra, cada uno por favorecer á su rey. Aquí se aumentó la gritería y se renovó la civil y sangrienta batalla; de manera que era gran compasión ver la mortandad de aquella mal considerada gente. Tan sin piedad se mataban y herían, como si en ellos de antigüedad viniera algún mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, parientes contra parientes, sin guardar el decoro al parentesco y amistad, no más guiados que por pasión y afición de sus reyes, cada uno favoreciendo donde más afición tenía; y así con estos motivos, de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera batalla hecha entre dos enemigos ejércitos. Mas como la gente

y guardia del rey Chico eran más que los de Mulahacen, sacaban ventaja; lo cual conocido por un moro de la parte de Mulahacen, hombre de ardid y buen soldado, por salir con la victoria que pretendían, comenzó á decir en altas voces que todos lo oían: «*á ellos, á ellos, rey Mulahacen, que en tu socorro vienen los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrajes: mueran los traidores, pues de nuestra parte está la victoria.*»

Oída esta voz por el rey Chico y por los suyos, desmayaron de suerte que parecía verse en manos de la muerte, y, por evitar el notorio peligro que les amenazaba, determinaron desamparar la casa real, por no verse despedazados á manos de los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrajes; y con un esfuerzo muy crecido acometió al rey Chico con una tropa de ellos por no dejarle en poder de sus enemigos, y se salieron del real palacio, dejando á sus espaldas otra gran parte de caballeros que le defendían de sus contrarios. Los del rey Mulahacen los seguían con grande osadía, entendiendo que así era verdad, que tenían socorro. De manera que los unos retirándose y los otros siguiéndolos, unos defendiendo, otros ofendiendo, llegaron á las puertas del Alhambra, las cuales hallaron abiertas, porque las guardias las desampararon visto el alboroto, y bajaron á la ciudad á dar aviso á los Zegríes y Gomeles de lo que pasaba, y en la plaza Nueva hallaron algunos de ellos, y les dieron relación de todo lo que pasaba en el Alhambra. Y como supieron el caso, á gran priesa subieron á ella; pero llegaron tarde, porque ya estaba el rey fuera de las puertas y toda su gente, y éstas muy bien cerradas y puestas las guardias necesarias.

Los Zegríes, Gomeles, Mazas y otros caballeros de su parcialidad, como vieron al rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guardia destruída, muerta y herida, se escandalizaron y se llevaron al rey Chico al Alcazaba, antigua casa de los reyes, la cual

era muy fuerte, y tenía su alcaide y gente de guardia. En ésta se aposentó el rey, donde fué curado con gran diligencia, y con la guardia necesaria para su seguridad. Estaba con mucha pena porque había perdido el Alhambra, y con no menos saña procuraba la venganza de ella contra el rey Mulahacen, el cual estaba muy alegre por ver su Alhambra libre de sus enemigos; y por limpiarla de todo punto, mandó que á todos los cuerpos muertos de los contrarios los echasen por las murallas abajo, y á los de su bando les diesen honrosas sepulturas. En las torres pusieron banderas y estandartes, mostrando mucho contento y alegría, y tocando añafles y dulzainas. En toda la ciudad se supo cómo el rey Mulahacen quedaba señor del Alhambra, y había desbaratado y herido al rey Chico; con lo cual todos fueron muy regocijados, porque le aborrecían como á la muerte. Quien más celebró el contento fueron los Abencerrajes, Alabeces, Gazules, Venegas y Aldoradines, y fueron muchos dellos con el valiente Muza á darle el parabién de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo cual les agradeció el rey Mulahacen. Muza procuró paces entre su padre y su hermano, y no era posible, porque era tan grande el odio del rey viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que le pidió Muza, antes dijo que no había de tener contento hasta verle destruído. No quiso porfiar Muza á su padre, por conocer en él que tenía muy presente la muerte de Moraina, su hija.

Dejemos á Mulahacen en su Alhambra, y al rey Chico en su Alcazaba siguiendo sus intereses, y tratemos de los Almoradíes, Almohades y Marines, linajes muy poderosos y ricos, parientes de la reina Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el lector que estos caballeros Almoradíes y Almohades se salieron de palacio, amenazando al rey Chico por lo que hacía con su mujer, la reina. Pues así como salieron del real palacio,

todos se conjuraron contra el rey Chico para matarle, ó á lo menos privarle del reino, porque tan sin causa tenía presa á su mujer. Y asimismo se juntaron contra los Zegríes por el testimonio que habían levantado á la reina. Para conseguir mejor su fin, acordaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrajes y sus parciales, sabiendo que por esta vía tenían á toda Granada de su bando. Con esta resolución se fueron á casa de un hermano del rey Mulahacen, llamado Abdalí, y le hallaron en un aposento, solo y muy triste en ver que no podía remediar aquellas maldades y traiciones que se habían hecho contra los Abencerrajes, y prisión de la reina, y la muerte de Moraina y sus niños; y como entraron en su aposento aquellos caballeros Almoradíes, que eran doce y llevaban comisión de todos, se maravilló Abdalí y les preguntó qué buscaban. Los caballeros le dijeron que no se recelase, que más venían en su provecho que no en su daño, y le querían hablar despacio. Abdalí los mandó sentar en un estrado muy rico, á su usanza; y estando sentados, uno de los Almoradíes le dijo:

«Bien sabes, príncipe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles y sangrientas guerras, como aquellas tan memorables de Sila y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles caballeros; de todo lo cual es la causa tu sobrino el rey Chico, por admitir los malos consejos, pues sin culpa mandó degollar á los Abencerrajes, y por esta causa murieron muchos Zegríes, Mazas y Gomeles; y no contento con esto, mató á su hermana Moraina y á sus tiernos hijos: que estas cosas no son de rey, sino de un bárbaro, cruel y tirano, sediento de sangre humana, y derramador de ella. Ahora ha tenido una refriega y trabada pelea con su padre, que ya la sabrás, en la cual han muerto muchos caballeros, y al fin Mahoma fué de la parte de tu hermano; de suerte

que ya tu sobrino está desterrado del Alhambra, y se ha apoderado del Alcazaba con favor y calor de los Zegríes, Mazas y Gomeles; y nosotros los Almoradíes y Almohades le hemos quitado la obediencia, porque sin culpa tiene presa á su mujer la reina Sultana, dejando su honra puesta en manos de la fortuna: mira si no lo hemos de sentir, siendo tan cercana parienta nuestra, y más viendo cuán tiranamente procede él en la gobernación del reino, y las extorsiones que cada día nos hace á todos; y visto esto, nos hemos apartado de su obediencia junto con Marines, Abencerrajes, Gazules, Aldoradines, Venegas y todos los ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrajes y pase su valor adelante; y considerando que tu hermano es ya viejo, y cansado de las guerras que contra los cristianos ha tenido no puede gobernar como conviene, y que según su naturaleza vivirá poco, y ha de quedar por rey Abdalí, nuestro capital enemigo, el cual no hay duda sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia, por verse solo en el reino, todos hemos determinado que tú seas rey de Granada, pues tu valor lo merece, para que gobiernes el reino en la paz y quietud que todos deseamos, y seamos los caballeros tratados con amigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A esto sólo hemos venido los doce Almoradíes que ves, por comisión dada de todos los caballeros que os hemos referido. Danos respuesta luego, y de no querer admitir el reino lo daremos á Muza, que aunque es hijo de cristiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser príncipe del mundo.»

Con esto dió fin el Almoradí á sus razones, aguardando que Abdalí respondiese, el cual, parando un poco en el caso, les dijo: «mucho agradezco, señores caballeros, la voluntad y la oferta que me hacéis: la carga que un rey se echa sobre sus hombros es muy grande; las obligaciones son muchas y mis fuerzas son pocas; mi

hermano está vivo y con dos hijos; yo no hallo razón concluyente por donde pueda aceptar el favor que me prometéis; además de que cuando no mirase á las circunstancias dichas, será mover nuevas disensiones, guerras civiles y alboroto. Los más principales caballeros y toda la ciudad son de parte de mi hermano; no alborotemos más la tierra, pero sea desta manera: yo sé que mi hermano está mal con su hijo, y al fin de sus días no le dejará el reino, sino á mí ó á uno de mis hijos; hablémosle mañana, diciéndole que ya es viejo, que me dé la gobernación del estado, para que le alivie de tanta carga, y si me da este oficio, con facilidad se podrá hacer lo que me pedís, y al fin dirán que por consentimiento de mi hermano habrá sido.»

A todos les pareció muy bien lo que Abdalí respondió, y tuvieron por buen consejo aquel; y así quedó determinado que el siguiente día se tratase aquel caso con el rey Mulahacen; lo cual se trató con él, yendo para ello muchos caballeros Abencerrajes, Alabeces, Venegas y Gazules; y estando todos con el rey, un caballero de los Venegas le habló, diciendo: «noticia tenemos, rey Mulahacen, de todos nuestros pasados, de que los reyes de Granada han sido para con los vasallos benévolos y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo cual ahora es al contrario, pues tu hijo, en vez de hacer mercedes á sus súbditos, sin ocasión les quita las vidas. Ya sabrás lo que ha pasado estos días y el escándalo y alboroto de la ciudad por la muerte de los nobles Abencerrajes, de lo cual han redundado aquestas guerras civiles, muertes y desastrados fines entre los ciudadanos; y sé cierto que si no se pone remedio, en poco verás tu ciudad despoblada, porque todos irán á buscar la paz á las ajenas tierras, pues en la suya no la tienen: nadie se queja de ti, ni hay por qué; pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado; que

si ahora que eres viejo nos faltas, y por tu edad la muerte llama, y tu hijo queda por ley, será gran daño de todos; y así querríamos que pusieses un gobernador para que te aliviase la carga de la gobernación, y que en faltando tú, diesen el reino al gobernador, siendo cual conviene. Por tal elegimos á tu hermano Abdalí, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto gobernador; y puesta su enmienda, merecerá tener el reino. A esto sólo hemos venido, á darte cuenta de nuestra pretensión, lo cual te suplicamos nos otorgues, y en cambio de esta merced que te pedimos, si nos lo concedes, te damos palabra, á fe de caballeros hijosdalgo, de quererte servir y obedecer en todo y por todo mientras vivieres.»

Atento estuvo el rey Mulahacen á las palabras del caballero Venega; y reparando en que las leyes disponen que herede el hijo al padre, en particular siendo reino; y cuando se acordó de la gran desobediencia que su hijo había tenido con él, y los grandes daños que por su causa habían sucedido, y recelándose de otros mayores, acordó de dar contento á estos caballeros, viendo ser justa la petición, y que era en provecho de todos, y así dijo: «que era contento en que su hermano gobernase el reino junto con él; y después de muerto, su hijo Abdalí fuera rey, porque debía dársele el reino.» Los caballeros le dieron las gracias por la merced que les había concedido, y dieron á Abdalí el parabién de gobernador; y habiendo jurado de hacer lo que se debía en el oficio de la gobernación, y de guardar la lealtad debida á su hermano, al son de muchos instrumentos se le dió el cargo.

Con esto se despidieron del rey todos los caballeros, y acompañaron al gobernador hasta su casa; y luego aquel día mandó pregonar por toda la ciudad que cualquiera que recibiese algún agravio de otro, que fuese á su casa, y que él satisfaría á cada uno conforme

á derecho, guardando á todos justicia. Toda la ciudad se holgó mucho por la elección hecha, porque mediante esto iban quitando las fuerzas al rey Chico. Así se entendió apaciguar la ciudad, y fué echar leña al fuego y alquitrán á la pólvora; porque luego que el rey Chico llegó á saber lo que su padre había hecho, en lugar de enmendarse, hacía mil agravios y desafueros y cosas indecentes, todo confiado en los Zegríes, Gomeles y Mazas; y estos linajes se comunicaron acerca de lo que harían, pues había creado Mulahacen coadjutor para el gobierno. Resolviéronse en que siguiesen al rey Chico, y persiguiesen á los Abencerrajes, pues tenían poder para uno y otro, y que no desamparasen al rey hasta la muerte; y así le dijeron al rey que él solo lo sería, ó morirían en la demanda; y entendida por el rey Chico esta voluntad de sus valedores, les mandó que cualquiera persona noble ó plebeya que fuese de la parte del rey, su padre, ó del gobernador, se la llevara allí, y al momento fuera degollada; y si se defendiese por no ser presa, que la matasen al punto. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que hacían la parte del rey Mulahacen; y sabido por él y por Abdalí, gobernador, mandaron lo mismo á todos los de su parte. De aquesta suerte había más matanza cada día que en Roma en tiempo de las guerras civiles.

La ciudad se dividió en tres opiniones y partes: la una seguía á Mulahacen, y eran los Abencerrajes, Gazules, Alabeces, Aldoradines, Venegas, Azarques, Alarifes y la mayor parte del común, por el amor que á los Abencerrajes tenían. Al rey Chico seguían Zegríes, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrajes, Alabeces y otros caballeros. Al gobernador Abdalí seguían Almoradíes, Almohades, Marines y otros muchos caballeros, por ser estos dos linajes de los reyes de Granada. Desta suerte estaba la desventurada ciudad repartida, y cada día había mil escándalos y muertes. La gente ciudada-

na, mercaderes, oficiales, ni labradores no se atrevían á salir de sus casas. Los caballeros y gente principal no salían menos de veinte juntos, porque si les acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salían seis ó diez, luego los acometían, prendían y degollaban; y si se defendían, los mataban allí. Con estas violencias y crueldades había cada día llantos, tristeza y pesadumbres.

Había tres mezquitas en Granada, y á cada una acudía su bando. En lo llano de la ciudad había una, donde ahora es el Sagrario, á la cual acudían el rey Chico y sus apasionados. Otra había en el Albaicín, que ahora se llama San Salvador, y á ésta acudía el gobernador y su gente. En el Alhambra había otra, que ahora se dice Santa María, donde estaba Mulahacen y los de su bando. Cada uno conocía su distrito y jurisdicción. ¡Oh Granada! ¿Qué desventura fué ésta que vino sobre ti? ¿Qué se hizo tu nobleza? ¿Dónde está tu riqueza? ¿Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, justas y torneos, juegos de sortija, fiestas de San Juan, músicas adornadas y zambras? ¿Adónde están tus admirables juegos de cañas? ¿Qué se hicieron las vistosas libreas de los gallardos Abencerrajes, las delicadas invenciones de los Gazules, las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces, los costosos trajes de los Zegríes, Mazas y Gomeles? ¿Dónde está todo tu bien y contento? Paréceme que se ha convertido en lágrimas, tristezas, traiciones, muertes, lagos de sangre vertida con crueldad y tiranía. Muchos caballeros ciudadanos desamparaban la ciudad, temerosos de lo que veían. Otros caballeros se iban á sus cármenes y heredades, y de allí los traían á degollar, cosa no vista sino en Roma.

Muza estaba muy enojado viendo aquellas maldades que se hacían por momentos, y procuraba medios para quitar y atajar tal daño; y así él y un linaje de

caballeros llamados los Alfaquíes, y Sarracino, Reduan y Abenámar andaban de un rey en otro, suplicándoles que viniesen en concierto las enemistades; y como estos caballeros Alfaquíes eran muchos, muy ricos y de esclarecida sangre, y no estaban sujetos á ninguna parte apasionadamente, siempre á la obediencia del rey Mulahacen, cada uno de los otros dos bandos deseaba tenerlos por amigos; y así les quisieron dar gusto en dar asiento en aquellos bandos, viendo cada día se menoscababan los caballeros y moradores de la ciudad, así en muertes como en ausencias; y porque Muza había jurado que había de dar muerte á quien no dejase las comunidades, tanto hizo con ayuda de los Alfaquíes, Sarracino, Reduan y Abenámar, que vinieron á poner paces entre los caballeros de los bandos, prometiendo que no habría más crueldades ni muertes, sino que hasta la muerte de Mulahacen cada uno siguiese á su rey sin ser forzado, sino que á su gusto siguiesen al que quisiesen de los dos, y que cada rey conociese y determinase las causas de su jurisdicción, sin entrometerse el un rey con lo que al otro tocase.

El rey Chico pidió que los Abencerrajes cumpliesen el tenor de su sentencia, cumplidos los meses que les dió de término. Mulahacen decía que no habían de salir los Abencerrajes de Granada hasta que él fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos días, y era la causa que los Zegríes se lo pedían al rey Chico, y todos los demás caballeros contrarios lo defendían. Finalmente, quedó asentado que habían de salir del reino, pues que así lo pidieron los Abencerrajes al rey Mulahacen, porque querían ser cristianos y servir al rey D. Fernando, que si no fuera por esta causa jamás salieran de Granada, porque tenían de su parte al rey viejo y á los más principales caballeros y á todo el común de la ciudad. Mediante las diligencias dichas que-

dó la ciudad en paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este romance:

Muy revuelta anda Granada,
En armas y fuego ardiendo,
Y los ciudadanos della
Duras muertes padeciendo;
Por tres reyes que hay esquivos
Cada uno pretendiendo
El mando, cetro y corona
De Granada y su gobierno.

El uno es Mulahacen,
Que le viene de derecho;
El otro es un hijo suyo,
Que le quiere á su despecho;
El otro un gobernador
Que Mulahacen había puesto:
Almoradíes y Almohades
A éste le dan el cetro.

Al rey Chico los Zegríes,
Diciendo que es heredero;
Venegas y Abencerrajes
Se lo van contradiciendo.

Dicen que no ha de reinar
Ninguno, hasta que sea muerto
El viejo Mulahacen,
Pues es vivo, y tiene el reino.

Sobre estas guerras civiles
El reino van consumiendo,
Hasta que el valiente Muza
En ello puso remedio.

Al fin por Muza y los Alfaquíes, y por Reduan, Sarracino y Abenámar se apaciguaron las guerras, de suerte que con seguridad se podía andar por la ciudad. Así parece que será bien tratar de la determinación de los Abencerrajes, y fué que un día se salieron á pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines, y habiéndose consultado entre todos, acordaron de irse á volver cristianos y servir al rey D. Fernando en las guerras que tenía contra Granada; y así, para saber el gusto del rey D. Fernando, le avisaron del suyo por esta carta:

«A ti, invictísimo Fernando, rey de Castilla, ensalzador y observador de la fe de Jesucristo, salud, para que con ella defiendas y aumentes tus estados, y tu fe vaya adelante. Nosotros los caballeros Abencerrajes, Alabeces y Aldoradines, besamos tus reales manos, y decimos y hacemos saber que siendo informados de tu gran bondad, deseamos de irte á servir, pues por tu valor mereces que todos los hombres te sirvan; y asimismo queremos ser cristianos, y vivir y morir en la fe católica que tú y los tuyos profesáis y tenéis. Para esto queremos saber si es tu voluntad de admitirnos debajo de tu amparo, y que estemos en tu servicio; y haciéndolo así, te damos fe y palabra de servirte bien y lealmente, como fieles vasallos, en esta guerra que tienes contra Granada y su reinado; y te serviremos de suerte que prometemos darte á Granada en tus manos, y la mayor parte de su reino. En esto haremos dos cosas: la una, servirte á ti como á señor y rey nuestro, y por la otra trataremos de vengar la muerte de nuestros deudos, degollados tan sin razón por el rey Chico, á quien profesamos ya y reconocemos por odioso y mortal enemigo, y deseamos verle debajo de tu obediencia. y verte enseñoreado deste reino, como afirmamos que lo serás poniéndote á ello. Y con esto cesamos, besando tus reales pies.—
»*Los Abencerrajes.*»

Escrita esta carta, se la dieron á un cautivo cristiano, y con ella libertad, encargándole el secreto; y una noche salieron de Granada con él, y le acompañaron hasta ponerle en seguridad, y le enviaron en paz; el cual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera, donde estaba el rey D. Fernando; y en llegando á su real presencia hincó las rodillas en tierra, y habló, presentes todos los grandes, desta manera: «muy poderoso y católico rey, columna y defensor de la religión cristiana: sabrás, señor, que he estado seis años cautivo en

Granada, donde he padecido muchos trabajos, aunque me los alivió Dios Nuestro Señor por las limosnas que un caballero Abencerraje me ha hecho, por el cual y la voluntad de Dios soy vivo y libre. Este caballero fué una noche á la mazmorra donde yo estaba, y me trajo á su casa, y me quitó las prisiones y vistióme este traje moro. Salimos aquella noche de Granada él y yo, y otros dos caballeros, y me acompañaron hasta ponerme en tierra de cristianos; y dándome dineros para el camino me dieron esta carta, y me encargaron el secreto, y que la pusiese en tus reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu real presencia, y así cumplo con mi obligación y promesa.» Y en besándola se la dió al rey D. Fernando, el cual la tomó y leyó para sí, y la dió después á Hernando del Pulgar, su secretario, para que la leyese públicamente; y siendo leída, todos los grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos caballeros querían ser cristianos y servir al rey en las ocasiones de la guerra contra Granada, porque serían de mucha importancia para la conquista de aquel reino; y habiendo consultado el rey con los suyos, se acordó que respondiesen á la carta; y así que la escribió Hernando del Pulgar, se buscó mensajero conveniente para aquel secreto, y partió de Talavera; y llegando á la ciudad de Granada dió la carta al Abencerraje que dió libertad al cautivo, que se llamaba Alí Mahomat Barrax, el cual recibió la carta, y de secreto hizo juntar á todos los Abencerrajes, Aldoradines y Alabeces, y siendo juntos abrió la carta, que decía así:

«Abencerrajes nobles, famosos Aldoradines y fuertes Alabeces, recibimos vuestra carta, con la cual se alegró toda nuestra corte, entendiendo que de vuestra venida no puede resultar cosa dañosa, sino mucha virtud, porque sois de calificada sangre; y en particular nos hemos alegrado y dado infinitas gracias á Nuestro Redentor Jesucristo, porque os ha traído al

»conocimiento de nuestra santa fe católica, en la cual
»seréis del todo mejorados por la virtud della. Decís
»que nos serviréis en las guerras que tenemos contra
»infielos de nuestra religión: por ello os prometo dobla-
»dos sueldos, y esta nuestra real casa tendréis por vues-
»tra, porque entendemos que vuestro proceder lo mere-
»ce. De Talavera, donde al presente quedamos.—*El rey*
»*D. Fernando.*»

Grande fué el contento que recibieron todos los caballeros circunstantes, sabiendo la atención y merced que el rey D. Fernando se ofrecía á hacerles, y así acordaron de salir de Granada; y para hacer mejor su negocio, determinaron que luego fuesen los Abencerrajes á servir á D. Fernando, y que los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas quedasen en Granada, dando orden á fin de que se le diese la ciudad y el reino; para lo cual los Alabeces escribieron á sesenta y seis alcaides, parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el reino en el río de Almería y Almanzor y sierra de Filabres, haciéndoles saber lo que tenían acordado, y lo que le escribieron al rey D. Fernando, y lo que les fué respondido. Todos los alcaides estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradijese, considerando las pesadumbres de Granada, y que en ella había tres reyes, y que cada uno quería mandar, de donde no podía resultar bien ninguno. También escribieron los Almoradíes, Venegas y Gazules á parientes suyos, que eran alcaides en el reino, todos guardando el secreto y alistados para cuando fuese tiempo. Los Abencerrajes se despidieron de sus amigos y de toda la ciudad, y salieron della á medio día, llevando todo el oro, plata y joyas que tenían. ¿Quién podrá contar la lástima y el dolor con que todos los de la ciudad quedaron, viendo salir desterrados sin culpa á más de cien Abencerrajes? De antes lloraban á los degollados, ahora lloran á los que desamparan la ciudad; maldecían

al rey Chico, y que no se lograra en el reino, maldiciendo á los Zegríes, causadores de tantas sediciones, muertes y destierros. Sólo se alegraron de la ausencia y destierro de los Abencerrajes los Zegríes, Mazas y Gomeles, y celebraban su contento con el rey Chico, al cual decían mil lisonjas halagüeñas, dándole las gracias por lo que había hecho por darles gusto; y no faltó entre ellos quien dijo: «¿qué es esto, Abdalí? ¿Así dejas salir á la flor de los caballeros de Granada? ¿No sabes que todo el común, y lo más granado de la ciudad, estaba pendiente de la voluntad destes nobles caballeros? No entiendas que á solos ellos pierdes, sino á otros muchos caballeros de prosapia, nobles y principales, guardadores y defensores de tu reino. Pues yo te certifico que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos antes de mucho tiempo.» Bien conocía el rey ser notable el agravio que había hecho y hacía á los Abencerrajes; pero teníanle tapados los oídos las sirenas de los Zegríes, y no le despertaron los gritos, llantos, alaridos y voces que todos los de la ciudad daban por la ausencia y destierro deste virtuoso linaje.

Así salieron de Granada los Abencerrajes con gran dolor, por ver el sentimiento que aquella ciudad hacía de su ida. Salieron con ellos muchos ciudadanos, diciendo que adonde iban los Abencerrajes habían de ir ellos. Quedó la ciudad tan sola, ausentes estos caballeros, que se parecía muy bien su falta. Echaban menos los caballeros la noble y hermosa compañía, los galanes el dechado de sus galas, los cautivos pobres su remedio, los huérfanos y viudas su amparo. Idos los Abencerrajes, tomó el rey posesión de todos sus bienes, y los mandaba pregonar por traidores, á lo que no dió lugar Muza ni otros caballeros, so pena de volver á la guerra pasada. Y cesando en el rey este propósito, cesó el de los caballeros amigos de los Abencerrajes. Dieron avi-

so al rey Mulahacen cómo habían salido los Abencerrajes á cumplir su destierro, lo cual sintió mucho, y dijo que él los volvería á Granada á pesar de su hijo y de sus consejeros.

Los Abencerrajes fueron adonde el rey D. Fernando estaba, y en su compañía iban Sarracino y Galiana, Reduan y Haja, Abenámar y Fátima, Zulema y Daraja: todos con muy firme propósito de recibir el bautismo, como lo hicieron. Y llegados á la real presencia del rey D. Fernando, fueron dél y de su corte muy bien recibidos, y á otro día fueron bautizados, siendo el rey padrino y la reina madrina, y los casaron según orden de nuestra santa madre Iglesia á los que eran casados cuando moros: á todas las cuales ceremonias asistió el rey y la reina y todos los grandes, honrándolos; y fueron hechas fiestas y regocijos por todos, y pasadas les fueron asentadas plazas de muy ventajosos sueldos. A las nuevamente bautizadas hizo la reina doña Isabel damas de su estrado. Los caballeros fueron sentados en compañía de D. Juan Chacón, señor de Cartagena, y capitán de caballos. Hizo teniente á un caballero Abencerraje, llamado cuando moro Alí Mahomad Barrax, y cristiano, D. Pedro Barrax; Sarracino, Reduan y Abenámar fueron tenientes de capitanes de caballos, como lo fué de D. Manuel Ponce de León, Sarracino; de don Alonso de Aguilar, Abenámar; de D. Pedro Portocarreiro, Reduan. En las cuales compañías servían con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dejaremos por acabar el pleito de la reina Sultana.

Habiendo pasado treinta días más de los que había el rey concedido á la reina Sultana para que diese quien la defendiera, como no había dado caballeros, mandó el rey que la sentenciasen á quemar, porque así lo disponía la ley. A lo que contradijo el valiente Muza, diciendo: «que no había podido la reina nombrar caballeros,

respecto de las guerras civiles y diferencias que había habido en Granada, y así no se debía ejecutar la sentencia.» A Muza ayudaron todos los principales caballeros de Granada, salvo Zegríes, Gomeles y Mazas, por ser de su bando. Los Zegríes tuvieron con Muza muchas proposiciones y respuestas de si se había de ejecutar ó no la sentencia; y vista por el rey la disputa, dió quince días más de término á la reina, para que en el espacio dellos señalase caballeros defensores; lo cual fué á mostrar Muza á la reina, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando, halló la Sultana triste por ver su plazo ya cumplido, y por la ausencia de Galiana, aunque tenía consuelo con Celima. Y sentándose Muza junto á la reina, la contó todo lo que había pasado, y cómo la habían dado quince días más de término para que nombrase quien la defendiese; que mirase á quién había de señalar, y lo dijese con tiempo, antes que se pasase el término.

Sus bellas mejillas regadas con la inundación que por los hermosos ojos brotaba, dijo la reina: «nunca entendí que durara la terrible obstinación en el cruel rey, tu hermano y mi marido, y que tuviera ya entera satisfacción de mi lealtad é inocencia; y respecto de esto no he hecho ninguna diligencia en este caso, por saber de cierto que no he cometido el crimen de que me hace cargo, y por las revueltas y sediciones, bandos y guerras que ha habido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfacción de mi honra y castigo ejemplar á los falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos caballeros cristianos, porque de moros no quiero confiar un caso de tanta importancia; no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dejar tan fea mancha en el honor que con tanta integridad he guardado siempre.» Con estas palabras la reina aumentaba más su dolorosa pasión y llanto; y era tanto

en abundancia, que enternecido el valeroso Muza, se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzándose dijo á la reina: «no derrames esas perlas, bella Sultana; cesen vuestros llantos, que aquí me tenéis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no moriréis aunque sea homicida del rey, mi hermano.» Con esto se consoló un poco, y se resolvió de escribir á tierra de cristianos para que viniesen á defenderla algunos caballeros. Celima estaba muy triste por la ausencia de su hermana Galiana, y despidiéndose de la reina, se fué y la dejó sola en su retrete; la cual, formando querellas de la variable fortuna, se quejaba diciendo:

¡Fortuna, que en lo excelso de tu rueda
 Con ilustrada pompa me pusiste!
 ¿Por qué de tanta gloria me abatiste?
 Estable te estuvieras, firme y queda,
 Y no abatirme así tan al profundo,
 Adonde fundo
 Dos mil querellas
 A las estrellas,
 Porque en mi daño
 Un mal tamaño
 Con influencia ardiente premio vieron,
 Y en penas muy extrañas me pusieron.
 ¡Oh mil veces bien afortunados
 Vosotros, Bencerrajes, que muriendo
 Salisteis de trabajos feneciendo
 Los males que os estaban conjurados,
 Y os puso en libertad gloriosa suerte,
 Aunque era fuerte!
 Mas yo, cuitada,
 Aprisionada,
 Con llanto esquivo,
 Muriendo vivo;
 Y no sé el fin que habrá mi triste vida,
 Ni á tantos males cómo habrá salida.
 Naufragios tristes pasa mi ventura;
 En lágrimas se anega mi contento;
 Secóse ya mi flor; llevóse el viento
 Mi bien, dejándome en gran desventura.
 ¿Adónde está lo excelso de mi pompa?

Bien es que rompa
Con llanto eterno
El duro infierno,
Y favor pida
Como afligida,
Diciendo que ya el suelo no me quiere;
Que se abra, y que me trague, si quisiere.

Si el vulgo no dijera que mi honra
De todo punto estaba ya manchada,
Yo diera con aguda y dura espada
El postrimero fin á mi deshonra;
Mas si me doy la muerte, dirá luego
El vulgo ciego
Que había gran culpa,
Y no disculpa;
Pues con mi mano
Tomé temprano
La muerte aborrecida y fuerte;
Y así no sé si viva, ó me dé muerte.

Si del horrendo lazo el negro sino
De cárdeno color no se estampase,
De suerte que en el cuello declarase
La causa de furor tan repentino,
Yo diera el tierno cuello al lazo estrecho,
Y muy de hecho,
La ira temo
En grande extremo;
Que de otra suerte,
Aquella muerte
Ya fuera por mi mal bien escogida,
Si muriendo quedara yo sin vida.

Dichosa tú, Cleopatra, que tuviste
Quien del florido campo te trajera
La causa de tu fin, sin que supiera
Ninguno por cuál modo feneciste:
Apenas se hallaron las señales,
Ya funerales,
Del ponzoñoso
Aspid piadoso,
Que con dulzura
En la blancura
De tu hermoso brazo fué obrando
Con venenoso diente, tierno y blando.

Y si de cautiverio y servidumbre,
Ilustre reina, fuiste libertada,

Y á la soberbia Roma no llevada
 En triunfo como era de costumbre;
 Yo, cuitada, que muero sin remedio,
 Por no haber medio,
 Cual tú le hubiste,
 Gran mal me embiste;
 Y mi enemigo
 Hará conmigo
 Un triunfo desigual á mi limpieza,
 Pues se le entrega al fuego mi nobleza.
 Mas aunque falte el áspid á mi medio,
 Yo romperé mis venas, y la sangre
 Haré que en abundancia se desangre,
 De suerte que el morir me sea remedio;
 Y así el Zegrí sangriento que levanta
 Con furia tanta
 El mal horrible,
 Y tan terrible
 En daño mío,
 En Dios confío
 Que no triunfe de mí en aqueste hecho,
 Pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras lastimosas cosas decía la afligida Sultana, con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este género de muerte, llamó á Celima y á una doncella cristiana, llamada Esperanza de Hita, que la servía, la cual era natural de la villa de Mula, y llevándola su padre y cuatro hermanos á Lorca á desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Jaquena, y defendiéndose los cristianos, mataron más de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los caballeros. La doncella fué cautiva y presentada al rey, y él la dió á la reina por ser hermosa y discreta. Venidas Celima y Esperanza al llamado de la reina, le dijo: «Celima bella, discreta Esperanza, aunque tu buen nombre no me la da en mi pena, ya sabes la injusta prisión mía, y cómo se ha pasado el término en que había de dar caballeros que me defendieran; aunque respecto de estas guerras que ha habido, me ha dado el

rey quince días de término más, cuando entendí que estaba arrepentido en su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quién encargue este negocio. Sabed que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriéndome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traidores Zegríes y Gomeles no me vean morir: sólo una cosa os ruego por ser lo último y postrero, y es que al punto que acabe de expirar (tú, Celima, sabes dónde entierran los cuerpos reales) abráis los antiguos sepulcros, y allí pongáis mi cuerpo, aunque desdichado; y tornando á poner las losas como de antes estaban, me dejéis, guardando el secreto, el cual encargo á las dos; y á ti, Esperanza, te dejo libre, que eres mía: tomarás mis joyas para tu casamiento, y cástate con quien te estime, y escarmentad con esta desdichada reina. Lo que os he rogado os vuelvo á pedir de nuevo, y no me faltéis en nada, porque con eso moriré contenta.»

Y no cesando de llorar, tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose la manga de la camisa se iba á herir; mas Esperanza de Hita la tuvo el brazo llorando amargamente, y con amorosas y blandas palabras la consoló con las razones siguientes:

«Hermosísima Sultana, no te aflijas,
Ni á las lágrimas des tus lindos ojos,
Y pon en Dios inmenso tu esperanza,
Y en su bendita Madre, y de esta suerte
Saldrás con vida, junto con victoria,
Y á tu enemigo acerbo en este instante
Verás atropellado duramente.

Y para que esto venga en cumplimiento,
Y en tu favor respire el alto cielo,
Pon toda tu esperanza con fe viva
En la que por misterio muy divino
Fué Madre del que hizo cielo y tierra;
El cual es Dios inmenso y poderoso,
Y por misterio alto y sacrosanto

En ella fué encarnado, sin romperse
 Aquella intacta y virgen carne santa.

Quedó la infanta virgen y doncella
 Antes del sacro parto, y en el parto,
 Y también después de él, virgen muy pura.
 Nació de ella hecho hombre, por reparo
 De aquel pecado acerbo, que el primero
 Padre que tuvimos cometiera;
 Nació de aquella Virgen, como digo;
 Después en una cruz pagó la ofrenda
 Que al más inmenso padre se debía;
 Allí en todo rigor la fué ganando,
 Por darle al pecador eterna gloria.

En esta Virgen, pues, reina y señora,
 Ahora te encomienda en este trance,
 Y tenla desde hoy por abogada,
 Y tórnate cristiana; y te prometo
 Que si con devoción tú la llamas,
 Que en limpio sacaría esta tu causa.»

La reina estuvo á todo muy atenta,
 Y llena de consuelo halló su alma
 Con las palabras dulces y discretas
 Que la Esperanza dice, y consolada,
 Habiendo en su memoria ya revuelto
 Aquel alto misterio de la Virgen;
 Teniendo ya impreso allá en su idea,
 Qué gran bien le sería ser cristiana,
 Poniendo en las reales y virgíneas
 Manos sus trabajos, tan inmensos;
 Y así, abrazando á su Esperanza, dijo:

«Han sido, mi Esperanza, tus razones
 Tan vivas y tan altas, que en un punto
 Con penetrante fuego han allegado
 A lo que muy más íntimo tenía
 Allá en mi corazón, y más secreto,
 Y con afecto grande se han impreso
 Tanto, que yo querría que ya fuese
 Llegado el feliz punto, tan dichoso,
 En que cristiana fuese; y te prometo
 Tener por abogada á la que Madre
 De Dios inmenso fué por gran misterio.

Y así lo creo yo, como tú dices,
 Y á ella me encomiendo ya, y ofrezco
 En sus benditas manos mis angustias
 Con esperanza viva de remedio:

La pongo desde hoy, y en Dios confío,
Por su bondad inmensa, que me saque
De tan terribles males á buen puerto.»

Atenta estuvo á todas estas cosas Celima; y enternecida en lágrimas viendo así llorar á la reina, y determinada de seguir los mismos motivos y de tornarse cristiana, con amorosas palabras dijo á la reina: «no imagines, hermosa Sultana, que aunque tú te vuelvas cristiana, yo dejaré de seguir tu compañía, para que de mí sea lo que de ti fuere: yo también quiero ser cristiana, porque entiendo que la fe de los cristianos es mucho mejor que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos en un mismo parecer, si se ofreciere, moriremos por Jesucristo. y conseguiremos vida eterna.» La reina escuchaba con el entrañable amor que decía aquellas palabras Celima, y echándola los brazos, la abrazó, y dijo á Esperanza: «ya que habemos acordado de ser cristianas, ¿qué haremos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Cristo, y ser bautizada con mi misma sangre.» A lo cual respondió Esperanza: «visto, señora, tu buen propósito, te daré buen consejo para que quedes libre desta falsedad que te levantan. Sabrás, reina y señora, que sirve al rey D. Fernando un caballero que se llama D. Juan Chacón, señor de Cartagena, el cual está casado con doña Luisa Fajardo, hija de D. Pedro Fajardo, adelantado y capitán general del reino de Murcia. Es muy valiente el D. Juan Chacón, y muy amigo de hacer bien á todos los que poco pueden. Escríbele, señora; que yo sé que si le pides su favor, que no te le negará, porque es muy piadoso, y luego buscará amigos que vengan con él á librarte; y entiendo que cuando ninguno le quiera acompañar, que él solo vendrá; porque te certifico que es de esfuerzo extremado, y dará fin á tanta desventura como tienes, y nos aliviará en nuestra gran

pena, causada de la tuya y de tu cruel prisión.—Pues tan buen consejo me diste, dijo la reina, para lo más importante, que no fué de menos que ganar un alma perdida, no dejaré de tomar tu consejo, que es para lo menos, por ser libertad del cuerpo, y al momento me pondré á escribir á este caballero;» y dándole recado escribió una carta á D. Juan Chacón, que decía así:

«La infeliz y desdichada Sultana, reina de Granada, del antiguo y claro Moraizel hija; á ti, D. Juan Chacón, señor de Cartagena, salud para que con ella, ayudado de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre, puedas darme el favor que mi gran necesidad te pide, en la cual muy grandemente estoy puesta por un testimonio que me han levantado unos traidores caballeros, que son Zegries y Gomeles, diciendo que violé con varón ajeno el aposento real de mi marido, y que delinquí con un noble caballero llamado Albín Hamete, Abencerraje; lo cual ha sido causa é instrumento para que los caballeros Abencerrajes fuesen degollados sin tener culpa; y no obstante esto, haber por ello en aquesta desdichada ciudad guerras civiles, de las cuales se han seguido muchas muertes de caballeros; y lo que más siento es que haya puesto dolo en mi honra, tan sin culpa, y que si en espacio de quince días no doy quien defienda mi honor, se ha de ejecutar en mí la sentencia, que es á morir quemada; y avisándome una cautiva cristiana de tu valor, esfuerzo, piedad, virtud y bondad, acordé de favorecerme de ti, pues eres padre de necesitados y vengador de agravios. Mi necesidad es grande. pues soy mujer sola, desconsolada y triste; mi agravio es el mayor que en el mundo se ha hecho, pues se han atrevido traidores á poner mácula en mí, y á levantarme tal testimonio; lo que jamás imaginé. Yo estoy afrentada, y en el peligro dicho: si no me socorréis, soy perdida. No me neguéis vuestro favor, pues encomiendo en vuestras manos mi honra; y si

por ser yo infiel no me queréis favorecer, consideraréis que no lo soy, sino que creo en Dios Todopoderoso, y en la Virgen Santa María, su Madre, en quien confío me alcanzaréis gloriosa victoria de mis enemigos, con la cual quedará libre mi honra, y se sabrá la verdad cierta; y confío que os doleréis desta desconsolada reina: no más, De Granada, etc.—*Sultana, reina de Granada.*»

Acabada de escribir la carta, se la leyó la reina á Celima y á Esperanza, de que se holgaron mucho viendo su buen parecer; y cerrada y sellada, y puesto el sobrescrito, enviaron á llamar á Muza; y venido, le rogó la reina y Celima que enviase con un mensajero fiel aquella carta, y Muza lo prometió así; y aquel día despachó con la carta un hombre de confianza; y llegando á la corte, dió la carta á D. Juan Chacón, y leído respondió á la reina Sultana, consolándola con palabras muy eficaces en una carta del tenor siguiente:

«A ti, Sultana, reina de Granada, salud para que yo pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces en querer servirme deste tu humilde siervo para un negocio tan arduo y de tanta gravedad. Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte á quien pudieras mandar lo que á mí; y pues lo mandas, obedezco, y acepto lo que me pides, confiando en Dios y en su bendita Madre, y en tu inocencia; y así digo que el último día del plazo partiremos á servirme yo y tres caballeros amigos, y no habrá falta: encomiéndate á Dios, el cual te guarde y defienda. De Talavera, etcétera.—*D. Juan Chacón.*»

La carta escrita la cerró y selló con su sello, lazos, flor de lis, blasón de sus antepasados, y dándola al mensajero, le envió; y llegado á Granada le dió la carta á Muza, y él la llevó á la reina; y habiéndola hablado, y á Celima su señora, se despidió, y en saliendo Muza, abrió la reina la carta y la leyó, presentes Celima y Es-

peranza de Hita, quedando con mucho contento y consuelo, y aguardando el día de la batalla.

A esta coyuntura se sabía por toda Granada cómo los caballeros Abencerrajes se habían vuelto cristianos, y Abenámar, Sarracino y Reduan, de que no poco temor tuvo el rey Chico, y los mandó pregonar por traidores, insistido de los Zegríes y Gomeles. A lo cual no quisieron resistir ni contradecir los linajes de los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Venegas y todos los de su parte, por no mover nuevos escándalos; y también porque tenían esperanza que presto volverían á tomar posesión en todos los bienes de que se había entregado el reyecillo, y porque no les correspondía aquel pregón, por ser ya cristianos, y porque era notoria la pasión y odio que tenía á estos virtuosos y nobles caballeros Abencerrajes: en donde los dejaremos por hablar de D. Juan Chacón, el cual, habiendo despachado el mensajero de la reina, se puso á considerar á qué caballeros hablaría para llevar á la defensa de la reina que fuesen de confianza para la satisfacción de aquel caso; y por otra vía se determinaba á emprender aquel hecho él solo; y sin duda saliera con su intención, por ser de corazón animoso y valiente por extremo. Tenía grandísima fuerza, y tanta, que de una cuchillada cortaba todo el pescuezo á un toro.

Sucedió, pues, que no apartando de su memoria el cuidado de la reina y la palabra dada, un día se juntó con otros caballeros muy principales y muy estimados: el uno era D. Manuel Ponce de León, duque de Arcos, descendiente de los reyes de Jérica, y señores de la casa de Villagracia, salidos de la real casa de los reyes de Francia, y á quienes, por señalados hechos que hicieron, les dieron los reyes de Aragón por armas las barras de Aragón, rojas, de color de sangre en campo de oro, y al lado dellas un león rapante en campo blanco; armas muy acostumbradas del famoso Héctor troyano,

antecesor suyo, como dicen las crónicas francesas. El otro caballero era D. Alonso de Aguilar, gran soldado, belicoso y de muchas fuerzas y de animoso corazón, amigo de batallar con los moros; y de tanta perseverancia que tuvo en esto, vino luego á morir á manos de los moros, mostrando el valor de su persona, como adelante se dirá. El tercero era D. Diego de Córdoba, varón de gran fortaleza, amiguísimo del militar ejercicio; y tanto, que decía que estimaba más á un buen soldado que á todo su estado, y que merecía comer con el rey, y decir que era tan bueno como él.

Finalmente, el alcaide de los Donceles, D. Manuel Ponce de León, D. Alonso de Aguilar y D. Juan Chacón estaban en conversación tratando del reino de Granada, y de la muerte de los Abencerrajes tan sin culpa, y de la injusta prisión de la reina Sultana, y en el estado que la tenía su marido el rey Chico, porque de todo habían informado los caballeros nuevamente convertidos. Y tratando del miserable estado en que la reina estaba por un testimonio, dijo D. Manuel Ponce: «si fuera lícito, de buena gana fuera yo el primero en defender á la necesitada reina.—Yo el segundo, dijo don Alonso de Aguilar, porque estoy condolido de su desgraciada suerte, y al fin es agravio feo en mujer noble.—El alcaide de los Donceles dijo: pues yo fuera el tercero, porque considero la aflicción en que estará puesta; y aunque es mora, debemos los caballeros deshacer agravios hechos á personas de tal calidad, y nunca los cristianos perdemos la buena obra que hacemos.—Sepamos, señores, dijo D. Juan Chacón, qué cosa incierta halláis para que la reina no sea favorecida en este caso.—Dos cosas lo impiden, dijo D. Manuel: la una, ser mora Sultana, aunque no hago mucho reparo en esto; la otra, porque no podemos ir sin licencia del rey nuestro señor.—Dijo el alcaide de los Donceles: eso es lo menos, porque sin ella podemos ir de secreto.—Pre-

gunto, dijo D. Juan Chacón: si la reina Sultana escribiera á uno de los que estamos aquí pidiendo favor y ayuda en una necesidad como la que tiene, y que quiere ser cristiana aunque aventure la vida, ¿dejaría de ir á la batalla? Respondieron todos que mil vidas que cada uno tuviera las emplearía en un caso tan honroso.»

Muy alegre con la respuesta, metió la mano en el pecho D. Juan Chacón, y sacó la carta diciendo: «por ésa veréis cómo me hace cargo la reina de la satisfacción de su honor, y me pesa de que en particular me señale, habiendo en esta corte tanta flor de caballeros. Avisé de ir con otros tres caballeros, si los hallo, y si no, iré solo á tener batalla con los cuatro moros, que yo confío en Dios y en la inocencia de la reina que alcanzaré victoria; y si la fortuna me fuere adversa y muriere en la batalla, yo la tendré por dichosa muerte.» Habiendo leído la carta de la Sultana los tres caballeros, y viendo cómo decía en ella que quería ser cristiana, y de la deliberada determinación del señor de Cartagena, dijeron que ellos le acompañarían en aquella ocasión; y así ordenaron de partirse sin licencia del rey y sin dar cuenta á nadie. El andaluz, astuto guerrero, alcaide de los Donceles, dijo que sería bien que fuesen en traje turquesco, porque en Granada no fuesen conocidos de algunas personas, especialmente de los cautivos. Todos dijeron que era acertado aquel parecer; y así aderezaron ricas libreas á lo turco, y previniéndose de armas y caballos y de todo lo necesario para su viaje, partieron de Talavera, sin escuderos, por ir más encubiertos; dejaron dicho en sus posadas que iban á montería.

En todo el camino no entraron en poblado: en campaña dormían, y en las ventas compraban su menester; y así llegaron á la Vega dos días antes que se cumpliera el plazo, y entraron en el Soto de Roma, donde

con quietud descansaron todo un día, y estuvieron la noche á orillas del fresco Genil, y la mayor parte della trataron del orden que habían de tener para conseguir el efecto de aquella batalla. Venida la mañana, alegres se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre las fuertes armas las vestiduras turquescas; y subiendo en sus caballos salieron á lo raso de la Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, y alegrándoles su muy hermosa vista y la diversidad de riberas, huertas, cármenes y jardines, que les parecía un paraíso terrenal. Y no se admire el lector del encarecimiento, porque puede creer que no hay maceta de claveles, ni de albahaca regalada ni cultivada en casa de los señores, como los moros tenían cada palmo de tierra, aun en los cerros, como hoy día aparecen muchas ruinas, y así les producía la tierra que era maravilla; y puede considerarse su mucha fertilidad, porque un año antes que se ganara Granada, sustentaba ciento ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños y mujeres.

Yendo, pues, los famosos caballeros á Granada, atravesando por la Vega, dieron en el camino de Loja, por el cual vieron venir muy aprisa á un caballero moro, que parecía ser de valor por su buen talle y librea. Era la marlota de damasco verde con muchos tejidos de oro, y plumas verdes, blancas y azules. En medio de la adarga blanca estaba pintada un ave fénix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra en círculo que decía: *segundo no se halla*. El caballo era bayo, cabos negros, y en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde y rojo. Parecía tan bien el moro, que dió grandísimo contento su vista á los caballeros, y le aguardaron á que llegase, y en llegando les saludó en arábigo, y el alcaide de los Donceles le respondió en el mismo lenguaje. El moro detuvo su prisa, y mirando la buena postura y talle de los cuatro caballeros, les dijo así: «aunque la prisa que

llevo es grande, y la gravedad de mi cuidado no requiere dilación, el deseo de saber, si gustáis decir quiénes sois, me obliga á detener las riendas, porque caballeros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver semejantes galas sino es en caballeros ó embajadores que vienen de la parte del mar Líbico á tratar algo con el rey de Granada, aunque es verdad que no traen el apercebimiento de armas que parece tenéis debajo de las marlotas, ni caballos tan ligeros de guerra; y si gustáis de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía; y no me neguéis quiénes sois, por lo que debéis á la ley de caballeros.»

D. Juan Chacón le respondió en turquesco que eran de Constantinopla. Pero el deseoso moro no le entendió, y así dijo: «no entiendo esa lengua; hablad en arábigo, pues sabéis.» Entonces respondió el alcaide de los Donceles en algarabía: «nosotros somos de Constantinopla, de nación genízaros, y tenemos sueldo del gran señor cuatrocientos de nosotros que estamos de guarnición en Mostagán; y como tenemos noticia de que en estas fronteras hay muchos cristianos de admirables fuerzas, venimos con intención de probar las nuestras con las suyas, aunque nos han certificado de que recibís notables daños cada día dellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta vega, que es la mejor que hay en el mundo, á nuestro parecer; y entendiendo de hallar algunos cristianos para escaramucear con ellos, no hemos topado ninguno; y así vamos á ver la nombrada y gran ciudad de Granada, y besaremos las manos al rey, y luego nos volveremos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la vuelta de Mostagán; esta es la verdad de lo que habéis preguntado. Y pues ya habéis satisfecho vuestro gusto, nos le daréis en decirnos quién sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que el que vos manifestasteis tener de saberlo de nosotros.—A mí me place, dijo el moro,

de daros cuenta de lo que me pedís; pero caminemos, y en el camino os daré larga cuenta de lo que deseáis saber.»

«Vamos, dijo D. Alonso de Aguilar»; y diciendo esto caminaron muy aprisa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: «sabed, señores caballeros, que a mí me llaman Mahomad Gazul, que soy natural de Granada, y vengo de Sanlúcar porque allí está la prenda más querida y más amada que tengo en esta vida; mi hermosa dama, llamada Lindaraja, del linaje de los nobles caballeros Abencerrajes. Ausentóse de Granada respecto á que el rey della mandó que saliesen desterrados los Abencerrajes, sin culpa, habiendo ya degollado á treinta y seis caballeros dellos, que eran la flor de todo el reino. Esta fué la causa que movió á mi señora á salir de Granada, y se fué á Sanlúcar en casa de un tío suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi señora vivía contento, y ahora no lo estoy. Supe en Sanlúcar cómo los Abencerrajes se habían tornado cristianos, y servían al rey D. Fernando, y que en Granada había grandes alborotos y guerras civiles, y la reina Sultana estaba presa en juicio de batalla; y como soy de su parte y todos los de mi linaje, vengo para ser uno de los cuatro caballeros que han de defender á la reina, siendo hoy el postrero día del plazo; y por tanto, demos prisa, porque no llegue yo tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad.—Por cierto, señor caballero, dijo D. Manuel Ponce, que nos habéis admirado, y á fe de caballero que me holgaría que la señora reina quisiese que nosotros cuatro fuésemos señalados para su defensa, que por su alteza hiciéramos todo lo posible hasta perder las vidas.—Pluguiese al santo Alah que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitución de su honra la reina, que bien entiendo que estaba segura la victoria; y tengo de hacer las diligencias posibles

para que os señalen, aunque he oído que no quiere encomendar la reina su causa á moros, sino á cristianos.— Cuando eso sea, dijo D. Manuel Ponce, no somos moros, sino turcos, de nación genízaros, hijos de cristianos.— No decís mal, respondió Gazul, que por esta vía sería posible que la reina os escogiese para su defensa.— Dejando esto aparte, dijo D. Juan Chacón: señor Gazul, ¿qué caballeros cristianos son los de más fama, y que más daño hacen en este reino?» Respondió Gazul: «los que nos corren la Vega muy á menudo, y á quien temen los fronterizos desta comarca, son D. Manuel Ponce de León, y á D. Alonso de Aguilar, y á Gonzalo Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, y á Portocarrero, y á D. Juan Chacón, y al gran maestro. Estos caballeros son asombro desta tierra, y sin aquestos hay otros muchos caballeros en la corte del rey D. Fernando que nos destruyen por momentos.— Mucho nos holgáramos de vernos con esos caballeros, dijo D. Alonso de Aguilar.— Pues á ley de moro hijo-dalgo, respondió Gazul, que habíais de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho que os pongan espanto.— Mucho nos alegraremos de oírlas, por tener que contar en nuestra tierra», dijo D. Manuel; y caminaron aprisa. Dejarémoslos hasta su tiempo, por tratar lo que pasaba en la ciudad de Granada á esta sazón.

CAPÍTULO XV

En que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fué libre, y de otras cosas más.

Con grande tristeza estaba la noble ciudadana gente de Granada, porque se había cumplido el término á la reina Sultana; y sentían más la pena, porque no había señalado quien hiciese la batalla contra los acusadores; y así muchos caballeros fueron á suplicar al rey que la volviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia en que, en los términos que se le habían dado, no había señalado caballeros que volviesen por ella, y que no diese crédito á los Zegries; pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertinaz, inducido de los falsos acusadores Zegríes para que su mentira fuese adelante; y así daba por respuesta, que de no dar defensores aquel día, que al siguiente se ejecutaría la sentencia de la reina; y mandó que se hiciese en la plaza de Vivarambla un teatro, donde estuviese la reina y los jueces que habían de determinar su causa; los cuales fueron Muza y un Azarque y otro Almoradí, y deseaban buen suceso en aquel caso, y tenían presupuesto de hacer por la reina todo lo que pudieran. El tablado fué todo enlutado, y los jueces subieron al Alhambra para traer á la reina á la plaza, al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos caballeros, para venir acompañando á la reina.

Los Almoradíes, Almohades, Aldoradines, Gazules, Venegas, Alabeces y Marines querían quitar á la reina,

y darle de puñaladas al rey y quemarle la casa; pero fueron aconsejados que no hiciesen tal; porque aunque salvarsen la vida á la reina, su honra quedaba manchada y oscurecida, y era argumento de verificación; porque, diría el vulgo loco, que porque estaba culpada, y saber de cierto que la habían de condenar á muerte, no consintieron que se hiciese batalla, y era en favor de los acusadores haciendo su mentira verdad. Fué muy eficaz esta razón para que desistiesen de su propósito confiando en que la bondad y sencillez de la reina la habían de librar. Pues entrando los jueces en el Alhambra no los dejaba pasar adelante el rey Mulahacen, diciendo que no habían de llevar á la reina para ponerla en acusación. Muza y los demás caballeros le dijeron que era conveniente al honor de la reina poner su causa en juicio, porque por aquella vía quedaba su honor limpio; y de no dar licencia que la llevasen, quedaría probada la causa, y los Zegríes con su intención. El rey preguntó si tenía la reina caballeros que la defendiesen; Muza dijo que sí, y que cuando no los hubiera, él mismo en persona haría la injusta batalla. Con esto dió licencia para que entrasen; y así Muza y los dos jueces entraron, quedando todos los demás fuera del Alhambra; y llegando Muza adonde estaba la reina, la halló hablando con Celima sin ninguna pena de lo que aguardaba, que bien sabía que no tenía más de aquel día de plazo; pero confiada en D. Juan Chacón, estaba sin ninguna congoja, y también porque si no venía D. Juan Chacón y ella fuese sentenciada á muerte, en morir cristiana llevaría mucho gozo, porque empezaría á vivir para siempre, y con esto estaba la más alegre y contenta que se podía imaginar.

Mas así como vió á Muza acompañado de aquellos caballeros que con él venían, luego presumió á qué era su venida, con lo cual sintió alguna turbación y pesadumbre, y con ánimo varonil hizo en esto la resisten-

cia que pudo porque no se entendiera su flaqueza. Muza y los caballeros, así como vieron á la reina y á Celima, hicieron el debido acatamiento, y dijo Muza: «grande ha sido el descuido que vuestra alteza ha tenido en nombrar caballeros, siendo hoy el último día que tenéis de plazo: ¿qué determináis?—No tengáis pena, dijo la reina, que yo confío en Dios que hoy se ha de saber la verdad de mi sincero pecho, y que no han de salir con su mala intención los falsos acusadores, y que tengo de triunfar dellos; y cuando Dios se sirva que por mis pecados sean vencidos mis defensores, y en mí sea ejecutada la sentencia que contra mí se ha pronunciado, yo partiré contenta desta vida mortal para gozar de la eterna.» Muza no entendió el secreto de las palabras, y así dijo: «yo he querido que siga a questo juicio de vuestra alteza por justicia, por causa de algunas presunciones de gente ignorante y de poca experiencia, aunque debéis mucho á todos; porque cada uno siente vuestra pena como si fuera suya propia, y porque se acrisole y apure más el oro de vuestra castidad, y porque sean castigados los traidores que la han deslustrado. Así, señora, sabed que venimos por vuestra alteza estos caballeros y yo, que somos jueces de vuestra causa, y todos siervos vuestros, y haremos lo que debemos. Podréis luego señalar caballeros, que cien mil hay que os desean servir en esta ocasión tan honrosa. Vuestra alteza venga á la plaza y Celima también, porque haya buen suceso.—Vamos, dijo la reina, y venga conmigo Esperanza, que es mucho el amor que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prisión y tristeza, y será bien goce del contento, como confío en el poderoso Dios que nos le ha de dar con el triunfo de la victoria»; y diciendo esto se entraron todas en el retrete y se vistieron de negro; y en saliendo del aposento dijo la angustiada reina al valeroso Muza: «mucho contento recibiré en que, si mi desdicha fuere tanta que mis valedores

sean vencidos, todo lo que hay mío en este aposento se le dé á Esperanza, y libertad, porque esta es mi última voluntad por lo bien que me ha servido.»

No pudo sufrir la reina las lágrimas diciendo estas palabras, y lloraba con tanta tristeza y dolor de su afecto, que movió los varoniles pechos á acompañar su llanto; y dándole Muza la mano, salieron fuera del Alhambra, adonde estaba una litera, y entraron dentro della la reina, Celima y Esperanza. Allí estaban para ir la acompañando, vestidos de luto, muchos caballeros de los Alabeces, Gazules, Aldoradines, Venegas, Almohades, Marines y otros muchos linajes, y debajo de las marlotas y albornoces negros llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel día con los Zegríes, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y si no fuera por la honra de la reina, sin duda aquel día se perdería Granada. Y así, recelosos los Zegríes, Gomeles, Mazas y los de su bando, llevaban armas fuertes debajo de sus marlotas y alquifas, por si sus contrarios les quisiesen acometer. No se vió jamás Granada en sus guerras y trabajos tan á pique de perderse como aqúeste día; pero quiso Dios que sin escándalos ni guerras se acabase aquel negocio. En llegando á la calle de los Gomeles, salían á los balcones y ventanas dueñas y doncellas llorando amargamente á la desventurada reina; de suerte que á sus llantos y gritos se movió toda la ciudad á compasión, y maldecían al rey y á los Zegríes á grandes voces. Desta manera entró la litera en la calle del Zacatín, donde más se aumentaron los sollozos, suspiros y vocería.

Llegada la caballería y la reina á la plaza, fué puesta la litera junto al tablado. Muza y los otros dos jueces sacaron á la desconsolada reina Sultana, á Celima y á Esperanza de Hita, y las subieron al enlutado tablado por unas ventanas de una casa, y en el tablado había un estrado de paños negros y bastos. Allí se sen-

tó la reina muy afligida y llorosa, por ver que en pública plaza había de ser juzgada, y junto á ella sentó á Celima y á sus pies á Esperanza de Hita. Allí fueron los llantos, allí fueron los gritos de hombres, niños, damas y doncellas, que no pudieran ser mayores los de Roma y de Troya cuando se veían quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la plaza había grandísima multitud, y todos no cesaban de llorar y de hacer gran sentimiento viendo las lágrimas que derramaba la reina, su doncella y su esclava. A un lado del tablado, en otro estrado, se sentaron los jueces para juzgar la causa, y de allí á poco espacio se oyeron veinte trompetas de guerra; y mirando lo que era, vieron venir á los cuatro acusadores de la reina que venían armados y puestos á punto de batalla y en muy poderosos caballos. Traían sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plumas del mismo color. Traían en las adargas unos sangrientos alfanjes con una letra en torno que decía: *por la verdad se derrama*.

De aquesta forma llegaron los cuatro mantenedores de la maldad, acompañados de los Zegríes, Gomeles y Mazas, y de todos los demás de la parcialidad, hasta llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al tablado. Era tan grande como una carrera de caballo, y muy ancho; y abierta una puerta del palenque, entraron los cuatro caballeros acusadores, que eran Mahomad Zegrí, el caudillo de la traición, Hamete Zegrí, Mahandón Gomel y Mahandín. Así como entraron, tocaron de su parte muchos instrumentos. Todos los deste bando se pusieron al lado izquierdo del tablado, porque al derecho estaban los caballeros deudos de la reina. Estaban todos aguardando á ver quién había de nombrar la afligida reina; y visto que desde las ocho de la mañana estaban allí, y que eran ya los dos de la tarde y no había señalado defensores, ni pa-

recía ninguno, estaban todos con grande pena, y no sabían cuál era el pensamiento de la reina, pues tan descuidada estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida; y no menos pena tenía la reina viendo que era tan tarde y no había venido D. Juan Chacón, en quien, después de Dios, tenía esperanza de su libertad, y no entendía qué causa le hacía faltar á la palabra dada. Malique Alabez y un Aldoradín y otros dos caballeros se llegaron al tablado, y dijeron en alta voz: «si gusta la reina de que la sirvamos en esta ocasión, dé licencia que la defendamos, y lo pondremos por obra.» A lo cual respondió la reina que ella lo agradecía, y que quería esperar otras dos horas; y que si no viniesen ciertos caballeros que tenía prevenidos, que ella aceptaba la oferta; y así se retiraron á sus puestos.

Pero no pasó media hora cuando se oyó un gran ruido y alboroto, al cual, mirando toda la gente, vieron entrar por la plaza cinco caballeros muy galanes, los cuatro vestidos á lo turquesco y el otro á lo moro, el cual fué conocido de todos que era Gazul; á los demás tuvieron por extranjeros, y así concurría toda la gente á ver los forasteros. Los parientes de la reina y los demás caballeros le daban la bienvenida á Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos si conocía á aquellos caballeros que con él venían. Él respondió que no, sino que en la Vega se habían juntado. Y con aquesto llegaron al cadalso donde estaba la reina Sultana y los jueces, los cuales deseaban saber la causa de su venida; y llegados, miraron á la triste reina, y les quebró el corazón verla en tan miserable estado; y mirando toda la plaza vieron el gran palenque, y dentro dél á los acusadores de la reina; y espantados de la mucha gente que había, dijo D. Juan Chacón en turquesco á los jueces si podía hablar á la reina dos palabras. Los jueces dijeron que no le entendían, que ha-

blase en arábigo, y él lo dijo en algarabía, y Muza respondió que sí, que subiesen. D. Juan subió al tablado; y haciendo su acatamiento á los jueces, se fué á la reina, y hecha la reverencia, habló alto que los jueces lo entendieron, diciendo: «con la procela del Océano, reina y señora, fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramucear con algunos cristianos, y buscándolos en la Vega no encontramos ninguno; y viniendo á ver esta ciudad, nos alcanzó en el camino un caballero moro, y nos dió cuenta del desastrado estado de vuestra alteza, y cómo no teníais caballeros nombrados para vuestra defensa, y que no queréis que vuestra causa defendan moros, sino cristianos. Yo y mis compañeros somos turcos genízaros, hijos de cristianos, y doliéndonos de vuestra contraria y adversa fortuna, movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta batalla; y si vuestra alteza nos quiere admitir, yo os prometo á ley de caballeros, por mí y en nombre de mis compañeros, que haremos en este negocio todo lo que pudiéremos.»

Cuando decía esto D. Juan Chacón, tenía en la mano la carta de la reina, y al descuido la dejó caer en sus faldas, sin que se reparase en ello por los jueces, y cayó el sobrescrito hacia arriba. La reina pidió á Celima que con recato le diese aquel papel: ella le alzó y se lo dió, y luego conoció su letra y advirtió el secreto, y con disimulación miró á Esperanza de Hita, que estaba divertida mirando á D. Juan Chacón; y volviendo la cabeza á mirar á la reina, ambas se entendieron mirándose la una á la otra; y maravillada la reina de su traje y disfraz, respondió á D. Juan Chacón: «yo he estado aguardando hasta ahora á cierto caballero que me dió palabra por letra suya de estar hoy aquí con otros tres caballeros; y pues ya es tarde, y vos, noble caballero, queréis tomar este cuidado á vuestro cargo y de vues-

tros compañeros, yo lo agradezco mucho.» D. Juan replicó y dijo: «yo, señora, me prefiero á hacer lo que ese caballero, y no le reconozco ventaja, ni es mejor que yo, ni los tres caballeros que había de traer no excederán en cosa alguna á los que vienen conmigo: sed cierta desto, señora, y dadnos licencia.—Yo la doy, dijo la reina; y creedme, virtuoso caballero, que no debo cosa ninguna en obra ni en pensamiento de lo que se me imputa, y así pelearéis seguros.» D. Juan dijo á los jueces que advirtiesen lo que la reina decía. Lo cual oído por los jueces, mandaron que se escribiese aquel auto y lo firmase la reina. Firmó, y haciendo el acatamiento debido á la reina, se bajó del tablado D. Juan Chacón, y subiendo en su caballo dijo á sus compañeros: «señores, nuestra es la batalla: empecémosla antes que sea más tarde.»

Los caballeros de la parte de la reina rogaron á los defensores que hiciesen todos sus poderíos, como de tan buenos caballeros se esperaba, lo cual ellos prometieron; y así con toda la caballería los llevaron en medio, paseándolos y dando vuelta por toda la plaza al son de muchas chirimías, añafles y dulzainas. Entraron en el palenque los caballeros cristianos, y recibiendo pleito homenaje de que en aquel caso harían el deber, cerraron la puerta. En todo este tiempo no quitaba la vista Malique Alabez de D. Manuel Ponce de León, porque le parecía haberle visto, y no se acordaba dónde, y decía entre sí: «válgame Alah, y qué traslado es aquel caballero turco de D. Manuel Ponce de León; pero no es él, porque es turco, y él es cristiano»; miraba el caballo, y conocíale por haberle tenido en su poder. Así andaba confuso, si era ó no; y llegándose á un caballero Almoradí, tío de la reina, le dijo: «si el caballero del caballo negro es el que imagino, cierta está la libertad de la reina.» El caballero Almoradí dijo: «¿quién es? ¿conocéisle por ventura?—Yo os lo diré

después; veamos ahora cómo le va en la batalla.» Diciendo esto miraron á los caballeros, los cuales descubrían los escudos, que eran muy fuertes y relucientes.

Ahora, pues, será bien tratar de qué colores eran las ropas turquescas. Eran todas de paño fino, de color celeste, guarnecidas con franjones de oro y plata; los albornoces eran de seda azul. Llevaba cada caballero un turbante de toca de seda, listada de oro y hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete, en la punta, puesta una media luna de oro. Los pendoncillos de las lanzas eran azules, y en ellos las armas de sus escudos, porque D. Juan Chacón llevaba en su pendoncillo una flor de lis de oro, y en el escudo, en un cuartel de sus armas, un lobo en campo verde, el cual parecía despedazar un moro. Encima del lobo había un campo azul, y en él una flor de lis de oro, y una letra que decía *por su mal se devora*, significando que aquel lobo se comía aquel moro por el testimonio que á la reina había levantado. D. Manuel Ponce llevaba en su escudo el león de sus armas en campo blanco, y león dorado; no quiso aquel día poner las barras de Aragón. El león tenía entre las uñas un moro que estaba despedazando, y una letra que decía desta suerte:

Merece más dura muerte
Quien va contra la verdad,
Y aun es poca crueldad
Que un león le dé la muerte.

El pendoncillo, que era azul, llevaba un león de oro. D. Alonso de Aguilar no quiso aquel día poner ningún cuartel de sus armas, por ser muy conocidas; puso en su escudo un águila dorada en campo rojo, las alas abiertas como que volaba al cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un moro bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salía. Esta divisa del águila puso D. Alonso á memoria de su nombre. Llevaba una letra que decía desta suerte:

La subiré hasta el cielo,
 Porque dé mayor caída,
 Por la maldad conocida,
 Que cometió sin recelo.

Asimismo llevaba en el pendón de la lanza este bravo caballero el águila dorada, como en el escudo. El alcaide de los Donceles llevaba por divisa en su escudo, en campo blanco, un estoque, los filos sangrientos, la cruz de la guarnición era dorada, en la punta del estoque tenía clavada una cabeza de un moro goteando sangre, con una letra en arábigo, que decía desta suerte:

Por los filos de la espada
 Quedará con claridad
 El hecho de la verdad,
 Y la reina libertada.

Muy maravillados quedaron todos los caballeros circunstantes, así los de una parte como los de la otra, en ver la braveza de los cuatro caballeros, y más en ver las divisas de sus escudos, por las cuales conocieron claramente que aquellos caballeros venían al caso determinadamente y con acuerdo, pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la reina los tenía apercebidos para su defensa, y se admiraban grandemente de que en tan pocos días vinieran de tan lejas tierras; pero considerando que por la mar pudieran haber venido en aquel tiempo, con esto no curaron más de inquirir ni saber el cómo y el cuándo, sino ver el fin de la batalla. El valeroso Muza y los otros jueces se admiraron de ver aquellas divisas; y para gozar mejor de verlas pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó un criado que le tuviese allí una lanza y una adarga por si fuera menester. Los dos jueces se estuvieron con la reina, la cual decía: «Esperanza, dime, ¿conociste á aquel caballero que subió á hablarme?—Sí, señora, aquel es D. Juan Chacón,

que aunque viniera más disfrazado, no dejara de conocerle.—Ahora digo, dijo la reina, que es cierta mi libertad, y el vengarme de mis enemigos.» Malique Alabez y el animoso Gazul, y otros muchos caballeros parientes y amigos de la reina, se pusieron alrededor del tablado, y por lo que se ofreciese. A este tiempo el alcaide de los Donceles empezó á picar á su caballo, y lozaneando se fué adonde estaban los caballeros acusadores, y llegando á ellos, les dijo en alta voz: «decid, caballeros, ¿por qué tan sin razón habéis acusado á vuestra reina y señora, y habéis puesto dolo en su honra?» Mahomad Zegrí le respondió: «acusámosla por ver con nuestros ojos cometer el delito de adulterio, y volviendo por la honra de nuestro rey, le manifestamos.» El valeroso alcaide, lleno de cólera, le respondió: «cualquiera que lo dijere, miente como villano, y no es caballero; y pues estamos en parte donde se ha de saber la verdad, apercibíos al momento todos los traidores á la batalla, que hoy habéis de morir, confesando lo contrario de lo que tenéis dicho.»

Y diciendo esto, D. Diego Fernández de Córdova terció con presteza su lanza, y con el cuento della le dió al Zegrí tan terrible golpe en los pechos, que sintió bien la fuerza de su brazo, y quedó lastimado; y si fuera el golpe con el hierro, no hay duda sino que dél muriera. El Zegrí, afrentado por ver que estaba desmentido y ofendido con el golpe, revolvió su caballo y fué á herir al alcaide, el cual, como hombre experimentado en la guerra y en escaramuzas, se retiró á un lado, y revolviendo sobre el moro que á él venía, comenzaron una trabada escaramuza. Y visto esto, los trompeteros tocaron los instrumentos haciendo señal de batalla, á la cual se movieron los demás caballeros, los unos contra los otros, con gran furia. A D. Manuel le cayó en suerte Alí Hamete, á D. Alonso, Mahandón, y á don Juan Chacón le tocó el fuerte Mahandín.

Reconociendo cada uno su contrario, comenzaron una muy sangrienta batalla, mostrando cada uno su gran valor. Los moros eran muy valientes; pero pocos les aprovechaba su valor, porque lidiaban con lo mejor de Castilla; y así andando escaramuceando con admirable braveza, y dándose lanzadas por las partes que podían, D. Juan Chacón fué herido en un muslo, de donde le salía abundancia de sangre; el cual, como se sintió herido en los primeros encuentros, y que su contrario salió libre sin que llevase otra herida en recompensa, encendido en cólera y saña furibunda, aguardó á que volviese á segundarle otro golpe, que entonces le embestiría con toda su furia; y sucedió de la misma manera que lo imaginó, porque el moro, muy ufano y gozoso, como sintió que le había herido, volvió al cebo para tornar á picar en él, diciendo con gran algazara: «ahora sabréis, turcos, si hay moros granadinos que puedan pelear y resistir á todos los caballeros del mundo»; y diciendo esto se venía á D. Juan, el cual estaba sobre el aviso; y viéndole venir derecho y con tanta fuerza, apretó las piernas al caballo, y con valor y furia extraña embistió al esforzado moro, y se encontraron los dos caballeros tan fuertemente, que parecía haberse juntado dos montes, según la braveza y furia con que se acometieron. El caballo de D. Juan Chacón era más fuerte y furioso que el del contrario, y así se paró después de haberle encontrado, y el del moro no se pudo tener, y se cayó de ancas. El moro fué herido muy malamente del bote de la lanza que le dió el valiente D. Juan; mas no tan á su salvo, que no quedase con una pequeña herida, y que si entrara más el hierro tuviera mucho peligro, por ser en el hueco del costado; pero no fué casi nada, porque no encarnó el agudo hierro.

El bravo moro se puso en pie con muy grande presteza; y echando mano á su alfanje, se vino derecho á

desjarretar el caballo de D. Juan para que le derribase, y él tuviese lugar de herir á su salvo á D. Juan; y aunque pudiera el noble cristiano alancear al moro, por tenerle tanta ventaja de estar á caballo y tener enristrada la lanza, no quiso dar nota de sí, que se pudiera decir que peleaba con tantas ventajas; y así no le esperó á caballo, sino saltó dél con grande ligereza, y desechando la lanza puso mano á su espada, y embrazando el escudo se estuvo afirmado, aguardando á su enemigo; el cual llegó, y entre los dos valerosos guerreros comenzaron de nuevo una batalla tan reñida, que causaba grima ver las centellas que saltaban de los escudos; de la cual refriega sacó el moro dos pequeñas heridas; y apartándose un poco para cobrar aliento, volvió á embestir. D. Juan Chacón, como se vió acometer de aquella suerte, confiado en su fuerza y viendo tan cerca al moro, le tiró un golpe de revés que le cortó el adarga y le hirió mortalmente en el hombro, y por muy poco cayera porque le quitó el sentido; lo cual visto por el valiente D. Juan, arremetió á él y le dió un encuentro con el escudo, que desapoderado de sus fuerzas cayó en tierra el moro, y luego le dió una cuchillada que le dividió una pierna de su lugar; y viendo que había alcanzado victoria de su enemigo, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á Nuestro Señor Jesucristo; y tomando un trozo de lanza se afirmó á él, porque le daba gran dolor la herida del muslo, y arrimándose á una parte del palenque se puso á mirar la batalla.

Luego tocaron los músicos instrumentos de la reina, en reconocimiento del vencido moro, lo cual puso grande ánimo á los tres cristianos y cobardía á los moros, y perdieron la esperanza de la victoria con tan mal presagio; y más cuando vieron dar en una ventana muy grandes gritos y hacer tristes llantos, y quien los daba era la mujer y hermanas de Mahandín, viendo que con angustias mortales se revolcaba en su sangre.

Los Zegríes mandaron que se quitasen de allí aquellas mujeres, porque no fuesen sus llantos causa de desmayo en los tres mantenedores del testimonio. Los seis caballeros se combatían con tanta ferocidad, que parecía que en aquel instante empezaba la batalla, haciendo tanto ruido y estrépito que parecía que peleaban cincuenta caballeros. D. Juan Chacón sentía mucho dolor de sus heridas, en particular del muslo, como ya se había enfriado; y subiendo en su caballo se puso á considerar si iría á ayudar á sus compañeros ó á curarse, y no se determinó á ninguna de las dos cosas por ser notado; y así acordó de esperar el fin de la batalla, porque bien sabía que no duraría mucho, por dos razones: la una, por la satisfacción que tenía en el valor y fortaleza de sus compañeros; la otra, porque peleaban con justicia y razón, y defendían la verdad, y así de necesidad los había de favorecer la fortuna.

Peleando, pues, los caballeros con un ánimo admirable, el enojado Mahandón, como vió á su querido hermano Mahandín tendido en el suelo, lleno de sangre y hecho pedazos, con el dolor tan grande que sentía, dijo á D. Alonso de Aguilar: «permitid, señor caballero, que vaya á tomar venganza de aquel que ha muerto á mi amado hermano, y luego concluiremos vos y yo nuestra batalla.—No trabajéis en vano, dijo D. Alonso; fenece conmigo la batalla, pues tu hermano, como buen caballero, hizo lo que pudo; y no dudes de verte en el mismo estado que tu hermano está, porque la sangre de los nobles Abencerrajes vertida sin culpa, y la inocencia de la reina, están pidiendo justa venganza contra los que quedáis»; y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza en el costado, aunque no fué grande la llaga. Lo cual visto por el moro, revolvió contra D. Alonso, y colérico le arrojó la lanza. D. Alonso, que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, revolvió su caballo

con ligereza; pero no tan á tiempo que no llegase primero la lanza, y entrándole por la una ijada del caballo, le salió á la otra más de media vara. El caballo, sintiéndose mal herido, con la lanza atravesada, empezó á dar bufidos, brincos y corcovos, que no era bastante la dureza del freno para que se sujetase y estuviese sosegado; y visto que no aprovechaba su diligencia, y que por su desgracia se le podía seguir algún daño irreparable, determinó de arrojarse en el suelo, aunque se ponía en mucho peligro, por estar su competidor á caballo; y confiando en Dios Nuestro Señor, se arrojó de la silla, quedándose en pie con su espada en la mano aguardando á su enemigo.

Grande contento y alegría sintió el bando de los Zegríes y Gomeles en ver el estrecho en que había puesto su pariente al caballero extranjero, y en verle á pie le consideraban ya vencido; y como vió Mahandón á su contrario á pie, recibió mucho contento, y yéndose á él le dijo: «ahora me pagaréis la muerte de mi hermano, pues me evitasteis de darla á quien se la dió á él.» Y arremetió con el caballo para atropellarle, y el alfanje en la mano para herirle. D. Alonso de Aguilar era muy ligero, y se estuvo quedo como que le quería aguardar; mas al tiempo que llegó dió un salto y se apartó, y Mahandón pasó de largo sin hacer efecto, y revolviendo otras tres veces, tampoco hizo nada. D. Alonso le dijo: «desciende de aquese caballo, si no quieres que te le mate, y te podrá suceder peor.» Al moro le pareció buen consejo, y así se apeó; y embrazando su adarga, vino á D. Alonso, diciendo: «por ventura me disteis el consejo por vuestro mal.—Ahora lo verás, dijo D. Alonso; si te di el consejo, fué sólo para darte cruel muerte, justamente merecida por el daño que de tu testimonio se ha seguido, y conviene que los traidores salgan del mundo.»

Diciendo esto arremetió á Mahandón, y así entre los

dos se comenzó una brava y dudosa batalla, porque ambos eran muy valientes y animosos caballeros. Anduvieron más de media hora hiriéndose por las partes que podían, y cada uno muy deseoso de vencer á su contrario. D. Alonso, muy enojado y casi corrido en ver que le duraba tanto su contrario, se acercó á él todo lo más que pudo, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza; el moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga; pero salióle incierto su reparo, porque no ejecutó el golpe en la cabeza, sino que rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte de hueso. El valiente moro, que se halló burlado y tan malamente herido, descargó un tan desapoderado golpe encima del bonete de D. Alonso, que el águila fué partida por medio; y rompiendo bonete y casco, fué herido de una pequeña herida, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido y aturdido del fiero golpe; y si no fuera de tan animoso corazón, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la deseada victoria; mas como era de corazón fuerte y nunca se dejó rendir de los trabajos, cobrando el cuerpo aquel ánimo de su corazón bizarro, y considerándose en cierta manera afrentado por ver que un golpe le había descompuesto su sentido, y encolerizado por verse herido y su rostro ensangrentado, con una cruel furia incomparable le tiró una estocada tan recia, que la adarga ni jaco fuerte no podían resistir la grande violencia de la espada, sino que fué todo roto, y le metió cuatro dedos dentro del pecho al soberbio Mahandón; y como le cogió ya desangrado de la que le salía por la herida del muslo, no tuvo fuerzas para poder pelear más, y así cayó de espaldas. Así como D. Alonso vió caído á su contrario, arremetió con él para cortarle la cabeza; y poniéndole la rodilla en los pechos, vió que estaba expirando, por lo cual no le qui-

so herir más, y levantándose dió en su corazón infinitas gracias á Dios por la merced tan grande que le había hecho, y apretándose la herida de la cabeza con el turbante, se atajó la sangre; y mirando por su caballo le vió muerto, y fué á coger el de Mahandón, y subiendo en él se fué adonde estaba D. Juan Chacón, el cual le abrazó, dándole el parabién del vencimiento.

A este punto los añafles y dulzainas de parte de la reina tocaron con grande alegría, lo cual causaba tristeza y melancolía á los Zegríes. Cesando la música, miraron la batalla que los cuatro caballeros hacían, que era muy sangrienta. D. Manuel Ponce de León, y Alí Hamete Zegrí, hacían su batalla á pie, respecto á que los caballos se les habían cansado y no podían concluir la como querían, y andaban muy listos procurando cada uno herir al otro por donde mejor podía; despedazábanse las armas y la carne con los duros filos de la espada y cimitarra, de lo que su sangre daba verdadero testimonio. D. Manuel tenía dos heridas, y el moro cinco; pero no por eso se vió en él falta de ánimo ni fuerzas, y andaba con tanto ardid intentando por dónde podría herir á su enemigo y quedarse él reservado, haciéndole muchos acometimientos. D. Manuel le iba contra todas sus malicias, porque ya le conocía el modo de pelear; y así como vió que D. Juan y D. Alonso habían ya vencido á sus contrarios, y el alcaide de los Donceles andaba con el suyo muy revuelto y en punto de traerle á aquel extremo, cobró grande ira porque no concluía con su enemigo, y llegándose cerca dél le dió un golpe tan terrible en la cabeza, que aunque acudió á repararle con la adarga, no soportó el todo sino alguna parte, y así fué rota con el fino casco, y herido en la cabeza muy mal, y aun le quitó el sentido y dió de manos en tierra sin poderse valer; mas volviendo en sí, temiéndose de su contrario, y de que no fuese causa aquella flaqueza para que su competidor se gloriase de

conseguir la victoria, sacando fuerzas de pusilanimidad se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida; y levantando su cimitarra, dió un desatinado y fuerte golpe en un hombro de D. Manuel, y no hizo herida; pero la vida le costó el golpe al moro, porque don Manuel le dió otra junto á la que tenía en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió.

Los añafles de parte de la reina tocaron con mucha alegría por el buen suceso. D. Manuel subió en su caballo, y se fué adonde estaban D. Alonso y D. Juan, los cuales le recibieron muy alegremente, diciendo: «gloria á Dios, que os ha escapado de las manos de aquel pagano.» Quien en esta ocasión mirara á la hermosa reina Sultana, conociera muy claramente en su bello rostro la grande alegría que en su corazón tenía, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo cual á ella se le había de seguir su libertad, y díjoles á Celima y á Esperanza de Hita: «sabéis lo que veo, que si D. Juan Chacón tiene fama de valiente caballero y lo es, que sus tres compañeros no lo son menos que él, pues con tan sobrado valor han vencido á los mejores y más valientes caballeros del reino de Granada.» Esperanza la respondió: «¿no dije á vuestra alteza que D. Juan tenía muy principales amigos? Mirad si ha salido verdad lo que dije.—Dejemos estar eso, dijo Celima, no lo entiendan los jueces, y veamos el fin del caballero que queda, que yo entiendo que no tendrá menos poder que los tres vencedores»; y mirando la batalla vieron cómo andaba muy revuelto y encendido en la pelea, y aunque herido y cansado, no se vió en él punto de cobardía ni aun imaginación.

El valeroso moro proseguía la batalla con grande dolor y rabia, viendo muerto á su primo hermano y á los dos Gomeles, y él puesto en el mismo peligro, y así peleaba como hombre desesperado, considerando la in-

famia en que había incurrido, y mayor por no haber salido con su intento; y con la furia de un loco frenético daba tajos y reveses á diestro y siniestro y fuera de orden, por si acertaba á darle alguna herida penetrante de la cual muriera el contrario; porque ya que él fuera vencido, como los otros tres de su parte, no quedarán tan triunfantes, matando á alguno dellos; y aunque peleaba con tan grande furia y braveza, no era menos la del valiente alcaide de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo; y aun porque todos sus compañeros habían alcanzado el lauro y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, le parecía que empezaba de nuevo la batalla, siendo su enemigo de muy grandes fuerzas y astucias para pelear; y considerando que le miraban, y que le debían juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin á la batalla, poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretó con toda fuerza las espuelas al caballo, arremetió al Zegrí, y lo mismo hizo él; y así se embistieron con ánimo y furia increíble; y fué tan recio el encuentro de los caballeros, que sin remedio hubieron de venir al suelo los dos, sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra cuando estuvieron en pie, y se acercaron hiriéndose cruelmente, y experimentando cada uno las fuerzas del contrario, porque eran furiosos y desatentados los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su brazo y el ánimo del corazón.

Verdad es que el moro andaba más orgulloso y ligero, y las heridas que daba casi no ofendían, por tener muy buenas armas el valiente alcaide; pero el golpe que el valeroso alcaide alcanzaba rompía, cortaba y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada que no hiciese herida grande ó pequeña. Lo cual visto por el valiente Zegrí, con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al alcaide por venir con él á los bra-

zos, el cual se alegró mucho; y así, abrazados, comenzaron á luchar dando muchas vueltas, y haciendo cada uno lo que podía por derribar á su contrario; pero cada cual echaba de ver el resto de sus fuerzas, y así ambos trabajaban muy en balde, porque no había robles tan firmes como ellos. El Zegrí era de muy gran cuerpo y fuerzas, que parecía un jayán, y procuraba levantar de tierra á su enemigo, para dar de golpe con él en el suelo, y por muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretensión, porque parecía que tenía echadas raíces, y que era ponerse á arrancar un nogal de cuajo; de suerte que, por mucha diligencia que hacía el Zegrí, era molerse en vano. Reconocido por el alcaide el mal pensamiento de su contrario, echó mano á un puñal buido, y dióle tres golpes por debajo del brazo izquierdo, y tales, que el moro dió grandes gritos sintiéndose mal herido de muerte, y sacando una daga le dió al alcaide otras tres heridas; mas como era ancha la daga, no pudo falsear las armas mucho, y así fueron pequeñas. El valeroso alcaide le dió otra muy mala herida en la ijada izquierda, con la cual se acabó de rematar la sangrienta batalla; porque así como le dió la última, sin poderse menear, cayó en el suelo, desangrándose por las penetrantes heridas; y al tiempo que el alcaide vió en tierra al contrario, fué de presto y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolando el invicto brazo, le dijo: «date por vencido, y confiesa la verdad luego, y así no te acabaré de matar.» El malvado Zegrí, viéndose tan mal herido y á voluntad de su competidor, le respondió diciendo: «ya no es menester darme más heridas que las que tengo, porque esta postrera bastaba para echar del mundo á un tan gran traidor, alevoso como yo; y pues me pedís, vencedor caballero, que declare la verdad, yo la diré. Sabrás que habiendo muerto algunos de mi linaje los del bando Abencerraje, y á otros afrentado, y que tanto valían con los reyes que

no nos podíamos vengar de ellos, ordené yo mismo que fuesen perseguidos todos los caballeros Abencerrajes, y por mi traición fueron muertos sin culpa; y la reina no debe cosa ninguna de lo que yo la levanté acerca del adulterio de que fué acusada: esta es la verdad; llegado hé á punto de decirla, y no hay otra cosa sino lo que he dicho; de todo lo cual estoy muy arrepentido, por haber visto las desgracias y muertes que en este tiempo han sucedido, y por la afrenta grande en que se ha visto la reina, no siendo culpada en ninguna cosa.»

Todo lo que el traidor Zegrí decía estaban oyéndolo muchos caballeros, así del bando de la reina como de los Zegríes; y para más justificar la causa de la reina llamaron á los jueces, para que oyesen todo lo que el Zegrí decía. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos jueces que estaban en el cadalso bajaron, y entrando en el palenque tornó á referir el Zegrí lo dicho, y luego expiró.

Al momento tocaron con grande alegría muchas chirimías y dulzainas, con otros instrumentos músicos, por victoria tan importante que habían conseguido aquellos caballeros extranjeros de los naturales traidores, y cómo por ella se había sabido la verdad, y le era vuelta y restituída su honra á la casta é inocente reina. A una parte se oían las músicas y grande alegría, y á otra lloros, tristeza y gritos que daban las mujeres y deudos de los Zegríes muertos. Los caballeros vencedores fueron sacados del campo con muy grande honra, hecha por la mayor parte de los caballeros que eran del bando de la reina. Y desta suerte los victoriosos caballeros llegaron á la reina, que ya estaba dentro de la litera en que había venido, y la preguntaron si había otra cosa que hacer en aquel caso, ó en otro cualquiera que fuese de su gusto ó de necesidad. La reina dijo: «que para la satisfacción entera de su honra bastaba lo que habían hecho, y que recibiría mucho

contento en que se quisiesen ir con ella para ser curados de sus heridas.» Los caballeros aceptaron el ruego de la reina, y así salieron de la plaza, llevando la música de añafles delante, con mucho contento y alegría. Todo lo cual era al contrario en los mal intencionados Zegríes y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los destrozados cuerpos de sus parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario bando, y procurar dar muerte á los extranjeros vencedores; y no se determinaron por entonces, porque de allí adelante hubo entre ellos bandos y pasiones, mayores que hasta entonces habían tenido, como adelante lo diremos.

Los caballeros cristianos llegaron á la posada de la reina, y todos los demás caballeros; y los vencedores fueron curados con gran diligencia de cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto á sí, por si algo sucediera. Y aquella noche, después de haber cenado la reina, Celi-ma y Esperanza, fueron á visitar á los cuatro caballeros cristianos; y después de haber hablado de los trabajos en que se había visto aquella ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrajes, la reina se llegó un poco más al lecho de D. Juan Chacón, y sentándose le dijo: «el alto y poderoso Jesucristo, y su bendita Madre que le parió sin dolor, quedando virgen por divino misterio, os den salud entera y vida larga, y os paguen la buena obra que á esta triste y desconsolada reina habéis hecho, habiéndome librado de una muerte tan infame y afrentosa; mas fué la voluntad de Dios de librarme, y que vos fueseis el instrumento de mi libertad; y así os quedo obligada mientras la vida me dure, la cual gastaré en vuestro servicio. Deseo ya verme cristiana para servir á Dios y á su Santísima Madre y á vos; y creedme que la mayor parte de los caballeros desta ciudad están deseosos de verse ya cristianos, y no aguardan sino que el rey D. Fernando comience la

guerra, y está así concertado desde que se fueron los caballeros Abencerrajes; por tanto, así como lleguéis, dad orden á vuestro rey para que ponga en ejecución la guerra contra este reino, y os ruego que me digáis quién son esos tres caballeros á quien soy obligada, porque sepa á quién he de servir.—Excelente señora, dijo D. Juan: los caballeros que á mí me han hecho merced y á vos servido, son D. Alonso de Aguilar, el gran D. Manuel Ponce de León, y D. Diego Fernández de Córdoba, caballeros de grande estima, que ya tendréis noticia dellos.—Sí tengo, respondió la reina, que muchas veces han entrado en la Vega, y han hecho cabalgadas de ganados y buenas presas, y son conocidos por sus hechos y nombres, aunque ahora no lo hayan sido por el disimulo del traje turquesco, y ha sido buen pensamiento; y pues son de tan gran valor, será justo que les hable y dé las gracias del bien que por su causa me ha redundado.»

Diciendo esto, la reina Sultana fué donde estaban los tres caballeros, y á todos y á cada uno de por sí les dió muchas gracias por el favor que le tenían hecho, y que confiaba en Dios que algún día les serviría en algo. El alcaide de los Donceles respondió en nombre de todos: «vuestra alteza le dé esas gracias y mercedes al señor D. Juan, que nosotros poco es lo que hemos hecho, según lo mucho que os deseamos y debemos servir.—Muchas mercedes, señores caballeros, por el nuevo ofrecimiento, que es para más obligarme á serviros, y reagrar la deuda tan grande que os tengo. Dios os pague lo que habéis hecho por mí, y dé vida para que pueda pagar alguna cosa de lo mucho que os debo; y porque parece que es hora de reposar y descansar, yo me quiero ir á recoger para dar orden á lo que conviene para vuestro regalo.» Con aquesto se fué la reina, y habló con su tío Moraizel, y le dijo que estaba recelosa de que viniesen á tomar venganza los Zegríes y Gome-

les en los cuatro caballeros, por la muerte de los cuatro traidores; que pusiese algún remedio. Y pareciéndole buen consejo, fué á dar parte dello á Muza, el cual puso cien caballeros de guarda en la casa, los cuales estuvieron toda la noche con gran cuidado.

Fué muy acertado el parecer de la reina, porque los Zegríes y Gomeles tenían concertado de cercar la casa y dar muerte violenta á los caballeros vencedores; y como vieron tanta guarda, y conociendo que no podrían salir con su intento, desistieron de su propósito; y más cuando supieron que el valeroso Muza había puesto aquellos caballeros, lo sintieron de manera, que se les comía el corazón de envidia, por ver con las veras que acudía Muza á los cuidados de la reina, y no se atrevieron á irle á la mano porque le temían. Venida la mañana, se fué la gente de guardia, y los cuatro caballeros determinaron de irse, porque no los echase menos el rey D. Fernando; y así pidieron licencia á la reina para partirse á la corte de su rey, porque les importaba que no supiese la ausencia que habían hecho. «¿Pues cómo, señores, dijo la reina, estando tan lastimados, cansados y heridos, os queréis poner en camino tal? No lo tengo de consentir: ¿por ventura os falta cosa alguna, ó la deseáis?—No uno ni otro, respondió D. Juan Chacón, porque donde está vuestra alteza no hay que desear nada; pero importa irnos por lo que he dicho.—Pues que así es, dijo la reina, tornaos á curar, é id vuestro viaje con la bendición de Dios; y por él os ruego no me olvidéis, y suplicad á vuestro rey que comience la guerra contra Granada, porque á todos los que tienen deseo firme de ser cristianos se le cumpla.» Los caballeros se lo prometieron así. La reina mandó llamar á los cirujanos; y curados, se armaron, y despidiéndose de la reina y Celima, y de Esperanza y de Moraizel, se partieron, quedando llorando la reina la ausencia de tan buenos caballeros. Muza, Malique Alabez y Gazul, que

supieron que los caballeros extranjeros se iban de Granada, les salieron á prevenir un grande acompañamiento con más de doscientos moros, á más de media legua la vuelta de Málaga. Pero así como los moros se despidieron dellos, tomaron la vía de Castilla, y caminaron á grande prisa; y entrando en tierra de cristianos, supieron cómo los Reyes Católicos estaban en Écija. Ellos fueron á Talavera, y hallaron á sus criados que los esperaban para que siguiesen la corte. Allí estuvieron ocho días curándose muy secretamente, y estando ya mejores se partieron para Écija; y en llegando, pidiendo licencia al rey D. Fernando para irse á sus tierras, se la dió; y llegados á sus patrias, ellos y otros caballeros dieron orden de ganar á la ciudad de Alhama, llevando para ello la prevención conveniente, porque era muy fuerte; y siendo juntos muchos y principales caballeros, la cercaron y combatieron por todas partes. Donde los dejaremos combatiendo, por decir lo que pasó en la ciudad de Granada en este medio y sazón, y también porque á mí no toca escribir lo que pasó en aquesta guerra de Alhama, que no hace al intento ni propósito mío.

CAPÍTULO XVI

De lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos della, y la prisión del rey Mulahacen en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.

Grande fué la tristeza y desconsuelo que la reina Sultana sentía por la ausencia de sus defensores caballeros, y de buena voluntad fuera en su compañía, que temía el alboroto de la ciudad; y si su dolor y tristeza fué grande, más excesivo fué el de los Zegríes y Gomeles y los demás de su bando, por causa de los caballeros que en la cruel batalla murieron, y porque los agresores se fueron sin que de ellos se tomase venganza, y porque se sentían muy afrentados y corridos por las cosas pasadas; pero con disimulación aguardaban ocasión para ejecutar su deseo. Digamos ahora del rey Chico, el cual, como supo la muerte de los acusadores de su mujer la reina, y la confesión que había hecho el malvado Zegrí en su disculpa, descubriendo la pésima y horrible maldad, y enojado de sí mismo, no sabía qué hacerse. Poníasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrajes, la grande deshonra en que había puesto á la reina, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrajes, y cómo por su causa se habían tornado cristianos, y á él le aborrecía toda Granada, y cómo estaban amotinados y conjurados contra él, y hasta su padre le procuraba quitar el reino y aun la vida. Imaginando en estas cosas y otras muchas, venía á perder el juicio. Maldecía á los Zegríes y Gomeles porque le habían dado tan malos consejos, y á él porque los había recibido. Llorando todas estas desventuras se tenía por el rey

más desdichado de todo el mundo, y no osaba parecer de vergüenza ó de temor, por lo cual no le visitaban los Zegríes y Gomeles.

Bien se holgara el reyecillo de que su amada Sultana quisiera volver á su amistad; mas era imaginación y trabajo muy en vano, porque, aunque ella quisiera, cuanto más que no estaba dese parecer, sus deudos no lo consintieran; y con todo esto pidió á Muza que desenojase á la reina, y alcanzase della el perdón, y la dijese cuán arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida con él. Muza pidió á la reina y á sus parientes todo lo que el rey Chico le había pedido, y no fué posible alcanzar alguna cosa de lo que pedía; y así volvió, y dió al rey la respuesta que había dado la reina. Con esto el rey se deshacía en pena; mas consolábase con que había de procurar traer á su amistad á todos los caballeros que pudiese, y á los ciudadanos y gente plebeya, para irse apoderando de toda la ciudad; y así iba adquiriendo amigos, y á todos les pedía perdón diciéndoles que él había sido mal aconsejado, y aunque habían pagado su delito los promovedores y consejeros, que ellos verían la enmienda que tenía de allí adelante, y que lo sucedido le había de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verían, y el tratamiento que haría á sus vasallos; y como era heredero forzoso del reino, muchos grandes le obedecían con toda la más gente común. Nunca pudo reducir á su obediencia á ninguno de los Almoradíes, Marines, Alabeces, Gazules, Venegas ni Aldoradines, que estos seis linajes seguían la parte del rey viejo, y la de su hermano el infante Abdalí.

En este tiempo el rey Mulahacen, como hombre valeroso, no habiendo perdido sus bríos y braveza de corazón, ordenó de hacer una entrada en el reino de Murcia; y así, juntando mucha y muy lucida gente, prometiendo buenos sueldos á los de á caballo y de á pie, salió de Granada llevando consigo dos mil hom-

bres de á pie y de á caballo, y se fué á la ciudad de Vera; y tomando el camino de la costa, por dejar á Lorca, salió á los Almazarrones, y de allí fué á Murcia, y recorrió todo el campo de Sangonera, cautivando mucha gente. D. Pedro Fernández, adelantado del reino de Murcia, salió con la más lucida gente que pudo á resistir al moro, que andaba corriendo el campo con gran pujanza; y encima de las lomas del Azul, día de San Francisco, se rompió la batalla entre moros y cristianos, la cual fué muy sangrienta y reñida; mas fué Dios servido, por intercesión del bienaventurado santo, que D. Pedro Fajardo con la gente de Murcia, mostrando grandísimo valor, venció á los moros, y desbarató y prendió al rey.

Viéndose desbaratados los moros, huyendo volvieron á Granada, donde se supo la prisión del rey Mulahacen y pérdida de todo su campo, lo cual se sintió en toda la ciudad, si no fué el infante Abdalí, que se holgó mucho de la prisión del rey su hermano, porque por allí entendió alzarse con todo el reino, y así escribió al adelantado D. Pedro que le hiciese merced de tenerle al rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daría las villas de Vélez el Blanco, y el Rubio, Jiquena y Tireza. Mas el adelantado, considerando la traición que el infante quería hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dejó ir libremente al rey y á los que con él fueron cautivos; el cual, como llegó á Granada, halló á Abdalí apoderado del Alhambra, diciendo que su hermano se la había dejado en guarda. Mulahacen, muy enojado desto, y más por la traición que le quiso hacer, se retiró en el Albaicín, adonde él y su mujer estuvieron muchos días. La madre de Mulahacen, vieja de ochenta años, habiendo visto la liberalidad del adelantado, le envió diez mil doblas, el cual no las quiso recibir, y le envió á decir que se las diese á su hijo para que hiciese guerra á su hermano. Visto que no había queri-

do recibir los dineros, le envió ciertas joyas muy ricas y doce poderosos caballos enjaezados, todo lo cual recibió D. Pedro Fajardo. A pocos días se volvieron al Alhambra, porque su hermano se la dejó libre, entendiendo que el rey no sabía nada de las cartas que le había enviado á D. Pedro Fajardo. Mulahacen disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables, y todavía le dejó la administración del gobierno. A este Mulahacen le llamaron el Zagal y Gadbli, mas su nombre propio y más usado era el de Mulahacen. Esta batalla y prisión deste Mulahacen escribió el moro cronista deste libro, y yo doy fe que en la iglesia mayor de Murcia, en la capilla de los marqueses de los Vélez, hay una tabla encima del sepulcro de D. Pedro Fajardo, en la cual se cuenta el suceso de aquesta batalla.

Volviendo á nuestro propósito, el rey Mulahacen, muy enojado por lo que el gobernador su hermano había hecho, hizo un día su testamento diciendo: «que en fin de sus días fuese su hijo heredero del reino, y que echase dél al infante su hermano, y á todos los de su bando.» Esto decía, porque seguían al infante Abdalí muchos caballeros Almoradíes y Marines, los cuales sustentaban la parte del infante. Por este testamento hubo después en Granada muchos alborotos, y entre los ciudadanos guerras civiles, como después desto sucedieron; pues estando el rey Mulahacen en el Alhambra, y Granada, como de antes solía, debajo de la gobernación de dos reyes y un gobernador, no por eso dejaron los Almoradíes de buscar modos y maneras para que totalmente el rey Chico fuese privado del reino; mas no podían hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegríes y Gomeles estaban de su parte con otros muchos caballeros, que reconocían que aquél era finalmente el heredero del reino;

pero no por esto dejaban de buscar asechanzas, y mil ocasiones tío contra sobrino y sebrino contra tío; pero como el rey Chico estaba odiado de los más principales caballeros, no pudo salir por entonces con su intención en nada, ni pudo expeler á su tío del cargo que tenía, y así aguardaba tiempo para ejecutar su intención; y por alegrarse un día se paseaba por la ciudad con otros principales caballeros, por dar alivio á sus penas, rodeado de sus Zegríes y Gomeles, y le vino una muy triste nueva, cómo los cristianos habían ganado la ciudad de Alhama; con la cual embajada hubiera el rey de perder el sentido, así por perder aquella ciudad, como por el peligro que tenía Granada de ser cada día corrida de cristianos.

Tanto fué su sentimiento, que al mensajero que trajo la nueva le mandó matar; y subiéndose al Alhambra lloró la pérdida de su ciudad, y mandó tocar añafiles y trompetas de guerra, para que con muy gran presteza se juntase toda la gente y fuera al socorro de la ciudad de Alhama. La gente de guerra se juntó toda al belicoso son de las trompetas, y preguntándole al rey que para qué los mandaba juntar, respondió: «que para socorrer á Alhama, que la habían ganado los cristianos.» Entonces un alfaquí viejo le dijo: «por cierto que se emplea muy bien tu desventura en haber perdido á Alhama, y merecías perder todo el reino, pues mataste á los nobles caballeros Abencerrajes, y á los que quedaban mandaste desterrar del reino; por lo cual se tornaron cristianos, y ellos propios son los que te hacen la guerra. Acogiste á los Zegríes, que eran de Córdoba, y te has fiado dellos; pues ahora irás al socorro de Alhama, y di á los Zegríes que te favorezcan en semejante desventura como ésta.» Por esta embajada que al rey le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este moro alfaquí le dijo, y por la muerte de los Abencerrajes, se dijo aquel romance antiguo tan dolo-

roso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano, desta manera:

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada
Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Vivarambla.

Cartas le fueron venidas
Que Alhama era ganada:
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero maltrata.

Descabalga de una mula
Y en un caballo cabalga;
Por el Zacatín arriba
Subido se há al Alhambra.

Cuando en el Alhambra estuvo,
Al mismo tiempo mandaba
Que le toquen sus trompetas,
Los añafles de plata;

Y que las cajas de guerra
Aprisa toquen al arma,
Porque la oigan sus moros
Los de la Vega y Granada.

Los moros que el son oyeron
Y al sangriento Marte llama,
De uno á otro, y dos á dos
Juntádose há gran batalla.

Allí salió un moro viejo,
Y desta manera hablara:
«¿Para qué nos llamas, rey,
Para qué es esta llamada?»

«Habéis de saber, amigos,
Una nueva desdichada:
Que cristianos de braveza
Ya nos han ganado á Alhama.»

Allí habló un alfaquí
De barba crecida y cana:
«Bien te se emplea, buen rey;
Buen rey, bien te se empleaba;

Mataste los Bencerrajes
Que eran la flor de Granada,
Acogiste advenedizos
De Córdoba la nombrada.

Por eso mereces, rey,
 Una pena bien doblada:
 Que te pierdas tú y tu reino,
 Y que se pierda Granada.»

Este romance se hizo en arábigo en aquella ocasión de la pérdida de Alhama, el cual era muy doloroso, y tanto, que vino á vedarse en Granada que no le cantasen, porque cada vez que le cantaban en cualquiera parte, provocaba á llanto y dolor; después se cantó en lengua castellana de la misma manera, que decía:

Por la ciudad de Granada
 El rey moro se pasea;
 Desde la calle de Elvira
 Llegaba á la plaza Nueva.
 Cartas le fueron venidas
 Que le dan muy mala nueva,
 Que habían ganado á Alhama
 Con batalla y gran pelea.
 El rey con aquestas cartas
 Grande enojo recibiera;
 Al moro que se las trajo
 Mandó cortar la cabeza.
 Las cartas hizo pedazos
 Con la saña que le ciega;
 Descabalga de una mula
 Y cabalga en una yegua.
 Por la calle el Zacatín
 Al Alhambra se subiera;
 Trompetas mandó tocar
 Y las cajas de pelea,
 Porque lo oyeran los moros
 De Granada y de la Vega.
 Uno á uno, dos á dos,
 Grande escuadrón se hiciera.
 Cuando los tuviera juntos
 Un moro allí le dijera:
 «¿Para qué nos llamas, rey,
 Con trompa y cajas de guerra?»
 «Habéis de saber, amigos,
 Que tengo una mala nueva,
 Que la mi ciudad de Alhama
 Ya del rey Fernando era.

Los cristianos la ganaron
Con muy crecida pelea.»
Allí habló un alfaquí;
Desta manera dijera:
«Bien te se emplea, buen rey;
Buen rey, muy bien te se emplea:
Mataste los Bencerrajes
Que eran la flor desta tierra.
Acogiste advenedizos
Que de Córdoba vinieran,
Y así mereces, buen rey,
Que todo el reino se pierda.»

Pues volviendo al caso, así como el rey juntó gran copia de gente, al punto, sin poner en ello dilación, salió de Granada para ir al socorro de Alhama, imaginando que la había de remediar; mas su cuidado y trabajo fué en vano, porque cuando llegó á Alhama ya los cristianos estaban apoderados de la ciudad y del castillo, y de todas sus torres y fortalezas; pero con todo eso hubo una muy grande escaramuza entre moros y cristianos: allí murieron más de treinta Zegríes, á manos de los cristianos Abencerrajes, que allí había más de cincuenta que estaban á la orden del marqués de Cádiz. Finalmente, por el gran valor y esfuerzo de los caballeros cristianos fueron desbaratados los moros; lo cual visto por el rey de Granada, se volvió sin hacer en aquella ocasión cosa de provecho.

Así como llegó á Granada volvió á hacer más gente y en más cantidad, y volvió sobre Alhama, y una noche secretamente la hizo echar escalas, y entraron dentro algunos moros; y así como fueron sentidos de cristianos, tocaron al arma, y pelearon con los moros que habían entrado, y los mataron, y se pusieron á la defensa. Y viendo el rey que trabajaba en vano, se volvió muy triste, y envió por el alcaide de Alhama para degollarle, que se había retirado á Loja á su fortaleza. Los mensajeros del rey, presentando los recados que llevaban para prenderle, le prendieron y le di-

jeron cómo le mandaba cortar la cabeza y llevarla á Granada, y ponerla encima de las puertas del Alhambra, porque fuese á él castigo y á otros temor, pues había perdido una fuerza tan importante. Y siendo preso, dijo el alcaide que él no tenía culpa de aquella pérdida, que el rey le había dado licencia para ir á Antequera á bodas de una hermana suya, que el alcaide Rodrigo de Narváez la casaba con un caballero, y que ocho días le habían dado de término más que los que había pedido, y que á él le pesaba mucho de la pérdida de Alhama, porque si el rey la perdía, él había perdido sus hijos, mujer y hacienda. No bastó esta disculpa que dió el alcaide, y así le llevaron á Granada y le cortaron la cabeza; y por esto se hizo el siguiente romance:

Moro alcaide, moro alcaide,
 El de la vellida barba,
 El rey te manda prender
 Por la pérdida de Alhama;
 Y cortarte la cabeza
 Y ponerla en el Alhambra
 Porque á ti sea castigo,
 Y otros tiemblen en mirarla;
 Pues perdiste la tenencia
 De una ciudad tan preciada.
 El alcaide respondía,
 Desta manera les habla:
 «Caballeros y hombres buenos,
 Los que regís á Granada,
 Decid de mi parte al rey
 Cómo no le debo nada.
 Yo me estaba en Antequera
 En bodas de una mi hermana;
 Mal fuego queme las bodas
 Y quien á éstas me llevara;
 El rey me dió la licencia
 Que yo no me la tomara;
 Pedíla por quince días,
 Diómela por tres semanas.
 De haberse Alhama perdido
 A mí me pesa en el alma;

Que si el rey perdió su tierra,
Yo perdí mi honra y fama:
Perdí una hija doncella
Que era la flor de Granada;
El que la tiene cautiva
Marqués de Cádiz se llama.
Cien doblas le doy por ella,
No me las estima en nada;
La respuesta que me han dado
Es que mi hija es cristiana,
Y por nombre le habían puesto
Doña María de Alhama;
El nombre que ella tenía
Mora, Fátima se llama.»
Diciendo esto el alcaide
Lo llevaron á Granada,
Y siendo puesto ante el rey,
La sentencia le fué dada,
Que le corten la cabeza,
Y la lleven al Alhambra;
Se ejecutó la sentencia
Así como el rey lo manda.

Pues habiéndose hecho esta justicia del alcaide de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los caballeros que el tío del rey saliese con la gente de su bando á tomar venganza de la pérdida de Alhama, ó á buscar otras ocasiones para vengarse de los cristianos; á lo cual el tío les respondió que harto hacía en guardar la ciudad y tenerla en paz, y que por esta causa no salían él ni los de su bando della. Tratando en estas cosas, todos los caballeros que estaban á la obediencia del rey Chico dijeron que de ley de razón al hijo se le debía la corona y no al hermano, y que guardar esta ley era de caballeros nobles, y con esto se considerase; todos los más linajes le dieron la obediencia al rey Chico, así como Gazules, Aldoradines, Venegas, Alabeces; y los deste bando, que eran enemigos de los Zegríes, no atendieron á enemistades pasadas, pudiendo más la razón que el rencor, y más la nobleza que la malicia; de tal suerte, que con el tío del rey Chico no quedaron sino

Almoradíes, Marines y algunos caballeros y gente ciudadana. Pues todos éstos, como hemos dicho, decían que el infante Abdalí saliese á buscar algunas ocasiones contra cristianos, de suerte que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviese arrinconado como hombre inútil y de poco valor, pues pretendía tener cetro y corona. A todo esto respondía el infante lo que habéis oído, y que él quería guardar á Granada, que era de más importancia que ir á buscar cristianos á sus casas: lo mismo decían los Almoradíes y Marines; y acerca desto Malique Alabez, lleno de cólera y saña, les dijo: «que eran cobardes y ruines, y que no hacían á ley de caballeros en no salir á buscar cristianos con quien pelear, y querer por fuerza hacer rey á quien no lo merecía por su persona, ni le venía de derecho.» Los Almoradíes, oyendo estas palabras, pusieron mano á las armas contra los Alabeces, y ellos también. Los Gazules no se holgaron viendo este acontecimiento; y así pusieron mano en las armas y dieron en los Almoradíes y Marines, de suerte que en poco tiempo mataron más de treinta dellos, y los Almoradíes mataron muchos Gazules y Alabeces. De tal manera se revolvieron los bandos unos con otros, que se ardía Granada, y se derramaba mucha sangre de ambas partes; mas siempre llevaron lo peor los Almoradíes y Marines, aunque tenían de su parte gran copia de la gente común y otros linajes de caballeros; y tan mal les fué, que se hubieron de retirar todo lo mejor que pudieron al Albaicín. Los dos reyes salieron cada uno á favorecer su parte; y si no fuera por los Alfaquíes y por muchos señores que se pusieron por medio, perecieran, y también porque Muza, con mucha gente de á caballo, fué apaciguando la pendencia, y no sabía contra quién fuese, porque el rey Chico era su hermano y el infante su tío; pero considerando que derechamente era el reino de su hermano, era más de su bando.

Este día hubo tan grande revuelta, que fué causa para que el furor del amotinado pueblo cesase, y se reconcillasen en amistad, y así se hizo un crecido escuadrón de gente de á caballo y de á pie. Y como el rey Chico los viese con tan grande voluntad de ir á pelear contra los cristianos, propuestos de morir ó vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con ellos, yendo con acuerdo de no detenerse hasta entrar bien adentro de Andalucía, y hacer una gran cabalgada, ó rendir alguna fuerza de cristianos; y con este propósito marcharon hasta llegar legua y media de Lucena, donde el rey mandó hacer de toda su gente tres batallas: la una tomó él á su cargo, y la otra dió á un alguacil mayor, y la otra á un capitán de Loja llamado Aliatar, y todos corrieron la tierra é hicieron una muy gran presa. Esta corrida de los moros se supo en Lucena, Baena y Cabra; y así se salió el conde della, y el valiente alcaide de los Donceles con mucha gente, y pelearon con los moros; los cuales, como vieron venir tal tropel de cristianos, juntaron sus tres batallas, y pusieron en medio la cabalgada. Los valientes andaluces dieron en los moros de tal forma que, aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados, y junto al arroyo del Puerco, que otros llaman el arroyo de Martín González, fué preso el rey de Granada, y otros muchos con él. Los moros que escaparon fueron huyendo la vuelta de Granada. El rey fué llevado á Baena, y de allí á Córdoba, para que le viese el rey D. Fernando.

Fuéronle enviados mensajeros al Rey Católico para que tratase de rescate del rey Chico; y sobre si rescataría ó no, hubo muchas diferencias entre lcs del consejo y grandes de Castilla. Al fin se acordó de darle libertad con que fuese vasallo del rey D. Fernando; y así juró de ser leal y fiel con que le diese su favor y ayuda para conquistar algunos lugares que no le querían obedecer, sino á su padre. El rey D. Fernando lo prometió así, y

le dió cartas para todos los capitanes cristianos que estaban en las fronteras de Granada, para que le ayudasen en lo que el rey Chico quisiese, y que á los moros que quisiesen ir á labrar tierras fuera de Granada no se les hiciese perjuicio. Y habiendo asentado y jurado todo lo dicho, pidió licencia el rey de Granada al Rey Católico, y dándosela con muchos presentes, se fué á su patria. Y como su tío Abdalí y los demás caballeros de Granada supieron el trato que había hecho el reyecillo con el rey D. Fernando, les pareció muy mal; y recelándose de que por esta causa se perdiese Granada, el infante Abdalí les hizo á todos el siguiente parlamento, diciendo así:

«Claros, ilustres y muy esforzados caballeros, que tan injusto odio me tenéis, sin razón ni legítima causa: bien sabéis cómo mi sobrino fué alzado por rey de Granada, sin ser muerto mi hermano Mulahacen, su padre, por una causa muy ligera; sólo porque degolló cuatro caballeros Abencerrajes, que lo merecían, y por esto le quitasteis la obediencia, y alzasteis á su hijo por rey contra toda razón y derecho; y mi sobrino, habiendo con vuestro favor degollado treinta caballeros Abencerrajes sin ninguna culpa; habiendo levantado tal testimonio á su mujer, reina nuestra, por donde tantos escándalos, muertes y guerras civiles ha habido en esta ciudad, le tenéis obediencia y le amáis, sin mirar que no es digno de ser rey, pues su padre es vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha hecho y concertado con el rey D. Fernando de Castilla, que le ha de dar gente belicosa para hacer guerra con ella á los pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su padre; y más, le da al rey cristiano tantas mil doblas de tributo, después de haberse perdido él y los suyos en esta entrega que ha hecho tan sin causa. Ya que Alhama fué perdida, no tenía necesidad sino de reparar las fuerzas, pues Alhama no se

podía cobrar al presente, y por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerando ahora, caballeros, á vos digo Zegríes, Gomeles, Mazas y Venegas, allegados á mi sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente cristiana y guerras en Granada, ¿qué esperanza podríais tener, y qué seguridad para que no se levantasen con su tierra? ¿No sabéis que los cristianos son gente feroz y belicosa, todos con ánimo levantado hasta el cielo? Si no, mirad lo de Alhama cómo ha sido y cuán presto la han atropellado. Pues Alhama gente de guerra tenía dentro para defenderla; mirad cómo no la defendieron. Pues si entrasen éstos en Granada y tuviesen lugar de ver las murallas y torres, ¿quién quita que luego no fuese ganada por los cristianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi sobrino no sea admitido por rey, pues es amigo del rey cristiano. Mi hermano es rey, y por ser ya viejo tengo yo el gobierno de la corona real; si él muere, y mi padre fué rey de Granada, ¿por qué no lo seré yo, pues de legítimo derecho me viene, y la razón lo pide? De necesidad es menester; ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto y dicho, y sea la respuesta tocante al bien del reino.»

Fueron tan eficaces estas razones que dijo el infante Abdalí contra su sobrino, que los Alfaquíes y demás caballeros, especialmente Almoradíes y Marines, fueron de común acuerdo que el rey Chico no fuese admitido en Granada, y que el tío fuese alzado por rey y entregado en el Alhambra; lo cual le fué dicho á Mulahacen, el que, agravado de pesadumbres y males, salió de su voluntad del Alhambra, y se apoderó en el Alcazaba, junto con su familia; y su hermano fué apoderado en el Alhambra con título de rey, aunque contra la voluntad de los Zegríes, Mazas, Gomeles, Gazules, Alabeces, Aldoradines y Venegas; pero disimularon por ver en qué paraban aquellas cosas. El rey Chico llegó

á Granada con muchas joyas y presentes que el rey D. Fernando le había dado. Los de Granada no le quisieron acoger ni recibir, diciéndole que el moro que hacía alianzas y paces con los cristianos no había que fiar dél. Visto por el rey que no le querían recibir, y sabiendo que su tío estaba apoderado en el Alhambra, se fué á la ciudad de Almería, que era tan grande como Granada, y de tanto trato, y cabeza de reino, donde le recibieron como á su rey. Desde allí requería á algunos lugares que le diesen la obediencia, y si no, que los destruiría. Los lugares no se la quisieron dar, por lo cual les hacía guerra con cristianos y moros.

En esta sazón murió el rey viejo, con cuya muerte se renovaron los bandos; porque visto el testamento que había hecho en vida, hallaron en él la traición que su hermano había intentado contra él, y cómo dejaba su hijo por heredero del reino, y que fuese obedecido de todos, y si no que la maldición de Mahoma viniese sobre ellos. Por esto comenzaron nuevos escándalos, porque el reino le venía al hijo de Mulahacen y no al infante. En esto estuvieron tratando muchos días, en los cuales le aconsejaron al infante que procurase con diligencia matar á su sobrino, y muerto reinaría en paz. Admitió este consejo, y determinó el ir á Almería á matarle; y primero escribió á los Alfaquies de Almería lo que su sobrino había tratado con el rey D. Fernando, de lo cual les pesó, y le enviaron á decir que ellos darían entrada secretamente en Almería, que le viniese á prender ó matar. Vista esta respuesta por el infante, se partió con secreto llevando algunos caballeros consigo; y en llegando á Almería, los Alfaquies le entraron secretamente, y cercando la casa real procuró prender ó matar á su sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al rey Chico, y él escapó huyendo con algunos de los suyos, y se fué á tierra de cristianos. El infante quedó muy enojado por haberse escapado el so-

brino; pero allí en Almería halló un muchacho, sobrino suyo y hermano del rey Chico, y le hizo degollar, porque si el Chico moría pudiese él reinar sin que nadie se lo impidiera; pasado esto, se volvió á Granada, donde estuvo apoderado del Alhambra y ciudad y obedecido por rey del reino, aunque no del todo, porque todavía entendían que aquél no era su señor natural.

El rey Chico se fué adonde estaba el rey D. Fernando y la reina doña Isabel, y contó toda su tragedia, de todo lo cual pesó mucho á los cristianos reyes, y le dieron unas cartas al rey moro para el gobernador y capitán de todas las fronteras del reino de Granada, especialmente para Benavides, que estaba en Lorca con gente de guarnición; y dando al rey moro muy gran cantidad de dinero y otras cosas de valor, le envió á Vélez el Blanco, donde fué bien recibido él y los suyos; y asimismo en Vélez el Rubio, donde estaba un alcaide moro que se decía Alabez, y en Vélez el Blanco estaba un hermano suyo. Estando aquí el rey Chico entraba y salía en los reinos de Castilla á cosas que le cumplían, donde era de los cristianos favorecido por mandado del rey D. Fernando; y á este tiempo habían ganado los cristianos muchos lugares de Granada, así como Ronda, Marbella y otros pueblos comarcanos, Loja y sus contornos. El tío del rey Chico no se aseguraba un punto, porque tenía el reino tiranizado, y siempre procuraba la muerte del sobrino porque no reinase, y prometía muchas cosas á quien le matase con hierbas ó violentamente; y no faltaron cuatro moros codiciosos á las promesas que le dieron palabra de matar al rey Chico, y para la ejecución los envió con cartas para su sobrino, porque no se recelasen dellos, atento á que él no le hacía guerra, y que como de paz le enviaba aquel mensaje con blandas y cautelosas palabras, que decían así;

«Amado sobrino: no obstante las causas de las pa-

»sadas guerras que habemos tenido por el reino, sa-
 »biendo ya que verdaderamente es vuestro por una
 »cláusula del testamento de mi hermano, donde dice
 »que vos sois heredero dél, he acordado que seáis en-
 »tregado en la posesión dél, y le recibáis debajo de
 »vuestro amparo, como rey y señor dél, dándome un lu-
 »gar en que esté contento para pasar mi vida, que con
 »esto viviré gustoso; y mirad que os lo requiero de
 »parte de Dios Todopoderoso, y de Mahoma, su fiel men-
 »sajero, porque el reino de Granada se va perdiendo,
 »sin que en nada haya reparo. Por tanto, vistos estos
 »mis recados, vos venid á Granada muy seguro, como
 »rey y señor della. De todo lo pasado estoy muy arre-
 »pentido, y así espero el perdón de vos, como de mi se-
 »ñor y rey; y mirad que si tenemos división y guerras
 »civiles, el reino será perdido; y no viniendo á él, le
 »entregaré á vuestro hermano Muza, el cual lo tiene
 »por deseo de gobernar, y si él se apodera del reino, y
 »los grandes le juramos por rey, con dificultad será
 »desposeído. Cesó, y de Granada, etc.— *Wuley Abdalí.*»

Esta carta dió el infante á cuatro moros valientes y conjurados, para que en acabándosela de dar le mata- sen, y si no pudiesen buenamente salir con su intención, que se viniesen. No faltó quien diese aviso desto al rey Chico para que se guardase. Llegados los mensajeros á Vélez el Blanco, preguntaron al alcaide Alabez por el rey. Él respondió que allí estaba, y qué era lo que querían. «Traemos unos recados dei rey, su tío.» Alabez dijo: «¿cómo puede ser su tío rey, habiendo legítimo heredero en el reino?—Eso no sabemos nosotros, res- pondieron los mensajeros, más de que nos mandó venir con estos recados.—Pues dadme las cartas, dijo el al- caide, que vosotros no le podéis entrar á hablar.—No las podemos dar sino en sus manos, respondieron ellos.— Pues aguardad aquí, avisaré al rey, dijo Alabez»; y lo hizo, y dijo si los dejaría entrar ó no. El rey mandó que

los dejase entrar para oír su mensaje, y mandó á doce caballeros Zegríes y Gomeles que estuviesen prevenidos en su sala por si había alguna traición. Esto hecho, y el alcaide alistado de armas, volvió á los mensajeros, y les dijo que entrasen; y entrados donde estaba el rey, y viéndole que estaba tan acompañado, disimularon, y alargando la mano el un mensajero para darle al rey los despachos, se los quitó el alcaide y se los dió al rey; y abriendo la carta la leyó toda, y como estaba avisado de la traición, mandó luego que prendiesen á los mensajeros, y dándoles tormento confesaron la verdad, y fueron sentenciados á muerte, y los ahorcaron de las almenas del castillo; y el rey Chico respondió á su tío en una carta lo siguiente:

«El muy poderoso Dios, Criador del cielo y la tierra,
»no quiere que las maldades de los hombres estén ocul-
»tas, sino que á todos sean patentes, como ha hecho
»en haber descubierto tu maldad. Recibí tu carta, más
»llena de engaños que el caballo de los griegos. Ahora
»me prometes amistad, que estás harto de perseguirme,
»matando á mis familiares y caballeros que me seguían.
»Traigo por testigos desto á los de Almería que lo sa-
»bían, y á mi inocente hermano, que degollaste. No sé
»por cuál razón hiciste tal crueldad; mas yo confío en
»Dios que algún día me lo pagarás con tu cabeza, y los
»de Almería no quedarán sin castigo. El reino que tie-
»nes era de mi padre, y de derecho es mío; queréisme
»todos mal, porque trato con cristianos; bien sabéis que
»por comunicar con ellos labran los moros sus tierras,
»y tratan en sus mercaderías seguramente, los cuales
»no lo hacen estando debajo de tu dominio, contra toda
»razón. Avísote que algún día he de estar sobre tu ca-
»beza, y me pagarás la traición que contra mi padre
»cometiste, y la que á mí ahora querías hacer debajo
»de tus melosas palabras; pues sábete que adonde tú
»estás tengo quien me da aviso de tus traiciones. En-

»viaste cuatro mensajeros, tales como tú, para que
 »me diesen muerte, y pagaron su maldad, y confío que
 »tú pagarás la tuya. Las joyas que me enviaste las
 »quemé en pública plaza á vista de todos, recelándome
 »de tus traiciones. No sé por qué las usáis siendo de li-
 »naje de reyes y teniéndoos por tal; no más. De Vélez
 »el Blanco, etc.—*El rey de Granada natural.*»

Esta carta escrita la envió á Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su tío, el cual, como supo que á los mensajeros que él envió para matar á su sobrino los habían ahorcado habiendo confesado la traición, se halló muy confuso; mas disimulando, andaba cuidadoso y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano, y decía:

«No sé, amado hermano, cómo tu valor consiente
 »que un tirano, sin razón ni ley, tenga usurpado el rei-
 »no de nuestro padre y abuelos, y que me persiga y
 »tenga desterrado de lo que es mío. Si están mal con-
 »migo los Almoradíes y Marines por la muerte de los
 »Abencerrajes, quien fué la causa dello pagó la culpa,
 »y yo como rey usaba justicia. Si siendo cautivo traté
 »amistad con cristianos, fué por mi libertad y por el
 »bien de Granada, porque con el favor dellos las tierras
 »se labran. Poco hacía al caso pagar al rey tributo, de-
 »jando nuestro reino en paz. Ahora veo que va peor
 »teniendo Granada otro rey, porque los cristianos se
 »van apoderando del reino, y ensanchando el suyo. Por
 »Dios te ruego que pues tu valor es para todos bastan-
 »te, que tomes á tu cargo mi defensa por la honra de
 »ambos; y considera la ambición deste tirano, pues
 »derramó la sangre de nuestro inocente hermano.
 »Dame aviso de todo. De Vélez el Blanco, etc.—*Tu her-
 »mano el rey.*»

Así como Muza leyó la carta de su hermano, fué muy indignado contra su tío, especialmente por la muerte de su tierno hermano; y así luego enseñó la carta á sus ami-

gos los caballeros Alabeces, Almoradíes, Gazules, Venegas, Zegríes, Gomeles y Mazas, porque también eran amigos de su hermano; y habiendo visto por ella la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrajes, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la reina, acordaron entre todos los caballeros de escribir al rey Chico que viniese á Granada con secreto, y que entrase en el Albaicín por la puerta de Fajalauza, y que se entregaría de la fortaleza de Blo Albulut, antigua morada de los reyes, porque era alcaide della Muza. Aquesta carta fué enviada al rey Chico, el cual, como la leyó y vió la firma de su hermano Muza y de algunos caballeros, luego se dispuso para ir á Granada, y también porque se le iban los moros que tenía en su guarda y servicio, y le quedaban ya pocos; y así se partió y llegó una noche muy oscura á la puerta de Fajalauza con solos cuatro de á caballo, porque los demás se habían quedado apartados un poco atrás, y como llegó llamó á la puerta. Los guardas preguntaron quién era, y él dijo: «vuestro rey soy.» Luego le conocieron; y como estaban ya avisados de Muza que si viniese le diesen franca puerta, al punto le abrieron y entró con toda su gente. En sabiendo Muza su venida le fué á recibir, y le metió en la fuerza del Alcazaba. Aquella noche fué el rey á casa de algunos caballeros de los más principales del Albaicín á decirles su venida, y cómo era para cobrar su reino con su ayuda. Todos los caballeros le prometieron su favor; y habiendo visitado á los caballeros de consideración, se volvió al Alcazaba.

Al otro día por la mañana se supo por toda la ciudad de Granada la venida del rey Chico, y tomaron las armas para ofenderle como á rey. El rey viejo, su tío, que estaba en el Alhambra, como supo la venida de su sobrino el rey Chico, hizo armar mucha gente de la ciudad para pelear contra los del Albaicín, y entre unos y otros hubo una cruel batalla, en la cual murieron mu-

chos de ambas partes. De la parte del rey viejo eran Aldoradines, Marines, Alabeces, Bencerrajes y otros muchos caballeros. De la parte del rey Chico eran Zegríes, Gomeles, Mazas, Venegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines y otros muchos caballeros principales. Fué tan reñida aquesta refriega, que ninguna de las pasadas le llegó, porque hubo mucha mortandad y derramamiento de sangre. El valor de Muza, que seguía la parte de su hermano, era causa de que los de la ciudad lo pasasen peor, aunque ya les tenían aportillado el muro por tres ó cuatro partes; lo cual visto por el rey Chico, envió á gran prisa á pedir socorro á D. Fadrique, capitán general puesto por el rey D. Fernando, haciendo saber cómo estaba en el Albaicín en gran peligro, porque su tío le hacía cruel guerra. D. Fadrique le socorrió por mandado del rey Chico, y le envió mucha gente de guerra, arcabuceros todos, y por capitán dellos á Hernando Alabez, alcaide de Colomera. Con este socorro los moros se holgaron mucho, especialmente porque D. Fadrique les envió á decir que peleasen como varones fuertes por su rey, que era aquél, y que les daba palabra que seguramente podían salir á la Vega á sembrar y labrar sus tierras sin que nadie se lo estorbase. Con este favor tomaron grande ánimo los moros, y peleaban como leones con el ayuda de los cristianos, á los cuales no les faltaba nada de lo que habían menester. Estas batallas duraron cincuenta días, sin cesar de pelear de día y de noche, y después dellos se retiraron los de la ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los cristianos y de Muza; y el rey Chico reparó las murallas, y puso gran defensa para estar seguro. Los cristianos fueron muy bien tratados. Los moros del Albaicín salían á la Vega y á sus campos á labrar las tierras, todo lo cual fué causa para que casi los más siguiesen el bando del rey Chico; pero no por esto se dejaban las continuas batallas entre los de la

ciudad y Albaicín. Los moros de la ciudad tenían más trabajo, porque peleaban con los cristianos de las fronteras, y con los moros del Albaicín; de suerte que de continuo tenían guerra.

En este tiempo fué cercada Vélez Málaga por el rey D. Fernando. Los moros de Vélez enviaron á pedir socorro á los de Granada. Los Alfaquíes amonestaron y requirieron al rey viejo que fuese á favorecer á los moros de Vélez. El rey, cuando lo supo, se turbó, porque nunca imaginó que los cristianos osarían entrar tan adentro, y temióse salir de Granada, recelándose que en saliendo se alzaría su sobrino con la ciudad, y se apoderaría en el Alhambra. Los Alfaquíes le daban prisa, diciendo: «di, Muley, ¿de qué reino piensas ser rey, si todo lo dejas perder? Las sangrientas armas que sin piedad movéis en vuestro daño aquí en la ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando á los mismos naturales.» Estas cosas decían los Alfaquíes al rey, y predicando por las calles y plazas que era justo y conveniente cosa que Vélez Málaga fuese socorrida. Tanta era la persuasión de estos Alfaquíes, que al fin se determinó de ir á socorrer á Vélez Málaga; y habiendo llegado se puso en lo alto de una sierra, dando muestra de toda su gente. Los cristianos le acometieron, y no osó aguardar, sino se volvió huyendo él y su gente, y dejaban los campos por donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huir á la ligera. El rey se fué á Almuñécar, y de allí á la ciudad de Almería y Guadix. Todos los demás moros se tornaron á Granada, donde sabiendo los Alfaquíes y caballeros lo poco que había hecho el rey en aquella jornada, y que como cobarde había huído, llamaron al rey Chico, y le entregaron el Alhambra, y le alzaron por su rey, á pesar de los caballeros Almoradíes y Marines y de todos los demás de su bando, que eran muchos, aunque es verdad que los de la parte del rey Chico eran más

y todos muy principales. Habiendo entregado al rey Chico la Alhambra y todas las demás fuerzas, en las cuales puso gente de confianza, los moros le suplicaron pidiese al rey D. Fernando seguro para que la Vega se sembrase; y así lo envió á suplicar, y que todos los lugares de moros que estaban fronteros de los lugares de cristianos que le obedeciesen á él, y no á su tío, y que para ello les daría seguro de que pudiesen sembrar y tratar en Granada segura y libremente. Todo lo cual le otorgaron los Reyes Católicos por ayudarle; y así el rey cristiano escribió á los lugares de los moros que obedeciesen al rey Chico, pues era su rey natural, y no á su tío; y que él les daba seguro de no hacerles ningún mal ni daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los moros con este seguro lo hicieron así, y asimismo escribió el rey cristiano á todos los capitanes de las fronteras que no hiciesen mal á los moros fronterizos; lo cual cumplieron, y los moros andaban muy alegres y contentos, y dieron la obediencia al rey Chico. El rey Chico, habiendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus ciudadanos y aldeanos, mandó cortar las cabezas á cuatro caballeros Almoradíes que le habían sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas y civiles guerras por entonces. Y porque la intención del moro cronista no fué tratar de la guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro della, y de las guerras civiles que en ella hubo, no pongo aquí la guerra, sino el nombre de los lugares que se rindieron tomada la ciudad de Vélez Málaga, que son éstos:

Bentomiz, la villa de Comares, Dompera, la villa del Cestillo, Guadalta, Jaraz, Cavilla, Rubir, Pitargies, Lucas, Jaranca, Almejía, Mainete, Venaquer, Camillas, Alebonache, Canillas de Albaidas, Narija, Benicoran, Cafis, Buenas, Alborada, Alcuchavia, Alhitan, Daimas, Algorgi, Morgaza, Machara, Albomaila, Benadaliz, Cimbochillas, Predilipe, Beiros, Sinarax, Ha-

jar, Corterrojas, Alhacaquel, Almería, Aprina, Aletín.

Estos lugares de Alpujarra se dieron á los Reyes Católicos, de lo cual les pesaba á los moros de Granada, teniendo tan gran recelo de perderse, como los demás lugares se habían perdido. Pues vengamos ahora al propósito: después de haber rendido á Vélez Málaga, los pusieron en tanto aprieto, que les faltó el mantenimiento y muchas municiones de guerra; de suerte que estaban para darse. Los moros de Guadix, sabido este negocio, lo sintieron mucho, y los Alfaquíes le rogaron al rey viejo que fuese á socorrer á Málaga, como lo hizo con mucha gente. El rey Chico supo deste socorro de su tío, y mandó juntar mucha gente de á pie y de á caballo, y fué Muza por capitán dellos para que les impidiese el paso y los desbaratase; y así lo hizo, que les aguardó y salió al encuentro, y trabaron una cruel batalla, en la cual fueron muertos gran parte de los de Guadix, y los demás huyeron, volviéndose á su tierra admirados del valeroso Muza y de los suyos. Luego el rey Chico escribió al rey D. Fernando todo lo que había pasado con los moros de Guadix que iban al socorro de Málaga, de lo cual se alegró el Rey Católico, y se lo agradeció, y le envió un rico presente, y el rey Chico envió al rey D. Fernando un presente de caballos, muy riquísimamente enjaezados, y á la reina envió paños de seda y perfumes. Los reyes cristianos escribieron á los capitanes y alcaides fronteros de Granada y sus lugares le diesen favor al rey Chico contra su tío, y que no hiciesen mal ni daño á los moros ni tratasen de Granada que fuesen á sembrar ó á labrar sus tierras. El rey de Granada envió á decir al rey D. Fernando que tenía noticia cómo los moros de Málaga no tenían bastimentos; que les impidiese que por mar ni por tierra les entrasen, y que se rendirían sin falta. Finalmente, dieron los cristianos tan gran batería á los cercados, que fué ganada Málaga y su distrito; y pues-

ta buena guardia en Málaga y su costa, recibieron los Reyes Católicos una carta de Granada, enviada por los caballeros Alabeces, Gazules y Almoradines, la cual decía así:

«Muy poderosos señores: los días pasados hicimos
»saber á vuestras majestades los caballeros Alabeces,
»Gazules, Almoradines y otros muchos desta ciudad
»de Granada, que somos de un bando del cual es tam-
»bién Muza, cómo queríamos ser cristianos y entregar
»este reino á vuestras reales personas; y pues se ha
»dado fin glorioso á las cosas del Andalucía, se puede
»empezar la conquista deste reino por la parte de Mur-
»cia, que es cierto que los alcaides de las fronteras y del
»río de Almanzor se entregarán luego sin defenderse,
»porque así está tratado entre nosotros; y siendo gana-
»da Almería y su río, que es el más dificultoso, y Baza,
»se puede cercar á Granada; que te damos fe, como ca-
»balleros, de hacer tanto en tu servicio, que Granada
»se entregue á pesar de todos los que en ella viven. Mu-
»za, en nombre de los vasallos arriba contenidos, besa
»vuestras reales manos, etc. De Granada.»

Escrita esta carta, fué enviada al rey D. Fernando, el cual, como entendió las razones y viendo cómo los caballeros Abencerrajes que andaban en su servicio procedían también como lo habían escrito, luego se puso en camino para Valencia y allí hizo Cortes; y con el grande deseo que tenía de acabar del todo aquel reino, se vino á la ciudad de Murcia, y allí fué discurrido cómo había de entrar por la parte de Vera y Almería; y resuelto en lo que había de hacer, se fué á la villa de Lorca, para desde allí entrar en el reino de Granada. Fueron de la ciudad de Murcia con el rey D. Fernando muchos caballeros muy principales, los cuales será bien declarar, porque su valor y proezas lo merecían, aunque no se nombrarán todos.

Fueron Fajardos, caballeros de claro linaje, Albor-

noces, Ayalas, Giles, Galeros, Carrillos, Clavillos, Guzmanes, Riquelmes, Avellanedas, Villaseñores, Comences, Ralones, Pereas, Fontes, Avalos, Valcárceles, Pachecos, Moncadas, Monzones, Guevaras, Melgarejos, Torrecillas, Llamas, Salares, Eustreros, Andosillas, Loaisas, Iufrentes, Sayavedras, Hermasillas, Pelozones, Balboas, Viloas, Alarcones, Laras, Fauras, Zambranas, Cascales, Sotos, Sotomayor, Puxmarines, Varribreas, Paralexas, Saurines, Lázaros, Vorias, Peñaveleros, Escamoz, Dotos y Rosales, Jereces, Gómez, Mulas, Darines, Alburquerque, Loritas, Ponces de León, otros Guevaras, Cisones, Manchirones, Leones, otros Ponces de León, Cildranes, Rosiquies, Tomases, Tizonas, Paganes, Cernales, Alemanes, Rodas, Pineros, Hurtados. De la villa de Mula, Jerez de Avila y Gitar, Leivas, Correllas, Mazas, Melgárez. De Lorca salieron Moratas, Portales, Cozorlas, Pérez de Tudela, Mutados, Quiñoneros, Pineros, Falconetes, Mateos, Rendones, Marcelas, Burgos, Alcázares, Romanes.

Finalmente, destos lugares referidos, Murcia, Lorca y Mula, salieron todos estos caballeros hijosdalgo en servicio del rey D. Fernando contra los moros del reino de Granada, y otros muchos que no se refieren por evitar prolijidad; los cuales mostraron bien el valor de sus personas en todas las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dejó el rey en Santa María una custodia de oro y una cruz de cristal guarnecida de oro fino. Pues habiendo puesto el rey toda su gente en muy buena orden, se partió á Vera, en la cual estaba por alcaide un valiente moro, hijo del valiente Alabez que murió preso en Lorca. Llamábase también Alabez; no menos valiente que el otro, el cual, como supo la venida del rey D. Fernando, luego se dispuso á entregarle la ciudad y fuerza, porque estaba tratado por cartas. Y así, llegando el rey á una fuente que llaman del Pulpi, salió el alcaide Alabez á recibirle, y le entregó las lla-

ves de la ciudad de Vera y de su fuerza. El rey entró en la ciudad, y se apoderó della, y puso otro alcaide, y á Alabez hizo muchas mercedes. No había sino seis días que estaba en Vera el rey, cuando se le entregaron los lugares siguientes: Vera, Antas, Lorín, Sorbas, Teresa, Cabrera, Sotena, Cricantocia, Las Cuevas, Portilla, Obera, Zurgena, Guércar, Vélez el Blanco, Turbe, Mojácar, Uleyla del Campo, Cuerbro, Tabernas, Ynox, Albreas, el Box, Santo Perar, Huéscar, Cijola, Pataloba, Finis, Albanábez, Inmeytin, Ventiagla, Vélez el Rubio, Tirieza, Jiquena, Purjena, Cúllar, Benamantel, Castilleja, Orce, Galera, Utreza, Armuña, Bayarque, Sierto, Filabares, Vacares, Durca; y sin éstos, otros muchos lugares del río de Almanzor.

Los tres Alabeces suplicaron al Católico Rey que los mandase bautizar; conviene á saber: Alabez, alcaide de Vera; Alabez, alcaide de Vélez el Rubio, y Alabez, alcaide de Vélez el Blanco. El rey se holgó mucho dello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el Obispo de Plasencia; y del alcaide de Vera fué padrino D. Juan Chacón, adelantado de Murcia, y del alcaide de Vélez el Rubio lo fué un principal caballero llamado D. Juan de Avalos, hombre de grande valor, y muy estimado del rey por su grande bondad. Este Avalos fué alcaide de la villa de Cuéllar, y él y otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Pérez de Hita, pelearon con los moros de Baza, que cercaron la villa de Cuéllar tan bravamente, que jamás se vió en tan pocos cristianos tan brava resistencia; y al fin los moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta batalla escribe Hernando del Pulgar, cronista del rey D. Fernando. Del nombre deste alcaide Avalos se llamó el alcaide de Vélez el Rubio D. Pedro de Avalos, á quien el rey D. Fernando hizo muy grandes mercedes por su valor, y le dió y otorgó grandes privilegios, en que pudiese traer armas y tener oficios nobles

en la república. Del alcaide de Vélez el Blanco, hermano del que hemos dicho, fué padrino un caballero llamado D. Fadrique. De aquestos tres famosos alcaides hay hoy día deudos, en especial de Avalos. Desta suerte se iban tornando cristianos algunos de los más principales alcaides destos lugares, entregándoseles sin pensar.

Siendo el rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de irse á Almería por ver su asiento y ponerla cerco, dando lugar á los moros que se habían dado para que los que quisiesen se fuesen á Africa ó adonde les pareciese, y que los que quisiesen estar quedos que se estuviesen. Con esto el rey fué á Almería, donde tuvieron con los moros encuentros. Partióse de Almería el rey, dejando el cerco para después; y asimismo lo hizo en Baza, después de haber bien reconocido y visto dónde podía poner sitio y real. Tuvo con los moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos dellos; allí hizo D. Juan Chacón cosas memorables. Levantóse el real y fué á Huéscar, la cual se dió luego. Aquí mandó el rey despedir la gente de guerra, y él se fué á Caravaca á adorar la Santa Cruz que allá está, y de allí se partió á Murcia, donde estaba la reina doña Isabel, y descansó aquel año.

En este tiempo hubo grandes rebeliones en los lugares que se habían dado; pero el rey D. Fernando los apaciguó enviando gente de guerra que los aquietase. El año siguiente puso cerco el rey D. Fernando á la ciudad de Baza, donde hubo muchas escaramuzas y batallas entre moros y cristianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al rey viejo, que estaba retirado en Guadix, y al rey Chico de Granada; mas éste no quiso darla ningun socorro. El rey viejo envió bastimentos y gente de guerra á Baza. Muchos moros de Granada comenzaron á alborotar la ciudad; y visto que el rey della no quiso dar favor á

los de Baza, decían que los cristianos ganaban el reino y no eran socorridos los moros, y que era mal hecho, y así se salían muchos moros secretamente al socorro de Baza. El rey Chico, enojado contra los que alborotaban la ciudad, mandó hacer pesquisa dellos, y sabido les hizo cortar la cabeza. Al fin Baza se dió, y Almería y Guadix, porque el rey viejo las entregó. El rey D. Fernando le dió ciertas villas en recompensa; pero á pocos días se pasó á Africa. Así como se dieron las tres ciudades dichas, no hubo villa, lugar ni fortaleza que no se diese al Rey Católico; de suerte que todo el reino estaba aprisionado, salvo la ciudad de Granada; y así será bien dar fin á las guerras civiles, y tratar del rey della.

Ya dijimos cómo fué prisionero el rey Chico de Granada por el alcaide de los Donceles D. Diego Fernández de Córdoba, señor de Lucena, y por el conde de Cabra; y cómo el rey D. Fernando le dió libertad, con condición que el moro le había de dar cierto tributo. Otrosí: entre estos dos reyes fué concertado que acabado de ganar á Guadix, Baza y Almería y todo lo demás del reino, el rey Chico le había de entregar al rey don Fernando la ciudad de Granada y Alhambra, con el Alcazaba y Albaicín, Torres Bermejas y castillo de Bibatambién, con todas las demás fuerzas de la ciudad; y que el rey D. Fernando le había de dar al rey moro la ciudad de Purchena y otros lugares en que estuviese, para que con las rentas dellos viviese hasta su fin. Pues habiendo el rey cristiano ganado á Baza, Guadix y Almería, con todo lo demás, luego envió sus mensajeros al rey moro que le entregase á Granada y fuerzas della, como estaba puesto en el concierto y trato, y que él le daría á Purchena y los lugares prometidos. A esto respondió el rey moro que estaba arrepentido del trato hecho; que aquella ciudad era muy grande y populosa y llena de gente, naturales y extranjeros, de los que ha-

bían escapado de todas las ciudades ganadas, y que había diversos pareceres sobre la entrega de la ciudad, y aun se comenzaban nuevos escándalos en ella, y que aunque los cristianos se apoderasen de la ciudad, que no la podrían sojuzgar; por tanto, que su alteza pidiese dobladas parias y tributo, que lo pagaría, y que no le pidiese á Granada, que no se la podía dar, y que le perdonase. Con aquesta respuesta se enojó el rey D. Fernando en ver que le quebraba la palabra, y tornó á replicarle que tenía determinado de darle á Purchena y otros lugares; y que pues le faltaba de su promesa, no le daría sino otros pueblos no tan buenos; y que pues decía que la ciudad de Granada no podía ser sojuzgada, que él se avendría con la gente, y que siendo entregado en las fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaría con facilidad, y que si no le entregaba la ciudad le harían cruel guerra.

Turbado el moro de la resolución del rey cristiano, juntó todos sus consejos, con los cuales comunicó aquel caso, y sobre ello hubo grandes pareceres. Los Zegríes decían que no hiciese tal, ni por imaginación, ni quitase las armas. Los Gomeles y Mazas estuvieron de aqueste parecer. Los Venegas, Aldoradines, Gazules y Alabeces que determinaban ser cristianos, decían que el rey D. Fernando pedía justicia, pues estaba así concertado; y ya que debajo de aquel concierto el rey D. Fernando les había dado lugar de cultivar sus haciendas y labores, y á los mercaderes para entrar y salir en los reinos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, que ahora no era justo hacer otra cosa; que no era de rey quebrar la palabra, pues el cristiano no la había quebrado. Los Almoradíes decían que no convenía darle al rey D. Fernando nada de lo que pedía; que si él había dado lugar á los moros para cultivar sus labores, también ellos no habían corrido los campos de las fronteras; que también ellos gozaban de

aquella paz y concierto, y así como los moros, y mejor. Toda la demás gente de guerra fué deste parecer, y le fué respondido al Rey Católico que no había lugar á lo que pedía. Vista la respuesta del rey moro, y que venían á correr la tierra de los cristianos, mandó el rey D. Fernando reforzar y guarnecer todas las fronteras, y proveerlas de bastimentos y municiones, con intento de poner cerco á Granada el verano siguiente, y así se fué á Segovia á invernar.

CAPÍTULO XVII

En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundación de Santa Fe.

El verano siguiente vino el rey D. Fernando á Córdoba, y allí tuvo ciertas escaramuzas con los moros de Granada, y quitó el cerco de Salobreña, que tenían los moros en aprieto. Hecho esto, se fué á Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Volvió á Córdoba, y de allí vino á la Vega de Granada, y destruyó todo el valle de Alhendín, y mataron los cristianos muchos moros y quemaron nueve aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegríes á manos de los cristianos Abencerrajes, y un Zegrí escapó huyendo á darle esta mala nueva al rey moro. El rey D. Fernando puso su real en la misma Vega, donde estaba prevenido todo lo necesario, y puso toda su gente en escuadrón formado con todas sus banderas tendidas y su real estandarte, en el cual llevaba por divisa un Cristo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegrí al rey se hizo este romance:

Mensajeros han entrado
Al rey Chico de Granada;
Entran por la puerta Elvira,
Y paran en el Alhambra.
Ese que primero llega
Mahoma Zegrí se llama;
Herido viene en un brazo
De una muy mala lanzada.
Y así como hubo llegado,
Desta manera le habla,
Con el rostro demudado
De color muy fría y blanca:
«Nuevas te traigo, señor,

Y una muy mala embajada.
 Por ese fresco Genil
 Mucha gente viene armada;
 Sus banderas traen tendidas,
 Puestas á son de batalla,
 Un estandarte dorado
 En el cual viene bordada
 Una muy hermosa Cruz,
 Que más relumbra que plata,
 Y un Cristo crucificado
 Traía por cada banda.

El general desta gente
 El rey Fernando se llama;
 Todos hacen juramento
 En la imagen figurada,
 De no salir de la Vega
 Hasta rendir á Granada.

Y con esta gente viene
 Una reina muy preciada,
 Llamada doña Isabel,
 De grande nobleza y fama.

Veisme aquí, herido vengo
 Ahora de una batalla,
 Que entre cristianos y moros
 En la Vega fué trabada.

Treinta Zegrís quedan muertos,
 Pasados por el espada
 De cristianos Bencerrajes
 Con braveza no pensada.

Perdóname por Dios, rey,
 Que no puedo dar el habla,
 Que me siento desmayado
 De la sangre que me falta.»

Estas palabras diciendo
 El Zegrí, allí se desmaya;
 Desto quedó triste el rey,
 Que no pudo hablar palabra.

Otros cantaron este romance de otra manera; y porque no se le hace agravio al que le compuso, lo pondremos aquí, aunque los romances tienen un mismo sentido, y dice así:

Al rey Chico de Granada
 Mensajeros le han entrado;

Entran por la puerta Elvira
Y en el Alhambra han parado.

Este que primero llega
Es un Zegrí muy nombrado,
Con una marlota negra,
Señal de luto mostrando,

Las rodillas por el suelo,
Desta manera ha hablado:

«Nuevas te traigo, señor,
De dolor en sumo grado.

Por ese fresco Genil
Un campo viene marchando,
Todo de lucida gente;
Sus armas van relumbrando.

Las banderas van tendidas,
Y un estandarte dorado;
El general desta gente
Es el invicto Fernando.

En el estandarte trae
Un Cristo crucificado;
Todos hacen juramento
Morir por el figurado,

Y no salir de la Vega,
Ni volver atrás un paso,
Hasta ganar á Granada
Y tenerla á su mandado.

Y también viene la reina,
Mujer del rey don Fernando,
La cual tiene tanto esfuerzo
Que anima á cualquier soldado.

Yo vengo herido, buen rey,
Un brazo tengo pasado,
Y un escuadrón de tus moros
Ha sido desbaratado.

Todo el campo de Alhendín
Queda roto y saqueado.»
Estas palabras diciendo,
Cayó el Zegrí desmayado.

Mucho lo siente el rey moro;
Del gran dolor ha llorado,
Al Zegrí quitan de allí
Y á su casa le han llevado.

Dejando ahora los romances, y tornando á lo que
hace al caso de nuestra historia, el rey D. Fernando

asentó su real y le fortificó con muy gran discreción y conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un lugar, en cuatro partes partido, quedando en cruz; el cual tenía cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hízose esta población entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó un cuartel á su cargo. Fué cercado de un firme baluarte todo de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecía una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada; siendo una cosa muy de ver, que no parecía sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro día por la mañana, cuando los moros vieron aquel lugar hecho y tan cerca de Granada todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey D. Fernando, como vió acabado aquel lugar, y con tan gran perfección, le hizo ciudad, y le puso por nombre Santa Fe, y la dotó de muchas franquezas y privilegios, de los cuales hoy día goza. Y porque esta ciudad se hizo desta suerte, se compuso este romance antiguo, que dice así:

Cercada está Santa Fe,
Con mucho lienzo encerado,
Al derredor muchas tiendas
De seda, oro y brocado.

Donde están duques y condes,
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes,
Que lleva el rey don Fernando.

Todos de valor crecido,
Como ya lo habréis notado
En la guerra que se ha hecho
En el granadino Estado.

Cuando á las nueve del día
Un moro se ha demostrado
Sobre un caballo negro
De blancas manchas manchado;

Cortados ambos hocicos,
Porque le tiene enseñado
El moro que con sus dientes
Despedace á los cristianos.

El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado;
Debajo de esta librea
Traía un muy fuerte jaco;

Una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Una adarga hecha en Fez
De un ante rico extremado.

Aqueste perro con befa
En la cola del caballo
La sagrada *Ave María*
Llevaba, haciendo escarnio.

Llegando junto á las tiendas
De esta manera ha hablado:
«¿Cuál será aquel caballero
Que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste campo?

Salga uno, salgan dos,
Salgan tres, ó salgan cuatro;
El alcaide de los Donceles
Salga, que es hombre afamado.

Salga ese conde de Cabra,
En guerra experimentado;
Salga Gonzalo Fernández,
Que es en Córdoba nombrado;

O si no Martín Galindo,
Que es valeroso soldado;
Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado;

O el bravo don Manuel
Ponce de León llamado,
Aquel que sacara el guante
Que por industria fué echado
Donde estaban los leones,
Y él lo sacó muy osado.

Y si no salen aquestos,
Salga el mismo rey Fernando,
Que le daré á entender
Si tengo valor sobrado.»

Los caballeros del rey
Todos están escuchando;
Cada uno pretendía
Salir con el moro al campo.

Garcilaso estaba allí,

Mozo gallardo, esforzado;
Licencia le pide al rey
Para salir al pagano.

«Garcilaso, sois muy mozo
Para emprender este caso;
Otros hay en el real
A quien poder encargarlo.»

Garcilaso se despide
Muy confuso y enojado,
Por no tener la licencia
Que al rey le había demandado;

Pero muy secretamente
Garcilaso se había armado,
Y en un caballo morcillo
Salídose había al campo.

Nadie le ha conocido,
Porque sale disfrazado;
Fuese donde estaba el moro,
Y desta suerte le ha hablado:

«Agora verás tú, moro,
Si tiene el rey don Fernando
Caballeros valerosos
Que salgan contigo al campo.

Yo soy el menor de todos,
Y vengo por su mandado.»
El moro, cuando le vido,
En poco le había estimado,
Y díjole desta suerte:

«Yo no estoy acostumbrado
A hacer batalla campal
Sino con hombres barbados.

Vuélvete, rapaz, le dice,
Y venga el más estimado.»

Garcilaso se enojó,
Puso piernas al caballo,

Arremetió para el moro,
Y un grande encuentro le ha dado.

El moro, que aquesto vido,
Revuelve así como un rayo;

Comienza la escaramuza
Con un furor muy sobrado;
Garcilaso, aunque era mozo,
Muy gran valor ha mostrado.

Dióle al moro una lanzada
Que el pecho le ha atravesado,

Y el moro cayera muerto;
Tendido le había en el campo.
Garcilaso con presteza
Del caballo se ha apeado;
Cortárale la cabeza,
Y en el arzón la ha colgado.
Quitóle el *Ave María*
De la cola del caballo,
E hincando ambas rodillas,
Con devoción la ha besado,
Y en la punta de la lanza
Por bandera la ha colgado;
Subió en su caballo luego,
Y el del moro había tomado.
Cargado destos despojos
Al real se había tornado,
Donde están todos los grandes,
También el rey don Fernando.
Todos tienen en grandeza
Aquel hecho señalado;
También el rey y la reina
Mucho se han maravillado,
Por ser Garcilaso mozo,
Y haber hecho un tan gran caso;
Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el rey y la reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el rey le mandó poner en sus armas las letras del *Ave María*, con justa razón, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salían á tener escaramuzas con los cristianos en la Vega, en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre. Los valerosos Abencerrajes cristianos suplicaron al rey que les diese licencia para hacer un desafío con los Zegríes. El rey, conociendo su bondad y valor, se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero D. Diego Fernández de Córdoba, alcaide de

los Donceles. Hecho el desafío, los moros Zegríes salieron fuera de la ciudad. El desafío se hizo de cincuenta á cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegríes muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada y plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrajes salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color; en sus adargas su acostumbrada divisa, salvajes que desquijaraban leones, y otros un mundo que le deshacía un salvaje con un bastón. Desta forma salió también el valeroso alcaide de los Donceles; y llegándose los unos á los otros, uno de los caballeros Abencerrajes les dijo á los Zegríes: «hoy ha de ser el día, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin, y pagarnos la deuda que nos debéis, causa de vuestra malicia y envidia.» A lo cual replicaron los Zegríes que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto, se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el rey de ver y todos los demás del real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas; tanto, que fué parte su bondad para que los Zegríes fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demás puestos en huída. Los Abencerrajes los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso á los Zegríes en grande quebranto, y al mismo rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido.

Otro día siguiente la reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y así, acompañada del rey y de los grandes y gente de guerra, se fué á un lugar llamado la Zubia, que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la hermosura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas del Alhambra; miraba los labrados y costo-

sos olivares; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcazaba y Albaicín, con todas las demás torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima reina, y deseaba verse dentro y tenerla ya por suya. Mandó la reina que aquel día no hubiese escaramuza; mas no se pudo excusar, porque sabiendo que estaba allí la reina, quisieron darla pesadumbre, y así salieron de Granada más de mil moros y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco á poco y se acabó muy de veras y á gran prisa, porque los cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron más de cuatrocientos dellos, y cautivaron más de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma. Este día mataron á casi todos los Zegríes; también esta pérdida sintió el rey de Granada, porque fué mucha. La reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto á Granada y su asiento.

En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la reina Sultana; y como entraron en Granada con ellas, y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habían habido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos las habían hallado en lo más espeso del soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habían hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la reina Sultana, y fué él también allá, y mostrando las marlotas á la reina, dijo: «señora, ¿no son éstas las propias marlotas de los caballeros que os libraron de la muerte?» La reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran.

«Pues ¿qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las hayan hallado?—No sé qué pueda ser, dijo la reina.» Luego sospecharon que los Zegríes y Gomeles los habían muerto, y que no podía ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba á los Alabeces y Venegas, Aldoradines y Almoradíes, los cuales por aquel respecto trataron mal de palabra á los Zegríes que quedaban, y á los Gomeles y Mazas; éstos, como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendían su partido, y sobre ello se revolvió entre dichos linajes de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada, que hartó tuvo el rey y los Alfaquíes que apaciguar, y decían los Alfaquíes: «¿qué hacéis, caballeros de Granada? ¿Por qué volvéis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos á las puertas de la ciudad? Mirad que lo que ellos habían de hacer, hacéis vosotros. Mirad que nos perdemos, y no es tiempo de andar en divisiones.» Tan buenas razones dijeron los Alfaquíes, y tanto hizo el rey y otros caballeros, que todo este escándalo fué apaciguado con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano rey, viendo armada de nuevo aquella división entre las más principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendían, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al rey D. Fernando; y un día estando á solas con el rey su hermano, le habló desta manera:

«Muy mal lo has mirado, hermano Abdalí, en haber quebrado la palabra que le diste al rey cristiano, y no es trato de rey faltar en lo que propone. Veamos ahora cómo te puedes conservar en esta ciudad, que te ha quedado sola de tu reino. Bastimentos van faltando, puesta en división, no olvidados los rencores contra ti por la muerte de los Abencerrajes, por su destierro tan sin ocasión y por la deshonra que hiciste á tu

mujer la reina, que aunque fué bien vengada, los Almoradíes y Marines, sus parientes, te tienen un odio mortal; no quisiste recibir jamás de mí ningún consejo, que si lo admitieras no vinieras al estado miserable en que estás puesto, no teniendo socorro ninguno para resistir la pujanza grande del rey cristiano. Y así, ¿qué determinas hacer? ¿No hablas? ¿Por qué no me respondes? De mi voto, si no te quieres perder de todo punto, entrega al rey D. Fernando esta ciudad, pues que te da en qué y con qué vivas tú y tus siervos. No lo indignes más; cumple la palabra con voluntad, si no quieres que á tu pesar te la haga cumplir. Adviértote que están determinados los más principales caballeros de Granada de irse á servir al Rey Católico, ó darte muy cruel guerra; y si quieres saber quiénes son, has de saber que los Alabeces y Gazules, Aldoradines y Venegas, Azarques y Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tú conoces muy bien, y yo el primero, queremos ser cristianos y servir al rey D. Fernando. Por tanto, consuélate, y mira que si estos que te digo te faltan, ¿qué harás, aunque sea en tu favor todo lo restante de la ciudad? Porque todos estos quieren guardar sus haciendas y no quieren ver su amada patria destruída y saqueada, ni sus reales, banderas y estandartes rotos con violencia no vista, y ellos esclavos, divididos por diversas partes de los reinos de Castilla. Muévete á hacer lo que te digo; mira con cuánta piedad y misericordia el rey D. Fernando ha tratado á los pueblos del reino, dejándoles vivir con libertad en sus propias casas y haciendas, pagando lo mismo que á ti te pagaban, y que traigan sus ropas y vestidos, y hablen la lengua y vivan en su ley.▶

Muy admirado y confuso se halló el rey con las razones que su hermano Muza decía y con la libertad con que le hablaba; y dando un doloroso suspiro, viendo que de todo punto le convenía dar su ciudad bella,

porque no tenía reparo de hacer otra cosa; considerando que todos los caballeros querían ser de la parte del Rey Católico, y su mismo hermano con ellos; y considerando que si no entregaba la ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, así de robos como de forzar á las doncellas y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las ciudades que rinden, le dijo á su hermano que estaba de parecer de darle ayuda y ponerse en las manos del rey D. Fernando. Y para la ejecución dello le dijo á Muza que llamase y juntase todos los caballeros y linajes que estaban de aquel parecer, lo cual hizo luego el capitán Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darían al victorioso rey D. Fernando á Granada. Todos los que estaban allí, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, Azarques, Alarifes y otros muchos caballeros deste bando, dijeron que la ciudad se entregase; mandando luego tocar sus trompetas y añafles, al cual son se juntaron todos los caballeros; y cuando el rey Chico los vió juntos, les contó lo que estaba tratado entre él y su hermano, que por dolerse de la ciudad y no verla por el suelo, se la quería entregar al rey cristiano.

En la ciudad, alborotada por esto, daban diferentes votos unos de otros: los unos decían que no se diese la ciudad; otros que sí, porque era bien para toda la ciudad; otros decían que anduviese la guerra, y que les vendría socorro de Africa; otros que no vendría. En estos dares y tomares estuvieron treinta días, al cabo de los cuales fué entre todos determinado de dar la ciudad y ponerse á la misericordia del rey D. Fernando; con condición que todos los que quisiesen vivir en su ley quedasen con sus haciendas, trajes y lenguaje, así como habían quedado todas las demás ciudades, villas y lugares que al rey cristiano se le habían entregado. Acordado esto desta manera, fueron á hablar al rey

D. Fernando sobre ello; y los que fueron á tratarlo eran Alabeces, Aldoradines, Gazules, Venegas, y Muza por cabeza de todos; los cuales salieron de la ciudad y fueron á Santa Fe, donde estaba el rey D. Fernando, acompañado de los grandes de Castilla; el cual, como vió venir tan grande escuadrón, mandó que el real se aperciese por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabía lo que se trataba en Granada. Llegaron al real los granadinos caballeros, se apearon y entraron en Santa Fe, y fueron al alojamiento real. Eran Muza, Malique Alabez, Aldoradín y Gazul, los cuales llevaban comisión de tratar este negocio. Todos los demás caballeros moros quedaron fuera del real, paseándose y hablando con los demás caballeros, admirados de ver tanta braveza y apercebimiento de guerra, y de ver aquel fuerte real y su asiento. Finalmente, los comisarios moros hablaron con el rey, y Aldoradín, caballero muy estimado, dijo lo siguiente:

«No las sangrientas armas ni el belicoso son de
»acordadas trompetas y retumbantes cajas, ni arras-
»tradas banderas, ni muerte de varones ínclitos, invic-
»to y poderoso Rey Católico, han sido parte para que
»nuestra ciudad de Granada viniese á entregarse, y
»dar y abatir sus reales pendones, sino la fama de tu
»soberana virtud y misericordia, que de ordinario usas
»con tus súbditos, lo cual es muy manifiesto á todos;
»y confiados en que nosotros los moradores de la ciu-
»dad de Granada no seremos menos tratados ni honra-
»dos que los demás que á tu grandeza se han dado,
»nos venimos á poner en tus reales manos, para que
»de nosotros y de todos los de la ciudad hagas tu vo-
»luntad, como de humildes vasallos; y desde ahora
»prometemos de darte á Granada y todas sus fuer-
»zas, para que de la ciudad y dellos dispongas á tu
»voluntad, y el rey besa tus reales pies y manos y
»pide perdón de haber faltado á la palabra y juramento

»dado; y porque tu grandeza vea ser esto así, toma
»una carta suya, la cual me mandó que pusiese en tus
»reales manos.»

Diciendo esto, hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al rey D. Fernando, y recibéndola con mucho contento la abrió, y leída, entendió el rey ser así lo que Aldoradín le había dicho, y que su alteza fuese á Granada y tomase posesión de la ciudad y del Alhambra.

El Aldoradín pasó adelante con su plática, diciendo: «las condiciones arriba dichas son, que los moros que quisiesen ir al África se fuesen libres, y que los que se quisiesen quedar que les dejasen sus bienes, y que los que quisiesen vivir en su ley, viviesen, y trajesen su hábito y hablasen su lengua.»

Todo lo cual les otorgó el rey D. Fernando muy alegremente; y así los cristianos reyes de Castilla y de Aragón, D. Fernando y doña Isabel, fueron con gran parte de su gente á Granada, dejando su real á muy buen recaudo; y día de los reyes, en 30 días de Diciembre, les fué á los Reyes Católicos entregada la fuerza del Alhambra; á 2 días del mes de Enero la reina doña Isabel y su corte, con toda la gente de guerra, partió de Santa Fe á Granada, y en un cerro que estaba junto á ella se puso á mirar la hermosura de la ciudad, aguardando que se hiciese la entrega de ella. El rey D. Fernando, también acompañado de sus grandes de Castilla, se puso por la parte de Genil, adonde salió el rey moro, y en llegando le entregó las llaves de la ciudad y de las fuerzas, y se quería apearse para besarle los pies. El rey D. Fernando no consintió que hiciese lo uno ni lo otro. Finalmente, el moro le besó la mano y le entregó las llaves, las cuales dió el rey al conde de Tendilla, por haberle hecho merced de la alcaidía, porque la tenía bien merecida; y así entraron en la ciudad y subieron al Alhambra, y encima de la torre de Comares, tan

famosa, se levantó la señal de la Santa Cruz, y luego el estandarte de los Católicos Reyes; y los dos reyes de armas dijeron en altas voces: *viva el rey D. Fernando, por él, y por la reina doña Isabel, su mujer*. La católica y serenísima reina, que vió la señal de la Santa Cruz encima de la torre de Comares, y su estandarte real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos dió infinitas gracias á Dios por la feliz victoria que había ganado contra aquella populosa ciudad de Granada. La música de la capilla del rey cantó luego: *Te Deum laudamus*. Fué tan grande el placer de todos, que lloraban.

Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de bélicas trompetas, pífanos y cajas. Los moros amigos del rey D. Fernando, que querían ser cristianos, y cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzainas y añafilas, sonando gran ruido de tambores por toda la ciudad. Los caballeros moros que habemos dicho, en aquella noche jugaron galanamente alcancías y cañas, las cuales se holgaron de ver los dos cristianos reyes. Había tantas luminarias, y tantas fiestas y regocijos aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro cronista que aquel día de la entrega de la ciudad, el rey moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es que pasando el rey moro un río, los moros que iban á la par dél le cubrieron los pies, lo cual el rey no quiso consentir. La otra costumbre es que subiendo el rey alguna escalera, los zapatos que se descalza, ó pantuflos, al pie della, los más principales que van con él se los suplen; lo cual el rey moro no quiso consentir aquel día. Y así como llegó á su casa el rey moro, que era el Alcazaba, comenzó á llorar lo que había perdido; al cual llanto le dijo su madre que pues no había sido para defenderla, hacía bien llorarla.

Todos los grandes de Castilla le fueron á besar las manos al rey D. Fernando y á la reina doña Isabel, y á jurarlos por reyes de Granada y su reino. Los Católi-

cos Reyes hicieron muchas mercedes á todos los caballeros que se habían hallado en la conquista de Granada. Entregada la ciudad, fueron puestas todas las armas de los moros en el Alhambra. Acabado de dar asiento en las cosas de Granada, mandó el rey D. Fernando que á los caballeros Abencerrajes se les volviesen todas sus casas y haciendas, y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Reduan, Sarraçino y Abenámar, los cuales habían servido en la guerra muy bien y con grande fidelidad. Muza y Celima se volvieron cristianos, y los casó el rey, y les dió grandes haberes. La reina Sultana fué á besar las manos á los Reyes Católicos, los cuales la recibieron benigna y amorosamente, y dijo que quería ser cristiana; y así la bautizó el nuevo Arzobispo, y la puso por nombre doña Isabel de Granada. Casóla el rey con un principal caballero, y le dió en dote dos lugares. A todos los Alabeces y Gazules el rey les hizo grandes mercedes, especialmente á Malique Alabez, que se llamó D. Juan Alabez, y el mismo rey fué padrino suyo, y de Aldoradín, al cual llamó de su propio nombre Fernando Aldoradín. El rey mandó que si quedaban Zegríes, que no viniesen á Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrajes. Los Gomeles se fueron á Africa, y el rey Chico con ellos, que no quiso estar en España, aunque le habían dado á Purchena en que viviese, y en el África le mataron los moros de aquellas partes porque perdió á Granada.

Nuestro moro cronista nos advierte de una cosa, y es que los caballeros llamados Mazas, que no era éste su propio nombre, sino Abembices. Deste nombre Abembiz hubo dos linajes en Granada, y no bien puestos los unos con los otros, porque cada uno decía ser de más claro linaje que el otro. Sucedió que el bando de aquellos Abembices, en tiempo del rey de Castilla D. Juan I, tuvieron una batalla en la Vega de Granada

con los cristianos, y de los cristianos se llamaba el capitán y alférez, que era su hermano, D. Pedro Maza. Decían ser estos caballeros del reino de Aragón y de Valencia, y que esta sangrienta batalla fué muy reñida; de manera que los capitanes de ambas partes murieron; asimismo los alféreces, y los estandartes fueron trocados; que el de los moros llevaron los cristianos, y los moros se llevaron el de los cristianos, y fueron cautivos así de una parte como de otra; y respecto de aquella cruel batalla por la memoria della, en Granada, diciendo ó nombrando los Abembices, respondían los Mazas ó los otros. De manera que fueron llamados los Abembices Mazas, y se quedaron con aquel nombre.

El rey D. Fernando les dió á los caballeros Venegas muy grandes mercedes y privilegios, como que pudiesen traer armas; asimismo á los Alabeces y Aldoradines. La hermosa reina, que ser solía llamada doña Isabel de Granada, siendo casada, como ya hemos dicho, dió libertad á su criada Esperanza de Hita, y muchas y muy ricas joyas y la envió á Mula, de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos días después de tomada Granada fué hallada una cueva de armas, de la cual se hizo grande pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando de Pulgar, cronista de los Católicos Reyes, y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la reina, porque dello se guardó el secreto; y si algo destas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ello, por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos Reyes y de más gravedad. Nuestro moro cronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas, la que envió á D. Juan Chacón y la respuesta que le envió; que así él pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quiénes fue-

ron hasta ahora. Visto por el cronista perdido el reino de Granada, se fué á África y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo; allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no menos hábil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío, llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á D. Rodrigo Ponce de León, conde de Bailén. Y por saber lo que contenía, y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese en castellano, y después el conde me hizo merced de dármelo.

Y pues ya hemos acabado de decir todas las guerras civiles, y los bandos de los Zegríes y Abencerrajes, diremos alguna cosa de D. Alonso de Aguilar, y cómo le mataron los moros en Sierra-Bermeja, con algunos romances de su historia, y daremos fin á los amores de Gazul y Lindaraja. Así como bautizaron á Gazul, y habiéndole hecho el rey merced, pidió licencia para ir á Sanlúcar, y dióselo. Partiósese luego, y llegó con brevedad, con el deseo que tenía de ver á su señora, y le hizo saber con un paje su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos celos, y no quiso oír al paje, de lo cual le pesó á Gazul; y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el alcaide de allí las había ordenado por la paz de los reinos, quiso ir á jugarlas para mostrar su valor; y así un día se puso muy galán, la librea blanca, morada y verde, y las plumas de lo mismo, llenas de argentería de oro y plata, el caballo enjaezado de lo mismo; y antes de partirse fué por la calle de Lindaraja por verla, y él llegaba á sus ventanas cuando la dama salía á un balcón. Gazul, que la vió, lleno de alegría y contento picó al caballo, y llegando junto al balcón le hizo arrodillar y poner la boca

en el suelo, así como aquel que le tenía enseñado en aquello para aquella hora. Comenzó á hablar, diciendo: «qué le mandaba para Gelves, que iba allí á jugar cañas, y que con haberla visto llevaba esperanza de que le iría bien en aquella jornada » La dama le respondió: «que á la dama que servía le pidiese favores, que á ella no había para qué, que no cuidase de engañar á nadie»; y diciendo esto, echándole muchas maldiciones, se quitó del balcón y cerró la ventana con gran furia. Gazul, viendo aquel gran disfavor de su dama, arremetió el caballo á la pared; y así hizo la lanza pedazos y se volvió á su casa, y se desnudó para no ir á las cañas. No faltó quien le diese noticia desto á Lindaraja, la cual estaba arrepentida de lo que había hecho, y así con un paje envió á llamar á Gazul para que se viese con ella en un huerto que ella tenía. Gazul, lleno de alegre esperanza, vino á su llamado, y se vió con ella en aquel jardín, donde ella le dió disculpas, y pidió perdón de lo hecho, y se casaron los dos; y para que fuese á jugar cañas á Gelves, ella le dió muy ricas empresas, y por esto se dice este romance:

Por la plaza de Sanlúcar
Galán paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiérese partir el moro
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su alcaide
Por las paces de los reyes.
Adora á una Abencerraje,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Zegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla,
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes;
Al cabo una hora de noche,
De esperanzas impacientes,

Vióla venir al balcón,
Haciendo los años breves.

Arremetió su caballo,
Viendo aquel sol que amanece,
Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.

Con voz turbada la dice:

«No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.

Allá me llevan sin alma
Obligación y parientes;
Volveráme mi cuidado,
Por ver si de mí le tienes.

Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarda, acompaña y esfuerce.»

Celosa está Lindaraja,
Que de celos grandes muere
De Zaida, la de Jerez,
Porque su Gazul la quiere;

Y de esto la han informado,
Que por ella ardiendo muere;
Y así á Gazul le responde:

«Si en la guerra te sucede,

Como mi alma desea,
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar
Tan ufano como sueles,
A los ojos que te adoran,
Y á los que más te aborrecen.

Y plegue Alah que en las cañas
Los enemigos que tienes,
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes.

Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceles,
Porque si quieres vengarte,
Acabas, y no te vengues.

Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros dellos salgas,
Cuando á servir damas entres.

Y que en lugar de llorarte

Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se alegren.»

Piensa Gazul que se burla,
Que es propio del inocente;
Y alzándose en los estribos,
Tomarle la mano quiere.

«Miente, la dice, señora,
El moro que me revuelve,
A quien estas maldiciones
Le vengan porque me vengue.

Mi alma aborrece á Zaida;
De que la amé se arrepiente:
Malditos sean los años
Que la serví por mi suerte.

Dejóme á mí por un moro
Más rico de pobres bienes.»
Esto, que oye Lindaraja,
Aquí la paciencia pierde.

A este tiempo pasó un paje
Con sus caballos jinetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar
La tomó, y fuerte arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las mismas paredes.

Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes en leonados,
Para entrar leonado en Gelves.

Ya contamos cómo habiendo pasado aquestas palabras entre Lindaraja y Gazul, ella se quitó del balcón muy enojada y confusa, y dió con su mano á las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsideradamente; mas después, siendo dello arrepentida, como aquella que amaba de todo corazón á Gazul, y sabiendo cómo desesperadamente había trocado sus aderezos verdes, azules y blancos, en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dijo; enviándole á llamar, que le esperaba en su jardín, trató

con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse al dicho juego de cañas á Gelves ricas preseas por su memoria. Y desto se hizo este romance, que dice así:

Adornado de preseas
De la bella Lindaraja,
Se parte el fuerte Gazul
A Gelves á jugar cañas.

Cuatro caballos jinetes
Lleva cubiertos de galas,
Con mil cifras de oro fino
Que dicen: *Abencerraja*.

Cada librea de Gazul
Era azul, blanca y morada,
Los penachos de lo mismo
Con una pluma encarnada.

De costosa argentería
De fino oro y fina plata,
Pone el oro en lo morado,
La plata en lo rojo esmalta.

Un salvaje por divisa
Lleva en medio de la adarga,
Que desquijara un león;
Divisa hermosa y usada

De nobles Abencerrajes,
Que fueron flor de Granada,
De todos bien conocida
Y de muchos estimada.

Llevaba el fuerte Gazul,
Por respeto de su dama,
Que de Abencerrajes era,
A quien por extremo amaba,

Una letra en lengua mora
Que dice: *Nadie la iguala*.
De aquesta suerte Gazul
De Gelves entró en la plaza.

Con treinta de su cuadrilla,
Que así concertado estaba,
De una librea vestidos
Que admira á quien los miraba;

Y una divisa sacaron
Que ninguno discrepaba,
Sino fué sólo Gazul

En las cifras que llevaba.

Al son de los añafles
El juego se comenzaba,
Tan trabado y tan revuelto
Que parece una batalla.

Mas el bando de Gazul
En todo lleva ventaja;
El moro caña no tira
Que no aportille una adarga.

Míranlo mil damas moras
De balcones y ventanas;
También lo estaba mirando
La hermosa mora Zaida;

La cual dicen de Jerez
Que en las fiestas se hallara;
Vestida va de leonado
Por el luto que llevaba

Por su esposo tan querido,
Que el bravo Gazul matara.
Zaida bien le reconoce
En el tirar de la caña.

Acuérdase en su memoria
De aquellas cosas pasadas,
Cuando Gazul la servía
Y ella le fué tan ingrata.

Muy mal pagó sus servicios,
Y lo mucho que él la amaba;
Siente tanto dolor de esto,
Que allí cayó desmayada.

Y al cabo que volvió en sí,
Su criada la hablara:

«¿Qué es esto, señora mía?
¿Por qué causa te desmayas?»

Zaida respondiera así,
Con voz muy baja y turbada:
«Advierte bien aquel moro
Que arrojó ahora la caña.

Aquel se llama Gazul,
Cuya fama es bien nombrada;
Seis años fuí dél servida,
Sin de mí alcanzar nada.

Aquel mató á mi marido,
Y de ello yo fuí la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.

Holgara que me quisiera,
 Pero no me estima en nada;
 Adora á una Abencerraje,
 Por quien vivo desmayada.»

En esto se acabó el juego,
 Y la fiesta aquí se acaba;
 Gazul se parte á Sanlúcar
 Con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad y fortaleza de Gazul, y cuán bien lo había hecho en el juego de cañas; y de su valor quedaron muchas damas amarteladas, y se holgaran de ser amadas de tan buen caballero. Llegado Gazul á Sanlúcar, luego fué á ver á su dama Lindaraja, la cual no se holgó poco de su venida; y preguntándole muy por extenso todo lo que en Gelves había pasado, el enamorado Gazul la satisfizo de todo con mucha alegría, contándola cuán bien le había ido en aquel viaje; y por esto se hizo el siguiente romance:

De honor y trofeos lleno,
 Más que el gran Marte lo ha sido;
 El valeroso Gazul
 De Gelves había venido.

Vínose para Sanlúcar,
 Donde fué bien recibido
 De su dama Lindaraja,
 De la cual es muy querido.

Estando ambos á dos
 En un jardín muy florido,
 Con amorosos regalos
 Siendo cada cual servido;

Lindaraja aficionada
 Una guirnalda ha tejido
 De clavellinas y rosas,
 Y de un alelí escogido.

Cercada de violetas,
 Flor que de amantes ha sido,
 Se la puso en la cabeza
 A Gazul, y así le ha dicho:

«Nunca fuera Ganimedes
 De rostro tan escogido:

Si el gran Júpiter te viera,
El te llevara consigo.»

El fuerte Gazul la abraza,
Diciéndola con un riso:

«No pudo ser tan hermosa
La que el Troyano ha escogido;
Por la cual se perdió Troya,
Y en fuego se había encendido,
Como tú, señora mía,
Vencedora de Cupido.»

«Si yo hermosa te parezco,
Gazul, cástate conmigo,
Pues que me diste la fe,
Que serías mi marido.»
«Pláceme, dice Gazul,
Pues yo gano en tal partido.»

Estas y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraja y su amante Gazul; y así ordenaron de casarse, y Gazul se la pidió á su tío, en cuyo poder estaba Lindaraja. El tío se holgó mucho, por ser Gazul principal y valiente; y así se celebraron las bodas, y fueron muy costosas, y se hallaron en ella muchos caballeros cristianos y moros, porque vinieron de Granada los cristianos Gazules, Abencerrajes y Venegas. También vino Daraja, hermana de Lindaraja, y su marido Zulema, que eran ya cristianos y muy queridos del Rey Católico, y hubo toros, cañas y sortija. Duraron estas fiestas dos meses, al cabo de los cuales todos los caballeros que habían venido de Granada se volvieron, llevando consigo á los desposados, los cuales en llegando fueron á besar las manos á los Reyes Católicos, de lo que holgaron mucho en verlos, y mandaron que todos los bienes del padre de Lindaraja se los entregasen á Gazul y su esposa. Tornóse cristiana Lindaraja, y llamóse doña Juana; él se llamó D. Pedro Gazul cuando le bautizaron.

En esta historia de Gazul se quedó por poner otro romance que era primero que el de Sanlúcar; mas por

no estar bueno, y no haberle entendido el autor que le hizo, se puso al principio, porque no causara confusión; y porque no quede con aquella ignorancia, diremos la verdad del caso. El romance que digo es aquel que dice: *Sale la estrella de Venus*, y el que le compuso no entendió la historia, porque no tuvo razón de decir que se casaba Zaida, hija del alcaide de Jerez, con el alcaide de Sevilla y su fuerza, porque el Gazul que mató al desposado de Zaida no fué en tiempo que Jerez ni Sevilla eran de moros, sino en tiempo de los Reyes Católicos, como se prueba por aquel verso del romance de Sanlúcar, cuando dice: *Reliquia de los valientes*, pues en este tiempo ya habían ganado los cristianos á Sevilla y Jerez. Mas hase de entender desta manera el romance y su historia: Zaida la de Jerez era nieta ó biznieta de los alcaides de allí, siendo Jerez tomada de cristianos, y quedando los moros en pleitesía, gozando de sus libertades, lengua y hábito, y viviendo en su secta, siendo los cristianos señores de la ciudad y fortaleza. Lo mismo fué en Sevilla, que aquel moro rico que dice el romance que se casaba con Zaida, por ser alcaide en Sevilla; no porque lo era él, sino su abuelo, y el moro vivía en Sevilla con los demás que en ella quedaron, y entre todos se trató el casamiento que dice el romance.

Pues viniendo al caso, Gazul servía á Zaida en tiempo que se trató el casamiento con el moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendía, porque sabía Zaida que sus padres no querían casarla con él, sino con el sevillano, por tener algún deudo con él, y por ser más rico que Gazul; y por eso no le favorecía, aunque le amaba de secreto, y no lo manifestaba por no dar disgusto á sus padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una noche en cierta zambra que se hacía en la casa de Zaida se halló Gazul, porque entonces había licencia para entrar de paz los moros en las tie-

rras de los cristianos á tratar ó á hablar con los demás moros que estaban en ellas. Pues como se halló allí, danzó la zambra con Zaida; y estando danzando asidos de las manos, como es costumbre en aquel baile, no pudo refrenarse Gazul tanto con el demasiado amor que á Zaida tenía, que al tiempo que acabó de danzar no la abrazase estrechamente; lo cual visto por el moro sevillano, así como un león, lleno y ciego de cólera, puso mano á su alfanje y fué á herir á Gazul, el cual se puso en defensa, y aun hubiera ofendido muy mal al desposado si no fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zaida por esta ocasión, sus padres della se enojaron mucho con Gazul y le dijeron que se fuese á su casa. Gazul, sin replicar en cosa alguna, se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo y lugar oportuno; y sabiendo cuándo se desposaba Zaida, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subió en un muy buen caballo, y partió de Medinasidonia para Jerez, y entró al anocheecer, cuando salían Zaida y su desposado, acompañados de muchos caballeros, así cristianos como moros, de su casa, para ir á otra donde se habían de celebrar las bodas; lo cual visto por Gazul, rabioso de celos y de cólera, echó mano á un estoque y embistió con el desposado y le dió una estocada, de la cual quedó muerto. Admirados los circunstantes de la tal hazaña, no sabían qué hacer ni qué decir, salvo los parientes del muerto y los de Zaida, que acometieron á Gazul para matarle, diciendo: «muera el traidor»; pero el valiente Gazul se defendió de todos, hiriendo á algunos dellos, sin que á él le ofendiesen, y así escapó de todos juntos. Por la muerte de Zaide, y por este hecho se dijo este romance que sigue, el cual se había de poner primero que los ya dichos de Gazul; mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aquí, diciendo desta manera:

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge.

Y con ella un fuerte moro,
Semejante á Rodamonte,
Sale de Sidonia armado;
De Jerez la Vega corre,
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
Santa María del Puerto
Recibe famoso nombre.

Desesperado camina,
Que aunque es de linaje noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro, feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del Alcázar y la torre.

Quejábase grandemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la Vega
Con el eco le responde:

«Zaida, dice, más airada
Que el mar que las nubes sorbe,
Más dura é inexorable
Que las entrañas de un monte;
¿Cómo permites, cruel,
Después de tantos favores,
Que de prendas que son mías
Ajena mano se adorne?»

¿Es posible que te abrazas
A las cortezas de un roble,
Y dejas el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?

Dejas á un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
¡Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones!

Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores;
Y das la mano á Alabenzaide,
Que aun apenas le conoces.

Alah permita, enemiga,

Que te aborrezca y le adores,
 Que por celos de él suspires,
 Y por ausencia le llores;
 Y en la cama le fastidies,
 Y que en la mesa le enojés,
 Y que de noche no duermas,
 Y de día no reposes;
 Ni en las zambras, ni en las fiestas
 No se vista tus colores,
 Ni el almaizar que le labres,
 Ni la manga que le bordes;
 Y se ponga el de su amiga
 Con la cifra de su nombre,
 Y para verle en las cañas
 No consienta que te asomes
 A la puerta ni ventana,
 Para que más te alborotes;
 Y si le has de aborrecer,
 Que largos años le goces;
 Y si mucho le quisieres,
 De verle muerto te asombres,
 Que es la mayor maldición
 Que te pueden dar los hombres.
 Y plegue Alah que te enfade
 Cuando la mano le tomes.»
 Con esto llegó á Jerez
 A la mitad de la noche;
 Halló el palacio cubierto
 De luminarias y voces;
 Y los moros fronterizos
 Que por todas partes corren
 Con mil hachas encendidas,
 Y sus libreas conformes,
 Delante del desposado
 En los estribos se ponen;
 Que también anda á caballo
 Por honra de aquella noche.
 Arrojándole una lanza,
 De parte á parte pasóle.
 Alborotóse la plaza;
 Desnuda el moro su estoque,
 Y por en medio de todos
 Para Medina volvióse.

No hay cosa tan rabiosa como es el mal de celos, y

así están las escrituras llenas de casos acontecidos y desastrados por los celos; y con verdad dicen los que dellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia; esto nace de los amantes que son mal considerados: si no, mírese por Zaida la de Jerez, que después de seis años de amores, y de otros dares y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente le olvidó, y se casó con Zaide de Sevilla, por ser rico, y que Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas, que eran diversas; porque Gazul, aunque no era rico, era noble de linaje, muy valiente y gentilhombre, como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tuviese hacienda que valía más de treinta mil doblas, y muy emparentado en Granada, y todos los de su linaje eran muy ricos y estimados; mas porque el moro Zaide era de mayor riqueza le escogió por su marido. Malhaya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles 'muy buenas ocasiones por no ser ricos, como ahora tenemos ejemplo en Gazul, que le desecharon, porque decían que no era tan rico como Zaide, según parece por el romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zaida olvidase á Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el cual tiempo no podría ignorar Zaida su necesidad, y no podía ser perfecto amor si fuera fundado en interés, porque por eso pintan á Cupido desnudo; que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo punto de materia de interés; porque si allí, como entre verdaderos amantes, de dos voluntades y de dos almas hacen una por la obediencia que el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haber la misma conformidad; y así digo que no es posible sino que por causa de sus padres ó deudos dejó Zaida á Gazul, y así parece por aquel romance que trata del juego de cañas de Gelves, donde ella confesó á su criada querer á Gazul; por donde se colige que la casaron contra

su voluntad. Este romance dicho y su principio va fuera del blanco de la historia; y ahora, salvo paz de su autor, va enmendado, declarando fielmente la historia, porque verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los Reyes Católicos, y Sevilla y Jerez ya eran de cristianos; Sevilla ganada por el rey D. Fernando el tercero, y Jerez por el rey D. Alonso XI; y así no faltó otro poeta que compusiese otro romance por el mismo tema y no tan intrincado como el pasado; el cual dice así:

No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano,
Que llamaron rey de Argel,
Y de Zarza intitulado,
Salió por su Doralice
Contra el fuerte Mandricardo,
Como salió el buen Gazul
De Sidonia aderezado
Para emprender un hecho,
Tal, que nunca se ha intentado;
Y para aquesto se adorna
De jacerina y de jaco,
Y al lado puesto un estoque
Que de Fez le fué enviado,
Muy fino y de duro temple,
Que le forjara un cristiano
Que allá estaba en Fez cautivo,
Porque del rey era esclavo;
Más le estimaba Gazul
Que á Granada y su reinado.
Sobre las armas se pone
Un alquicel leonado:
Lanza no quiere llevar
Por ir más disimulado.
Pártese para Jerez,
Do lleva puesto el cuidado;
Toda la vega atropella,
Corriendo con su caballo.
Vadeando pasó el río
Que Guadalete es llamado,
El que da famoso nombre
Al puerto antiguo nombrado

Que dicen Santa María
De este nuestro mar hispano.
Así como pasó el río,
Más aprieta á su caballo
Para llegar á Jerez,
Ni muy tarde ni temprano;
Porque se casa su Zaida
Con un moro sevillano,
Por ser rico y poderoso,
Y en Sevilla emparentado,
Y biznieto de un alcaide
Que fué en Sevilla nombrado
Del Alcázar y la torre;
Moro valiente, esforzado;
Pues de casarla con éste
A su Zaida habían tratado;
Mas aqueste casamiento
Caro al moro le ha costado,
Porque el valiente Gazul
A Jerez había llegado.

A dos horas de la noche,
Que así lo tiene acordado,
Junto á la casa de Zaida
Se puso disimulado.

Pensando está qué haría
En un caso tan pesado;
Determina entrar adentro
Por matar al desposado.

Ya que á esto está resuelto,
Vido salir muy despacio
Mucha caterva de gente
Con mil hachas alumbrando.

Su Zaida venía en medio
Con su esposo de la mano,
Que los llevan los padrinos
A desposar á otro cabo.

El buen Gazul, que los vido,
Con ánimo alborotado,
Como si fuera un león
Se había encolerizado.

Mas refrenando la ira
Se acercó con su caballo,
Por acertar en su intento,
Y en nada salir errado;
Y aguarda llegue la gente

Donde él estaba parado;
 Y como llegaron junto,
 A su estoque puso mano,
 Y en alta voz que le oyeran,
 De esta manera ha hablado:
 «No pienses gozar de Zaida,
 Moro bajo, vil, villano;
 No me tengas por traidor,
 Pues que te aviso y te hablo;
 Pon mano á tu cimitarra,
 Si presumes de esforzado.»
 Estas palabras diciendo,
 Un golpe le había tirado
 De una estocada cruel,
 Que le pasó al otro lado.
 Muerto cayó el triste moro
 De aquel golpe desastrado;
 Todos dicen: *¡muera, muera*
Hombre que ha hecho tal daño!
 El buen Gazul se defiende,
 Nadie se llega á enojarlo;
 De esta manera Gazul
 Se escapa con su caballo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados de lo que Gazul hizo, y algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado; y visto que no podían ofender á Gazul por ir á caballo y por ser valiente, alzaron el cuerpo del moro ya difunto, y le volvieron á casa de Zaida, haciendo grandes llantos sus parientes y ella; la cual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado esposo, y no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que sería posible que el enamorado Gazul tornaría á servirla como solía, y que se casaría con ella; lo cual sucedió muy diferentemente. La mañana venidera fué enterrado el difunto con mucha pompa, no sin faltar llanto de una parte y de otra. Los parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por vía de justicia, porque de otra suerte no tenían remedio. Pues volviendo á Gazul, así como vió cumplido el

fin de su deseo y juramento, como desesperado se fué á Granada, donde tenía su hacienda y parientes; mas á pocos días llegado, le fué puesta acusación criminal delante del rey sobre la muerte del sevillano moro, que también se llamaba Zaide. Mucho le pesó al rey de la acusación, porque amaba mucho á Gazul por su valor; mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusadores. Finalmente, el mismo rey puso la mano en este caso, y con él otros caballeros de los más principales de Granada; y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul en dos mil doblas para las partes, y así fué libre deste negocio.

En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraja, y se dió á servirla, como ya hemos dicho, y ella le quiso bien; y acerca della, Gazul y Reduan tuvieron aquella batalla que se ha contado. Finalmente, por respeto de Muza, Reduan se apartó de sus amores con Lindaraja, y quedó por Gazul, el cual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrajes, donde fué muerto el padre de Lindaraja; y por esto ella se salió de Granada como desterrada, y se fué á Sanlúcar, y con ella Gazul y otros amigos suyos. Estando en Sanlúcar estos dos amantes, se hablaban y visitaban con gran contento. Después, como el rey D. Fernando cercó á Granada, fué Gazul llamado de sus parientes para que se hallase con ellos en el tratado, que se había de hacer con el rey de Granada para que al rey cristiano se le entregase la ciudad. Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dijo á Lindaraja los amores de Gazul y Zaida, y la muerte que le dió á su esposo; y aun la dijeron que Gazul estaba en aquella sazón en Jerez, y no en Granada, de lo cual Lindaraja recibió mucha pena y mortales celos en su ánima; y fué la causa principal que Lindaraja se mostró cruel á Gazul cuando volvió de Granada á Sanlúcar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraja, estaba muy confuso por no saber la causa de aque-

llos desdenes, y pretendió hablarla para satisfacerla; pero ella no quiso escucharle, mostrándose cruel. A esta sazón se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas; fué enviado á él Gazul, para lo cual se puso tan galán como habemos dicho. Antes de ir á Gelves quiso verla y hablarla; hablándola pasó lo atrás referido, y como dijimos fueron á Granada. Zaida se halló burlada, porque siempre entendió que Gazul volvería á pretenderla; y cuando supo que se había casado, le aborrecía, y dicen que se casó Zaida con un primo hermano de Gazul, que era muy rico y estimado, y vivía en Granada, y mediante esto cesó el rencor.

Pues dejándolo á un lado, y volviendo á nuestra historia, que todavía hay que decir, á pocos días se rebelaron los lugares de la Alpujarra; por lo cual convino que el rey D. Fernando mandase juntar á todos sus capitanes, y estando juntos les dijo: «bien sabéis cómo Dios Nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesión de Granada y su reino, con tanta costa y trabajo nuestro. Ahora parece que no temiendo nuestro castigo se han rebelado los lugares de la sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, ¿cuál se determina á ir á emprender esta hazaña, y poner mis reales pendones encima de las Alpujarras, que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará la honra?» Con esto dió fin á sus razones el rey, aguardando respuesta de alguno de los capitanes; todos los cuales se miraban unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el capitán D. Alonso de Aguilar que todos estaban suspensos y nadie respondía, se levantó haciendo la reverencia debida, y dijo: «esa empresa, católica majestad, confirmada está para mí, porque la reina me la tiene prometida.» Admirados quedaron todos los demás caballeros de la aceptación de D. Alonso, con la cual el rey también se holgó mucho. Luego á otro día

mandó que se le diesen á D. Alonso mil infantes, todos escogidos, y quinientos hombres de á caballo. Entendió el rey y los de su consejo que con aquella gente habría harto para tornar á apaciguar aquellos pueblos levantados y rebeldes. D. Alonso de Aguilar, acompañado de muchos caballeros deudos y amigos suyos, que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partió de Granada y comenzó á subir la sierra.

Los moros, así que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercebieron para defenderse, y tomaron todos los pasos más estrechos y angostos del camino, para impedir á los cristianos la subida. Después, marchando D. Alonso con su escuadrón y metidos por los caminos más estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron á los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abajo, con lo que hacían muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban á muchos. La gente de á caballo fué desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningún efecto, y allí murieron muchos dellos. Visto por D. Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destrucción total de los infantes, á grandes voces animaba su gente, subiendo todavía; pero ningún provecho se les seguía desto, porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fué tal la matanza, que cuando D. Alonso llegó á lo alto no tenía quién le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos y mal heridos; y en la cumbre de la sierra, en un llano que había, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos que en breve tiempo mataron á los cansados cristianos; y el último fué D. Alonso, habiendo mostrado el valor de su animoso corazón, pues cuando él murió había muerto más de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey D. Fernando de la pérdida de D. Alonso de Aguilar y su gente; lo cual fué muy sen-

tido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente romance:

Estando el rey don Fernando
En conquista de Granada,
Donde están duques y condes,
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España;
Después de haberla ganado,
A sus capitanes llama;

De que los tuviera juntos
Desta manera les habla:

«¿Cuál de vosotros, amigos,
Irá á la sierra mañana
A poner el mi pendón
Encima del Alpujarra?»

Míranse unos á otros,
Y el sí ninguno le daba;
Que la ida es peligrosa,
Y dudosa la tornada.

Y con el temor que tienen,
A todos tiembla la barba,
Si no fuera á don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.

Levantóse en pie ante el rey;
Desta manera le habla:

«Aquesta empresa, señor,
Para mí estaba guardada;

Que mi señora la reina
Ya me la tiene mandada.»

Alegróse mucho el rey
Por la oferta que le daba.

Aun no era amanecido,
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de á caballo,
Y mil infantes llevaba.

Comenzó á subir la sierra
Que llamaban la Nevada;
Los moros cuando los vieron
Ordenaron gran batalla,

Y entre ramblas y mil cuevas
Se pusieron en parada.

La batalla se comienza

Muy cruel y ensangrentada,

Porque los moros son muchos,
Tienen la cuesta ganada;
Aquí la caballería
No podía pelear nada;

Y así con grandes peñascos
Fué en un punto destrozada;
Los que escaparon de aquí
Vuelven huyendo á Granada.

Don Alonso y sus infantiles
Subieron una llanada,
Aunque quedan muchos muertos
En una rambla y cañada.

Tantos cargan de los moros,
Que á los cristianos mataban;
Sólo queda don Alonso,
Su campaña es acabada.

Pelea como un león;
Pero no le aprovechaba,
Porque los moros son muchos,
Y ningún vagar le daban.

En mil partes está herido,
No puede mover la espada;
Por la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya;
Al fin cayó muerto en tierra,
A Dios rindiendo su alma.

No se tiene por buen moro
El que no le da lanzada;
Lo llevaron á un lugar
Que es Oxijerán nombrada.

Allí lo vienen á ver
Como á cosa señalada;
Míranle moros y moras,
Y de su muerte se holgaban.

Llorábale una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criara.

A las palabras que dice
Cualquiera moro lloraba:
«Don Alonso, don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
Pues te mataron los moros,
Los moros del Alpujarra.»

Este fin lastimoso tuvo D. Alonso de Aguilar. Ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances, porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra Nevada; otro poeta que hizo el romance de río Verde dice que fué la batalla en Sierra Bermeja. No sé cuál elija; el lector puede hacer esta elección, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra; aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra Bermeja, y así lo declara un romance que dice así:

Río Verde, río Verde,
Tinto vas en sangre viva;
Entre ti y Sierra Bermeja
Murió gran caballería.
Murieron duques y condes,
Señores de gran valía;
Allí muriera Urdiales,
Hombre de valor y estima.
Huyendo va Sayavedra
Por una ladera arriba;
Tras él iba un renegado
Que muy bien le conocía.
Con algazara muy grande
Desta manera decía:
«Date, date, Sayavedra,
Que muy bien te conocía.
Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres,
Y á tu mujer doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
Y me diste mala vida;
Ahora lo serás mío,
O me ha de costar la vida.»
Sayavedra, que lo oyera,
Como un león revolvía;
Tiróle el moro un cuadrillo,
Y por alto hizo la vía.
Sayavedra con su espada
Duramente le hería;

Cayó muerto el renegado
De aquella grande herida.

Cercaron á Sayavedra
Más de mil moros que había;
Hiciércnle mil pedazos
Con saña que dél tenían.

Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla le hacían;
El caballo le habían muerto;
Por muralla le tenía,

Y arrimado á un gran peñón
Con valor se defendía.

Muchos moros tiene muertos;
Mas muy poco le valía,

Porque sobre él cargan muchos,
Y le dan grandes heridas;
Tantas, que allí cayó muerto
Entre la gente enemiga.

También el conde de Ureña,
Mal herido en demasía,

Se sale de la batalla
Llevado por una guía,

Que sabía bien la senda
Que de la sierra salía;
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentía.

También algunos se escapan,
Que al buen conde le seguían;

Don Alonso quedó muerto,
Recobrando nueva vida

Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentía.

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de D. Alonso de Aguilar fué en Sierra Bermeja, alumbrados de los cronistas reales, habiendo visto el romance pasado, no faltó un poeta que hizo otro nuevo, que dice así:

Río Verde, río Verde,
¡Cuánto cuerpo en ti se baña
De cristianos y de moros,
Muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas

De roja sangre se esmaltan;
Entre moros y cristianos
Muy gran batalla se traba.

Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva;
Murió gente de valía
De la nobleza de España.

En ti murió don Alonso,
Que de Aguilar se llamaba;
El valeroso Urdiales
Con don Alonso acababa.

Por una ladera arriba
El buen Sayavedra marcha;
Natural es de Sevilla,
De la gente más granada:

Tras él iba un renegado,
Desta manera le habla:

«Date, date, Sayavedra,
No huyas de la batalla;

Yo te conozco muy bien,
Gran tiempo estuve en tu casa,
Y en la plaza de Sevilla
Bien te vide jugar cañas;

Conozco á tu padre y madre,
Y á tu mujer doña Clara;
Siete años fuí tu cautivo,
Malamente me tratabas;

Y ahora lo serás mío,
Si Mahoma me ayudara,
Y también te trataré
Como tú á mí me tratabas.»

Sayavedra, que le oyera,
Al moro volvió la cara;
Tiróle el moro una flecha,
Pero nunca le acertaba.

Hiriérale Sayavedra
De una herida muy mala;
Muerto cayó el renegado
Sin poder hablar palabra.

Sayavedra fué cercado
De mucha mora canalla,
Y al cabo cayó allí muerto
De una muy mala lanzada.

Don Alonso en este tiempo
Bravamente peleaba;

El caballo le habían muerto,
Y le tiene por muralla.

Mas cargaron tantos moros,
Que mal le hieren y tratan;
De la sangre que perdía
Don Alonso se desmaya.

Al fin, al fin, cayó muerto
Al pie de una peña alta;
También el conde de Ureña
Mal herido se compara.

Guiárale un adalid,
Que sabe bien las entradas;
Muchos salen tras el conde
Que le siguen las espaldas;
Muerto queda Don Alonso,
Eterna fama ganara.

Esta fué la honrada muerte del valeroso D. Alonso de Aguilar, y, como hemos dicho, les pesó mucho á los Reyes Católicos; los cuales, como viesen la brava resistencia de los moros por estar en tan ásperos lugares, no quisieron enviar por entonces contra ellos más gente. Mas los moros de la serranía, viendo que no podían vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron á África, y los otros se dieron al rey D. Fernando, el cual los recibió muy bien, lleno de clemencia y gozo. Este fin tuvieron los bandos y guerras de Granada, á honra y gloria de Dios Nuestro Señor.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Fundación de Granada y reyes que hubo en ella, con otras muchas cosas tocantes á la historia.....	5
CAP. II.—De la sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de moros y cristianos.....	15
CAP. III.—En que se declaran los nombres de los nobles caballeros moros de Granada, de los treinta y dos linajes, y otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los lugares que estaban en aquel tiempo debajo de la corona de Granada.....	25
CAP. IV.—Que trata de la batalla que el valiente Muza tuvo con el maestre, y de otras cosas que también pasaron.....	32
CAP. V.—Que trata de un sarao que se hizo en palacio entre las damas de la reina y los caballeros de la corte, sobre el cual hubo pesadas palabras entre Muza y Zulema Abencerraje, y de lo que pasó.....	41
CAP. VI.—Cómo se hicieron fiestas en Granada, y por ellas se encendieron más las enemistades de los Zegríes, Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, y lo que pasó entre Zaide y Zaida acerca de sus amores.....	49

- CAP. VII.—Del triste llanto que hizo la hermosa Fátima por la muerte de su padre, y cómo se iba á Almería la bella Galiana, si su padre no viniera, la cual estaba muy vencida de amores de Sarracino, y de lo que entre él y Abenámar pasó una noche debajo de las ventanas del real palacio... 73
- CAP. VIII.—De la batalla cruel que Malique Alabez tuvo con D. Manuel Ponce de León en la Vega, y de lo que en ella sucedió..... 80
- CAP. IX.—En que se da cuenta de unas fiestas solemnes y juego de sortija que se hicieron en Granada, y cómo se iban encendiendo los bandos de los Zegríes y Abencerrajes..... 87
- CAP. X.—Que declara el fin que tuvo el juego de la sortija, y el desafío que hubo entre el moro Albayaldos y el maestre de Calatrava..... 104
- CAP. XI.—De la batalla que Albayaldos tuvo con el maestre de Calatrava, y cómo el maestre le venció y dió muerte..... 130
- CAP. XII.—En que se da cuenta de una pendencia que los Zegríes tuvieron con los Abencerrajes, y cómo estuvo Granada á punto de perderse..... 151
- CAP. XIII.—En que se da cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaén, y la gran traición que los Zegríes y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrajes, y muerte dellos 186
- CAP. XIV.—En que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusación á la reina y á los Abencerrajes, y cómo la reina fué presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demás que sucedió..... 213
- CAP. XV.—En que se da cuenta de la batalla que se hizo entre los cuatro caballeros cristianos y los cuatro moros sobre la libertad de la reina, y cómo

vencieron los cristianos y mataron á los moros, y cómo la reina fué libre, y de otras cosas más..	259
CAP. XVI.—De lo que pasó en Granada, y cómo se volvieron á refrescar los bandos della, y la pri- sión del rey Mulahacen en Murcia, y la del rey Chico en Andalucía, y de otras cosas.....	284
CAP. XVII.—En que se da cuenta del cerco de Grana- da por los Reyes Católicos, y de la fundación de Santa Fe.....	315